Víctor Sanz

LA RELIGIÓN FRENTE A

LA HISTORIA Y LA RAZÓN

Ediciones Libertarias

Prohibida la reproducción total
o parcial en cualquier soporte,
incluido internet.
Todos los derechos reservados
Diseño de cubierta: Andrei M. Duran
Primera edición: Abril 2006

© Víctor Sanz López
© Ediciones Libertarias/Prodhufi, S.A.

Carpinteros, 5. Nave 13. Pol. Ind. Matacuervos.
28200 San Lorenzo de El Escorial, Madrid
www.libertarias.com

I.S.B.N: 7954-477-5
Depósito Legal: M-16.428-2006
Impreso en Top Printer Plus
Impreso en *España/Printed in Spain*

Sería muy triste, por parte de la humanidad,
que s*ólo se refrenara por miedo al castigo* y
por esperanza de un premio después de la muerte.
Albert Einstein

INDICE

ADVERTENCIA 5
1.- LA IGLESIA 7
II. LOS ORÍGENES 64
III. LA BIBLIA 127
IV. CONCLUSIONES Y VISLUMBRES 164
BIBLIOGRAFÍA DE APOYO 195

ADVERTENCIA

Hace bastantes años que revolotea en mi mente el tema abordado en este libro, objeto de no pocas discusiones. Pero otros apremios fueron postergando las veleidades de plasmar mis pensamientos dispersos. Llegado a un instante de mi vida en que tales urgencias se han disipado y cobra preeminencia la necesidad de mantenerme activo, creí llegado el momento propicio para dar forma a ese viejo y tantas veces postergado deseo.

No es éste un libro erudito. Mi propósito es mucho más modesto. Se limita a tratar de difundir los conocimientos alcanzados por pensadores o acreditados investigadores en distintas disciplinas a lo largo del tiempo y los que me han proporcionado mis reflexiones, mis estudios y mi experiencia como historiador y docente. Por eso he preferido prescindir de una enumeración de citas que resultarían farragosas para el lector medio y, en más de un caso, incluirían el mismo dato existente en varias publicaciones, insertando una bibliografía básica, que permita confirmar y ampliar las afirmaciones que se hacen, poniéndolas a salvo, al mismo tiempo, de las reacciones que pudieran suscitar. Sólo en algunos puntos más polémicos o más susceptibles de confirmación, he creído conveniente mencionar el origen del dato aportado. Particularmente en la parte relativa a la Biblia, al alcance de cualquiera en sus distintas traducciones. Precisamente en razón de esta diversidad, algunas de las citas que se incluyen no corresponderán literalmente a la edición que se maneje, aunque el sentido sea el mismo, salvo mención en contrario. De todas formas, para facilitar la confrontación, se ha utilizado preferentemente la edición católica del V centenario de la evangelización de América, por considerarla más al alcance de la mayoría. Huelga señalar que se ha prescindido de numerosos datos que, si bien hubieran podido apuntalar más de una afirmación, hubieran resultado excesivos para el lector a quien van fundamentalmente destinadas estas líneas, sin perjuicio de ofrecerle la oportunidad de conocerlos a través de la bibliografía que se le proporciona.[1]

No pocas de las cosas que se dicen chocarán con las ideas generalmente admitidas; pero rechazarlas al primer envite, a más de no favorecer a quien tal haga, se contradirá con su primera reacción de natural curiosidad. Sobre todo, porque, prosiguiendo la lectura, se verá reforzado lo que inicialmente hubiera podido parecer rechazable. Ya que el contenido ha sido dispuesto siguiendo las elementales normas metodológicas de empezar por lo más simple, cercano y conocido, para llegar a lo más complejo, ignorado y alejado. Aunque, a veces, sea más accesible para buena parte de los lectores. En todo caso, se recomienda

[1] En las citas bíblicas, el primer número indica el capítulo y el o los siguientes, los versículos.

no ir más allá de lo que se dice, pues ocurre, más de una vez, que se atribuye a un autor ideas que ni siquiera pasaron por su mente.

Otras circunstancias podrían abordarse en este preámbulo: pero he considerado preferible tratarlas en el cuerpo de la obra, con objeto de no dar pie a prejuicios que pudieran obstaculizar su claro entendimiento. Pues se ha emprendido con la idea de que sea útil a la mayoría de los que la lean. Sin ánimo de perjudicar a nadie en su leal saber y entender, sino con vistas a favorecer a cuantos se encuentren en condición de ser favorecidos. Quiero que quede bien sentado que las cuestiones polémicas no han sido abordadas con espíritu agresivo para los bien intencionados, sino con talante de ayudar a aclarar las mentes de cuantos lo necesiten, disipando las nubes que pudieran obnubilarlas. Lograrlo sería la mayor recompensa para quien esto escribió.

1.- LA IGLESIA

Esta palabra (ecclesia en griego) designó inicialmente la asamblea o conjunto o colectividad de fieles. En el s. IV empezó a designar, además, el local en que se reunían en las grandes ciudades, que acabó por convertirse en lugar de culto. Comenzaron a surgir a fines del s. III. Constantino las multiplicó y enriqueció, y Eusebio de Cesárea, el primer historiador importante de la Iglesia, escribió que todas debían ser dignas de "nuestro amor al fasto". Ilustrativas palabras que marcan una sensible evolución, pues ese elemento era desconocido antes de que la iglesia se convirtiera en aliada del poder imperial y protegida por él. Así se transformó la modesta prédica de Jesús, como la reflejan las muy concretas y contrarias recomendaciones de los evangelios, en la fastuosidad posterior, tan alejada de aquélla.

El cristianismo, según los apóstoles, tenía por esencial objeto la prédica y práctica de la moral, y el culto primitivo se limitaba a la lectura del evangelio y la comunión alegórica. Los templos carecían de todo adorno y representación. Pero esta sencillez estaba condenada a desaparecer en un ambiente acostumbrado a las pompas del paganismo. Y, tan pronto como se dispuso de medios para rivalizar con ellas y superarlas, gracias al apoyo oficial, se transitaron los incitantes derroteros, distanciándose, ya veremos en qué medida, del manantial originario. Con la ayuda de los dos elementos que se consideran a continuación.

Música e imágenes. La primera fue ridiculizada al principio cual se practicaba en los sacrificios paganos, aunque Pablo de Tarso recomendó recitar salmos y cánticos inspirados (Efesios, 5, 19 y Colosenses, 3, 16)'. También se condenó inicialmente la costumbre pagana de encender, durante el día, cirios, antorchas y lámparas en los altares, y que los fíeles acudieran con antorchas y cirios para ofrendarlos, como se hace hoy.

Igualmente fue prohibido como idolatría el culto de las imágenes, como que había sido condenado duramente en el decálogo y en más de treinta pasajes de la Biblia. Por ejemplo, en el Libro de la Sabiduría (13, 16-19): "no es más que una estatua. Y, sin embargo, ya sea que se trate de sus negocios, ya sea de su matrimonio o de sus hijos, no se avergüenza de dirigirle la palabra a esa cosa sin vida. ¡Para tener salud, invoca a un objeto sin fuerza; para vivir, rinde homenaje al que no vive para que le ayude, se lo pide a esa madera impotente; antes de un viaje, invoca al que no camina. Para obtener ganancias para su trabajo, para su arte, recurre a una estatua cuyas manos no tienen la menor habilidad." Jeremías no fue menos contundente al condenar la idolatría de los gentiles

(10, 3-5): "leños cortados en el bosque, obra de las manos del artífice con la azuela, se decoran con plata y oro y los sujetan a martillazos para que no se muevan. Son como espantajos de melonar y no hablan; hay que llevarlos porque no andan; no les tengáis miedo, pues no pueden haceros mal ni tampoco bien." Lo remacharon Pablo (Hechos, 17, 24 y 29-30) y Juan, en su I epístola (5, 21).

Y, aunque, en los templos católicos se hace todo eso con beneplácito del clero, el último catecismo de 1992, que incluye, entre sus mandamientos, no hacer "escritura ni imagen alguna" de Dios, luego de consignar que el concilio de Nicea de 787 justificó frente a los iconoclastas el culto de las imágenes de Cristo, la Virgen, los ángeles y todos los santos, recurre a Basilio y los concilios II de Nicea, Trento y Vaticano II, para establecer una sutil diferencia entre la veneración "respetuosa" y la adoración. Y alega que Cristo, la Virgen y los santos tuvieron forma humana como justificativo suplementario. Pero el alegato queda invalidado por el hecho, que cualquiera puede comprobar, de que se represente al mismo Dios, en las iglesias, como un anciano de barba blanca. Y no dice que, considerando que unos cuantos obispos no podían sobreponerse a la palabra de Dios, la decisión de dicho concilio fue severamente atacada, entre otros, por Carlomagno. Por su parte, los iconoclastas bizantinos mantuvieron su cerrada oposición, en sangrienta querella, que fue hasta la destrucción de imágenes. Y su espíritu revivió entre albigenses, hussitas y valdenses. Aún en los últimos años se ha denunciado la "papalatría" generada por el Opus Dei en tomo a Juan Pablo II, que posiblemente sea canonizado con parecida rapidez a la que él empleó con Escrivá de Balaguer, el fundador de esa institución.

Lo peor de todo fue que, al carecer de modelos fidedignos, se procedió a representar a la Virgen y a los santos en la misma actitud y el mismo aspecto que los dioses paganos, sin olvidar el tronco para recibir las limosnas. Se han encontrado, en efecto, los tipos que sirvieron para simbolizar a la Virgen, especialmente en las imágenes de Isis llevando al niño, de Artemisa de Éfeso en la Inmaculada, Diana y Demeter. Las vírgenes negras italianas son estatuas de Isis con Horus en sus brazos. Ello explica el descubrimiento de imágenes enterradas por los fieles para ocultarlas a la persecución cristiana, que ha dado origen a no pocas ermitas y santuarios. El paganismo representaba a sus di oses con la cabeza rodeada por una aureola y, más de una vez, fueron venerados como santos hasta descubrirse el engaño o definitivamente en la mayoría de los casos, como veremos. Antiguamente solía representarse a las divinidades con alas, como la Victoria de Samotracia. En el Museo Guilmet de París puede observarse la transformación de un dios hindú representando al Verbo, figurado con un dedo en los labios. Así representaron los egipcios a Horus, dios de la infancia; los griegos, al dios del silencio; los romanos, al dios de los alimentos, que parece introducir en su boca; y los cristianos, a Juan Bautista niño, cuando los evangelios sólo lo mencionan como hombre. Este culto de las imágenes es, en realidad,

una supervivencia del fetichismo. Que se manifiesta vivo en nuestros días en el peregrinaje que promociona la Iglesia de casa en casa, y su adoración con ofrendas, toques y besos en domicilios y templos.

Las reliquias. Merecen capítulo aparte. La leyenda de la leche de la Virgen, que un obispo reconoció no ser más que galactita, una arcilla que se pone lechosa en el agua y cuyas propiedades la hicieron considerar sagrada en la antigüedad, afirma que, en la gruta de Belén, el niño Jesús escupió leche que la Virgen arrinconó contra la pared al fregar el suelo. Pues casi setenta iglesias poseen reliquias de este líquido, que sale al romperse la piedra. El cronista francés Guibert de Nogent (1053-1124), de fe sincera y fiel al espíritu tradicional y, por tanto, inmune a toda sospecha, denunció así el fraude que se operaba en tomo a tales restos:

"Cierta Iglesia, y de las más ilustres, organizaba colectas y solicitaba subsidios para la reparación de sus dependencias por intromisión de un charlatán. Es el caso que éste sobrepasaba la medida hablando de sus reliquias; desplegó un filacterio (yo estaba presente): 'Sabed -dijo- que en esta caja hay un trozo de pan que Nuestro Señor masticó con sus propios dientes, y si os cuesta creerlo, ahí hay un personaje (se re feria a mí) que posee, en verdad, cartas de la más segura competencia, y que, si es necesario, atestiguará la verdad de lo que adelanto.' Lo confieso, enrojecí al oírle. Y si la presencia de los que el orador parecía tener por garantes no me hubiera hecho temer perturbar su paz, más bien que la de él, hubiera debido denunciar el fraude. ¿Qué os diré? Hasta monjes, hasta clérigos, se entregan a este vergonzoso tráfico, sosteniendo herejías, como las que he oído en materia de fe". *(La historiografía en sus textos, p. 170}*

Este culto fue fomentado y desarrollado, con exceso, por el sacerdocio, por el enorme lucro que le reportaba. La historia medieval ofrece innumerables ejemplos de disputas entre conventos e iglesias por la posesión de reliquias acreditadas. El clérigo de Marolles, al ver la cabeza de Juan Bautista en la catedral de Amiens, exclamó: "¡Alabado sea Dios! ¡es la quinta o sexta que he besado en mi vida!" Ludovico Calanne publicó un registro, recogido por Malvert, de las reliquias esparcidas por la catolicidad, y resultó que se podrían reconstruir cinco troncos, seis cabezas y diecisiete brazos, piernas y manos de san Andrés; dos cuerpos, ocho cabezas y seis brazos de santa Ana; cuatro cuerpos de san Antonio, tres cuerpos y dos cabezas de santa Bárbara; cuatro cuerpos y cinco cabezas de san Basilio; cinco cabezas de san Blas; tres cuerpos y cinco cabezas de san Clemente; dos cuerpos y tres cabezas de san Eloy; cuatro cuerpos y ocho cabezas de san Esteban; treinta cuerpos de san Jorge; cuatro cuerpos y cinco cabezas de santa Elena; ocho cuerpos de san Hilario; treinta cabezas de Juan Bautista; veinte cuerpos y veintiséis cabezas de santa Juliana; cinco cuerpos, diez cabezas y doce manos de san Ligero; treinta cuerpos de san Pancracio; ocho cuerpos y nueve cabezas de Lucas evangelista; tres cuerpos, dieciocho

cabezas y doce brazos de san Felipe; cuatro cuerpos y quince brazos de san Sebastián.

Pues, por extraño que parezca, tan prolija enumeración no se contradice, ni de lejos, con los inventarios de ciertas iglesias. Un monasterio de Jerusalén llega a exhibir ¡un dedo del Espíritu Santo! La túnica de Cristo se encuentra simultáneamente en Moscú, Treveris, Argenteuil y Roma, allí en dos iglesias. Copiosas son sus lágrimas, sudor y sangre. La santa lanza se encuentra en Moscú, Praga, Nurenberg, la Sainte Chapelle de París, Roma, por supuesto, y tres lugares más. Dulaure contó cuarenta clavos de la cruz, y Collin de Plancy, más de doscientos. Lo mismo ocurre con la corona de espinas, la esponja y otros accesorios. En cuanto al madero, Calvino afirmó que si se reunieran los trozos, habría para cargar un navío. En 1489, la Facultad de Teología de París determinó que se debía a la cruz la misma veneración que al propio Cristo. No es extraño, pues, que dicho culto presente tan acentuado carácter fetichista.

El celibato del clero. Practicado por los sacerdotes egipcios, no se estableció hasta el concilio de Nicea de 325, que, en su canon 3, prohibió a todos sus miembros cohabitar con persona del otro sexo, salvo madre, tía o hermana o mujeres de las que no pudiera tenerse sospecha. Sólo se permitió a los ya casados que mantuvieran su vida marital. Nada existe, sin embargo, en el Nuevo Testamento que la prohíba. Por el contrario, instruyendo acerca de las condiciones que debían reunir los obispos. Pablo de Tarso, dice, en su epístola o carta a Timoteo (32), que sean casados "una sola vez". Lo mismo recomendó a los diáconos y presbíteros (Timoteo, 3, 12 y Tito, I, 5-6). Y, en la I que dirigió a los corintios (7, 8-9), que solteros y viudas que no pudieran contenerse, se casaran, porque valía más casarse, que "estar quemándose por dentro". Dionisio de Alejandría escribió al obispo de Cnosos, en Creta, que no impusiera a los fieles la pesada carga de la continencia, teniendo en cuenta la debilidad de la mayoría. Y Clemente, del mismo lugar, defendió la plena compatibilidad del matrimonio con la vida cristiana. Y si pasamos al Antiguo Testamento, encontraremos que el Levítico (21, 1-7 y 13) ordena a los sacerdotes tomar "virgen por mujer, no viuda ni repudiada ni desflorada ni prostituta". El obispo y cronista del s. VI, Gregorio de Tours, refirió la lección ofrecida por un clérigo, muerto a manos del marido engañado, a cuantos tuvieran relaciones con mujeres extrañas, "puesto que la ley canónica y todas las escrituras santas lo prohíben, salvo aquellas a las que el pecado no puede concernir." *(La historiografía...,* p. 145) Pero como no se logró evitar que buena parte del clero siguiera teniendo concubinas, debieron dictarse sucesivas disposiciones que Gregorio VII reforzó en el s. XI, ordenando, además, que el clero se apartara de los laicos, con el doble objeto de ligarlos más estrechamente a Roma, y, en el I concilio de Letrán (1123), el papa Calixto III lo reiteró. Insistieron en ello los dos concilios siguientes (1139 y 1179), celebrados en el mismo palacio. Pese a tantas reiteraciones, era tan habi-

tual su infracción, que se acabó por establecer una multa por cada vez que se transgrediera la disposición. Y no pocos obispos prefirieron exigirla a todos los de su diócesis, aunque alegaran pureza, por entender que no era posible que no mantuvieran relaciones sexuales de ningún tipo. El concilio de Basilea (1431-1435) dispuso la pérdida de los ingresos eclesiásticos a quienes no abandonaran a sus concubinas después de haber sido advertidos y sufrido una momentánea privación de los beneficios. La reforma de costumbres llevada a cabo en España por el cardenal Cisneros, hizo que cuatrocientos frailes andaluces optaran por pasar a tierras de los supuestamente odiados moros, antes que abandonar a sus mujeres. Protestó por ello ante el papa el general de los franciscanos; pero no por el hecho en sí, sino porque el rigor de Cisneros les hubiera hecho abandonar sus conventos y apostatar de su fe. Pablo III, promotor del concilio de Trento (1545-1563) y padre de varios hijos naturales, implantó definitivamente los edictos promulgados y prohibió ordenar varones ya casados, como antes se hacía.

Han levantado de nuevo la postura contraria no pocos prelados, sobre todo, del llamado tercer mundo, ante el número decreciente de vocaciones. A la que se ha opuesto reiteradamente en público Juan Pablo II, aunque autorizó en secreto la ordenación de sacerdotes casados de esos países, cual denunció en el sínodo de Roma de 1990 el cardenal brasileño Aloisio Lorscheider con datos concretos. Y se reconoció que, en las iglesias orientales, aunque los obispos son únicamente elegidos entre los célibes, hombres casados pueden ser ordenados diáconos y presbíteros.

Debe tenerse en cuenta que, manteniendo esa norma, la Iglesia da a su personal una gran movilidad y una total dependencia, a más de abaratar sus gastos de mantenimiento y evitar que los hijos hereden los bienes de sus padres, entre los que se contarían las numerosas donaciones recibidas. Aventarán las dudas que pudieran abrigarse al respecto, entre muchos otros, el decreto del concilio de Pavía (1020), declarando siervos de la Iglesia a todos los hijos de clérigos, y el de Oxford de 1222, prohibiendo al personal eclesiástico testar a favor de sus concubinas o sus hijos y encargando a los obispos que aplicaran esas donaciones en provecho de la Iglesia.

La ordenación de mujeres. Para justificar su exclusión del sacerdocio, Juan Pablo II, aferrándose a una postura a la que han renunciado los anglicanos, ha reiterado el argumento de que Jesús no incluyó a ninguna entre sus apóstoles, de lo que debe deducirse que las excluyó de esa dignidad. Y fue más lejos, al confirmar la posición tradicional de la Iglesia, en la fórmula sacramental del matrimonio, de que la mujer debe obedecer a su marido como a Cristo, y canonizar a una italiana por haberse dejado morir de cáncer de útero, por no someterse a un aborto que la hubiera salvado, con el resultado de dejar sin madre a sus otros cuatros hijos y al recién nacido; y a otra, por aguantar hasta la muerte

los malos tratos de su esposo en lugar de divorciarse. La cosa viene de antiguo, pues los padres de la Iglesia fueron muy duros con el sexo femenino y, en el s. XIII, Tomás de Aquino declaró que, como dicho sexo "tiene un estado de sujeción, no puede recibir el sacramento de la orden." Mayor énfasis había puesto Graciano en el siglo anterior: "La mujer no puede recibir órdenes sagradas, porque, por su naturaleza, se encuentra en condiciones de servidumbre." Sin embargo, en las primeras comunidades, se apreció su aporte, y cabe recordar que los evangelistas sólo mencionan a cuatro mujeres y ningún apóstol ante Jesús crucificado, pues, como veremos, todos se habían esfumado. Y que, antes de serlo, incluyó a mujeres en el círculo de sus discípulos.

El dogma de la Inmaculada Concepción. No siempre se han mostrado los papas tan apegados a los textos evangélicos, como ya hemos tenido ocasión de ver e indica la proclamación de ese dogma el 8 de diciembre de 1854 por Pío IX. Quien, resguardándose en la autoridad de Cristo y de los apóstoles Pedro y Pablo, afirmó la virginidad de María como verdad revelada por Dios. Sin embargo, Lucas (I, 28 y ss.) no permite concluir que estuviera inmune de toda mancha de pecado original en el instante de la concepción, como afirma el catecismo de 1992. En la anunciación no se dice que estuviera plenamente poseída por la gracia de Dios, sino sólo "llena de gracia". Únicamente cuando alega su condición de virgen el ángel le anuncia que el Espíritu Santo la cubrirá con su sombra. Y si ella hubiera creído estar pura, no hubiera ido a Jerusalén después de parir, al cumplirse los días de la purificación, según la ley de Moisés (Lucas, 2, 22-24). Pues, según ello, cabe deducir que se sentía impura, de acuerdo con el Levítico (12,2): "Cuando dé a luz una mujer y tenga un hijo, será impura durante siete días."

Sólo así se explica que santificados padres de la Iglesia, como Agustín, Bernardo, Pedro Lombardo, Alberto el Grande, Tomás de Aquino y papas como León I (440), Gelasio (492), Inocencio III (1216) y Clemente VII (1386), se mostraran opuestos a esa concepción inmaculada. Sorprenderá saber que, en el s. III, los padres de la Iglesia reprocharan a María falta de fe en Cristo, orgullo, vanidad y otros pecados, partiendo de los propios evangelios, y que su nombre no fuera citado en las oraciones litúrgicas, en que se mencionaba nominalmente a los santos, hasta el s. IV. La primera iglesia que se le dedicó data de fines de ese siglo, en Roma, y no se encuentra señal de culto mariano hasta después del concilio de Éfeso (431), en que Cirilo de Alejandría impuso el dogma de la maternidad divina, a cambio de abundantes sobornos. Había sido convocado por el emperador Teodosio II (y no por el papa Celestino I, como interesadamente sostuvo Pío XI en diciembre de 1931) y debió aplazarse por dificultades de desplazamiento y enfermedad de varios obispos importantes. Cuando Cirilo; calificado por el emperador de soberbio, disputador y rencoroso, decidió inaugurarlo por su cuenta, contó con una mayoría sobre Nestorio, ausente, a quien

depuso y declaró Judas. Cuatro días después llegaron los obispos sirios, que reclamaron la presencia del comisionado imperial, a quien Cirilo había expulsado y, junto con los opositores, depusieron a Cirilo y sus partidarios hasta que no se retractasen de sus doctrinas, contrarias a los evangelios y los apóstoles. Tras recíprocas excomuniones, por un decreto de Teodosio, fueron depuestos y arrestados Cirilo, Nestorio y el obispo local. Fue el momento en que Cirilo echó mano de su bolsa para conseguir su libertad y diversas simpatías influyentes. Tantas, que su sede hubo de lanzar un empréstito de 1.500 libras de oro y contraer considerables deudas, según consta en las actas del concilio. Efeso era sede central de la Cibeles frigia, deidad madre, y de Artemisa, protectora de la ciudad, intercesora, salvadora y de virginidad perpetua, venerada especialmente en mayo, mes de las flores y también de María, con cuyo culto se fusionó. Cirilo, en quien ese culto indudablemente influyó, fue dignificado con el título de doctor de la Iglesia en 1882.

De todas formas, el culto a María, aupado por la exaltación de la mujer en la literatura amorosa medieval, tardó en ascender definitivamente al cielo. El dogma no fue aceptado hasta el concilio de Trento, lo consagró Pío IX, y Pío XII, recurriendo a las mismas autoridades, no vaciló en declarar que había sido "divinamente revelado" y que María, "madre de Dios y siempre virgen, al terminar su vida terrenal, había sido elevada a la gloria celestial en cuerpo y alma". ¿Sería excesivo suponer que ni él mismo lo creía?

La infalibilidad papal. Fue otra de las innovaciones importantes en cuestiones de fe. Fue Pío IX, el papa que condenó, en el Syllabus, las ideas liberales que la Iglesia se ha visto obligada a aceptar, y estableció el dogma de la Inmaculada, quien dictaminó que todos los católicos están obligados a creer que el apóstol Pedro recibió directamente de Jesús la máxima autoridad de la institución, que el Romano Pontífice es su sucesor y que ejerce su poder en cuestiones de fe, moral y disciplina. Y el concilio Vaticano I afirmó que ese dogma era "divinamente revelado" y votó la infalibilidad papal el 18 de julio de 1870. Pero no todos sus integrantes estuvieron de acuerdo con la resolución. Los que estaban en contra se ausentaron de Roma la víspera para no avergonzar al papa votando negativamente. Sólo 533 votaron a favor de un total de más de 700 acreditados para ejercer su voto, y hubo dos que tuvieron la dignidad de votar en contra. No mucho antes, el obispo Keenan, en obra que se hizo famosa y cita P. Rodríguez (p. 310), había afirmado que esa infalibilidad era un invento de los protestantes y que ninguna decisión papal podía ser obligatoria "so pena de herejía", admitiendo, sin embargo, que fuera recibida por los obispos. Pero es que el concilio de Trento había abierto ya la vía de la transformación frente a la doctrina conciliarista en auge, que hacía recaer en el concilio ecuménico la máxima autoridad. Ejemplo de cómo los hombres varían su opinión según la posición que ocupan, por muy investidos que se pretendan de la inspiración divina, fue Eneas Silvio Piccolomini, secretario del concilio de Basilea (1431-

1449), que defendió ardientemente esa superioridad, y, cuando se vio elegido papa, defendió con similar ardor la opinión contraria. Aún antes del mencionado concilio de Trento, desde la misma sede papal, Adriano VI (1522-1523) declaró que el pontífice no era infalible ni siquiera cuando trataba asuntos de fe. Dicha infalibilidad, que había sido defendida por los franciscanos en sus comienzos y declarada obra del diablo por Juan XXII, despertó fuerte oposición en los dos siglos siguientes. Al triunfar y declararse anatema la opinión contraria, se condenó al infierno a muchos católicos muertos antes del concilio, como apunta P. Rodríguez, sin siquiera darles la oportunidad de rectificar.

La elección papal. Esta cuestión se agrava cuando se conocen los hechos que tiznan la supuesta nivea pureza de la elección de tan altos dignatarios. Un ejemplo ilustrativo lo ofreció Amoul, obispo de Orleáns, que citan Aman y Dumas en el tomo IX de su historia de la Iglesia (p. 260), denunciando a Bonifacio VII, sucesor de León VIH, "de maldad más que humana, todo rojo por la sangre de su predecesor", según acta de un concilio del s. X. En fuga y condenado por otro concilio, reapareció en Roma tras la muerte del emperador Otón II, expulsó de la ciudadela al papa Pedro, le depuso y le hizo perecer "en el horror de una mazmorra". Siglos antes, Sócrates, historiador eclesiástico del s. V, había escrito:

"Desde que los emperadores comenzaron a ser cristianos, las cuestiones de la Iglesia dependen de ellos, y los principales concilios se han celebrado y celebran a su arbitrio." (cit. por P.R., p. 306). Desaparecido el imperio, las cosas no mejoraron en absoluto. Los cardenales del concilio de Pisa se adueñaron de Roma y pusieron, en lugar de Alejandro V, a Baltasar Cozza, antiguo corsario enriquecido con la venta de indulgencias, que había comprado el capelo y convertido en concubina suya a una mujer casada, quitándosela a su marido. Lo depuso el concilio de Constanza (1414), acusándole de haber vendido beneficios y reliquias, envenenado a su predecesor y hecho asesinar a no pocas personas, y de blasfemia, desenfrenado libertinaje y sodomía. Otros muchos ejemplos que podrían citarse dieron pie a Voltaire para decir que, durante siglos, los papas "sólo fueron elegidos con las armas en la mano." (Ens., 516). Al proceder de otros se refiere en el artículo Pedro, de su diccionario: Sergio III (904-911), convicto de varios asesinatos, tuvo un hijo que heredó el papado y se distinguió por su crápula; Esteban VII (929-931), hijo de sacerdote, desterró el cuerpo de su antecesor e hizo cortar la cabeza a un cadáver; Juan XII (955-964), electo a los 18 años, fue asesinado en casa de su querida; Benedicto IX (1033-1048) compró y revendió el pontificado, etc., etc. Por eso, tras recordar a Alejandro VI, se lamentó de que esos "dioses en la tierra, ora asesinos, ora asesinados, envenenados y envenenadores por tumo, enriquecían a sus bastardos y expidiendo decretos contra la fornicación, anatematizando los torneos y haciendo la guerra, excomulgando, deportando a los reyes y vendiendo a los pueblos la re-

misión de sus pecados, eran a la vez el escándalo, el horror y la divinidad en la Europa católica." (Ens., 1156) Y no eran cosas de épocas pasadas. Baste recordar la misteriosa y mucho más reciente muerte de Juan Pablo I y el turbio triple asesinato en las dependencias de la guardia suiza, denunciado por un grupo de seglares y eclesiásticos. Y a quien, contra viento y marea, siga creyendo en la pregonada intervención del espíritu santo en la elección papal, traerle a colación el hecho recordado con ocasión de la última anterior al conclave, cuando se tardó más de dos años en definirse, sin que dicho espíritu se dignara inspirar a los cardenales, hasta que su divina indiferencia fue forzada por el muy humano recurso de encerrarlos bajo llave y sentar precedente.

Nada tenía que envidiar la designación de las autoridades inferiores. Gregorio de Tours nos legó cómo se elegían los obispos en el s. VI: Albino, antiguo prefecto, logró el obispado gracias al gobernador de Provenza, sin consentimiento del rey; murió a los tres meses, cuando iba a ser revocado, y le sucedió Jovino, ex gobernador por disposición real; pero se le adelantó el diácono Marcelo, hijo del gobernador Félix, que convocó a los obispos y fue ordenado como tal. Obligado a renunciar, trató de defenderse por la fuerza y, al no lograrlo, triunfó por medio de regalos. El senador Avitus, rechazado como emperador por el senado, a causa de los "desarreglos de su conducta", fue compensado con el obispado de Plasencia. Gerbert, en su tratado sobre la información de los obispos (cit. por Aman y Dumas, p. 470), puso estas palabras en boca de uno que había obtenido el cargo mediante sobornos: "Este oro que he dado, si vivo fielmente, no pierdo la confianza de recuperarlo: ordeno un sacerdote y recibo oro, hago un diácono y recibo mucha plata. Para todas las otras órdenes, para las bendiciones de los abades y de las iglesias, confío en llevar a término mi ganancia." Estos son algunos de los numerosísimos ejemplos que podrían citarse. Y, por idénticas causas, lo propio ocurría en todos los niveles de la jerarquía inferior. Puesto que el acceso a tales dignidades se simultaneaba con el llamado beneficio, es decir, la propiedad adjunta al mismo, con lo que los intereses se adelantaban a la devoción. También las parroquias pertenecían a un señor laico o eclesiástico, que instalaba a un sacerdote elegido entre sus siervos y campesinos, que quedaba como servidor suyo. El obispo de Macón, en una carta circular, a fines del s. X, decía haber concedido a un noble llamado Albert la iglesia principal de Saucy, para que la poseyera de por vida, así como a su mujer y a su hijo, con sus bienes y diezmos. Erasmo dice en su correspondencia, que no pudo llegar a cardenal a causa de un decreto que excluía de esa dignidad a cuantos no dispusieran de un ingreso de 3.000 ducados como mínimo. Lo que invalida cualquier alusión a la reforma gregoriana.

Los orígenes del papado. Con todo, lo más grave es que, como veremos más extensamente en el próximo capítulo, ninguna de esas jerarquías, ni siquiera la más alta, fue instituida por Cristo. Tampoco puede asegurarse que Pedro

estuviera en Roma. Sólo en la II epístola de Clemente a los corintios, escrita a fines de s. I, y en un texto de Ignacio de Antioquia, se dice, al pasar, que se creía que Pedro había muerto en Roma. Y si, hacia el año 170, Dionisio de Corinto testimonió que allí estuvo, lo tardío de la afirmación, la lejanía entre ambas ciudades y la credulidad de la época, al lado de su otra afirmación de que ambas iglesias habían sido fundadas por Pedro y Pablo conjuntamente (lo que refutan los mismos escritos paulinos) abonan la poca veracidad de sus dichos. Por otra parte, en los Hechos, que relatan los pasos iniciales de los núcleos cristianos, nada se dice de su permanencia en Roma. Tampoco la menciona Pablo, que escribió allí sus últimas epístolas, ni siquiera cuando, fuera de la ciudad, (Romanos, 16, 1-24), manda saludos a más de treinta personas. Por eso no se acallaron del todo las voces contrarias.

No obstante, en la Nochebuena de 1950, Pío XII anunció el impactante descubrimiento de su tumba. En realidad, la excavación había hallado una veintena de mausoleos y criptas relacionadas con el santuario pagano de Cibeles. Bastó para elaborar un informe afirmando haberse encontrado, sin ningún género de dudas, el lugar donde fue enterrado, aunque no se hubiera descubierto su tumba. Pero uno de los jesuitas que había conducido los trabajos, se vio obligado a reconocer que varias de las piezas podían interpretarse de otro modo, que, en una tumba antigua, no podía saberse quién estaba enterrado, que el informe inicial incluía errores, defectos en la descripción y hasta contradicciones no desdeñables. Bien que con doblez ya habitual, acabara por asegurar que se había podido deducir su existencia de una serie de indicios. La fragilidad de tal base no impidió a Pablo VI juzgar convincente la conclusión. Con el agravante de que el antropólogo Venerando Correnti había ya publicado un informe identificando los restos como pertenecientes a tres personas distintas, entre las que casi con toda certeza, se encontraba una anciana de unos 70 años. (P.R., 293-296) Ni que, en la introducción de la I carta de Pedro, se siga sosteniendo, en la Biblia de 1995, que los huesos de la tumba "casi con toda seguridad" son los del apóstol. Ni tampoco que católicos de todo el mundo sigan peregrinando a Roma, bajo patrocinio de la Iglesia, para rendir homenaje a una tumba donde los restos de Pedro nunca estuvieron, dejando su dinero de paso.

En realidad, la iglesia de Roma contaba a mediados del s. II, con unos 30.000 miembros y no ha quedado rastro de que a alguno de ellos se le ocurriera mencionar la permanencia de Pedro en la ciudad, cuando tanto les hubiera convenido hacerlo. A mayor abundamiento, la primera basílica que allí construyeron los cristianos, no le fue dedicada a él, sino a san Juan. Lo que resulta harto extraño si Pedro hubiera sido papa allí. Pero eso no es todo: la lista de los primeros papas fue sacada de un libro apócrifo. *El pontificado de Damasio,* en el que se afirma que Lino, sucesor de Pedro, fue papa hasta el año 13 del reinado de Nerón; y resulta que es el año en que se dice que Pedro fue crucificado, con lo que habría habido dos papas al mismo tiempo. En la serie, todos los

nombres de los inicios son arbitrarios y los que siguen, inciertos. Es, por otra parte muy difícil creer en una línea sucesoria regular cuando, ancianos y jóvenes, eran pronto depuestos, encarcelados, cuando no asesinados, por el clero rival. La más acreditada base que aporta el *Líber pontificalis,* ha visto sus datos biográficos rechazados por la crítica histórica.

Los primeros testimonios de las pretensiones del obispo de Roma datan de Víctor (189-198). Pero, cuando, en el s. III, los obispos de esa ciudad reclamaron su autoridad sobre los demás, levantaron fuertes protestas, entre ellas, una tan calificada como la de Jerónimo, el traductor de la Biblia, santificado por la Iglesia. También proclamaron su pretensión hegemónica los obispos de Constantinopla, apoyándose en la capitalidad imperial. Pero no se vieron favorecidos por su directa dependencia del poder político y la mayor autonomía del romano, que afincó su pretensión en la leyenda del legado a favor de Pedro y el agregado al texto de Mateo, en que se hace el juego de palabras entre Pedro y piedra. Esteban I (254-257) lo hizo valer; pero el obispo de Cesárea de Capadocia le acusó, por ello, de insensato, insolente y cismático. También se opuso Agustín, quien objetó: "somos cristianos, no petrianos". El concilio Vaticano I se atrevió a calificar de erróneo ese punto de vista. A la caída del imperio de Occidente, el obispo de Roma tomó el título vacante de Pontifex Maximus, que habían usado los emperadores. Y, no contento con ello, reclamó también el poder político sobre los reyes de los distintos territorios en que aquél se dividió.

Atestiguando su carácter local originario, se mantuvo el principio de que fuera elegido por el clero y el pueblo romanos; pero, en 1059, Nicolás II, deseando evitar injerencias extrañas, restringió la elección a los cardenales. Gregorio VII (1073-1085) dio un paso más, reservando para el papado el nombramiento de obispos y dejándoles la elección de los sacerdotes para atajar la venta de cargos y la intervención laica. El concilio de Letrán de 1179, además de fijar en dos tercios la mayoría necesaria para ser electo, dispuso que cada ordenación fuera acompañada por un beneficio que sirviera de sustento. Con lo que la Iglesia se llenó de gente ávida de vivir sin trabajar, como habían debido hacer la mayoría de sus miembros anteriores.

Para consolidar el poder temporal concedido por Carlo-magno, se recurrió a una falsificación que lo hizo aparecer como una donación del emperador Constantino. Y, aunque el también emperador Otón III denunció su falsedad al papa Silvestre II en 1001 y lo reiteró Otón de Frisinga en el siglo XII, la Iglesia siguió defendiendo su autenticidad. Dio el golpe de gracia Lorenzo Valla, antiguo secretario pontificio, en 1440, probando en forma contundente que el latín del documento y las condiciones existentes, llevaban a la época en que había sido forjado. Aunque el temor a la reacción del papado, demoró la publicación de las conclusiones hasta 1519. Pero no se crea que fue ésta la única falsificación que se perpetró. Abundaron, por el contrario, en los siglos medievales, para justificar atribuciones y reajustes engañosos en iglesias y conventos. El prestigioso

historiador napolitano B. Croce, escribió en La historia como hazaña de la libertad: "La mies más abundante se recogió en los archivos eclesiásticos y conventuales, porque, en la sociedad laica, no se hallan falsarios semejantes a la gente de iglesia, desprovista de escrúpulos, fortificada en su tarea por el concepto de la "pía fraus". O sea, la mentira piadosa, a la que tendré que referirme.

Los diez mandamientos. Los establecidos por la Iglesia no coinciden exactamente con los que figuran en el Deutero-nomio, que se dicen ordenados por Dios. El primero postulaba: "No tendrás otro dios", propio de una época politeísta, y fue sustituido por "Amarás a Dios sobre todas las cosas", que implica una mayor sujeción que el elaborado en el concilio de Nicea: "Creo en un solo Dios todopoderoso". El segundo fue eliminado de cuajo, puesto que estipulaba: "No le harás imagen de escultura ni de figura alguna de cuanto hay arriba en los cielos ni de cuanto hay en las aguas abajo sobre la tierra ni de cuanto hay en las aguas abajo de la tierra. No las adorarás ni les darás culto." Bajo amenaza de los castigos que siguen: "porque yo, Yavé, tu Dios, soy un dios celoso y castigo la iniquidad hasta la tercera y la cuarta generación en los que me aborrecen." Retengamos que no amenaza con el infierno. En el cuarto se ordena: "Guarda el sábado para santificarlo", día que la iglesia sustituyó por el domingo, veremos por qué, extendiendo la santificación a las fiestas y suprimiendo: "No harás en él trabajo alguno." El séptimo, que recomendaba no cometer adulterio, fue ampliado a no cometer actos impuros, lo que, dicho sea de paso, como se ha visto y se verá, ha sido infringido reiteradamente por el personal eclesiástico. El propio Agustín reconoció, en sus Confesiones, haber vivido mucho tiempo en concubinato y tenido finalmente por "novia" a una niña de diez años y por amante a otra mujer adulta. Lo que no le impidió, cuando mermó su vigor, de calificar el placer sexual de monstruoso, nauseabundo, diabólico, etc. Olvidando que le había sido dado por Dios a los hombres, como a los animales, para que se reprodujeran, según cualquier libro santo.

Transitando por esa senda última, la Iglesia condena con más énfasis la masturbación, pecado mortal que "pudre la columna vertebral y condena irremisiblemente al fuego del infierno", que la explotación de semejantes, el robo y el asesinato. Puede verse en el catecismo de 1995 (p. 524) que cita como pecados graves contrarios a la castidad, la masturbación, la fornicación, las actividades pornográficas y las prácticas homosexuales.

El noveno, octavo de la Iglesia, se ha visto aligerado de la frase "contra tu prójimo", generalizando su alcance. La mentira fue anatematizada por Juan el evangelista, por Agustín y en el último catecismo, que, entre otras cosas, dice que "ofende el vínculo fundamental del hombre y de su palabra con el Señor", que la denunció como "obra diabólica", y la condenó, "por su misma naturaleza" (p. 540). Lo que resulta extraño, porque, como ya vamos viendo, es lo que ha hecho la Iglesia a lo largo de los siglos y, como veremos, sigue haciendo.

Abundando en lo que ya se conocía, P. Rodríguez escribió todo un libro, del que hemos extraído y donde figuran no pocos datos sobre ello. Por último, para compensar la eliminación del segundo mandamiento, el último fue desdoblado en dos y la Iglesia remachó el clavo de su condena, al afirmar: "El Decálogo forma una unidad orgánica en la que cada "palabra" o "mandamiento" remite a todo el conjunto. Transgredir un mandamiento es quebrantar toda la Ley." (parágrafo 2079) ¿No parece sumamente claro que si la Biblia es palabra divina, no puede elevarse sobre ella una palabra humana por autorizada que se proclame?

Los sacramentos. Aparte de que no son exclusivos del catolicismo, el historiador puede seguir sus etapas. Jesús se bautizó ya adulto y no se encuentra en los evangelios, salvo en el de Juan, el más tardío, ninguna referencia a que lo practicara. Sólo en Hechos (19-5) se dice que algunos discípulos de Efeso se hicieron bautizar por Pablo mediante imposición de manos. Como ceremonia de iniciación de los conversos procedentes del paganismo, mostraba evidente parentesco con los cultos de misterio. Luego se practicó tras un aprendizaje progresivamente más riguroso, en una ceremonia influida por los misterios paganos. Al principio se sumergía todo el cuerpo en el agua. Pero resulta imposible, según Loisy, decir cómo y por qué los discípulos adoptaron el rito, que Jesús ni practicó ni recomendó. Sí que, basado en que el agua simboliza la pureza tanto física como, por extensión, espiritual, como acto destinado a borrar las manchas anteriores, previo a todo culto, se usa en la India, y en Méjico, Perú y Guatemala, después del nacimiento o en el momento de la iniciación, y me uno de los elementos que predispuso a los aborígenes a adoptar el cristianismo.

La confesión, que practicaban también los aztecas, los olmecas y los mayas, con ocasión de algún acto pecaminoso, y los zapotecas precediendo a una purificación general, no me practicada por los primeros cristianos tal como lo conocemos hoy. Era pública y voluntaria, y la privada, voluntaria era también. No fue hasta 1215 cuando el concilio de Letrán la declaró obligatoria, ordenando a los laicos confesarse al menos una vez al año al sacerdote de su parroquia, con objeto de que dieran a conocer lo que pensaban en un esfuerzo por combatir mejor a la herejía. La omisión se castigaba con excomunión, que entrañaba prisión y confiscación de bienes. Con ella, dispuso la Iglesia de una poderosa influencia en la mente de sus fieles, que bueno es que sepan que no tienen obligación alguna de someterse a ella, pues, aceptando que Dios conoce todos nuestros actos e intenciones, no necesita intermediarios.

Estrechamente vinculada con ella está la comunión. Muchos padres de la Iglesia no veían en ella más que un acto simbólico que, en los primeros siglos, podía celebrar cualquier fiel o feligresa. Pues Jesús no había instituido litúrgicamente la cena. La practicaban los grupos cristianos de Jerusalén, con carácter religioso, según la costumbre judía, aunque pronto adquirió un carácter místico. La eucaristía, como acción de gracias dadas a Dios por los alimentos que procu-

ra, sobre todo, el pan y el vino, se desarrolló a partir de las oraciones comunes que, con ese significado, acompañaban a las comidas hebreas. Sólo con el tiempo se fue convirtiendo en la principal liturgia de las comunidades, rito y sacramento de comunión en un mismo alimento. Fue hacia el año 70 cuando se convirtió en cena mística. Y la idea se espiritualizó plenamente hacia fines del s. II, asimilando el pan y el vino al cuerpo y la sangre de Jesús e incluyendo la transformación en los evangelios. Pero un papa enseñaba aún en los últimos años del s. V, que las especies no cambiaban de naturaleza. Sólo en el s. VII se adoptó, en un concilio celebrado en Nicea, el dogma de la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en la hostia consagrada. Sin que faltaran las protestas, que se prolongaron hasta el s. XII, ya que la interpretación que se da a sus palabras en la cena son probable agregado de Pablo o de alguno de sus seguidores.

En realidad, este dogma, que convierte a los fieles en teó-fagos, es una supervivencia de la antigua antropofagia y tiene su origen en el culto de Agni, a quien se ofrecía el pan y el vino por tres veces y, tras una última libación, se despedía a los presentes. La ofrenda de pan y soma, licor sagrado, en los cuales residía Agni, representaba el fuego sagrado sobre el altar, a lo que habrá que referirse. El fuego los consumía y elevaba en vapor para reunirlos al cuerpo glorioso del padre celestial. Sacerdotes y fieles recibían parte de la ofrenda, la hostia, y la comían como un alimento en que Agni se encontraba encerrado. Pero sin que nadie pensara comer carne y sangre humanas. La costumbre de comer pan como cuerpo de un dios era practicada también por los aztecas, como atestiguó el jesuíta Acosta, para adquirir sus virtudes. Otros pueblos comen animales como encarnaciones del espíritu del grano. En otros casos, en una forma de comunión, el animal sagrado es llevado de casa en casa para que todos puedan compartir su influencia, en costumbre ya mencionada.

El catecismo de 1992 elude la cuestión con una pirueta: "La presencia del verdadero cuerpo de Cristo y de la verdadera sangre de Cristo en este sacramento no se conoce por los sentidos, dice S. Tomás, sino sólo por la fe, la cual se apoya en la autoridad de Dios." (p. 319, 1381) Sólo que, como se acaba de ver, no fue la autoridad de Dios, sino la de la Iglesia, la que estableció el dogma.

La Santísima Trinidad. De "misterio central de la fe y de la vida cristiana" califica este dogma el último catecismo (60-234). Pero también fue establecido por la Iglesia, pues no figura en la Biblia ni en los evangelios. Mateo (28-19) y Pablo (I Tesalonicenses, 3, 11-13) que se aducen como base, mencionan las tres personas por separado, como en la fórmula bautismal, y no hay ningún indicio de que creyeran en su identidad. Pablo dice, en efecto: "para nosotros no hay más que un Dios padre {...} y un solo Señor Jesucristo" y "la cabeza de todo varón es Cristo [...] y la cabeza de Cristo, Dios." Y bien que el párrafo sea interpolado, prueba que, en la época en que lo fue, aún no se creía en la Trinidad. Por añadidura, en la I a los corintios (8,6) dice: "hay un solo Dios, el Padre" y

"un solo Señor, Cristo Jesús." Tampoco figuró como artículo de fe en el concilio I de Nicea, que rechazó más de veinte evangelios trinitarios y sólo aceptó el de Juan, en el que se dice (10, 30 y 38) que Padre e Hijo son una misma cosa. Sin embargo, en 10, 36, dice que Jesús fue enviado al mundo por el Padre, luego no son la misma persona. Por su parte Mateo hace decir a Jesús que quien peque contra él será perdonado; pero no así el que lo haga contra el Espíritu Santo. Donde la diferenciación no puede ser más evidente. Fue una vez más el concilio de Letrán de 1215 el que estableció la triple sustancia divina. Y se adoptó tras una pugna entre varias tesis que proponían versiones diferentes.

Los documentos de que se dispone reflejan las luchas que fueron conformando la ortodoxia, impregnada de los aportes de importantes herejías y otras influencias que se verán. Fue en la primera mitad del s. III cuando Orígenes, influido por el platonismo, lanzó la concepción de que sólo el Padre es Dios en sentido estricto, el Hijo actúa como intermediario entre él y los seres espirituales, y de él deriva el Espíritu Santo.

Pero el docetismo, que apareció cuando ya estaba redactado el Nuevo Testamento, había defendido que Cristo no tuvo naturaleza carnal y que sus sufrimientos y muerte fueron aparentes. Adoptaron esa tesis los gnósticos y Marción (85-160), quien negó el nacimiento humano de Cristo, evidenció las contradicciones entre ambos Testamentos y concedió al Dios del nuevo una superioridad. En el mismo s. II, los adopcionistas trataron de evitar la contradicción que suponía para el monoteísmo la divinidad de Cristo, sosteniendo que Jesús era hijo adoptivo de Dios; pero la doctrina fue condenada en la segunda mitad del siglo siguiente. Frente a la doctrina trinitaria, Arrio defendió la unidad de Dios y consideró al Hijo como una criatura generada por el Padre, la cual no es Dios más que en la medida en que participa de la gracia divina.

Los problemas en tomo a esta cuestión fueron objeto de apasionadas discusiones antes del concilio de Nicea y hubo concilios discrepantes a favor y en contra de Arrio. Ante el empuje de los arríanos, Constantino quiso, como todo gobernante autoritario, imponer la unidad y convocó el concilio de Nicea el año 325, para debatir la cuestión. Hubo una gran desproporción de obispos asistentes, a causa de obstáculos naturales, y el Occidente apenas estuvo representado. Entre los que acudieron no abundaban los teólogos de talla y sí los que admiraban la protección dispensada a las iglesias por el emperador. Este, asesorado por Osio, obispo de Córdoba, forzó la aceptación de la doctrina de la consubstancialidad, comunicando a los que se negaran a firmar, que serían desterrados. Las discusiones fueron tan ásperas que quedó la huella en el dicho popular "se armó la de Dios es Cristo", que fue lo que allí se discutió y decidió. Sólo Arrio y sus partidarios se opusieron. Los otros, incluso los que consideraban la fórmula aprobada como herética, se sometieron en virtud de las amenazas. El concilio se cerró con un gran banquete y abundantes regalos para cada uno de los asistentes. La unidad parecía lograda.

No fue así, porque, poco después, los obispos de Nicome-dia, Calcedonia y Nicea confesaron públicamente que sólo habían firmado por temor al emperador y manifestaron su deseo de retractarse. La reacción son se hizo esperar. Fueron desterrados el primero y el último, y se ordenó a sus iglesias que designaran nuevos obispos. Así se convirtió Constantino en el policía de la fe que expresa el credo rezado por todos los creyentes. Designado como "enviado del Señor", recibió trato de divinidad y fue enterrado como décimotercer apóstol, "caudillo amado de Dios".

Sin embargo, su vida no había sido en modo alguno ejemplar. Frecuentó las prácticas paganas, fue responsable de la matanza de poblaciones enteras, de juegos circenses en los que hizo destrozar a cientos de enemigos por fieras hambrientas (esos mismos juegos contra los que tanto ha clamado la Iglesia cuando las víctimas eran cristianas), degolló a su hijo Crispo, estranguló a su esposa y asesinó a su suegro y a su cuñado. Su madre, santa Elena, de quien el también santo Ambrosio, dijo que Cristo la había elevado del fango al trono, había sido tabernera pagana en los Balcanes y luego concubina del emperador Constancio Floro, padre de Constantino, y en amante suyo cuando se casó con Teodora. Curiosamente para los que se extasían ante la fidelidad religiosa de Constantino, éste recurrió, al caer enfermo, primero a los baños calientes de Constantinopla y luego a las reliquias de un discípulo de Arrio. Al final de sus días se hizo bautizar por un arriano y murió como hereje de la misma herejía que había condenado en Nicea. Pese a tal prontuario, la Iglesia, sensible a su favorecedor, perdonó todo con tan interesada como extremada indulgencia. Lo hizo el citado Ambrosio, enemigo del arrianismo, teniendo en cuenta que había sido el primer emperador que abrazara la fe y la legara a sus sucesores, por lo que le incumbía el más alto mérito. Más lejos fueron las iglesias rusa y armenia, que le santificaron.

Néstor, patriarca de Constantinopla, sostuvo que las dos naturalezas habían permanecido distintas y sus discípulos fundaron una iglesia disidente, que ha llegado hasta hoy. Tras duras luchas, acabó por imponerse la fórmula del catecismo vigente, que falsamente afirma (63,249) que sigue la tradición de los apóstoles, de que se trata de "un solo Dios en tres personas". En realidad, el vocablo latino trinitas no apareció hasta el s. III y el concilio de Antioquía (341) rechazó lo proclamado en Nicea, aunque lo restableció otro posterior. Gregorio Nacianceno, que vivió en zona influida por la cultura inspirada por los artífices del dogma, ilustró las dificultades con que tropezó y el proceso que siguió: "no era prudente cuando todavía no se confesaba la divinidad del Padre, proclamar abiertamente la del Hijo y cuando la divinidad del Hijo no era aún admitida, añadir el Espíritu Santo como un fardo suplementario, si empleamos una expresión un poco atrevida... Así por avances y promesas, de gloria en gloria" es como la luz de la Trinidad estalla en resplandores cada vez más espléndidos, como completa el último catecismo (164, 684).

De tal forma se estableció uno de los dogmas fundamentales de la Iglesia católica. Y un hombre, a quien como se verá, todos consideraron en su tiempo como un ser humano, se convirtió en consubstancial con Dios. Resultando de cualquier forma absurdo que hubiera que esperar casi 300 años para que la mayoría de sus discípulos se apercibiera de ello y que sólo se impusiera su doble naturaleza en los concilios de Letrán (649) y Constantinopla (680).

Pero si remontamos en el tiempo, nos encontraremos con que es en las religiones orientales donde aparece la idea. En la egipcia, tres mil años antes del cristianismo, Amón, como el Espíritu Santo, simbolizaba el espíritu divino y era el ángel que entraba en la Virgen para nacer como divinidad. Esta creencia era tan fuerte que Ptolomeo I (387-283) levantó un templo al Serapium, en el que se adoraba a Serapis, Isis y Horus como triple especie de un solo dios. Serapis se identificó con Zeus, Júpiter y el sol-dios persa, y el culto se extendió hasta los confines de la influencia helénica. No cabe duda de que influyó en los cristianos orientales que lo preconizaron.

Los caldeos adoraban cuatro dioses, uno de los cuales era una virgen reproductora. Hesiodo (s. VIII a.C.) mencionó la trinidad compuesta por Urano, el cielo, Gea, la tierra, su esposa, y Eros, fuerza creadora de la naturaleza. En la India constituían la trinidad, Brahma, ser supremo, creador, conservador (Visnú) y renovador (Shiva). Aún más antigua, la persa estaba formada por Varuna, Indra y Kaatya. Y hay otras.

En cuanto a la custodia, suele tener grabado un sol del que emanan rayos en todas las direcciones. Pues con la misma forma e idéntica función se ofrecía en el culto persa de Mitra, representando la fuerza inmanente del astro. El evangelio de Juan, griego influido por la cultura oriental, trató de lograr la adhesión de los acostumbrados a ese tipo de creencias. Pero la pretensión de la Iglesia de que Cristo está presente en el altar, contradice a los evangelios, puesto que, con una sola ofrenda, Jesús perfeccionó para siempre a los consagrados. Ese sacrificio diario para renovar la vida con su carne y su sangre, era un rito pagano aceptado por gentiles cristianizados. La doctrina de la consubstanciación fue formulada en el x. IX y avalada en Trento. En cuanto a la festividad, se originó en Francia y fue rechazada por Roma. Hasta 1334 no fue declarada obligatoria por el papa de Avignon (Francia) Juan XXII.

La absorción del politeísmo. Todo eso nos ha puesto en contacto con la práctica incorporación de las doctrinas politeístas en la nueva religión. Que se mantuvieron vivas en las creencias populares, no sólo por la profusión de vírgenes distintas, equivalentes a las diosas del paganismo, y de santos jugando el papel de los antiguos dioses, sino por su mera inclusión en el panteón propio. El investigador francés Malvert ofreció un copioso catálogo.

Unos, como Júpiter, Marte, Jano y Minerva, fueron declarados demonios, y otros, considerados bienhechores, fueron simplemente santificados. Aunque aún

se necesitaron reiteradas prohibiciones contra los condenados al infierno, como Belcebú, divinidad egipcia, cuyo nombre significa señor de las moscas, que tenía la más bien útil misión de capturarlas. En muchas fiestas andan aún mezclados. La del vino sustituye, en los países vinícolas, a Baco por san Vicente. Tenía su origen en los dioses orientales importados por Roma, que pobló el cielo con héroes y emperadores divinizados al morir, como dioses secundarios. La costumbre se introdujo en el cristianismo en 880), en que el papa Adriano procedió a la primera canonización. La formalidad reemplazó a la apoteosis con tanta similitud que en el latín medieval, los santos siguieron llamándose divi (dioses). Y fueron representados, como los divi, con el disco solar que, hasta entonces, no había figurado en las imágenes de apóstoles y mártires. Llegaron a ser tantos que hubo que consagrarles, siguiendo el ejemplo latino (de donde viene la palabra panteón, todos los dioses), la fiesta de todos ellos, que reemplazó, en el mes de mayo, la de Cibeles y todos los dioses. Pero como, en esa época del año, no era fácil alimentar a la muchedumbre que acudía a Roma, el papa Gregorio IV, de origen español, la transfirió, en el s. IX, al 1 de noviembre, cuando ya se habían recogido los frutos de la tierra. Ante tal muchedumbre, la imaginación de sus biógrafos no pudo evitar que un mismo milagro se atribuyera a varios de ellos. La más importante recopilación medieval se hizo en el s. XIII, bajo el título de Leyenda áurea; pero, en el s. XVI, el filósofo valenciano Luis Vives, operó un cambio de metal, calificándola de plúmbea. Semejante proliferación llegó a empañar en tal escala el prestigio de la Iglesia que, en su propio campo, se sintió la necesidad de proceder a una depuración. Uno de los que se entregaron a ella en el s. XVII, fue el benedictino francés Mabillon, que redujo a 35 los 80 que reivindicaba su orden, lo que motivó la protesta de su general. De todas formas, la tarea total, llevada a cabo por los llamados bolandistas, tras prever un libro para todos los santos de cada mes, llevaba 66 hasta el 10 de noviembre.

El culto tenía la ventaja de facilitar la incorporación de los dioses paganos, personificando las virtudes curativas de aguas, plantas y minerales, o fenómenos naturales y leyendas antiguas o más recientemente forjadas. Malvert explicó el caso de la Verónica: se representaba la cabeza de Cristo en un lienzo sostenido por un ángel o una mujer, simbolizando a la religión; en la parte inferior se leía vera icónica (en bajo latín verdadera imagen); algunos monjes medievales, no entendiendo bien esas palabras, las reunieron, creyendo encontrar un nombre de mujer, e inventaron la historia de santa Verónica, que no se encuentra en ningún evangelio y se ha reconocido, en el seno mismo de la Iglesia, ser producto de una tradición. Y, a continuación, da el impresionante catálogo.

Los griegos celebraban en enero las fiestas en honor de Hermes (Mercurio) y Nicau, el sol, que se convirtieron, en el calendario católico, en santos Hermes y Nicanor. Las fiestas de Baco, adorado con el nombre de Sóter (salvador), y Apolo, con el de Efoibos, en febrero, se mantuvieron bajo los nombres de san-

tos Solero y Efebo. En abril se celebraba la de Dionisios (nombre griego de Baco), y, al día siguiente, la de Demetrius: el 8 de san Dionisio y el 9 san Demetrio. El 8 de mayo, fiesta de la rubia (flava) Ceres, es santa Flavia. El 9 de mayo, de la púdica Diana, es san Pudente. El 24 de mayo, Palladium de Minerva, se convirtió en san Paladio. En agosto, las saturnales dieron origen a san Saturnino el 22. Los juegos apolinarios y la fiesta de Afrodisia, a santos Apolinario y Afrodisio. El 15 de agosto, Astrea subía al cielo; ese día lo hizo también la Virgen. En octubre se repiten los santos Dionisio y Demetrio, porque se repetían sus fiestas paganas. El 7 de octubre Dionisios era invocado con Eleuterio en las fiestas Rústicas y, tras la segunda fecha de Dionisios, se encuentran san Eleuterio y santa Rústica. El 9 de diciembre era la fiesta de las Gorgonas, que simbolizaban las tinieblas, y es el día de santa Gorgona. El 15 se repite san Dionisio, porque se celebraba otra fiesta en honor de Baco. La fórmula pagana rogare et donare, originó los santos Rogaciano y Donaciano. La de flor et lux, a santas Flora y Lucía, patrona de los ciegos. San Nicéforo repite el sobrenombre Nicefor, de Júpiter. Pelagia, sobrenombre de Juno, fue santa Pelagia. Atenea se convirtió en san Atanasio; Apolo, en santos Apolonio y Apolonia. Como el año pagano empezaba en marzo y era costumbre desearse *felicitatem perpetuam*, el 7 es el día de santas Felicia y Perpetua. Helios dio san Elias, y sus templos, situados en las cimas, se convirtieron en ermitas del santo.

Y refirió el siguiente hecho, por demás ilustrativo. San Guinefort fue un lebrel al que su dueño atravesó con una espada. Tiempo después el castillo fue destruido y los aldeanos lo atribuyeron a castigo del cielo por su injusta muerte. Lo adoraron y llevaron a su tumba mujeres y niños enfermos que curaban milagrosamente. Esteban de Borbón lo hizo desenterrar y quemar en una hoguera; pero se le siguió adorando como santo y mártir en Villenueve de Combes, parroquia de la que es patrono y donde sigue operando curas milagrosas. Su culto llegó hasta Bretaña, donde tiene un santuario en Lamballe.

A propósito de la forma de crearse las leyendas cabe mencionar la gráfica referencia que hace P. Rodríguez (p. 325) de El canto del pájaro de A. de Mello:

"Cuando cada tarde se sentaba el gurú
para las prácticas del culto, siempre –
andaba por allí el gato del ashram –
distrayendo a los fieles. De manera –
que ordenó el gurú que ataran el gato
durante el culto de la tarde.
Mucho después de haber muerto el guru
seguían atando al gato durante el
referido culto. Y, cuando el gato murió
llevaron otro gato al ashram para poder
atarlo durante el culto vespertino.

Siglos más tarde, los discípulos del
gurú escribieron doctos tratados
acerca del papel que desempeña
el gato en la realización de
un culto como es debido."

Los que vieron la telenovela brasileña Roque Santero, basada en un hecho real, tuvieron otra clara ilustración de cómo un avispado fue adorado como santo milagroso en su población, partiendo de la imaginativa deformación de los hechos.

También sobreviven las creencias en sueños y presagios. En Egea (Cilicia) había un célebre templo dedicado a Esculapio, donde acudían los enfermos por la noche, para obtener en sueños la indicación de los remedios que habrían de curarles. Allí murieron santos Cosme y Damián, que heredaron las propiedades del templo. Pero, con el tiempo, la medicina dejó de practicarse en esos lugares y desapareció tal forma de curación, procurada por sugestión, quedando como recuerdo la imposición de manos y la bendición, redescubiertas por la ciencia en el hipnotismo.

Fuentes de propiedades curativas estaban bajo la protección de divinidades que la Iglesia se apropió santificándolas. Se creía que las piedras de formas misteriosas habían sido enviadas por los dioses desde el cielo. Pues como no pudo destruirse esa superstición, se adoptó. Aún no ha desaparecido la virtud atribuida a las piedras horadadas. Como tampoco la creencia de que las cavidades son huellas de pies divinos, que remonta a la antigüedad grecorromana y a la India. En Jerusalén se muestra la huella del turbante de Mahoma en la pared de una mezquita y el hueco circular de la bóveda por donde dicen que ascendió al cielo, lo que tuve ocasión de ver. San Martín debió viajar mucho, a juzgar por la cantidad de pequeñas cavidades que han dado nombre a sus huellas. En una iglesia de Poitiers hay una piedra consagrada a santa Radegunda con la huella del pie derecho de Cristo cuando la visitó en el s. VI, por lo visto, en aparición nada espiritual.

Ha sido, en efecto, táctica habitual de la Iglesia, asimilar un culto extraño cuando le resulta muy difícil desarraigarlo. Los consejos dados a los misioneros se sitúan en esa línea, común, por otra parte, a todas las religiones. Y la práctica se mantiene en nuestros días. El arraigo del 1 de mayo llevó a la Iglesia a situar en ese día la festividad de san José Obrero, cuando ese santo tiene tradicionalmente la fecha del 19 de marzo. Más cerca en el espacio y el tiempo, la edición de la Biblia por la Sociedad Bíblica Católica Internacional de 1995, en ocasión del V centenario de la evangelización de América, al pie de una ilustración de las alturas de Machu-Picchu, se dice desaprensivamente que allí se adoraba al sol, "imagen del Dios único", y compara la cima con la del Sinaí. Las protestas que suscitó este género de concesiones, que restauraban y consolidaban supers-

ticiones antiguas, fueron declaradas heréticas y sofocadas en las hogueras.

La misa y otras manifestaciones litúrgicas El sacerdote se lava las manos antes de gustar el vino, después se prosterna, se levanta, eleva las manos al cielo, las extiende sobre la hostia, se vuelve a los asistentes para bendecirlos con la mano derecha y quema incienso. Son gestos bien conocidos del rito católico fundamental, que no existía entre los primeros cristianos. Se fue ideando para llenar el vacío que se sentía ante los ritos paganos, y la forma más sencilla fue copiarlos. Pues todos esos gestos que se acaban de referir son también los de los oficiantes paganos al operar el sacrificio y los de los budistas. El agua bendita reemplazó a la lustral, con las mismas propiedades; en una pintura del templo de Isis en Pompeya, se ve blandir el hisopo; en el inicio se notan huellas de los himnos al sol y al fuego; las vinajeras son copia exacta de los objetos empleados en las abluciones; el canon reproduce las oraciones con que el sacerdote conjuraba a la divinidad para que aceptara la ofrenda. El incienso era apreciado, no sólo por los dioses paganos, sino también por los egipcios y los budistas, en cuyos templos arde día y noche junto con la madera de sándalo, según pude observar en China. Pero fue combatido, por eso, por los primeros cristianos. Uno de ellos, Arnobio, doctor de la Iglesia, increpó a sus coetáneos paganos; "Os pregunto desde dónde y desde cuándo habéis empezado a conocer tan perfectamente el incienso, que podéis creer con razón que ha de ofrecerse a los dioses y les será agradable." Ignoraba que, con el tiempo, agradaría también al suyo.

A los fieles de Isis se les despedía con una fórmula que significaba despedirse del pueblo. Entre los romanos, la despedida se hacía *"ite missio est"*, que se convirtió en *"ite misa est"*. Nada nuevo introdujo la Iglesia. Casi todas las vestiduras sacerdotales provienen, como los ritos, del paganismo y del budismo. El religioso Huc, cuando fue enviado como misionero al Tibet, se asombró de que allí se practicaran los ritos de su religión. Los libros sagrados están en una lengua arcaica sólo comprendida por los sacerdotes, es muy grande el culto de las reliquias, el organismo monacal es excesivo; el rosario, el celibato eclesiástico, los retiros espirituales, el culto a los santos, el ayuno (que también practicaban los aztecas), las procesiones, y las letanías, están también presentes. Huc consignó su sorpresa en un libro que fue incluido en el índex.

Costumbre especial de los sacerdotes de la más remota antigüedad era afeitarse la barba, y la tonsura era también frecuente. Los sacerdotes egipcios se afeitaban la coronilla y legaron su vestimenta a los sacerdotes católicos hasta no hace mucho tiempo. El bonete cuadrado negro era usado por flaminios romanos de Júpiter. El solideo negro hemisférico cubría a los arvales, como atestiguan algunas figuritas de bronce de cinco siglos antes de nuestra era. La mitra recuerda el antiguo tocado con cabeza de pez de los sacerdotes caldeos y se veía también en Egipto. El báculo era señal de gobierno y autoridad en los tiempos

más antiguos y aparece en manos de los sacerdotes asirios y en algunas monedas galas. La vestidura de los papas está tomada de los reyes de Babilonia, y la cruz que llevan en el pecho, ornaba ya el del rey asirio Samsi-Vul, 835 años a.C. Los ademanes que acompañan a las oraciones fueron tomados del paganismo y del budismo. Las manos juntas se ven en bustos etruscos; extender y levantar ligeramente los brazos era habitual en los sacerdotes paganos. Los budistas se arrodillan para orar, de lo que también fui testigo, y la actitud era familiar en Egipto y fue adoptada en Asiría y Babilonia. Las fórmulas de las oraciones, como el padre nuestro y el credo, parecen tomadas del mazdeísmo, y éste haberlo hecho de las doctrinas védicas. Las letanías reproducen antiguas fórmulas mágicas, empleadas, sobre todo en Caldea, para ahuyentar a los demonios y lograr curas y mercedes. La fórmula empleada por la Iglesia en los exorcismos es la de los caldeos: ¡que salga el demonio! a la Virgen se la invoca con los calificativos y apelativos del paganismo. Por ejemplo, Sirio, heraldo de buen tiempo para los marinos en las madrugadas de julio, fue la *Stella Maris*, la estrella de los mares.

Las procesiones eran una de las manifestaciones más importantes del culto antiguo, que se consideró necesario conservar. Las hogueras de san Juan, que se encienden también en África, prolongan la costumbre de quemar, en el solsticio de verano, apogeo de la aparente carrera del sol, víctimas humanas en su honor, luego reemplazadas por animales. La fiesta del Corpus sustituyó en muchas partes en el s. XIII, a las hogueras, y la custodia que se pasea es la misma que paseaba en Atenas, bajo palio, ni más ni menos que la estatua del dios sol, deteniéndose periódicamente. Siglos antes de Cristo, los budistas llevaban en procesión unas banderas que ha copiado la Iglesia. Sus cantos sagrados han sido tomados, en su mayoría, de las melopeas antiguas, eliminando el instrumental. El cordón brahmánico se ha convertido en el de san José, Tomás de Aquino y la Preciosa Sangre. Los escapularios, medallas, rosas benditas, sagrados corazones y otras representaciones, copian amuletos y talismanes africanos. La fiesta de san Jorge, en abril, reemplazó la pagana de la Pailia; la de san Juan, la pagana del agua en el solsticio estival; la de la Asunción, a la de Diana; san Miguel, con el dragón a sus pies, reproduce el viejo mito de Thraetona pisoteando a la serpiente, como hace la Virgen, ya que solía representarse a una serpiente a los pies de los dioses como imagen de la perpetua lucha entre el sol y las tinieblas, el verano y el invierno. Moisés es el nombre del dios solar Masu, como Saúl es el babilónico del mismo dios. El descanso dominical, no es de origen cristiano ni hebreo, sino pagano, y festejaba al sol. Constantino ordenó en 321 que jueces, artesanos y plebeyos descansaran ese día, lo que se oficializó desde 325. Así, el primer día de la semana pagana era consagrado al sol, como se hace aún en los países europeos del norte y persiste en la lengua: *sunday, sontag.* Mientras que, en los países latinos, conservó el nombre que le dieron los romanos (*dies domini*, día del Señor). Los otros días eran consagrados a los restantes

planetas, como revelan aún sus nombres.

El emblema del budismo tiene la forma de una custodia que representa al sol rodeado de la luna y los planetas entonces conocidos. En la católica se encuentra figurada por la caja colocada en el centro y llamada justamente lúnula en lengua eclesiástica, y antes creciente por estar provista de un arco de círculo con una ranura en la que se colocaba la hostia. Seis cirios representan a los planetas que rodean al santo sacramento en el altar. Los antiguos representaron a menudo al sol por una mano originada en el simbolismo egipcio, que figuraba en Karnak el mito de la Trinidad por un disco solar del que salían manos trayendo la cruz que servía para producir el fuego. En lo que habrá que insistir. Los cristianos pasaron de la mano al busto y, de él, al anciano que, en el s. XI, representaba a la Trinidad, en un grabado, en un papa coronado con la tiara.

Ya se ha visto que las fiestas paganas y las cristianas tienen demasiadas coincidencias como para considerar que puedan ser accidentales. A todo esto se vio obligada la Iglesia para asegurar su triunfo sobre sus rivales, vencidas, pero fuertes aún. Para imponer sus ideales a las grandes masas, debió modificarlos para acercarlos a los prejuicios y las supersticiones del pueblo, que seguía siendo pagano. El papa Gregorio Magno (590-604) se vio obligado a tolerar los sacrificios de animales para ir eliminando los humanos. Y el concilio germánico de 743 prohibió expresamente esos sacrificios, junto con otras ceremonias hasta entonces habituales en la Iglesia. Pero la huella quedó en la calificación de la misa como un sacrificio, en lugar de considerarla como una gozosa comunicación con Dios. La dificultad para desarraigar aquellos hizo que se designara como tal a su rito máximo. Al no lograr convertir a los paganos, no obstante el apoyo del poder, al que habrá que referirse, la Iglesia tomó el partido más fácil y, a lo largo de su existencia, ofreció numerosos ejemplos de sucesivos agregados.

El recurso de la tradición. Para justificar transgresiones a la doctrina originaria y otras más que se verán, la Iglesia debió apelar a la tradición para anteponerla a las llamadas Sagradas Escrituras. Ya se había insinuado lo que venimos diciendo en relación con la jerarquía, en el concilio de Trento, al utilizarse la expresión "por disposición divina" para explicar la evolución. El concilio Vaticano II prefirió otra más acorde con los tiempos modernos: "desde antiguo", porque, "de hecho, la institución jerárquica de la Iglesia ha evolucionado siguiendo leyes sociológicas." (cit. por P.R., 261). Lo que lleva a preguntar si esas leyes se impusieron a la voluntad divina, por no haberlas previsto. Pues con carácter más amplio y mayor desparpajo se explica en la introducción de la edición Nácar-Colunga de la Biblia: "No sólo las Sagradas Escrituras contienen el depósito de la revelación. Se contiene también en la tradición viviente de la Iglesia de Cristo [...] pues, siendo la inspiración un hecho sobrenatural, sólo una autoridad sobrenatural e infalible podrá suficientemente certificamos de él"

Para remachar (pp. 7-8): "La verdad revelada, alma y vida de la Iglesia, antes que en los libros fue escrita en la inteligencia y en el corazón"... de la Iglesia. Allí reside, "vivificada por el Espíritu Santo, libre de las mutaciones de los tiempos y de la fluctuación de las humanas opiniones." Decidido mentís de la afirmación anterior, que se explica porque "el sentir de la Iglesia católica, la doctrina de los Padres y Doctores, que son sus portavoces y testigos; la voz del mismo pueblo fiel, unido a sus pastores y formando con ellos el cuerpo social de la Iglesia, son el criterio supremo según el cual se han juzgado siempre las controversias de los puntos doctrinales, así teóricos como prácticos; y así decretó el Concilio Tridentino que, en la exposición de la Sagrada Escritura, en las cosas de fe y costumbres, a nadie es lícito apartarse del sentir de los Padres de la Iglesia."

En seguida se atropellan las preguntas: ¿no se trata en todo eso de "humanas opiniones" por muy autorizadas que se pretendan y sólo sean de interpretación? ¿cómo hacer cuando los propios Padres, como más de una vez ha ocurrido, discrepan entre sí o con la Iglesia misma? ¿en qué quedan las rectificaciones a que hemos asistido y los diversos perdones y rectificaciones de Juan Pablo II? ¿en qué las peticiones de perdón de las Iglesias española y argentina? ¿cómo concuerda todo con la pretensión de sobrenaturalidad e infalibilidad que la Iglesia se atribuye a sí misma?

Sin responderlas, el catecismo de 1992, que se dice producto de cuatro a seis años de intenso trabajo de teólogos y catequetas, insiste en ello desde el inicio de la introducción, que afirma Juan Pablo II, formulando una doble mentira:

"Conservar el depósito de la fe es la misión que el Señor confió a su Iglesia y que ella realiza en todo tiempo." La primera se verá con mayor claridad en el capítulo siguiente y la segunda se ha evidenciado en todo lo dicho. Más adelante, en el prólogo, se afirma que las fuentes principales de la doctrina son "la Sagrada Escritura, los Santos Padres, la Liturgia y el Magisterio de la Iglesia." Y ya, en el cuerpo de la obra, se reconoce: "A lo largo de los siglos ha habido revelaciones llamadas privadas, algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia", que ha guiado "el sentir de los fieles *(sensus fideliumy* para que sepan "discernir y acoger lo que en estas revelaciones constituye una llamada auténtica de Cristo o de sus santos a la Iglesia." (pp. 28-30) Y se encadenan las falsedades: "Para que este evangelio se conservara siempre vivo y entero en la Iglesia, los apóstoles nombraron como sucesores a los obispos, dejándoles su cargo en el magisterio." Tradición y Sagrada Escritura "están íntimamente unidas y compenetradas. Porque, surgiendo ambas de las misma fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin." Ambas hacen presente y fecundo el misterio de Cristo, que prometió, según Mateo, estar con los suyos "para siempre hasta el fin del mundo".

Con similar desenvoltura se cita la *Lumen gentium* del Vaticano II: "La totalidad de los fieles no puede equivocarse en la fe." (p. 32) Con lo que no sólo se

niega cuántas veces se han equivocado, sino que se silencia cuándo, a lo largo de la historia de la Iglesia, se ha consultado a esa totalidad. Seguidamente se afirma que "Dios es el autor de la Sagrada Escritura. Las verdades reveladas por Dios se contienen y manifiestan en la Sagrada Escritura, se consignaron por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor y como tales han sido confiadas a la Iglesia." (p. 34) Lo que, aparte lo imprudente de tal afirmación, según tendremos amplia ocasión de ver, desmienten en la página siguiente y también, como veremos, en la Biblia del V centenario: "Sin embargo, la fe cristiana no es una religión del Libro. El cristianismo es la religión de la Palabra de Dios." Con lo que se viene a decir que Dios tiene dos palabras. Y ya sobre el disparadero, no se vacila en afirmar:

"La Sagrada Escritura está más en el corazón de la Iglesia que en la materialidad de los libros escritos." Y, por si fuera poco, amartillan: "Todo lo dicho sobre la interpretación de la Escritura queda sometido al juicio definitivo de la Iglesia, que recibió de Dios el encargo y el oficio de conservar e interpretar la palabra de Dios." (pp. 36-37) De esa forma, apoyándose arbitrariamente en textos viejos y modernos, sin decir cómo y con argumentos del tipo de ¿ven esto que les parece un gato? bueno, pues no es un gato, sino un buho, porque así decide que se vea la Iglesia, queda consumado y legitimado, con singular procacidad, el descomunal fraude.

Pero no sólo debe verse en ello la parte fraudulenta de la evolución. Esta era inevitable. Pues era eso o morir. Tampoco hay exclusivismo en ello. Estaba en el orden de las cosas. Como demuestra lo ocurrido en el budismo, que tantas semejanzas tiene, como ya se ha visto y aún se verá, con el cristianismo. Fue también en su origen una enérgica reacción contra el ritualismo existente, cual la prédica de Jesús. Y comenzó reivindicando la igualdad y la libertad. Pero llevaba tres gérmenes mortales que se fueron desarrollando también en la doctrina más reciente: la jerarquía sacerdotal, que le dio también mucha vida, el celibato de su clero y las congregaciones. Por lo que no tardó en transformarse, tanto en la India y el Tibet, como en la China y Japón, en una aristocracia ávida de poder y de riqueza, que vivió a expensas de sus pueblos, inmovilizándolos y debilitándolos. Como en Occidente.

La avidez de riquezas. Puede parecer un contrasentido sostener tal cosa de la jerarquía eclesiástica, cuando pregona la pobreza como excelsa virtud. Pero eso fue, en la realidad, cuando los prosélitos estaban abajo en la escala social y tenían la mayor audiencia en las capas populares, menos armadas para oponerse a la evangelización y sedientas de emanciparse. Por eso se oyeron, en los comienzos, acentos semejantes a los que escucharemos en los profetas. En Mateo (19, 23-24) se encuentra la repetida frase acerca de la gran dificultad de los ricos para entrar en el reino de los cielos. Lo que, sea cual fuere la traducción que se dé a la palabra aguja, sitúa en mala postura a los ricos que se han escudado y

se escudan en la Iglesia para defender sus intereses, y a esta misma, que les ha protegido por encima de toda otra consideración. Digamos de paso que el pagano Celso acusó a Jesús de haberse apropiado un dicho de Platón, que afirmó como imposible que uno sea al mismo tiempo extremadamente bueno y rico. Lo que refutó Orígenes alegando que Jesús no aprendió las letras de los griegos ni de los hebreos (p. 402) Y abona que se trate de algún agregado posterior. También Santiago se preguntó, en una de sus epístolas, si Dios no eligió a los pobres para hacerlos más ricos por la fe y herederos del reino prometido. "¿No son los ricos los que oprimen? ¿Los que os llevan ante los tribunales? ¿Y aún los que blasfeman el bello nombre que lleváis?" (2,6-7 y 5,1-6)

Inspirados en esa vertiente, estalló en el África del Norte, en el s. IV, la querella de los donatistas, que reclamaban la anulación de las deudas y la emancipación de los esclavos. Pero la situación había cambiado. La Iglesia se había convertido en el brazo espiritual del poder y el obispo Optato, en 340, arremetió contra ellos, quejándose del terror que causaban las cartas de los que se decían jefes de los santos, y las violencias y la subversión del orden social que ocasionaban. Agustín retomó la queja en 417, en carta al conde Bonifacio, encargado de la represión. La Iglesia condenaba la violencia de los pobres y soslayaba la menos ruidosa de sus explotadores.

Pero ya antes de su oficialización, la misma Iglesia había tratado de almacenar riquezas que le aseguraran la hegemonía sobre la sociedad. Las aumentó considerablemente la protección imperial. Aunque no fueron sus únicos recursos. Se valió también del temor al infierno y al purgatorio, a los que habrá que referirse, para obtener jugosas donaciones, testamentos y misas de difuntos. Bien que no como deber absoluto, predicó la legación de parte de los bienes a algún establecimiento religioso para asegurar la salvación. Señores curados de alguna enfermedad por algún clérigo hacían también donaciones. Se hizo frecuente en los siglos medievales que las personas sin hijos dejaran sus posesiones a la Iglesia al morir. Por eso, en muchos países, un cuarto de las tierras llegó a ser propiedad suya. En el s. XIII se solía decir que los sacerdotes no iban más que detrás del dinero y las herencias. Por sus denuncias, los franciscanos fueron perseguidos, castigados y encarcelados. Y algunos, hasta quemados vivos en Marsella en 1318. Una canción de gesta se quejó de que los laicos se empobrecían, mientras los clérigos se hacían cada vez más ricos. San Bernardo criticó la abundancia de los cluniacenses y el lujo de los obispos, mientras otros sufrían hambre y frío. Dante se lamentó, en el canto 19 del Infierno: "¡Ay, Constantino, de cuánto mal fue causa, no tu conversión, sino aquella dote que recibió de tí el primer rico pontífice!" Los reyes, incluido el santificado Luis, se quejaron de las pretensiones de la fiscalidad pontificia y Alfonso V de Aragón acusó a su corte de escandalizar a la Iglesia en 1437. Los herederos de los condenados por la Inquisición podían ser privados de sus bienes varias décadas después de la ejecución. Los inquisidores se beneficiaban de los bienes confis-

cados y, como las denuncias eran anónimas, también se beneficiaron denunciantes, seguros de que las torturas harían confesar hasta a los inocentes. Antes de ser papa, dijo Pío II: "Nada se tendrá en Roma sin dinero." Conocido es el escándalo suscitado por León X, con vista a embellecerla, como cualquier emperador pagano, que acabó provocando la más profunda división de la Iglesia. Su hermana recibió parte de los fondos obtenidos. Se decía en los pulpitos que, aunque se hubiera violado a la Virgen, se obtendría la absolución comprando las indulgencias.

No fue el único recurso de que se valió. P. Rodríguez incluyó, como apéndice, la tarifa que promulgó en 1517 para el perdón de las culpas. Dicen algunos de sus muy significativos artículos:

"1. El eclesiástico que incurriere en pecado camal, ya sea con monjas o ya con primas, sobrinas o ahijadas suyas, ya en fin, con otra mujer cualquiera, será absuelto mediante el pago de 67 libras, 12 sueldos.

2. Si el eclesiástico, además del pecado de fornicación, pide ser absuelto del pecado contra natura o de bestialidad, debe pagar 219 libras, 15 sueldos. Más si sólo hubiese cometido pecado contra natura con niños o con bestias y no con mujer, solamente pagará 131 libras, 15 sueldos.

4. La religiosa que quisiera alcanzar la dignidad de abadesa después de haberse entregado a uno o más hombres simultáneamente o sucesivamente, ya dentro ya fuera de su convento, pagará 131 libras, 15 sueldos.

9. La absolución del simple asesinato cometido en la persona de un laico, se fija en 15 libras, 4 sueldos y 3 dineros.

10. Si el asesino hubiese dado muerte a dos o más hombres en un mismo dia, pagará como si hubiese asesinado a uno solo.

15. El que matase a un obispo o prelado de jerarquía superior, pagará 131 libras, 14 sueldos, 6 dineros.

16. Si el matador hubiese dado muerte a muchos sacerdotes en varias ocasiones, pagará 137 libras, 6 sueldos por el primer asesinato y la mitad por los siguientes.

18. El que, por anticipado, quisiera comprar la absolución de todo homicidio accidental que pudiera cometer en lo venidero, pagará 168 libras, 15 sueldos.

19. El hereje que se convirtiese, pagará, por su absolución, 269 libras. El hijo de hereje quemado o ahorcado o ajusticiado en otra forma cualquiera, no podrá rehabilitarse sino mediante el pago de 218 libras, 16 sueldos, 9 dineros.

23. La ciudad que quisiera alcanzar para sus habitantes o bien para sus sacerdotes, frailes o monjas, licencia para comer carne y lacticinios en las épocas en que está prohibido, pagará 781 libras, 10 sueldos.

25. El fraile que, por su mejor conveniencia o gusto, quisiera pasar la vida en una ermita con una mujer, entregará al tesoro pontificio 45 libras, 19 sueldos.

28. El hijo bastardo de un cura que quiera ser preferido para desempeñar el curato de su padre pagará 27 libras, 1 sueldo.

34. El que, por simonía, quisiera adquirir uno o muchos beneficios, se dirigirá a los tesoreros del papa, que le venderán ese derecho a un precio moderado. Hay tarifas para los laicos contrahechos o deformes, tuertos del ojo derecho o izquierdo, los bizcos y los eunucos, para recibir las órdenes sagradas".

Sin olvidar que nos encontramos ante uno de los papas más ensalzados, observemos que hasta los peores asesinatos se perdonan con tal de que se pague por ello, la mayor gravedad delictiva por el hecho de ser hijo de un hereje, y la diferencia, que puede calificarse de abismal, entre lo que podrían llamarse delitos sexuales y los crímenes y asesinatos y, dentro de éstos, entre los cometidos contra laicos y religiosos.

Y no se diga que todos esos ejemplos son viejos, porque abundan también los de ejemplos más recientes. En 1778 había en España 3.000 conventos para casi cien mil monjas y frailes, y no pocos, poseedores de extensas propiedades, estaban deshabitados. Pues bien, cuando las cortes liberales del trienio constitucional del siglo siguiente decidieron la extinción de los que no alcanzasen a 24 religiosos y redujeron a la mitad el diezmo que cobraba la Iglesia, fulminó el anatema contra ellas, cuando, en su propio seno, el obispado de Toledo percibía once millones de reales, mientras a otros sólo llegaban 50.000. Dándose el caso de que el clero español contaba con las rentas más importantes de toda la cristiandad, después de las de Roma, para una población de menos de doce millones de habitantes. En 1826 cada religioso tocaba a más de 21 Ha. de tierra, en un país en que la propiedad estaba muy desigualmente distribuida y millones no accedían a ella. Arremetió también contra las leyes de desamortización de tierras dictadas años después. Ya en el s. XX, al proclamarse la II República, 110.000 eclesiásticos absorbían el 2% del presupuesto nacional, y por su participación activa en la guerra emprendida contra aquélla, Franco la recompensó restableciendo la plena subvención al clero y eximiéndola de contribución territorial. Así se convirtió en la mano derecha del régimen. Los intentos de frenar su expansiva riqueza después, fueron arduamente resistidos. Y cuando, más recientemente, observó que, en las declaraciones del impuesto a la renta, la mayoría de los contribuyentes, incluyendo muchos católicos, preferían verter su impuesto en obras sociales, clamó a favor de que los creyentes los dirigieran para su sostenimiento, en una campaña de "sensibilización" que dio sus frutos en 1997, según reconocieron fuentes de la Conferencia Episcopal Española. Ejemplos semejantes podrían citarse en los demás países en que domina; pero, para no alargar indefinidamente la cuestión, bastará con recordar el turbio asunto del Banco Ambrossiano. Lo que autorizó a Voltaire para resumir el punto diciendo que la Iglesia acaparó los tesoros de los pueblos y de los reyes, "en nombre de aquel mismo Dios que nació y vivió en la pobreza."

La apetencia de poder. Ávida también de poder, defendió su autoridad sobre los príncipes cristianos durante toda la edad media. Y trató desesperada-

mente de conservar el máximo de sus prerrogativas hasta nuestra época. Buscando por todos los medios imponer sus puntos de vista a los no creyentes en las cuestiones litigiosas. Heredera espiritual de los dominios del antiguo imperio, depende, para subsistir, de la absoluta e incontestable obediencia del más humilde hasta el más poderoso de sus feligreses.

Desde que fue reconocida oficialmente, sus jerarquías se vieron investidas de toda autoridad. El jefe de la comunidad era el obispo, que asumía todos los poderes. El régimen aristocrático del imperio fue mantenido, incluso cuando cayó, pues los obispos se reclutaban entre las grandes familias. En general, obispos y abades, dueños de grandes dominios, ejercían todos los poderes del propietario. Reyes y grandes señores hacían nombrar en esas dignidades a sus hijos menores o sobrinos y tomaban por curas a gentes de su servicio. Habrá que insistir en los extremos alcanzados, que explican que sitúe el origen del pecado en la desobediencia, desde el llamado pecado original hasta nuestros días, y que, como se ilustrará, haga tanto hincapié en la obediencia de los subordinados a los superiores. Así lo expresó, con apabullante franqueza, el papa León I (440-461) al emperador de Occidente: "Redundará en ventaja de toda la Iglesia y de vuestro imperio el que en todo el orbe no prevalezca más que solo Dios, una sola fe, un único misterio para la salvación del hombre y una sola confesión."

Originaria es su pretensión de poseer la Verdad absoluta. Que fue lo que la anquilosó y contribuyó a sus derrotas, al oponerse a los avances de la ciencia, con el fin de aferrarse a la autoridad omnímoda que se le escapaba. A las primeras manifestaciones de la merma inevitable, confirió poderes absolutos, primero a un reducido número de hombres, y crecientemente al papa. Los sacerdotes se convirtieron cada vez más en funcionarios preferentemente atentos al ritual. Y el esfuerzo desesperado por mantener la unidad de poder, la llevó a la mayor ruptura de su historia. Así, el avance posterior de la ciencia, no sólo se hizo al margen de ella, sino contra ella., Pero la ciencia era más fuerte y no sólo fracasó en su intento de someterla, sino que, al fin, debió plegarse ante ella.

La mejora de las costumbres. Muchos son los que creen que, aun admitiendo todos esos entuertos, la Iglesia ha jugado al menos un decisivo papel para frenar los desbordes humanos. Sin entrar a dirimir la ardua cuestión de la medida en que ha podido influir en ello, y dejando de lado los que simultáneamente propició, lo cierto es que no lo ha hecho en la escala que generalmente se cree. La historia muestra sin lugar a duda alguna que fracasó en su intento de imponer una moral más elevada, no ya al conjunto de la sociedad, sino ni siquiera entre sus propios adeptos. Y que las épocas en que más absoluto fue su dominio, no se caracterizaron por una semejante elevación moral. Los progresos efectivos que operaron en ese terreno fueron anteriores a ella y se cumplieron después al margen de ella y, en ocasiones, frente a ella. Bastarán algunos ejemplos ilustrativos, aparte los ya vistos.

Cipriano, santo que vivió en el s. III, se quejó de que hubiera obispos que abandonaban a su gente y se paseaban por otras provincias para frecuentar las ferias y enriquecerse con el tráfico; que, lejos de socorrer a sus hermanos, que morían de hambre, usurpaban tierras mediante malos artificios y se beneficiaban de fuertes usuras. Jerónimo denunció después que los prefectos de las provincias cenaban más opíparamente en los monasterios que en los palacios. El citado obispo de Tours atestiguó que había obispos que cometían matanzas, golpes de mano, adulterios y otros crímenes y protagonizaban constantes orgías. Y clérigos, autores de robos violentos de reliquias, homicidios y adulterios. Sin embargo, se muestra sumamente benévolo cuando esos crímenes se cometen por el poder favorecedor de la Iglesia. Así, cuenta que Clodoveo envió en secreto que dijeran al hijo de Sigiberto que si su viejo padre falleciera, heredaría su reino y disfrutaría además de su amistad. Cuando aquél comunicó a Clodoveo que le había matado, éste le envió otra embajada que, aprovechando el momento en que mostraba los tesoros de su padre, le destrozó el cráneo. Con lo que Clodoveo se los apropió y también del reino. Pues semejante crimen no le impidió decir al cronista que Clodoveo "marchaba derecho ante el Señor y hacía las cosas agradables a sus ojos." Es que había consentido en bautizarse. Y como dotarlo, feroz rey merovingio, que mató a su hijo y a sus sobrinos y tuvo por esposas simultáneamente a dos hermanas; pero fue a Tours con magníficos regalos a implorar ante la tumba de san Martín, se limita a decir que era muy voluptuoso, y a poner a Dios como testigo de la justicia de su causa cuando hizo matar a su mujer y a sus hijas.

Carlomagno, en un escrito que pensaba proponer al parlamento de París en 811, se preguntaba "si ha dejado el mundo quien no cesa todos los días de aumentar sus bienes por toda clase de medios, prometiendo el paraíso y amenazando con el infierno, y empleando el nombre de Dios y el de algún santo, para persuadir a los simples que se desprendan de sus bienes y privar de ellos a sus herederos legítimos, que, reducidos a la pobreza, se creen permitidos los crímenes como el latrocinio y el saqueo; si es haber dejado el mundo seguir la pasión de adquirir, hasta corromper por dinero a falsos testigos para obtener el bien de otro y buscar abogados y prebostes crueles o interesados y sin temor de Dios." (art. Abadía del *Diccionario filosófico* de Voltaire.)

Amoul, obispo de Orleáns, denunció, en un concilio del s. X, que los más encumbrados sacerdotes desdeñaban observar las mismas leyes de la Iglesia. Guibert de Nogent, entre otros crímenes cometidos por clérigos, cuenta que uno hizo atravesar con un flechazo a otro en el momento en que se celebraba la misa y ni siquiera fue acusado[2]. A causa de su defectuoso reclutamiento, la mayoría de los eclesiásticos vivía como los laicos, iban armados, cuando los más altos

[2] En las crónicas medievales abundan relatos de profanaciones, robos y destrucciones en las iglesias mismas.

no eran jefes de mesnadas, negociaba con los sacramentos y las cosas sagradas y subastaba las funciones religiosas. Muchos soberanos encontraron en el tráfico de las dignidades episcopales una manera de aumentar sus recursos. De forma que los mejores candidatos se veían postergados por los cadetes de las familias nobles y tan pronto como entraban en funciones, como ya se ha visto un caso, empezaban a reembolsar el costo de su elección.

Empresa tan declaradamente religiosa como las Cruzadas se distinguió por feroces matanzas tras cada victoria y fuera de los combates. Las bandas de la primera expedición se entregaron al pillaje y al asesinato para asegurarse las necesarias provienes. Guibert de Nogent percibió claramente que muchos "desertaron sus posesiones en un ávido deseo de hacerse con las de los demás." Los cruzados saquearon ciudades cristianas y asaltaron a cristianos en Hungría y Constantinopla, ciudad contra la que fue dirigida la cuarta. Numerosas voces, incluso de eclesiásticos, se elevaron contra ellas en el s. XIII. Y siglos después, Voltaire trazó de ellas un agudo perfil: a multitud de nuevos señores, "amantes de la disipación y de la guerra, culpables de crímenes acarreados por el libertinaje, y en una ignorancia tan vergonzosa como sus orgías," propuso el papa "el perdón de sus pecados, y les abría el cielo, imponiéndoles como penitencia seguir la mayor de sus pasiones: acudir al pillaje. Todos rivalizaron, pues, en tomar la cruz." *(Ensayo*, 412) Y, refiriéndose a la emprendida por el santificado Luis IX, cuyas tropas habían quemado la Iglesia de Vitry con parte de la población dentro, agrega que hizo voto, porque le convencieron de ello, "de ir a degollar a millones de hombres, para expiar la muerte de 400 a 500 champaneses." (Id., 420) Inocencio III proclamó la cruzada contra los albigenses en 1207, prometiendo a los grandes señores del norte las propiedades de los nobles de la región, mientras que Luis VIII acariciaba la posibilidad de extender sus dominios al sur.

El disoluto comportamiento del personal eclesiástico provocó severas reacciones contra la institución durante el período medieval. Pues la reforma gregoriana sólo produjo parciales y lentos resultados. Las comunidades religiosas se apropiaron de la mayor parte de las rentas, sin ninguna consideración para los curas que quedaban en la indigencia. Siguió habiendo sacerdotes casados, ignorantes, miserables o ambiciosos, que se esforzaban por beneficiarse del temor mágico que inspiraban. En las contiendas comunales se aludió frecuentemente a la fortuna de la Iglesia y de sus miembros. Lo que fue la base de numerosas herejías, extirpadas a sangre y fuego. En el último tercio del s. XIII, los miembros de las órdenes mendicantes azuzaron en sus sermones ese sentimiento de ironía y hostilidad hacia las gentes de iglesia. Salimbeno de Parma, cumbre historiográfica de esos religiosos, trazó así la semblanza del obispo de su ciudad: "gran estafador, gran gastador [...] fue acusado ante el papa Urbano de ser estafador, disipador y enajenador de los bienes episcopales", aunque, con el tiempo, "hizo mucha caridad". Y dice haber visto en un capítulo provincial de

Sena, "unos trescientos frailes, entre los cuales gran número de laicos, que no hacían más que comer y dormir."

El arcipreste de Hita, entre otros, atestiguó de ese comportamiento en Castilla, satirizado también por las *Coplas del Provincial*. En el s. XIV, el lujo y ostentación de los cardenales, rodeados de protegidos y ostentando excesivos beneficios, suscitó numerosas críticas. Más adelante, en 1493, el abad Tritcmo reprochaba a sus congéneres pasar los días en placeres impúdicos, la embriaguez, el juego y el atarse a los bienes terrenales. El excelente costumbrista que escribió *La Celestina*, enumeró los servicios, dinero, víveres, promesas y honores que recibía, desde obispos a sacristanes, en retribución de las mujeres que tenía a su servicio, pues, como cada uno "lo recibía de aquellos diezmos de Dios, así lo venían luego a registrar para que comiese yo y aquellas sus devotas."

Los Reyes Católicos encargaron a su embajador en Roma que defendiera la ley adoptada por 1as cortes de Toledo en 1480, haciendo ver que había personas que, confiando en la primera tonsura, cometían muchos y graves delitos, porque los padres les hacían profesar en su mocedad para que fueran defendidos por los jueces de la Iglesia, si perpetraban algún crimen, y no fueran castigados. Lo que ejemplifica la complicidad de toda la institución. Sabido es que tantos excesos provocaron la doble reacción de la Reforma y la Contrarreforma. Sin que terminaran con esos excesos, aunque mermaran. La embriaguez era común en el s. XVI y nada raras las agresiones de unos religiosos a otros, a veces hasta a cuchilladas en el recinto mismo de las iglesias. Los monjes abandonaban la vida en común y poseían bienes propios. Abundaba el caso de los dignatarios que no se hacían cargo de sus funciones ni aparecían por sus sedes, aunque percibían sus beneficios.

Luis Vives, en su tratado *Del socorro de los pobres*, escrito en la ciudad belga de Brujas, denunció que obispos y presbíteros habían convertido "en haciendas y rentas propias el que fue patrimonio de los pobres." Cuando ellos "y los abades de las otras jerarquías eclesiásticas, no más que con querer, aliviarían la mayor parte de los necesitados con la grandeza de sus rentas." Y advirtió que se cuidara de que, "en ningún tiempo, los sacerdotes inviertan en provecho suyo el dinero de los pobres so pretexto de piedad o celebración de misa." La Iglesia, que condenaba como herejía que se le arrancara la asistencia social que tan mal administraba, reaccionó violentamente en los lugares en que se conoció la obra. El fraile Lorenzo de Villavicencio la calificó de "pestilencial, perniciosa e injuriosa en grado sumo para la dignidad de la Iglesia", sin hacer gala del mismo rigor contra los abusos denunciados. Pero, antes de que la obra apareciera, nada menos que un papa, el efímero Adriano VI, había dicho, al prometer la reforma de la Iglesia: "Sabemos muy bien que en esta Santa Sede se cometen cosas abominables desde hace muchos años; se abusa de las cosas espirituales, se infringen los mandamientos y, en fin, todo se ha trocado en lo contrario, por ma-

nera que no hay que admirarse de que el mal haya pasado de la cabeza a los miembros, de los papas a los prelados y al bajo clero. Todos nosotros, es decir, prelados y clérigos, nos hemos apartado de la senda recta y hace tiempo que no ha habido ninguno que haya obrado bien, ni uno solo." Y es que los príncipes de la Iglesia, al igual que los tiranos, entre otras cosas, introducían a sus queridas en la sociedad eclesiástica y el reclutamiento del personal no había mejorado sustancialmente. La nobleza seguía acaparando los cargos eclesiásticos y reyes y príncipes siguieron designando para los más altos a gentes sin vocación, mientras los papas seguían practicando la simonía. Por eso en 1544, a varias décadas de las reformas de Cisneros, el nuevo arzobispo de Valencia, fray Tomás de Villanueva, llamó la atención por la celeridad con que ocupó su sede, ya que, de los ocho obispos con que había contado el reino en los últimos 112 años, sólo el último había residido cuatro allí. Los demás, ni siquiera se habían acercado a tomar posesión, haciéndose reemplazar en los sínodos. Tres años después promulgó unas sinodales que, por las prohibiciones que contenían, revelaban que había párrocos que vivían fuera de sus parroquias, clérigos que se metían en negocios y se beneficiaban de las distribuciones diarias, aunque no asistieran al coro, cometían abusos en la propagación de las indulgencias, sacerdotes indebidamente promovidos, clérigos que vivían en concubinato o tenían dueñas a modo de servidoras, confesores que recibían dinero como penitencia y por celebrar misas, que, en las iglesias, se producían borracheras y se hacían serenatas y que, en los medios eclesiásticos, actuaban mujeres de mala fama o conducta. Un contemporáneo denunció la compra-venta de cosas sagradas, robos y sacrilegios, a más del lujo y la ostentación de muchos clérigos que criaban perros para la caza con el pan que pertenecía a los pobres.

J. Gorrero, embajador veneciano en la corte de Francisco I, comentó, en 1569, las consecuencias del concordato firmado por el rey con León X: "se puso a distribuir los obispados a petición de las damas, a dar abadías a soldados como recompensa, a prodigar esos favores a toda clase de personas sin consultar sus méritos. Enrique, su sucesor, no actuó con mayor prudencia." Con el resultado de que fue, "por esa puerta y por esa amplia brecha, por donde la herejía penetró en Francia. Los ministros enviados desde Ginebra, para excitar al pueblo a la aversión de los sacerdotes y los monjes, no tenían más que pintar su conducta deshonrosa." *(Documents inédits de l'histoire de France,* t. II, p. 129) El rigor inquisitorial en España hizo que, a mediados del s. XVI, las rentas de los bienes raíces de la Iglesia ascendieran a la mitad de todas las del reino. Cuando la mayoría de la población se debatía en la miseria.

Y más en el siglo siguiente, en que aumentó el clero en proporciones considerables. Pero no porque la religiosidad fuera mayor, sino porque, como bastaba la tonsura para disfrutar de los privilegios del fuero y, sobre todo, asegurase la vida, cuanto más empeoraba la situación económica, más candidatos había. También la exención de quintas traía a muchos campesinos a los conventos, y

había padres que, para escapar a la imposición, ordenaban a alguno de sus hijos y ponían a su nombre los bienes familiares. Así, los privilegios de que la Iglesia disfrutaba, procuraba y ásperamente defendía, conspiraban contra sus declarados fines espirituales, postergando la moral y privilegiando el dogma y sus conveniencias.

Cortes y reyes en España y otras naciones, se esforzaron por limitar la tendencia. Durante el reinado de Carlos II, en 1689, se envió una circular a los obispos en la que se decía:

> "El número de los que han tomado las órdenes menores, ha aumentado en los últimos tiempos hasta tal extremo que, en muchos pueblos, resulta difícil encontrar un hombre célibe que no esté ordenado. Muchos de los hombres maduros se ordenan también cuando mueren sus mujeres, y casi todos hacen esto por gozar de la inmunidad legal, para vivir con mayor libertad, para eludir los impuestos y otros motivos mundanos."

Y como buena parte de la jerarquía era fruto del nacimiento y la ambición, abundaron las censuras por el bajo nivel moral e intelectual del clero. Los palacios de los obispos no se diferenciaban en servidumbre y gentes armadas de los de los grandes. El cardenal infante don Fernando, arzobispo de Toledo, era mariscal en Bélgica sin haber pisado su sede. Y, mientras aumentaba la miseria, la Iglesia, insensible, se enriquecía cada vez más, porque, al no poder enajenar sus bienes, su riqueza acumulativa se nutría de las desventuras de los demás. Y si de Europa pasamos a América, baste con citar al virrey de Méjico Antonio de Mendoza, quien señalaba que las tasas de mantenimiento de clérigos e iglesias costaban de imponer porque "los clérigos que vienen a estas partes son ruines y todos se fundan sobre el interés."

Podrían citarse ejemplo más recientes, algunos, tanto como los escándalos sexuales en Estados Unidos y otros países; pero no es tan necesario alargar más la enumeración. Porque lo que se ha tratado simplemente de demostrar es que, frente a la tan difundida como interesada afirmación de que los excesos y distorsiones de nuestra época son debidos al abandono de la religión, el cual ha desbordado los diques morales, y que este desborde es producto del descreimiento, en las épocas en que la Iglesia dominaba todas las conciencias, la situación era peor que en la nuestra, incluyendo a los llamados a predicar con el ejemplo. Y que ni siquiera la siniestra amenaza de los sufrimientos eternos, de los que habrá que ocuparse, bastó para alcanzar el fin propuesto.

Y es que no en todos creían en ellos. P. Rodríguez incluyó en la obra citada (p. 111) fragmentos de cartas de pontífices, muy ilustrativas al respecto. La primera, de Gregorio VII, el gran reformador, que el 9 de marzo de 1078, escribió al legado pontificio Hugues de Die: "La costumbre de Roma consiste en tolerar ciertas cosas y silenciar otras." León X, el de la venta de indulgencias y la tasa de absoluciones, se dirigió al cardenal Bembo en estos términos: "Desde tiempos inmemoriales es sabido cuan provechosa nos ha resultado esa fábula de

Jesucristo." Y Clemente XII (1730-1741) le decía a Montfaucon: "Se me reprocha que de vez en cuando me entretenga con Tasso, Dante y Ariosto. Pero ¿es que no saben que su lectura es el delicioso brebaje que me ayuda a digerir la grosera sustancia de los estúpidos doctores de la Iglesia? ¿Es que no saben que esos poetas me proporcionan brillantes colores, con ayuda de los cuales soporto los absurdos de la religión?"

¿Podría asegurarse que Juan Pablo II creía en lo que proclamaba? Si realmente creyera en ello ¿no debería haberse confiado a la voluntad de Dios, en lugar de protegerse con un invento mecánico como el papamóvil, siendo así que los eclesiásticos clamaron, cuando se inventó el pararrayos, que usarlo era oponerse a la voluntad divina? Aunque cierto es que todas las iglesias lo tienen ahora, por si Dios se descuida.

Todo esto no quiere decir que nos hayamos propuesto llevar a pensar que no ha habido gente digna y sincera en el seno de la Iglesia. Ya se ha visto que la mayoría de las denuncias que se mencionan se originaron justamente en su interior. En ella, como en toda institución humana, hubo y hay gente de bien, capaz de la mayor abnegación, como otros muchos hechos lo demuestran, y mucho pillo y algo más. Y si las costumbres han mejorado en su propio seno, como en el resto, en los últimos siglos, no se ha debido a su propia dinámica, sino a la mejora operada en la sociedad, independientemente de ella y, muchas veces, imponiéndose a su resistencia.

Cristianismo y esclavitud. Especie harto difundida es que, al menos, la prédica y la acción cristianas provocaron la desaparición de la esclavitud en el mundo antiguo, al proclamar la igualdad entre todos los hombres. Ignoran u olvidan los que tal creen que esa igualdad sólo se proclamó en el terreno espiritual y con vistas a la vida ultraterrena. Pero lo cierto es que, abundando en lo que desarrollé más extensamente en otra obra, "en este valle de lágrimas", ni la produjo ni siquiera se lo propuso, por considerar que era una de las consecuencias de la pérdida del paraíso. Ocurrió, en realidad, algo parecido a la mosca que, posándose en el coche en el momento en que éste va a partir, se atribuye haberlo hecho marchar. Porque cierto es que la esclavitud declinó, sin desaparecer sin embargo, coincidiendo con el auge del cristianismo. Pero se trató de dos procesos independientes, aunque algo pudiera influir uno sobre el otro. La época en que la esclavitud inició su visible declinación, en el s. II, no había registrado aún una significativa penetración de la nueva creencia en las capas acomodadas del imperio romano. Lo que dio el real impulso a su desaparición fue el cambio sufrido por las circunstancias económicas.

La aparición del salario, con objeto de incentivar al esclavo y aumentar su productividad, llevaba en germen un elemento disolvente. En los primeros años del imperio, cuando empezaron a escasear las tradicionales fuentes de aprovisionamiento, este régimen adquirió un gran desarrollo que vislumbraba su futu-

ra preeminencia. Ayudó que los pequeños propietarios, expulsados de sus tierras por el auge de la competencia extranjera, entraron en rivalidad con la mano de obra servil. La finalización de las conquistas impidió la renovación de ésta con la frecuencia y abundancia necesarias como para mantener el florecimiento anterior. Pues el vacío no podía ser ocupado por la adquisición comercial. El enrarecimiento ocasionado por la *"pax romana"* produjo su inevitable encarecimiento y muchos propietarios debieron mejorar las condiciones de su servidumbre para acrecentar su rendimiento, alargar su vida y lograr, mediante el incremento de la procreación, lo que no podía obtenerse en el mercado. Otros encontraron la solución en el colonato, que acabó por prevalecer en el campo. La declinación del imperio hizo perder a los esclavos su importancia. Las ciudades se despoblaron en beneficio del campo, y aquéllos fueron desapareciendo incluso en las grandes explotaciones agrícolas, por su bajo rendimiento y el agotamiento de capitales y tierras. Las grandes servidumbres dejaron de ser rentables, aunque muchos las mantuvieran por ostentación.

Pero cuando el proceso se acentuó, en los siglos II y III, fue surgiendo una nueva clase, los siervos de la gleba, que tenía la ventaja de no requerir capital para mantener la fuerza de trabajo. El empobrecimiento general, con la consiguiente merma de la población y la creciente necesidad de acudir a esos bárbaros que habían servido como cantera de esclavos, para convertirlos en soldados, hizo que muchos propietarios, no pudiendo mantener su tren de vida, se decidieran a vender o emancipar buena parte de su servidumbre. Pues la importancia de las manumisiones no esperó, para manifestarse, que Cristo iniciara, según los evangelios, su predicación. En los últimos tiempos de la República fueron lo suficientemente numerosas como para que Augusto, el primer emperador, iniciara la legislación restrictiva. No motorizaban, pues, el proceso móviles morales o religiosos, sino el interés o la conveniencia. Y, cuando el Imperio desapareció, el ritmo se acentuó, a la par del estancamiento económico.

Tampoco los impulsos morales, que los hubo, esperaron a los cristianos para manifestarse. Voces generosas se habían levantado ya a favor de los esclavos y condenado por injusta su condición. Eurípides, que vivió en el s. V a.C., en la antigua Grecia, había dicho, oponiéndose a Aristóteles antes de que éste la justificara, que muchos esclavos eran más libres de espíritu que no pocos hombres libres, y los sofistas proclamaron la igualdad natural de los hombres, precisando Alcidamante que la naturaleza no hace a ninguno esclavo. Flemón (361-262) sostuvo que los esclavos eran tan hombres como sus amos. Varrón y Columela (s. I y II respectivamente a.C.) recomendaron que se les considerara y se les tratara bien. Cicerón abogó porque se mejorara su situación. El emperador Claudio, que reinó del 41 al 54, inició la legislación contra los malos tratos. Otros emperadores facilitaron las manumisiones. La ley Pretoria quitó a los amos el derecho de condenarlos a luchar contra las fieras en el circo sin que mediara sentencia judicial. Séneca comía con ellos y recomendaba que se les

tratara con clemencia, recordando que habían nacido de la misma semilla que el hombre libre, disfrutaban del mismo cielo y aspiraban el mismo aire. Así pensaban generalmente los estoicos y Dión Crisóstomo, que, como Séneca, vivió en el s. I de nuestra era, declaró que la esclavitud era contraria a la ley natural. Plutarco censuró el pensamiento utilitario de Catón el Mayor al respecto. El emperador Domiciano prohibió la castración y la mutilación. Adriano obligó a que, al venderlos a los tratantes, constara el motivo de la venta. Diocleciano, de execrada memoria para los cristianos por una persecución que exageraron y quedó chiquitita al lado de las que ellos emprenderían después, prohibió que fueran esclavizados los deudores insolventes y que nadie lo fuera por ningún acto o convenio, aunque él mismo se reconociera tal. Ninguno de estos emperadores actuó por influencia del cristianismo. Paralelamente se desarrollaba la tendencia utilitarista, que trataba de mejorar su condición ante la evidencia de que los buenos cuidados y la buena alimentación aumentaban el rendimiento.

Pero eso no es todo. Pues, contra lo que muchos creen aún, los cristianos ni siquiera se propusieron acabar con la esclavitud. Les sorprenderá saber que el apóstol Pedro, en su I epístola, recomendó al esclavo (empleando la palabra siervo, porque la otra aún no existía) que obedecieran a sus amos con todo respeto, y no sólo a los "buenos y comprensivos, sino a los que son duros", porque veía el mayor mérito en soportar malos tratos sin haberlos merecido (2, 18 y 19) Señalemos, de pasada, que la edición bíblica de 1995 suaviza taimadamente el texto sustituyendo la palabra siervo por sirvientes, y amos por patrones. Esfuerzo que resulta inútil porque los textos abundan y han olvidado la precaución en algún otro. Como en la epístola o carta de Pablo a los efesios, en que atenuando la de amos, por "patrones de este mundo" y edulcorando el texto, que, en traducción más respetuosa, resulta: "Siervos, obedeced a vuestros amos según la carne con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo", cumpliendo con toda el alma "la voluntad de Dios." (6,5) El mismo Pablo, recomendó a los corintios que cada uno siguiera en la condición en que le puso el Señor, y lo reiteró (7,17 y 20). Y a Tito:

"Exhorta a los siervos a que sean sujetos a sus señores, que agraden en todo, que no sean respondones." (2,9) Y remachó ante los colosenses (en traducción más exacta que confirma el artificio de las anteriores): "Siervos, obedezcan en todo a sus amos de la tierra, no sólo en presencia del patrono, para ganar su consideración, sino con sinceridad, porque tienen presente al Señor" que lo recompensará. (3, 22 y 24) Y, en la I a Timoteo, precisó que si los amos son cristianos no se les debe faltar al respeto bajo pretexto de que son hermanos, sino que, por eso precisamente, debe servírseles mejor. (6, 1) Con lo que claramente se limita cualquier veleidad de ampliar el sentido de la mentada igualdad. Pues, aunque se duda de que algunas de las epístolas que se atribuyen a Pablo sean realmente de él, todos proclamaron el orden de cosas existente como establecido por Dios, con lo que el que tratara de modificarlo, a la voluntad divina de

oponía.

Así se trató de cortar los anhelos de los oprimidos que deseaban escapar a su suerte, como testimonian las frecuentes rebeliones de esclavos, algunas inspiradas en las utopías antiguas. El cristianismo se limitó a dar a esas ansias una nueva esperanza; pero sin proponer, cuando pudo hacerlo, medidas legislativas que hacia esa emancipación encaminaran. Aunque algo pudiera influir en bs paliativos que se adoptaron. Sobre todo, porque la nueva religión se extendió más rápidamente entre esclavos y oprimidos y predicaba el amor al prójimo y la exaltación de la pobreza, aunque esto sirviera al mismo tiempo para que los pobres aceptaran con mejor talante su postergada condición. También es cierto que la manumisión fue considerada como una de las limosnas más valiosas y que también pudieron influir las reivindicaciones más o menos vigorosas que formularan los esclavos cristianos, ligados solidariamente con sus amos por el nexo religioso.

Los padres de la Iglesia aceptaron también la esclavitud. Juan Crisóstomo (no confundir con el citado Dión) aconsejó al esclavo preferirla a su manumisión. Agustín afirmó ser querida por Dios y, frente a los padres que sostenían, al menos, la igualdad natural, se inclinó a favor de la doctrina aristotélica de la desigualdad natural de los hombres y trató de demostrar que la ley hebrea, que ordenaba liberar al esclavo al cabo de siete años, no era aplicable a los cristianos. Transitaría la misma senda Isidoro de Sevilla, también santificado. Los mismos apologistas poseyeron esclavos sin avergonzarse. Y, más tarde, Tomás de Aquino, noble napolitano que la Iglesia venera como uno de sus santos más preclaros, no previo derecho especial para ellos, aunque considerara al esclavo libre de contraer matrimonio y que no pudiera ser vendido separadamente de su familia, y se unió al coro de los que le pedían aceptar su condición como preparatoria de una libertad superior en el más allá. Los estatutos de la orden de Cluny excomulgaban, en 1320, a aquellos de sus miembros que manumitieran o liberaran a sus siervos. Y, en 1458, se dispuso que los administradores de la orden juraran expresamente no manumitirlos. Todavía la defendió Bossuet, en sus advertencias a los protestantes en el siglo XVIÍ1, apoyándose en san Pablo.

En Inglaterra e Italia se mantuvo hasta el s. XVII, y venecianos y genoveses hicieron de su tráfico una de las actividades más rentables. En Francia menguó cuando la guerra dejó de ser fuente de ingresos y se cerró la zona germánica que IHS esclavos debían atravesar. Mas, reanudada la expansión con Carlomagno, numerosos sajones fueron esclavizados. Se mantuvo reducida, salvo en la zona costera y meridional, donde la cercanía de los musulmanes permitió un abundante aprovisionamiento. Uno de los obispos de Besançon confesó descaradamente las motivaciones prácticas: hacer producir tierras incultas multiplicando los réditos. También está atestiguada su permanencia en Bélgica y Alemania.

Lo que produjo un sensible descenso en buena parte de Europa fue el descubrimiento del nuevo tiro del caballo que, al localizarse en el pecho, permitió un

mayor despliegue de la fuerza del animal. Y también, la introducción del arado de ruedas y la sustitución del cultivo bienal por el trienal, sobre todo, en los países agrícolas no comerciantes de la Europa central y septentrional. Pero hasta las Cruzadas, que, no obstante ser empresa Cristina por antonomasia, la acrecentó considerablemente. Los cristianos armenios de Kara se dedicaron a atacar musulmanes por los caminos para venderlos a los cruzados. A cambio, muchos latinos fueron vendidos como tales en otros lados hasta a los turcos. Y no hará falta referirse a los prisioneros.

Se vendían en Burdeos a fines del siglo XVI y Luis XIII, en el XVII, dio permiso para que entraran esclavos, y no sólo negros, en todo su reino de Francia. En 1777, una declaración real afirmaba que gran cantidad de esclavos arrancados al cultivo de las colonias, eran introducidos para alimentar la vanidad de sus dueños. Y no fue la Iglesia la que determinó su abolición definitiva en ese país, sino la por ella denostada Revolución Francesa.

Pero donde se mantuvo con mayor vigor fue precisamente en los países de más acendrada fe religiosa: Italia, sur de Francia, España y Portugal, y aún en mayor medida, en estos dos países, a causa de una guerra de eminente carácter religioso, emprendida más de una vez, justamente para procurárselos. En España, el Fuero Juzgo y, en menor escala, las Partidas, preveían penas de esclavitud. La conquista de las Canarias por Castilla, proporcionó buen número de esclavos durante un siglo. Las empresas bélicas, comerciales y piráticas de los estados marítimos de la corona de Aragón la alimentaron en grandes proporciones. Las conquistas de Mallorca, Valencia y Murcia aportaron un gran número, y la institución se mantuvo en auge en los siglos XIV y XV, los de apogeo económico y político. No sólo de musulmanes, sino también de sardos, griegos ortodoxos, rusos y balcánicos y, fuera del campo cristianos, de turcos, caucásicos y tártaros. Sólo disminuyeron a causa de la declinación de Granada por la España políticamente unida, reportó otro gran número. También fueron condenados a esclavitud los rebeldes de las Alpujarras de 1568. En 1555 se contaban unos 100.000 en toda España. Adquiridos principalmente por clérigos, médicos, notarios y artesanos ricos. En 1559 las cortes de Toledo se quejaron de la abundancia de esclavos fugitivos, y Cervantes atestiguó más tarde la existencia de esclavos blancos. Hasta fines del s. XVII no puede considerarse desaparecida en los estados de la corona de Aragón, aunque quedaron rescoldos en el XVIII. Abundan considerablemente los documentos que lo comprueban. Los descubrimientos ultramarinos, como se sabe, la intensificaron considerablemente y no sólo en esos territorios. No fue suprimida en el territorio peninsular y las posesiones africanas hasta 1837. Y no precisamente por influencia de la Iglesia, sino, como en el caso de Francia, por unas igualmente denostadas cortes liberales. Pero no lo fue en Cuba y Puerto Rico por la recia oposición de los hacendados. Y cuando finalmente lo fue, se vio impulsada, una vez más, por la opinión liberal, sobreponiéndose a la oposición de la tradicionalista. Huelga referirse a

la esclavitud en el territorio americano, por sobradamente conocida. Menos conocido es, en cambio, que los jesuítas disfrutaron de una especie de monopolio de ese flagelo humano, y que, en plena lucha abolicionista en Brasil, muchos eran los eclesiásticos que defendían ardorosamente su mantenimiento, basándose precisamente en razones de carácter religioso. Y, aunque, en los últimos tiempos, hubo también cantidad de sacerdotes que apoyaron el abolicionismo, no lo hizo la Iglesia como cuerpo. Poco conocido es también, por otra parte, que, en los Estados Unidos, los contrarios a su abolición, se apoyaron precisamente en la Biblia, donde se muestra en plenitud, para sostener su posición.

Pero aún hay más. Porque, no sólo la Iglesia no se propuso acabar con la esclavitud, sino que se benefició de ella. Constantino eximió al clero de pagar nuevos impuestos por los esclavos que poseyera. Tan natural se consideraba tenerlos que Paulino de Pella, gran señor que vistió los hábitos en su vejez pudo decir sin sonrojo: "he respetado siempre el pudor. Me he contentado con el amor de las mujeres esclavas que estaban al servicio de mi casa." Puesto que, al ser esclavas, se consideraba su disfrute como uso legítimo del derecho de propiedad. Una abundantísima documentación atestigua que poseyeron esclavos, iglesias y conventos. Sin que su condición fuera mejor, sino peor en la mayoría de los casos. Porque como se ponían bajo la advocación de algún santo, nadie podía discutir o arrebatar al propio santo lo que era de su propiedad. Pero sí que se permitían iglesias y monasterios comerciar con ellos. Y lo hicieron durante siglos, autorizados por la ley, que sólo prohibía entregar esclavos cristianos a dueños que no lo fueran. De tal forma respetó la Iglesia la posesión de esta fuerza humana, que cerró sus puertas a los esclavos que no tuvieran consentimiento de sus dueños para ser libres. Varios concilios se pronunciaron en ese sentido. Con lo que, una vez más, se situó a la zaga de los laicos, desde el momento en que los municipios libres los acogían incondicionalmente y concedían la libertad a cuantos pisaban su suelo. Incluso para validar el matrimonio entre esclavos, la Iglesia exigía el consentimiento del amo. Y llegó a considerar signo de distinción la posesión de un mayor número. Como demuestra la estipulación de un concilio de Toledo del s. XVI, que sólo admitía que una iglesia tuviera sacerdote propio si no contaba al menos con diez esclavos. Y hasta imponía la esclavitud por motivos religiosos. La herejía era causa de tal condena e incurrían en ella los cristianos que ayudaran a sus amos trabajando "en el día del Señor".

Así que el nuevo catecismo miente por omisión, al considerar (p. 527, parágrafo 2414) la esclavitud y comercio de seres humanos como un pecado contra la dignidad de la persona y citar a Pablo de Tarso cuando recomienda al amo cristiano que trate a su esclavo cristiano (¿y a los otros, no?) "como un hermano", silenciando sus reiteradas recomendaciones de sumisión y todo lo que se ha venido diciendo. Aunque tal afirmación contenga, de todas formas, una solapada condena a la propia Iglesia, que los tuvo y explotó durante tantos siglos.

Semejante tergiversación de los hechos se comete páginas después (534-535, par. 2448): "los oprimidos por la miseria son objeto de un amor de preferencia por parte de la Iglesia, que, desde los orígenes, y a pesar de los fallos de muchos de sus miembros, no ha cesado de trabajar para aliviarlos, defenderlos y liberarlos." Porque se presenta la excepción como norma, dejando en el silencio sus recomendaciones reiteradas de sumisión y mantenimiento de la situación social existente, como deseada por Dios y, por tanto, como inamovible. No han sido "muchos de sus miembros" los que han fallado, sino la Iglesia misma, con la excepción de otros de sus miembros, la que ha fallado durante siglos, al ponerse, desde su oficialización, al lado del poder para servirle de instrumento, en oposición a las demandas de los marginados. Cuya mejora de condición, salvo excepciones, se ha logrado al margen de ella y frente a ella en todos los países donde ha dominado, cualquiera que haya sido su tímida prédica de labios para afuera.

Infierno y purgatorio. Llegados a este punto, una pregunta atosigará a más de uno: si la Iglesia se ha desviado a tal extremo de lo predicado por Cristo y de sus propias enseñanzas morales ¿cómo pudo alcanzar tal extensión y mantenerse, aunque debilitada, hasta nuestro tiempo? Es un argumento que se ha empleado, así como la supuesta rapidez de su expansión, como prueba milagrosa de su veracidad. Pura falacia, ya que, de aceptar ese argumento, nos tendríamos que hacer mahometanos puesto que el Islam se propagó con mucha mayor rapidez. En sólo un siglo dominaba en una extensión mayor que el Cristianismo en sus más de 300 años de existencia originaria. La respuesta a esa pregunta es muy simple, aunque implicará el descubrimiento de hechos desconocidos por la mayoría de creyentes. Lo ha logrado fundamentalmente por el terror, sobre todo, tan pronto como alcanzó las esferas del poder. Primero, por el más directo producido por el temor al infierno, que cimentó su poder y permanencia.

Desbrozada ya una parte del camino, parece llegado el momento de referirse a él, aunque Juan Pablo II, obligado por la inconsistencia del dogma en nuestras sociedades civilizadas, lo haya relegado a la simple privación de Dios, como habían hecho ya los protestantes. Es conveniente hacerlo, no obstante, para disipar la turbación de muchas almas sencillas a las que no habrá llegado el reconocimiento papal. Y es bueno hacerlo, porque tan tardío reconocimiento no elimina el hecho de que la Iglesia, durante tantos siglos y hasta fecha tan reciente haya mantenido una creencia que tantos beneficios de todo orden le ha reportado.

Lo cierto es que, en la Biblia, base fundamental del cristianismo, no se menciona semejante castigo. Cuando Yavé maldice a Adán, se limita a decirle que del polvo viene y al polvo volverá. No a las llamas eternas. Cuando percibe que la creación de la especie humana se ha desviado por derroteros no previstos por él y la castiga con el diluvio, se ve que no disponía de esa pena, que hubiera

sido más justa por discriminatoria. Si se repasan los capítulos 26 del Levítico y 28 del Deuteronomio, minucioso catálogo de castigos, se encuentra toda clase de penas y calamidades, exclusivamente terrenales. Tampoco menciona el infierno ninguno de los patriarcas, ni Moisés, que hablaba a cada rato con Dios y había sido educado en Egipto, donde creían que los muertos llevaban una existencia sombría en el shéol. Hasta la época helenística no apareció la creencia en un estado de felicidad para los buenos y simple carencia de ella para los malvados. Las primeras referencias a algo parecido se encuentran en los evangelios de Marcos (9, 43-49) y Mateo (5, 22 y 29), que se refieren a la gehenna del fuego. Pero dicha expresión sólo constituía una metáfora referida a los vertederos de basura que, en tiempo de Jesús, ardían en un valle (Ge-Hinnon) en las afueras de Jerusalén. Aunque la Biblia del 95 sigue traduciendo por infierno las dos veces que lo menciona Mateo. La frase que sigue en Marcos "donde ni el gusano muere ni el fuego se apaga", procede de Isaías y tiene otro sentido, al hacer decir a Yavé que verán los cadáveres de los que se rebelaron contra él, "cuyo gusano nunca morirá y cuyo fuego no se apagará". Así que el vocablo se refería a un lugar preciso, donde, en el lenguaje corriente del tiempo, se mandaba oralmente a los que actuaban mal. De ahí la abundancia de las referencias al tal valle.

Ocurrió que, fuera de Israel, se tradujo gehenna por infer-nus, que procede de inferís, inferior, creyendo que ese mundo de los muertos estaba bajo tierra, como afirma Platón en el *Fedón* y parecían atestiguar los volcanes, y ahí se asentó el dogma que, durante casi dos milenios, ha aterrorizado a buena parte de la humanidad y mayor beneficio ha proporcionado a la Iglesia. Ya vislumbrado por Pablo en su epístola a los romanos, cuando anunció las penas que recaerían sobre los malvados: "sufrimientos y angustias", tras "una sentencia de reprobación" (2, 8-9). Pero demostrando no tener una clara idea al respecto.

Todavía no se encuentra, en el credo elaborado en Nicea, referencia al infierno, pena que, en todo caso, al principio, era sólo temporal. Pero, en el concilio de Constantinopla de 453, se decidió que fuera eterna. El de Letrán de 1123 impuso el dogma de su existencia y amenazó con prisión, tormento y hasta muerte, a quienes lo negasen. Pero como la aceptación no era unánime, la Iglesia anunció la posibilidad del rescate siempre que hubiera arrepentimiento de los pecados cometidos, antes de morir, le legaran sus riquezas y se dispusiera la celebración de misas de difuntos, convenientemente retribuidas. Mientras una iconografía, inspirada, sin embargo, en textos declarados apócrifos, difundía el terror.

Aún no había aparecido el purgatorio, que tampoco se menciona en lugar alguno de la Biblia,[3] y sólo se inventó en el s. XIII y fue definido por el papado en 1279, con objeto de que las almas pudieran ser rescatadas por cualquier deu-

[3] Aunque los griegos habían concebido la idea, como puede verse en el diálogo platónico Fedón.

do que aumentara los caudales de la Iglesia con sus donaciones. Lo que permitió a la Iglesia enriquecerse más aún con la venta de indulgencias, a la que ya nos hemos referido cuando alcanzó su cúspide. El último reducto de duda que quede por el hecho de que Jesús, según el evangelio, fuera tentado por el diablo y se pasara parte de su vida pública expulsando demonios, tratará de disiparse en el capítulo siguiente. Por el momento, cabe señalar, en todo caso, que resulta por demás contradictorio creer en el amor y la misericordia de Dios, al mismo tiempo que en un lugar de torturas eternas, a las que condenaría el mismo Dios que recomienda a los mortales el perdón de las ofensas de sus prójimos, pretendiendo, con ello, que le sean moralmente superiores.

La resurrección de los muertos.- Esta creencia está muy directamente vinculada con la anterior, al punto de que hemos debido tocarla indirectamente. Por lo dicho, ya se supondrá que tampoco se encuentran en el Antiguo Testamento textos que la avalen. Al contrario, en el libro Seracides se dice expresamente: "Una vez muerto, el hombre no tiene ante sí más que podredumbre, las fieras y los gusanos." (10, 11) Y "el hijo del hombre no es inmortal" (17, 30)

En el Nuevo Testamento sí que se refieren a ella varios pasajes en los evangelios de Marcos, Mateo y Juan. Y, en los *Hechos de los apóstoles*, atribuidos a Lucas, se encuentra otra referencia (4,2), aunque rechazada significativamente por el auditorio. Cierto es que Pablo hizo de ella caballo de batalla de su predicación. Es que, aunque la Judea permanecía al margen del movimiento religioso del Imperio, las nuevas ideas habían penetrado en su interior y los esenios habían adoptado la idea griega de la inmortalidad y los fariseos, la irania de la resurrección y la inmortalidad del alma, así como la de los premios y castigos en la otra vida, la cual revierte el frecuente triunfo de los malos sobre los buenos. En cambio, los saduceos no aceptaban tal creencia.

Por eso, el judío imaginado por Celso, que escribió hacia el año 178 el ataque más penetrante desde el punto de vista pagano, aunque sin suficiente eco, en una obra que tituló *Discurso de la verdad* y refutó insuficientemente Orígenes, por quien se conoce, afirmaba lo poco original de la doctrina cristiana de la resurrección de los muertos, el juicio final y el premio de los justos y castigo de los impíos. (112)

Cabe recordar la precisión en que Juan hace entrar a Jesús en varias ocasiones. Una, en 5,21: "Como el Padre resucita a los muertos y les da vida, también el Hijo da vida a los que quiere." Lo que es claramente restrictivo. Y en 29: "Los que obraron el bien resucitarán para la vida; pero los que obraron el mal irán a la condenación." Con lo que se entiende que no resucitarán. Lo reitera en 6, 40 "toda persona que, al contemplar al Hijo, crea en él, tendrá vida eterna y yo lo resucitaré el último día." Y en 44, 47 y 54.

Hasta los años 150-180 no apareció una primera fórmula en la que cinco creencias eran exigidas a los deseosos de bautizarse. Después, se fue precisan-

do, a lo largo de un proceso de controversias que cerró el concilio de Nicea de 325, estableciéndolo como artículo de fe. Y, para comprender mejor el alcance de la expresión, habrá que recurrir al concilio Vaticano I, que, en abril de 1870, definió esa virtud como "sobrenatural, por medio de la cual, gracias a la ayuda de Dios y a su inspiración, creemos que todo lo que El ha revelado es verdadero, y lo creemos, no porque la verdad intrínseca de las cosas aparezca así a nuestra razón, sino por la autoridad del mismo Dios que lo revela, el cual ni puede engañarse ni puede engañamos." (P;R., 349) Clara confesión de que dicha virtud no se asienta sobre nada sólido. Esta profesión de fe o credo elaborado en Nicea fue dos veces modificado y hasta el s. V no se confeccionó una versión completa, que sólo se introdujo en Roma en el s. X por mandato, no del papa, sino del emperador Otón el Grande, como símbolo del bautismo.

Todo este largo proceso de transformaciones, lo defiende así el último catecismo: "Esta síntesis de la fe no ha sido hecha según las opiniones humanas, sino que, de toda la Escritura, ha sido recogido lo que hay en ella para dar, en su integridad, la única enseñanza de la fe." (51, 186) Con lo que, aparte de la significativa confesión de que ha sido la Iglesia la que ha juzgado arbitrariamente de esa importancia, cabe agregar que la unicidad de esa profesión de fe resulta muy problemática cuando se comparan los distintos textos del credo.

El más antiguo comenzaba: "Creo en Dios Padre omnipotente". El de Nicea: "Creemos en un solo Dios, padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible." Y el actual: "Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra." Esta diferencia de matiz es mayor de lo que aparenta, pues, en el texto griego original figuraba Dios como dominador de todo, lo que se tradujo como omnipotente, que es la fórmula que siguen empleando las constituciones modernas, legitimando subrepticiamente en su nombre el poder político. Cuando podrían emplearse otros calificativos más cristianos, como misericordioso, por ejemplo. Según los dos primeros textos, Jesús fue engendrado por el Espíritu Santo en el vientre de María. La Iglesia lo cambió por "concebido por obra y gracia del Espíritu Santo", eliminando la referencia a la humanidad de la Virgen. En los nías antiguos sólo se decía que Jesús fue crucificado y sepultado; pero la Iglesia, deseando eliminar las contradicciones en tomo al punto, agregó las palabras "padeció" y "poder" de Pilato, con objeto de magnificar su sacrificio y la responsabilidad conjunta de judíos y romanos. Los dos primero textos sólo decían que fue crucificado y sepultado; pero como esto abría la puerta de que pudo no haber muerto, punto que habrá que tratar, la Iglesia intercaló la palabra, agregando que bajó a los infiernos. Descenso que había aparecido en el evangelio apócrifo de Nicodemo, anterior a los aceptados por ella y declarado falso en el concilio de Laodicea. Con lo que la Iglesia obliga a creer hoy en lo que repudió la institución cuando se hallaba más cerca de la tradición, de que tanto se reclama. También se suprimió la fórmula niceana de que, tras el Juicio Final, vendría un tiempo cuyo reino sería

eterno. Pasando por alto otras modificaciones, cabe observar que el perdón de los pecados tiende a asegurar la penitencia administrada por la propia Iglesia. Por último, volviendo al tema después de este desvío, lo que, en el primer texto, fue "resurrección de la carne", se transformó en Nicea en "la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro" (P.R., 350-355). Para convertirse finalmente en "resurrección de la carne y la vida perdurable", como me enseñaron en mi infancia. Aunque no deje de sorprender que sólo Juan, recordemos, cronológicamente el último evangelista, afirme el poder de resucitar a los muertos el día del Juicio Final y nada digan los otros.

Pero, aunque se siga defendiendo y lo crea aún muchísima gente, hace ya más de dos siglos que Voltaire, armado con el poderoso escalpelo de su razón, había pulverizado esta creencia:

"Un muerto resucita al cabo de algunos días; es necesario que todas las partes imperceptibles de su cuerpo que han sido exhaladas al aire y que los vientos han transportado lejos, retornen para colocarse cada una en su lugar, que los gusanos y los pájaros o los demás animales nutridos con la sustancia de ese cadáver devuelvan lo que han tomado. Los gusanos engordados con las entrañas de ese hombre, han sido comidos por golondrinas, éstas por urracas, éstas por halcones, y estos, a su vez, por buitres. Es necesario que cada uno restituya precisamente lo que pertenecía al muerto, sin lo cual, éste ya no sería la misma persona." (Ensayo, 112)

Y amartilló en su Diccionario filosófico:

"Un soldado bretón va al Canadá: se encuentra con que, por azar bastante común, le falta la alimentación: se ve obligado a comer a un iroqués que ha matado la víspera. Este iroqués se había alimentado de jesuítas durante dos o tres meses; una gran parte de su cuerpo se había hecho jesuíta. He ahí al cuerpo de ese soldado compuesto de iroqués, de jesuita y de todo lo que ha comido antes. ¿Cómo recuperará cada uno precisamente lo que le pertenece?"

Afirmando que la materia faltaría para resucitar a los millones de hombres de varias generaciones. Y aún podrían agregarse a las preguntas espinosas que deja en el aire, cómo se reconstituirían todos los cuerpos que son extraídos de los cementerios del planeta para dar lugar a otros o los de los quemados por esa misma Iglesia por no compartir sus creencias. Ya que fue por considerar que el cuerpo participa de la resurrección, por lo que la Iglesia se opuso hasta hace relativamente poco tiempo a la cremación. Y aún queda el problema de las almas que deben unirse al cuerpo en el momento de la resurrección, que hace que el mismo Voltaire se pregunte qué se habrían hecho entre tanto las de todos esos cuerpos "esperando el momento de volver a su estuche." Ya que, por muy inmateriales que fueren, no se ve bien el lugar del universo que les serviría de algo así como de sala de espera. Ya no puede ser el cielo, puesto que éste ha sido desplazado por los modernos conocimientos astronómicos. Sin contar con que si el alma va al cielo sin necesidad del cuerpo, huelga la resurrección y, si

hay juicio final, hasta entonces no puede haber castigo, y sobraban infierno y purgatorio.

Pero mucho antes que Voltaire, ya Celso, al par que señalaba que había cristianos que rechazaban el dogma de la resurrección (349), había calificado de tontería que cuando Dios, haciendo de cocinero, trajera el fuego, todo el género humano quedaría asado y sólo sobrevivirían, no sólo los que entonces vivieren, sino también los que murieron en cualquier tiempo, saliendo de la tierra en sus propias carnes, esperanza propia de gusanos, ya que ¿qué alma echaría de menos otra vez un cuerpo podrido y qué cuerpo totalmente corrompido podría volver a su naturaleza y estructura originarias? Sólo mediante la "extravagante escapatoria" de que todo es posible para Dios. Orígenes no tuvo más remedio que negar que sostuvieran tal cosa y, abonando esta idea, se cita a Pablo, en su I epístola a los corintios (15, 35-38), en que, refutando a los que objetaban la resurrección, afirmó que desde la misma manera que lo que se siembra no se vivifica si no muere, lo que se siembra no es el cuerpo que ha de nacer, sino un simple grano o semilla al que Dios da cuerpo como quiere y a cada semilla su propio cuerpo. (346) Lo que si es antecedente de la similar explicación posterior, que se verá, no disipa la confusión. Pues lo cierto es que, pese a la negativa de Orígenes, que reitera más adelante, el credo posterior afirmó la resurrección de los muertos y de la carne. Aunque el mismo Orígenes confiese al fin (487) que este tema de la resurrección es "largo y difícil de explicar", para lo que se considera sin fuerzas, apelando, para solventar la dificultad, al algún sabio "muy adelantado en sabiduría."-

Pues, al cabo de los siglos, aún no ha aparecido ese sabio, puesto que, ante la imposibilidad de defender lo que aparece ya como tremendo disparate, el catecismo de 1992 se zafa olímpicamente de la cuestión afirmando que el cómo resuciten los muertos "sobrepasa nuestra imaginación y nuestro entendimiento; no es accesible más que en la fe." (234, 1000)

La contribución del poder.- Al terror espiritual, se agregó el impuesto por el poder imperial. Pues la Iglesia, que atruena siempre con sus quejas cuando se siente perseguida, guarda un piadoso silencio sobre las muchas persecuciones que ha ejercido y sigue ejerciendo donde puede. Pero como éstas son, por ello, menos conocidas, nos tendremos que detener un ñoco en ellas. Muchos rostros de los frisos del antiguo Egipto aparecen destrozados por esta saña aniquiladora. El nuevo converso Firminius Maternus pidió a Constante y Constancio, emperadores que sucedieron a Constantino, que hicieran quitar los ornamentos de los templos paganos, los fundieran en hornos y se hicieran dueños de todos sus dones. Ambos emperadores dispusieron en 346 el cierre de todos los templos paganos y la prohibición de los sacrificios bajo pena de ser pasado por la espada. Los bienes del condenado se adjudicaban al fisco, y los gobernadores de provincias que omitieran el cumplimiento de la disposición serían castigados.

Nuevo edicto se promulgó en 353, sometiendo a la pena capital "a los convictos de cumplir sacrificios o reverenciar estatuas." Nuevas leyes se adoptaron en 356 contra los sacrificios y la visita a los templos, que era lo que procuraba las rentas de la religión tradicional, igualmente bajo pena de muerte. En 392 se ordenó que quien osara hacer ofrendas, aunque fueran de poco valor, sería despojado de la casa o propiedad donde se hubiere comprobado el hecho. Y lo propio en todos los lugares donde se hubiera quemado incienso. Con lo que, por ironía de los tiempos, todos los templos católicos sufrirían hoy la misma pena. No obstante lo dicho, el santo Juan Crisóstomo (347-407) no tuvo empacho en afirmar: "Aunque ninguno de nuestros emperadores haya atormentado a los paganos ni tratado de obligarles abjurar, la idolatría se extingue y muere, a fin de que el poder de la verdad y la impotencia de la mentira estallen a pleno día." (cit. por Bouché-Leclerc)

El culto personalizado de que se hacía objeto al emperador se injertó en el dogma cristiano de que todo poder viene de Dios. Hasta Teodosio (379-395) conservaron el título de sumo pontífice, sin modificar la esencia de ese poder. Los actos posteriores a la conversión de Constantino inclinarían a pensar que se trató sobre todo de un cálculo de oportunismo político, pues no se distinguieron por su desinterés. En realidad, la tolerancia había sido ya establecida por Galerio en 311. Lo que estableció el edicto de Milán, que la Iglesia, más sensible a los bienes materiales, hizo sintomáticamente prevalecer, me devolver a las colectividades cristianas los bienes que les habían sido confiscados.

Cómo se llegó a esta situación se verá en el capítulo siguiente. Baste, por ahora, señalar que, pese a todo, el ejército siguió mayoritariamente fiel al paganismo, como los intelectuales de mayor prestigio y la mayoría de las familias senatoriales. Eso fue lo que hizo posible la reacción del emperador Juliano, un tanto tardía y demasiado corta, puesto que sólo reinó de 361 a 363, y otro más débil treinta años más tarde. Pero ya Teodosio había asestado el golpe de gracia al paganismo, ordenando que todos sus súbditos aceptaran la doctrina cristiana tal como lo concebía la Iglesia, y que cuantos perseveraran en las viejas creencias fueran duramente multados, desterrados o ejecutados, que se multara también a los funcionarios negligentes y se prohibiera el culto incluso en el interior de las casas y propiedades privadas. Los libros sibilinos y otros fueron quemados. Hipatia, el último de los grandes maestros platónicos, fue linchado por los monjes de Alejandría y su cuerpo, mutilado, fue abandonado a los perros. Tales fueron los máximos instrumentos de persuasión, que lograron efectivamente numerosas conversiones. Pero, más aparentes que reales, introdujeron, a modo de venganza, sus propios ritos y creencias en la triunfante religión.

Este apoyo oficial tuvo su inevitable contrapartida en la injerencia del poder político en las cuestiones religiosas. Ya se ha visto la de Constantino en Nicea, con el agravante de que, dos años después, se entrevistó con Arrio, le declaró ortodoxo, e hizo exiliar al obispo Atanasio de Alejandría por oponerse a la re-

habilitación. Sus sucesores, siguiendo su ejemplo, convocaron concilios para convertir en artículos de fe sus propias convicciones. Y como hasta Teodosio, los emperadores fueron amaños, con la excepción de Juliano, inclinaron la balanza de ese lado. Aunque, al final, el juego de fuerzas les fue adverso. La primera ejecución conocida tuvo lugar en 386, y fueron sus víctimas Prisciliano, obispo de Lusitania, y algunos partidarios suyos. Preconizaban suprimir las profundas diferencias existentes entre poderosos y postergados, frente a una Iglesia que anteponía sus intereses a la doctrina. Cual demuestra que, en el concilio de 586, se objetara el testamento de un obispo que había dejado sus bienes a los pobres, porque "las necesidades de los eclesiásticos no obtenían de ello la más mínima utilidad." Siguieron otras ejecuciones que produjeron nuevos motivos de disgustos y disturbios. Mientras la Iglesia se enriquecía a tal extremo con legados y donaciones, que Valentiniano I (364-375) se vio obligado a prohibir los de señoritas y viudas.

El hierro y el fuego. El espíritu de exterminio de los discrepantes siguió vivo durante todo el período medieval. Luca Giordano inmortalizó al santo Benito, fundador de los benedictinos, destruyendo, en el siglo VI, los ídolos de Monte Cassino, en cuadro que se conserva en Montserrat. Gregorio de Tours dijo de Arrio: "fundador de una secta impía, después de haber expulsado sus entrañas con sus excrementos, fue enviado a las llamas del infierno." Y cada vez que se refiere a los reyes arríanos, agrega un duro calificativo infamante. Isidoro de Sevilla escribió de Hunerico que "terminó miserablemente su vida en medio de los innumerables estragos y de las impiedades que había cometido entre los católicos, desparramadas sus entrañas todas, como Arrio, su padre". Pero la violencia verbal sólo se esgrimía cuando no se disponía de fuerza suficiente para imponer la física. En 785 se castigaba con pena de muerte a los sajones sometidos, simplemente por comer carne en cuaresma, quemar el cuerpo de un difunto según el rito pagano o rechazar el bautismo. Católicos santificados, casi matemáticamente coetáneos y tan distinguidos como Tomás de Aquino y Luis IX de Francia, la preconizaron abiertamente. El primero, afirmando en su Summa Teológica, obra cumbre del cristianismo medieval, que el príncipe debía imponer la pena de muerte al hereje "como justa retribución a su tarea corruptora del alma." Y el segundo, que cuando oyeran maldecir de la ley cristiana, atravesaran el vientre de quien lo hiciere con la espada, tanto como pudiera entrar. Irónicamente debió su curación de una rebelde disentería, cuando cayó prisionero de los infieles en su segunda cruzada, a un médico musulmán, más magnánimo que él sin ser santo. Así, desde el s. XIII, se dispuso la muerte en la hoguera de los herejes, como resultado de la enseñanza de la Iglesia, enmendando así la plana al mismo Dios, que permitía su existencia. A ella correspondía la investigación del delito, dejando, como forma de lanzar la piedra y esconder la mano, la ejecución al poder civil, dueño de la fuerza para hacerlo.

El crecimiento de los albigenses, hizo que el papa Inocencio III predicara una feroz cruzada contra ellos, en 1209, llevada a sangre y fuego. Tras la toma de la ciudad de Béziers, se atribuyó al inquisidor, consultado sobre cómo distinguir entre herejes y ortodoxos, la respuesta de que mataran sin discriminar, pues ya Dios reconocería a los suyos. Lo que si no me cierto, ilustra lo despiadado de la represión. Fue esa cruzada la que llevó a crear la Inquisición, ideada por el papado y dominada por él, como instrumento más eficaz para combatir la herejía. En Inglaterra apareció en 1309, por una sola vez, y donde actuó con mayor rigor fue en Francia, Alemania e Italia.

Pues, por mucho que pueda sorprender, en España no apareció hasta fines del s. XIV. Pero se revigorizó un siglo después, cuando en los otros países declinaba. El primer gran filósofo español, Raimundo Lulio (Lull), fue declarado hereje por haber afirmado justamente que no se les debía matar y que judíos y mahometanos podían salvarse esgrimiendo la razón para convencerles. Desde el s. XIII los concilios trataron de restringir los matrimonios con moros y judíos, y la matanza de éstos, en el siglo siguiente, fue provocada por la predicación del arcediano de Ecija, que les acusó de la muerte de Cristo. La nueva Inquisición se estableció en Castilla en 1478, y tropezó con fuerte resistencia en los estados de la corona de Aragón, aunque también en Castilla se alzaron voces contra la rigidez y arbitrariedad de sus procedimientos. Los métodos de tortura eran crueles y refinados y se aplicaban incluso contra jovencitas y ancianas, asegurando su lentitud un mayor efecto. La entrega del condenado al brazo secular para que ejecutara la sentencia, requería la presencia de un funcionario de la Inquisición, que debía atestiguar que había sido cumplida. Contraviniendo con ello la recomendación que .rKsiis hizo a sus discípulos, según Mateo (7, 1) y Lucas (6, 37). Y sin olvidar que, extremando la crueldad, se quemaban seres vivos y que, para que la quema sirviera de escarmiento, se gratificaba al que asistiera con cuarenta días de indulgencia.

Vivo fue quemado en Roma, donde la Iglesia ejercía el doble poder espiritual y temporal, Giordano Bruno, el 16 de febrero de 1600, que había escrito un libro que demuestra que la Tierra se movía y había otros mundos además del nuestro. Lo fue por orden del papa Clemente VIII, quien acudió a la ejecución acompañado de cardenales, obispos y arzobispos. Y Galileo no lo fue, porque se retractó en 1633, a los setenta años; pero la Inquisición le mantuvo bajo su vigilancia.

Para que se tenga una idea más cabal del horror que eso representaba, me permito transcribir lo que escribió el historiador francés Michelet en el s. XIX en relación con ese feroz tormento:

> "El suplicio del fuego era sumamente variable, arbitrario hasta el infinito. A veces rápido, ilusorio, cuando estrangulaba de antemano; a veces horriblemente largo, cuando el paciente era puesto vivo sobre carbones mas encendidos, vuelto y revuelto varias veces, mediante un gancho de hierro, o aún quemando lentamente con un pequeño fuego de madera

verde."

Y, concretándose al caso del obispo protestante Hooper:

"fue sumamente torturado, quemado en tres veces: hubo un fuego demasiado escaso; se trajo más; pero demasiado verde y como el viento lo desviaba, el humo no le ahogaba. Se le oía, medio quemado, pedir: '¡Madera, buenas gentes, madera! ¡Aumentad el fuego!' Lo grasiento de las piernas estaba tostado, la cara estaba toda negra y la lengua, hinchada, salía. Corrían la grasa y la sangre; al destruirse la piel del vientre, las entrañas se escaparon. Sin embargo, vivía aún y se golpeaba el pecho. Un llanto universal se elevó de toda la plaza, la multitud lloraba como un solo hombre."

Pero el horror no terminaba ahí. Porque, en general, no se trataba de "individuos aislados, eran hombres completos, familias, eran maridos y padres. En las puertas de sus prisiones rezaban sus mujeres y sus hijos. No conozco más santos monumentos en toda la historia del mundo, que las cartas simples, graves y patéticas que escriben a sus mujeres desde el fondo de sus celdas."

¡Es duro! Pero no lo fue lo suficiente como para apiadar el corazón de los inquisidores ni el de la Iglesia en general. Por eso, diremos con él: "Los delicados, los egoístas, dirán:

'¡Apartad esos detalles! [...] Nos perturbáis los nervios'. A lo cual responderemos: '¡mejor si sufrís! [...] La indiferencia pública es el azote que perpetúa y renueva los males!"

Y no de esos mayores males colaterales desde el punto de vista moral, era fomentar la delación, a lo que ya nos hemos referido. A los que hay que agregar los "espectáculos" menores, como azotes y exposiciones públicas, que, además de ser degradantes, no sólo para los reos, sino también para cuantos los presenciaban, desbordaban de crueldad.

Ante tales horrores se convendrá en que queda pálida la propia pasión de Cristo, tan explotada por la Iglesia.

Tampoco podemos pasar por alto la noche de san Bartolomé, en Francia, durante la cual, los católicos franceses produjeron la matanza de miles de protestantes. Lo que el papa Gregorio XIII celebró iluminando Roma, bendiciendo a los asesinos, dando gracias a Dios en oficios religiosos y participando en procesiones. Y no olvidemos tampoco que las víctimas eran también cristianas. Lo que obliga a preguntarse si puede una institución que ha descendido a tales abismos de crueldad y ensañamiento, tener autoridad moral para reclamarse de un credo de amor y perdón, que invita a devolver bien por mal, y considera como una de las virtudes capitales la misericordia.

Lo que empaña precisamente el perfil de Francisco de Vitoria, pregonado creador del derecho internacional, es que afirmara que era justo matar, aunque no hubiera guerra, a los perturbadores de la paz pública y también al enemigo en una guerra defensiva, aunque esté en fuga, y que, en caso de ser necesario

para obtener la victoria, se hiciera lo propio incluso con la población indefensa. Con lo que justificó de antemano *el* crimen de Guernica y los otros bombardeos sobre las ciudades abiertas de su propio país por la aviación ítalogermana, y los de los pilotos españoles que lo hacían los domingos, luego de haberse puesto en paz con Dios oyendo una misa. Como los que siguieron después. Pero lo que empaña aún más el perfil de la Iglesia, es que lo hiciera, apoyándose en Pablo de Tarso, Silvestre, Agustín, Ambrosio, Tomás de Aquino y otros "santos doctores".

Por eso resulta de una descomunal hipocresía la forma en que el último catecismo trata de escapar de la cuestión (505, 2297): "La tortura que usa de violencia física o moral para arrancar confesiones para castigar a los culpables, animar a los que se oponen, satisfacer el odio, es contrario al respeto de la persona y de la dignidad humana." Y, en letra pequeña, la que invita al lector un tanto apresurado a saltearla, se confiesa:

> "En tiempos pasados, se recurrió de modo ordinario a prácticas crueles por parte de autoridades legítimas para mantener la ley y el orden, con frecuencia sin protesta de los pastores de la Iglesia, que incluso adoptaron, en sus propios tribunales, las prescripciones del derecho romano sobre la tortura. Junto a estos hechos lamentables, la Iglesia ha enseñado siempre el deber de clemencia y de misericordia; prohibió a los clérigos derramar sangre."

Taimada manera de pasar sobre los horrores de la Inquisición (que, en España, fue abolida por las primeras cortes liberales, restaurada por impulso de la Iglesia y definitivamente abolida en el trienio liberal de 1820-1823 con su cerrada oposición) haciendo recaer la máxima responsabilidad sobre el derecho romano; presentando a la Iglesia como compartiendo 6808 prácticas como excepción (cuando era la norma activa y universalmente practicada por ella), y oponiendo como prevaleciente una defensa de la clemencia, que la historia registra como una exigua excepción.

Sobre todos esos crímenes suele echarse, por otra parte, el manto de que se trataba de la mentalidad de la época. Pero ¿no debía una institución que pretende ser la representante de Dios en la Tierra y hablar en su nombre, tratar de atenuarla en lugar de azuzarla? Sin contar con que siglos antes, ya se habían formulado y practicado principios más humanos. ¿No la descalifica que, diciéndose inspirada por Dios, cambie con los tiempos y casi siempre bajo presión de los que actúan al margen de ella y a menudo frente a ella? ¿Y no ha sido responsable de crueldades semejantes en tiempos mucho más recientes?

Aún no estamos, por ejemplo, a distancia de un siglo de la persecución ejercida contra los "sin Dios" durante la guerra de España y la represión franquista posterior, activamente apoyada por ella, en su odio, no sólo al comunismo, sino a las ideas liberales, condenadas por Pío IX. La Iglesia, opuesta a la República antes de que se proclamara, colaboró en la preparación de la insurrección militar de 1936, justificando previamente, en un libro firmado por Cristóbal de Cas-

tro, "el derecho a la rebeldía", con apoyo de textos cristianos. Y lo ratificó el cardenal Goma, primado de España, en su pastoral de 1937: "Toda criatura tiene derecho a entrar en guerra contra otra, cuando esta última se pone en guerra contra Dios". Lo que se contradice con el último catecismo, que sostiene (425-426): "no hay autoridad que no provenga de Dios y las que existen, por Dios han sido constituidas. De modo que quien se opone a la autoridad, se rebela contra el orden divino, y los rebeldes se atraen sobre sí mismos la condenación", según sostuvo Pablo de Tarso en su epístola a los romanos. Con lo cual, ese esfuerzo por poner las cosas al día, condena, no sólo a la Iglesia española, sino a la totalidad de la Iglesia, puesto que Pío XII, terminada la guerra, nombró al jefe de esa insurrección, el siniestro general Franco, vicario de la milicia de Cristo. Transitando la misma senda, los obispos españoles, en carta colectiva que honrosamente no rubricaron ni el de Vitoria, que la replicó, ni el arzobispo de Tarragona, calificaron el 1 de julio de 1937 la guerra emprendida por los militares rebeldes, de "plebiscito armado" y de "teológicamente justa". y no vacilaron en retratarse haciendo el saludo nazi. Un plebiscito, recordemos, en el que participaron españoles de tan pura cepa como alemanes hitlerianos e italianos de Mussolini, **y,** entre otros, ocupando lugar relevante musulmanes marroquíes, contra los que la Iglesia tradicional se vanagloria de haber hecho combatir nada menos que al apóstol Santiago.

Una vez encaramada en las alturas del poder, apoyó activa-mente la sangrienta represión. El obispo de Mallorca bendijo los aviones mandados por Mussolini para bombardear indiscriminadamente las ciudades republicanas, y el de Cartagena, hizo verbalmente lo propio con los cañones "si en las flechas que abren florece el Evangelio." Muchos otros ejemplos podrían agregarse, como el del sermón oído en la catedral de Se-govia por el falangista desengañado Dionisio Ridruejo, autor del himno a la Falange: "La patria debe ser renovada; toda la mala hierba, arrancada; toda la semilla extirpada. No es éste el momento para escrúpulos." El prestigioso católico francés Georges Bernanos, se dolió de que las numerosas matanzas perpetradas en Mallorca fueran públicamente aprobadas por Ja gran mayoría del clero, y recogió el testimonio de un domi-pico francés a quien un jesuíta español afirmó, en 1937, que sólo podría restablecerse el catolicismo en España sacrificando a dos millones de malvados.

Se necesitaron más de tres meses de matanzas para que se alzara la escuálida y muy tímida voz del obispo de Pamplona, pidiendo que cesara el derramamiento de sangre; pero aceptando las sentencias dictadas por los tribunales. Cuando, en ellos, el defensor de oficio, siempre militar, reconocía infaltablemente las acusaciones y se limitaba a solicitar clemencia. Lo que no podía ignorar, porque, en su sede, de acusada tradición religiosa, habían sido ejecutadas tantas personas como Votos había obtenido el Frente Popular en las últimas elecciones. Y porque *El diario de Burgos*, órgano oficial de los rebeldes, había informado el 2 de septiembre, unos dos meses antes, que, en la cárcel de Valla-

dolid, habían sido juzgados en Ríenos de seis horas 448 presos.

No puede alegarse que se trató de una humana reacción por las ejecuciones de sacerdotes en la zona republicana, puesto que la represión activamente apoyada por la Iglesia se efectuó con la misma saña desde el primer día en las ciudades que inicialmente dominaron, como Pamplona, y además estaba deliberadamente planeada, como demuestra la circular que el general Mola dirigió a los encartados en abril. Y porque dichos actos fueron, a su vez, una reacción frente al comportamiento tradicional de la Iglesia, que hizo declarar a un religioso catalán que si los "rojos" habían destruido iglesias, "nosotros hemos destruido primero la Iglesia."

A más de que las cifras fueron desproporcionadamente exageradas. El *Osservatore Romano,* órgano del papado, atronó a sus lectores con la cifra de 16.500 muertos, que debieron ser reducidos, en el mismo seno de la Iglesia española, a 6,830 en 1961. Aproximadamente el número de maestros inmolados en la otra parte. Y el mismo año en que fray Justo Pérez de Urbel, abad mitrado del faraónico mausoleo del Valle de los Caídos, justificó el fusilamiento por Franco de sacerdotes vascos, alegando que se habían valido de su autoridad para engañar a sus feligreses, llevándoles a luchar con los enemigos de la fe y de la patria, y ayudando "a los enemigos de toda religión". Menos rodeos había empleado en su momento *La Gaceta del Norte:* por prestar ayuda espiritual a los soldados del gobierno. Por su parte, el cardenal Goma se opuso, en el congreso eucarístico de Bucarest de 1938, a que la guerra terminara mediante un compromiso, y negó toda pacificación que no fuera la de las armas. Aún varios años después de terminada la contienda, la revista *Reinado Social del Sagrado Corazón,* mencionaba como uno de los grandes logros alcanzados por Franco, "gran defensor de la Religión", que los enemigos de la Iglesia se vieran "perseguidos por el Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo". Cabe agregar que esa Iglesia, que desoyó las quejas de los católicos y religiosos vascos y permaneció insensible, salvo muy minoritarias excepciones, ante la despiadada represión, albergó en su seno a quien intercediera públicamente en favor de los criminales de Nuremberg, como hiciera mucho más recientemente Juan pablo II a favor de Pinochet, al tiempo que la Iglesia chilena presionaba también en ese sentido.

Para remachar su dominio, el Vaticano concertó con Franco un concordato en 1953, que otorgaba a la Iglesia competencias en lo familiar y educativo, una rigurosa censura sobre todo lo publicable, y presencia de la jerarquía en los órganos decisorios. Pero el abismo entre los abusivos privilegios de que disfrutaba, y las injusticias del régimen, que cubría, produjeron una reacción en las nuevas generaciones de sacerdotes, que, aprovechando los nuevos vientos puestos en marcha por el pontificado de Juan XXIII, culminó en la I Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes en septiembre de 1971. La mayoría no alcanzó, sin embargo, los dos tercios necesarios para que pudiera figurar como resolu-

ción el obligado *mea culpa*, pidiendo perdón por la actitud asumida por la Iglesia española durante la guerra. Como debió hacer la Iglesia argentina por la que mantuvo durante la última y sanguinaria dictadura militar.

No lo ha hecho, sin embargo, Juan Pablo II en ninguno **de** los dos casos, no obstante expresa petición de religiosos en el primero; él, tan dado a pedir perdón por los extravíos de la Iglesia. Al contrario, cuando en España cicatrizaban las heridas de la guerra, se ha dedicado, posiblemente influido por sus asesores del Opus Dei, a reabrirlas porfiadamente canonizando en masa a las víctimas de ese lado una y otra vez, sin hacer alusión alguna a las cometidas enfrente, con la activa participación de la Iglesia. Más honrado, el católico Miret Magdalena, al comprobar la existencia de un 26% de ateos e indiferentes en España, que deben ser más,[4] en artículo publicado el 13 de agosto de 1992 en *El país* de Madrid, atribuía "parte muy decisiva en esa reacción acelerada", a la inflación religiosa a la que estuvimos sometidos en España durante varios siglos."

Los turbios esfuerzos por mantener el tinglado y tratar de evitar que se escapen lo que aún permanecen en el redil, no han cesado, aunque ya no pueden ejercerse con la misma violencia e impunidad. Juan Pablo II persiguió a los escritores R. Peyrefítte y N. Kazantzakis, por haber puesto de manifiesto las hipocresías de la Iglesia, impuso silencio a los teólogos y expulsó de sus cátedras a fieles discrepantes. P. Rodríguez lo denunció en el prólogo de su libro sobre las mentiras eclesiásticas, y que la jerarquía exigió de periodistas de todos los medios de comunicación, aconsejó o solicitó, según los casos, que hicieran silencio acerca de la aparición de otro libro suyo. *La vida sexual del clero*, y aún que bastantes librerías fueron coaccionadas para que lo quitaran de sus escaparates. Un brillante sacerdote y teólogo, vio rescindido su contrato de profesor por orden del arzobispo de Barcelona, por haberle asesorado; el director de la tertulia "Las cosas como son", de Radio Nacional de España, fue cesado de manera fulminante por un programa que trató de algunas cuestiones sobre el papa, el celibato sacerdotal y el Opus Dei (pp. 14-18). Es una forma más civilizada sin duda, de ejercer el terror. Y, aunque podría recurrirse a otros ejemplos corroborantes, con lo dicho resulta suficiente.

Por ello, el autor de este libro tiene conciencia de que, en la medida en que se difundiera se haría pasivo de las habituales y diversas reacciones y acusaciones: descalificaciones personales, tergiversaciones de sus dichos, acusado resentimiento contra la Iglesia, fuentes parcializadas, falsedad en la presentación de los hechos, amenazas más o menos "civilizadas", incomprensión de las profundidades de la verdad revelada, explotación inescrupulosa de las afirmaciones difícilmente comparables, astutas salidas por la tangente como algunas de las

[4] Puesto que F. Valls, en artículo publicado el 6 de diciembre de 2003 en el suplemento del mismo diario, afirmó que sólo un 33% de españoles marcaban la casilla **de** la Iglesia cuando efectuaban su declaración de impuesto a la renta.

señaladas y que se señalarán, y hasta algo más. No creo que se llegue a tanto, pero, si se llegara, como desde mi juventud, he arrostrado graves peligros e infortunios en la defensa de mis ideales, menos los voy a tener en cuenta cuando mi vida ya declina. De todas formas, el lector desapasionado tiene suficiente material comprobable por él mismo como para abrir los ojos si es que los tenía ya entreabiertos. Y esas posibles reacciones no harían más que evidenciar aún con mayor claridad las razones de lo que se dice.

El doble señuelo. La Iglesia se ha impuesto también, aunque cada vez menos, a medida que la experiencia indicaba lo contrario, por el aliciente, no sólo del paraíso, sino también por el de triunfos en esta vida. Sobre todo, en los tiempos medievales. Gregorio de Tours escribió que Recaredo se convirtió porque se dio cuenta de que los obispos de los herejes no Operaban ninguna cura milagrosa sobre los enfermos. Y, entre otros ejemplos, cita el de Clodoveo que, desde su conversión, contó con el apoyo divino y, entre otros milagros de menor cuantía, para no ser menos que Josué, Dios hizo hundir las murallas de Angulema ante sus ojos.

Esta mentalidad se mantiene a menudo a prueba de circunstancias adversas. Porque, cuando la realidad parece desmentirla, siempre se recurre a una explicación salvadora. Así, antes de la conversión, la reina hizo bautizar a su hijo. Como murió en el acto, Clodoveo no dejó de reprochar su muerte por haberle hecho bautizar. La reina respondió que agradecía a Dios que hubiera admitido en su seno al recién nacido. Un segundo hijo cayó enfermo, provocando los naturales temores del rey. Pero éste se salvó, lo que la reina atribuyó a sus ruegos. Por muy simplista que nos parezca hoy a muchos esta forma de razonar, tuvo decisivo efecto durante mucho tiempo, " y lo tiene aún en muchas mentes, que atribuyen con facilidad cualquier hecho sorprendente, porque se desconoce su mecanismo, a intervención sobrenatural.

La defensa de la vida. Muy contradictorio resulta que, con todo ese prontuario que carga a sus espaldas, y del que no se han agotado ni de lejos los ejemplos, ponga tal énfasis la Iglesia en su campaña contra el aborto, alegando un absoluto respeto a la vida humana desde el momento de la concepción.

Pues, al justificar los desmanes cometidos como propios de las concepciones de una época determinada, arroja una muy seria duda sobre la validez de sus posiciones actuales, susceptibles de ser igualmente superadas. Y su más reciente apoyo a tantas crueles dictaduras con tal de que garantizaran sus privilegios y prerrogativas.

Resulta aún más contradictorio y sorprendente ese esencial respeto a la vida humana que pregona, cuando el catecismo de 1992, última palabra en materia de dogma, en la p. 498, parágrafo 2.226, de la edición castellana, se afirmaba haber sido "enseñanza tradicional de la Iglesia" "el justo fundamento del dere-

cho y deber de la legítima autoridad pública de aplicar penas proporcionales a la gravedad del delito, sin excluir en casos de extrema gravedad, el recurso a la pena de muerte." Lo que, como denuncié en su tiempo, deja la puerta abierta a cualquier extralimitación. Porque ¿quién establecería los límites de la difusa frontera entre la simple y la extrema gravedad? Sin duda que variarían según los lugares, los gobiernos y las jerarquías eclesiásticas. El muy católico venezolano Dr. Caldera, antiguo partidario de Franco, clamó, en entrevista televisada, que provocaba fusilar a los que, en el extranjero, hablaban mal de su gobierno. Y una destacada parlamentaria del partido socialcristiano, preconizaba el restablecimiento de la pena de muerte para combatir los desbordes del hampa. Tampoco resulta fácil definir lo que la Iglesia entiende por autoridad legítima, puesto que legitimó la universalmente reconocida como ilegítima de Franco, y la de tantas otras violentas dictaduras.

Cuando más de cincuenta países habían adoptado la idea que priva en las modernas sociedades, de hacer prevalecer sobre los conceptos de pena y castigo, la necesidad de recuperar al delincuente, y hasta la recalcitrante derecha española había aceptado la total supresión de la pena máxima en el propio, la Iglesia seguía aferrada, por sus voces más autorizadas, al arcaico concepto. Considerando al individuo como pleno responsable de sus actos, y no como un producto de múltiples factores y circunstancias en cuya elección no participó, pues, aunque también admite que las penas deben contribuir a la enmienda del culpable, rindiéndose a ideas más elevadas nacidas fuera de su seno, y limitándolo, sin embargo, a la medida de lo posible, no ve cómo podría lograrse el objeto con él ejecutado. De forma que, sintiendo ese respeto por la vida que proclama, en punto en que debería figurar a la cabeza, se situó a la cola.

Hasta que las criticas similares a la mía, que debieron surgir por doquier, y el malestar causado en su propio seno por la flagrante contradicción, decidieron al papa, en su encíclica de 30 de marzo de 1995 a rectificar, reconociendo la existencia de una tendencia progresiva a pedir su muy limitada aplicación, tanto en la Iglesia como en la sociedad civil, y considerando positiva la existencia de ese creciente sector de opinión. Y a pronunciarse, al fin, contra toda clase de pena de muerte. Pero, como de costumbre, son por impulso espontáneo, sino porque esa presión resultó más fuerte que sus propios impulsos negativos y su consuetudinario temor a indisponerse con los poderes que la protegen o toleran. Puesto que la condena total implicaba la de los estados, incluyendo tantos católicos, que mantenían esa pena en sus legislaturas, así como la de los católicos encargados de aplicarla o que la sostuvieran. Pero ¿necesita una divinidad que se declara omnipotente recurrir, a través de sus personeros, a tales escarceos que, en el mejor de los casos, sólo pueden calificarse de políticos y nunca de éticos o religiosos?

Los últimos intentos de superación. El último esfuerzo por la Iglesia para

superar las contradicciones que la agobian, ha sido, como se ha tenido ocasión de ver, el catecismo de 1992. Sin embargo, desde el inicio, asoma la tradicional doblez con que se procede. Pues se declara no estar destinado a sustituir a los ya aprobados por la Santa Sede, cuando su contenido los rectifica, así como otros extremos de la concepción tradicional. Por ejemplo, en la página 400 (parágrafo 1753), [a]! afirmar que una intención buena no justifica un comportamiento en sí desordenado, se agrega: "El fin no justifica los medios." Con lo que se condena a Ignacio de Loyola, santificado por la institución, fundador de la orden de los jesuítas, y su divisa, "*ad majorem Dei gloriam*" (por la mayor gloria de Dios). Así como a los primeros cristianos, que, como se verá, defendieron la mentira piadosa, tantas veces practicada por la Iglesia. Y más aún, porque, a continuación, se borra, mediante el habitual arte de birlibirloque, lo que se dice mantener, sosteniendo que lo que se pretende es "alentar y facilitar la redacción de nuevos catecismos que tengan en cuenta las diversas situaciones y culturas." Adhiriendo, por tanto, a una verdad fluctuante, además.

Con todo, aparte las ya consignadas, se encuentran en él rectificaciones importantes. Como ésta: "Una intervención demasiado fuerte del estado puede amenazar la libertad y la iniciativa personales." (423, 1883) O estas otras: "En nombre del bien común, las autoridades están obligadas a respetar los derechos fundamentales e inalienables de la persona humana." (427, 1907) "Los ciudadanos deben cuanto sea posible tomar parte activa en la vida pública. [...JEs de alabar la conducta de las naciones en las que la mayor parte posible de los ciudadanos participa, con verdadera libertad, en la vida pública." (428-429, 1915) Más adelante se dice que el deber de hacerse prójimo de los demás "se extiende a los que piensan y actúan diversamente de nosotros. La enseñanza de Cristo exige incluso el perdón de las ofensas. Extiende el mandamiento de amor a todos los enemigos." Y agrega que el espíritu del evangelio "es incompatible con el odio al enemigo en cuanto persona, pero no con el odio al mal que hace en cuanto enemigo." Lo que dejamos en suspenso para el capítulo siguiente.

Todas estas importantes rectificaciones condenan las actitudes de la Iglesia a través de la historia hasta los tiempos actuales, no dominados por completo por ese nuevo espíritu. Y que serían muy bien venidas si fueran acompañadas por un tajante *mea culpa*, exento de rodeos y subterfugios. Pero que pierden buena parte de su valor al hacerse a medias, con ocultaciones y tergiversaciones destinadas a mantener el caduco armazón. Puesto que, para preservar sus concepciones del choque con la realidad, se refugia en el argumento de que las vías de Dios son inescrutables. No obstante lo cual, se atribuye en exclusiva la facultad de interpretarlas y apropiárselas frente a los demás, a pesar de los sucesivos mentís que los hechos han impuesto, obligándola a otras tantas rectificaciones, pues lo cierto es que, como ya vio claramente el renacentista Pablo Serpi, los hombres dominados por el afecto de las opiniones propias, "se persuaden de que les resultan tan apreciadas y predilectas a Dios como a ellos."

Entonces, la correcta actitud para los creyentes católicos ¿sería abandonar la Iglesia por haberse desviado en tal forma de las enseñanzas de Cristo y buscar la verdad en alguna de las confesiones que han tratado de volver a los orígenes y de rescatar dichas enseñanzas? Es la solución que creí encontrar en los primeros años de mi adolescencia. Pero sigamos adelante y no adelantemos las conclusiones.

II. LOS ORÍGENES

Los primeros testimonios. La Iglesia proclama como fuente prístina de su fe, la prédica de Jesús, según el testimonio oral y escrito de los apóstoles. Lo propio hacen los diversos credos protestantes. Sin embargo, unos y otros reconocen que se operó una selección de los distintos testimonios. Y la Biblia del 95 admite que los manuscritos antiguos "se copiaron cierto número de veces a través de los siglos."

Y como la fuente no es tan pura como se pretende, hay quienes niegan la existencia misma de Jesús. Es que los evangelios no son documentos históricos, sino catecismos escritos para apoyar la propaganda de la enseñanza que se le ha atribuido. El más antiguo resulta tan tardío, interesado y apologético, y contiene tantos vacíos y contradicciones, que se muestra como inaceptable en su integridad. Más el hecho de que se escribiera unos cuarenta años después de la vida pública declarada del personaje, hace pensar que de haberse producido un invento total, hubiera sido denunciado de alguna forma. Toda esa literatura y esa tradición debieron necesariamente partir de una base concreta.

Aunque de solidez muy dudosa, puesto que quienes elaboraron el conjunto de escritos más próximo a lo que tantos consideran como el mayor prodigio de la historia, no llegaron a tener conocimiento directo del mismo. En total, una cuatro quintas partes del testimonio a su favor, cuando se cuenta con biografías de contemporáneos de menor relevancia universal. Pedro, supuesto fundador de la Iglesia, no dejó más que una carta irrelevante al respecto, pues otra que se le atribuyó, se reconoce que no fue escrita por él. Y es de dudosa autenticidad otra de Santiago, hermano de Jesús.

Se trató de apuntalar todos esos testimonios declarándolos de inspiración divina; pero, aceptándolo, sus contradicciones, lagunas e inexactitudes dejarían muy mal parado al mismo Dios. Más chocantes se aseveran cuando se tiene en cuenta que los evangelios reconocidos por la Iglesia fueron seleccionados entre los setenta y dos conocidos, que no fueron posiblemente los únicos, y que buena parte de los rechazados eran más antiguos. Los cuatro aceptados citan textos de algunos de los apócrifos, o no reconocidos, y los primeros padres incluyeron dichos de Jesús procedentes de ellos. Más aún, los primeros apologistas no conocieron o desestimaron los textos de los evangelios aceptados.

La selección se efectuó en el citado concilio de Nicea de 325, y lo fue en

forma bastante sospechosa según las versiones existentes. Una dice que, después de que los obispos rezaran mucho, esos cuatro volaron hacia un altar; otra que se colocaron todos en un altar y que sólo los apócrifos cayeron al suelo; una tercera, la más verosímil, que, una vez elegidos los cuatro, se conminó a Dios a que si había una sola palabra falsa en ellos cayeran al suelo, y como no cayeron, se dieron por buenos: y la última, que penetró el Espíritu Santo en su consabida forma de paloma y susurró a cada uno cuáles eran los auténticos.

Versión esta última, que indicaría que muchos de esos obispos eran ciegos, sordos o descreídos, puesto que la elección no fue unánime y suscitó, por el contrario, gran oposición. Pues, de tamaña variedad resultó gran disparidad de opiniones. Unas iglesias rechazaban el bautismo, basándose en que Jesús no lo había practicado; otras hacían obligatoria la circuncisión por haber sido él circuncidado; otras negaban que hubiera resucitado; otras sostenían que sólo había ascendido al cielo en espíritu y no corporalmente; otras no creían en su concepción milagrosa; otras defendían su naturaleza exclusivamente divina y no admitían que hubiera nacido de mujer, etc etc.

El deseo de poner un poco de orden en tan dispares opiniones, hubiera debido considerar como lo más conveniente reducir los cuatro a uno solo. No pudo hacerse, porque las discrepancias, que apoyaban grupos distintos, no lo permitieron. En efecto, los que sostenían que Jesús había subido al cielo, se apoyaban en Lucas y Marcos, y los que lo negaban, en Mateo y Juan porque Lucas nada dicen al respecto. La afirmación hecha por Pedro de que Jesús era Dios, resultó un agregado contra Arrio, lo que confirma que luego el mismo Pedro dude de esa divinidad. Así que, amenazada de partirse en cuatro, te Iglesia se vio obligada a aceptar, como producto de una especie de pacto entre las distintas versiones, los cuatro sin modificación. Con lo que todos quedaron contentos. Ireneo, para justificar su número en el s. II, se apoyó en el siguiente texto del Apocalipsis: "Después de esto vi cuatro ángeles que estaban de pie sobre los cuatro ángulos de la Tierra y retenían los cuatro vientos de ella." (P.R., 81-82) Lo que implicaría que, en esa época, Dios ignoraba aún que la Tierra era redonda, no obstante haberla creado.

En diciembre de 1945, dos campesinos egipcios descubrieron un depósito de vasijas, excavado en el s. IV, que contenía 52 manuscritos desconocidos, varios de ellos cristianos. Uno de estos, el evangelio de Dídimo Judas Tomás, presenta paralelos con los sinópticos, parece tan antiguo como ellos o algo más, y es una recopilación de máximas, proverbios y parábolas, que atribuye a Jesús. En cuanto al de Juan, que la Biblia católica considera más bien como teólogo y sacerdote, no cuadra con el apóstol, pescador del lago Tiberíades, por mucho que se diga que todo es posible para Dios, que infunde la sabiduría. Lo es difícilmente creíble para espíritus desprejuiciados.

Lo tardío de todos estos escritos se explica porque los discípulos fueron gente de escasa cultura (lo que, dicho sea de paso, no abona a favor de la veracidad

de sus dichos) y porque, según la prédica atribuida a Jesús, el fin del mundo estaba Próximo y esa preocupación anulaba toda otra veleidad. Sólo cuando se vio que el anunciado fin no se producía se sintió la necesidad de explicar el retraso por los hechos profetizados que debían producirse con anterioridad, y también la de unificar las diversas referencias que se tenían para edificación de los que no habían estado en contacto con su actuación. Contra la afirmación eclesiástica de que el texto de Mateo, que considera el más antiguo, data del 50 o, a lo sumo, del 70, expertos independientes lo sitúan entre el 75 o el 80, puesto que hay referencias a la destrucción de Jerusalén en el 70, testimonios de persecución por autoridades romanas, etc.

Por otra parte, los copistas de los primeros textos, dispersos por doquier, suscitaron quejas y prevenciones entre los adeptos, por sus frecuentes errores, voluntarios o no. Algunos de los escritos admitidos por unos, se vieron rechazados por otros durante bastante tiempo, y los que prevalecieron, lo fueron por su mayor aproximación al dogma entonces aceptado. Producto, a su vez, de un largo trabajo de elaboración, en el que cada cual se encontró con ideas que, al parecerles inapro-piadas, eran adaptadas a la propia concepción. En realidad, todos estos escritos respondieron a una tradición que no fue fijada desde el principio, y sufrieron numerosas interpolaciones durante los cuatro primeros siglos, destinadas a cimentar las nuevas concepciones. Por mucho tiempo los escritos se produjeron sin ningún control y sin ser recomendados o autorizados más que por su contenido. Así que se pusieron bajo el nombre de Cristo enseñanzas tomadas de la tradición judaica y se le prestaron otras que respondían sólo a las exigencias propagandísticas y a las necesidades de las colectividades a que se pertenecía.

Para hacerse una idea más precisa de ese proceso de elaboración, será conveniente detenernos en algunas reflexiones de tipo psicológico y de crítica de los testimonios. La percepción de un hecho depende siempre de nuestros sentimientos y afectos, de nuestras experiencias anteriores, del funcionamiento de nuestros sentidos, de nuestra formación intelectual y moral. Luego variará, en cada momento. Se ha llegado a la conclusión de que la percepción exacta, prácticamente no existe. Varía, en la misma persona, a lo largo de una misma jornada, aunque no interfieran otras causas, por la mayor o menor fatiga psíquica. Se han efectuado experiencias con personas a las que se relató el mismo hecho en un mismo instante para que lo refirieran después, y resultó que ninguno coincidió con otro. Cuando se trata de magnitudes de importancia, espacio y tiempo tienden a acortarse o alargarse según el estado de espíritu del momento. Un recuerdo de años atrás, se acorta en nuestra memoria o se entremezcla o trastrueca con otros. Los que, en un momento de su vida, llevaron un diario que consultaron mucho tiempo después, pueden atestiguarlo. Deseos, fobias o temores nos hacen ver las cosas deformadas bajo su presión. Un libro que nos parece grande en nuestra infancia, se empequeñece en nuestra madurez. Lo que nos

asombró o apasionó en determinado momento, se diluye muchas veces en los años. Los psicólogos denominan "sugestión de la espera" al hecho de dar por realizado lo que se inicia o ni siquiera ha empezado a realizarse. Nuestros hábitos condicionan nuestras percepciones, completando con esquemas y datos propios la realidad que nos los ofrece escasos.

Todos estos elementos operan en el proceso de fijación en la memoria y la emoción puede anularlo, menguarlo o deformarlo. El testigo completará en todos los casos lo que falta, con hechos de su experiencia o conocimiento anterior, que no formaban parte del hecho presenciado. La localización cronológica es uno de los procesos más inseguros. Con el tiempo, los recuerdos se hacen más imprecisos, sobre todo, en extensión. A todo lo cual puede agregarse la posible incompetencia del testigo, que puede distorsionar completamente la realidad que presenció. Y sus lagunas tenderán a ser rellenadas, en más de un caso, con experiencias o intercambios posteriores, ajenos al hecho en cuestión.

Son consideraciones que deben tenerse muy presentes para evaluar la calidad de todo testimonio y reunir la mayor cantidad posible de información acerca de la personalidad del testigo y sus posibles creencias, que, en el caso que nos ocupa, es muy escasa o nula. A lo que hay que agregar que no todos los testimonios del mismo testigo merecen similar credibilidad Por todo lo que se ha dicho. Lo que exige la confrontación de otros del mismo hecho, que no siempre es fácil y a veces imposible. Lo que, en el caso de los evangelistas, no suele favorecerles.

Resulta inaceptable de cualquier forma, atribuir las diferencias existentes entre ellos a su diverso temperamento, cuando esas diferencias se refieren a cuestiones tan fundamentales como la virginidad de María, el nacimiento de Jesús y sus primeros años, su consubstancialidad con Dios, su resurrección, sus apariciones posteriores, su ascensión y otras. Y no puede menos que resultar irrisoria la justificación que da, en su introducción, la Biblia católica de 1995, que sólo puede convencer a los que ya estén muy convencidos. Después de reconocer su elaboración humana, pasa a asegurar su origen divino valiéndose de unos cuantos sofismas y exagerando hasta el ridículo su valor en relación con todas las demás obras humanas, coetáneas o no: "una creación excepcional y única de la literatura de todos los tiempos." Nada menos. Por si acaso, en última instancia, se recurre a la fe, que Pablo había basado en algo tan dudoso como las profecías y milagros cumplidos. Y de la que se necesita mucha ciertamente para asimilar lo que se ha dicho y lo que viene a continuación:

"La garantía del Evangelio está en la misma estructura de la Iglesia Católica. Esta tenía una jerarquía respetable a quien le correspondía la última palabra sobre el contenido de la fe, y que no aceptaba que se lo tocara." (p. 6 de la introducción al N. Testamento) Es decir, una afirmación gratuita y una prueba al revés, pues ya se ha visto que esa jerarquía no existió hasta un tiempo después y se conocen ya los entretelones del concilio de Nicea. Para agregar que Jesús

afirmó fuertemente que "la fe es un don de Dios y nadie va al Hijo si el Padre no lo ha atraído." Con lo que nos encontramos con un refugio irreductible frente al cual todo razonamiento huelga. Pero entonces cabe preguntarse por qué se esfuerzan en razonar.

No obstante lo dicho, hay fragmentos, cual se verá, que inclinan a creer no sólo en la existencia real de Jesús, sino también en la veracidad de lo que se dice, justo porque no le favorecen ni a su predicación, y ningún adherente podría haberlos inventado, dada la finalidad apologética y proselitista que todos se proponían. Lo mismo puede decirse, aunque con reservas, de los que no se relacionan con lo maravilloso. Lo cierto es que, teniendo en cuenta todo lo dicho, no pueden medirse todas sus partes con el mismo rasero, ni olvidar por un momento la preocupación fundamental con que fueron escritos. Pero también deberán ser tenidas en cuenta muchas partes de autenticidad dudosa, para evidenciar sus contradicciones y cotejarlos con las actuales afirmaciones de la Iglesia, puesto que se empeña en sostener su indiscutible veracidad. Lo que, en parte, ya se ha hecho en capítulo anterior.

El nacimiento. Comencemos por esta cuestión que traté en un folleto en 1961. Precedido por un anuncio milagroso y seguido por una concepción no menos milagrosa, resulta extraño que no le presten atención dos de los evangelistas: Marcos, cuyo evangelio la crítica independiente considera como el más antiguo, ni Juan. Siendo así que no lo hubieran silenciado si lo hubieran conocido, puesto que relatan otros hechos maravillosos. Y extraño resulta aún que Lucas, luego de referirse a él con todo lujo de detalles, diga que se sorprendieron cuando Simeón saludó al recién nacido como el Cristo. Lo que abona claramente que se trata de una interpolación.

La cuestión empieza a aclararse cuando se sabe que, en el Antiguo Testamento, la concepción por intervención divina no era ninguna novedad. En el libro de los Jueces, se presenta a alguien, con aspecto de ángel, anunciando a la madre de Sansón, estéril, la concepción de un hijo que será nazareo de Dios, desde el vientre de su madre hasta su muerte. Circunstancias que se repiten, con escasas diferencias, en Samuel, último juez. Pero no hay que esforzarse mucho en ello, puesto que la Biblia del 95 reconoce que Lucas relata la anunciación imitando páginas antiguas referentes al nacimiento de Ismael y Sansón. Aunque se escurre diciendo que "si esos hechos no hubieran sucedido, tampoco él hubiera creído." Contundente razonamiento, como se ve. También había intervenido Dios o Yavé, en el nacimiento de Isaac. Las madres de los dos primeros y de Juan Bautista, dejaron de ser estériles por favor de Dios.

Ocurre que todas las culturas antiguas tenían horror por la esterilidad. Lo demuestran los yacimientos arqueológicos más antiguos hasta el paleolítico, en los que sólo se han encontrado representaciones de diosas madre y de la fertilidad. Eso fue lo que originó ritos, mitos y creencias para vencerla y costumbres

sexuales que, como se verá, abundan en la Biblia y a nosotros nos sorprenden. Pero como se creía que sólo la divinidad podía hacerlo, para acercar a ella a algún personaje, se tendió a agregar su procedencia de una mujer estéril y el anuncio de su concepción sobrenatural. En Méjico, Japón, China, India, Persia, Egipto, Grecia, Irlanda y otros lugares, los grandes personajes, sabios, reyes o fundadores de religión, fueron presentados como hijos de la divinidad y una virgen. Júpiter, adoptando la forma de un pichón (recordemos que el evangelio presenta al Espíritu Santo en forma de paloma), hizo madre a la virgen Athia. En una de las murallas del templo de Luxor, que me fue dado ver, se muestra la anunciación, la concepción y la adoración, y el número de personajes que ofrecen regalos es igual al de los Reyes Magos. Muchas leyendas que no pertenecen a la mitología propiamente dicha, cuentan nacimientos en los que la paternidad divina sustituye a la humana. Y Plutarco dio por buena la opinión de los egipcios de que una mujer pudiera ser fecundada por el acercamiento del espíritu divino.

Para hacer creíble la de María, el nuevo catecismo (118, 502) aporta un argumento tan decisivamente convincente como el que sigue: "La mirada de la fe, unida al conjunto de la Revelación, puede descubrir las razones misteriosas por las que Dios, en su designio salvífico, quiso que su Hijo naciera de una virgen." Pero ni siquiera este esfuerzo desesperado explica el silencio de los otros dos evangelistas. Lo que sí se entiende fácilmente, a la luz de todo lo dicho, es la mención por parte de los otros dos: conociendo las creencias referidas, se vieron obligados a dar por bueno que Jesús, que no podía ser menos que los demás que lo habían tenido, hubiera disfrutado también de un nacimiento portentoso.

En seguida surge el problema de la ascendencia personal. Porque se encuentran dos genealogías distintas en los evangelios, que se vieron pronto objetadas. Mateo dice que Jesús es descendiente de David y que Jacob engendró a José, esposo de María, madre de Jesús. Pero resulta que, en una sociedad patriarcal, como la hebrea, el linaje se transmitía por el padre y si Jesús fue concebido "por obra y gracia del Espíritu Santo", no hay tal descendencia davídica y no puede ser considerado como el Mesías esperado, que es precisamente lo que la genealogía pretendía demostrar. Lo que, dicho sea de paso, nos pone sobre la pista de las primeras creencias, que no atribuían a Jesús un nacimiento milagroso. Lucas introdujo la suya un poco a la trágala, presentándola en orden inverso y pasando también por David; pero sin coincidir en los otros nombres ni siquiera en el padre de José.

Ahora bien, si este hijo no nació de virgen, deja de cumplirse el anuncio atribuido a Isaías, que le hace nacer de una virgen de la simiente de David. Lo que ocurre es que todo se originó en una mala traducción del hebreo, que se refería (7, 14) a un niño nacido en el pasado de una mujer joven, al griego, que la transformó en virgen. Por otra parte, extraña que si Jesús se creía descendiente de David, reprochara a los rabinos que enseñaran que el Mesías pertenecería a

su descendencia (Mateo, 22, 41 y ss.; Marcos, 12, 35 y ss.; y Lucas, 20, 41 y ss.) De cualquier forma es absurdo aferrarse a ese texto de Isaías, quien nunca debió pensar que el salvador de su pueblo resultara ser el hijo de un carpintero ejecutado al cabo de una breve predicación, sino, por el contrario, alguien que reverdeciera las glorias del rey David. Y no hay en el Antiguo Testamento ninguna otra profecía que se refiere a la virginidad de María.

La otra mención se encuentra en Lucas (1, 26-38), que la escribió inspirándose en el texto de Mateo. Pero parece que no se enteraron de ella los apóstoles, pues Marcos, que lo hizo basándose en los recuerdos de Pedro, nada dice al respecto. En cambio, frente a lo que afirma la Iglesia, todos coinciden en que María tuvo otros hijos. Ya que la explicación forzada de que la palabra hermanos, que emplean los declarados textos sagrados se refiere a parientes cercanos, primos o con acepción aún más amplia, es grotesca a la luz del texto de Mateo (13, 55-56); "¿No es éste el hijo del carpintero? ¡Pero si su madre es María y sus hermanos son Santiago y José y Simón y Judas! Sus hermanas también están todas entre nosotros ¿no es cierto?" A mayor abundamiento. Lucas (2, 6-7) dice que María dio a luz su hijo primogénito, lo que necesariamente indica que otros vinieron detrás. El mismo Lucas, en los *Hechos de los apóstoles* (1, 14) evidencia de nuevo estos lazos, al decir que perseveraban en la oración con "María, la madre de Jesús y de sus hermanos." Juan también menciona a los hermanos en varias ocasiones, en una de las cuales (2, 12) dice que bajó a Cafarnaun con su madre, hermanos y discípulos, demoliendo uno de los subterfugios empleados, y, en otra, (7, 2-5) dice que ni sus hermanos creían en él, lo que deshace por completo la tergiversación de que pudiera tratarse también de sus discípulos. Por si fuera poco, lo refuerza Pablo, al mencionar a su "hermano" Santiago en su epístola a los gálatas (1, 19), y en la dirigida a los corintios (9, 3-5), a los hermanos de Cefas y "del Señor".

Parece claro, en todo caso, que si los apóstoles, que relataron tantos hechos milagrosos para probar su divinidad, no la mencionan en ese momento, es simplemente porque no creían en ella. Hay que tener en cuenta también que Mateo escribió para contribuir a la evangelización de las comunidades helenizadas de ciudades egipcias, y que el cristianismo partió de la región más crédula en leyenda y supersticiones de todo el imperio romano. Lo cierto es que se hizo virgen a la madre de Jesús cuando los contemporáneos habían desaparecido. En aquellos tiempos, una familia con un solo hijo era excepción, y los evangelistas no pudieron reproducir ese dato con tal precisión si no se hubiera basado en un hecho real. Pedro y Pablo se relacionan con Santiago, el segundo hijo de María que presidió la Iglesia de Jcrusalén, y nada menos que once pasajes se refieren a la presencia física de esos hermanos, en tanto que la virginidad de María sólo aparece en dos, que son de clara inspiración pagana.

La secta cristiana de los ebonitas, que se mantuvo más fiel a las tradiciones primitivas, no la aceptaba. Y, a diferencia de la católica, las iglesias cristianas

de nuestro tiempo, sostienen que María era virgen cuando concibió a Jesús; pero que luego tuvo otros hijos. Sin embargo, la católica prefirió mantenerla virgen, negando toda evidencia. Y va más lejos, calificando de herejes a cuantos crean que tuvo otros hijos. Con lo que anatematiza como tales a los propios evangelistas. Más chusca aún es la explicación del último catecismo, en la que, como se dice comúnmente, cobran y se dan el vuelto, configurando algo así como una pescadilla que se muerde la cola: "Lo que la fe católica cree acerca de María se funda en lo que cree acerca de Cristo; pero lo que enseña sobre María ilumina, a su vez, la fe en Cristo." (114, 487) ¿Cómo no pensar que se procede con el mayor descaro? Más prudentes, los comentaristas de la Biblia del 95 optan, al fin, por una interpretación alegórica. Pero lo dicho, dicho está, y, lamentablemente para ella, ya no se puede borrar.

Ya casi no vale la pena detenerse en demostrar que la fecha del nacimiento fue forjada siglos después, desde el momento en que la propia Iglesia lo ha reconocido. Pero como lo ha hecho en sordina y sigue festejando la Navidad o Natividad con grandes alharacas, como si de una efeméride firme se tratara es probable que, para muchos, la confesión no haya trascendido. Por eso no estará de más decir algo al respecto. Lo que, de paso, servirá para ilustrar otras contradicciones en los evangelios.

Mateo dice que nació en los días de Heredes; pero éste murió el año 4 antes de la fecha que se festeja como la de su nacimiento. Y Lucas, que coincide en ello, dice que Juan Bautista nació en tiempos de Cirenio (Quirino), siendo así que éste gobernó Judea cuando ya había muerto aquél. Además, se refiere a un censo o empadronamiento de todo el imperio, que la crítica histórica niega, como también los locales que se han propuesto para sustituirle. Pues concretamente el de Quirino, uno de ellos, tuvo lugar diez años después de la muerte de Heredes, lo que nos daría un Jesús demasiado joven. Tertuliano le hizo nacer el año 3, y Clemente de Alejandría, en el 2, ambos antes de nuestra era. Otros lo sitúan en distintos años, basándose en cálculos relacionados con otros hechos. Es que las primeras generaciones se desentendieron del problema y sólo en el s. VI el monje escita Dionisio el Exiguo, al cabo de un tan arduo como erróneo trabajo de confrontaciones, se decidió por el año 754 de la fundación de Roma y tuvo tanto éxito que de ahí data la era cristiana.

En cuanto al día preciso, Lucas lo invalida al decir que había pastores que guardaban el ganado durante la noche, porque eso no se hace en invierno en Galilea. Por ello Clemente de Alejandría se inclinó por el 19 de abril y otros por fechas igualmente primaverales. Parece que fue un papa del s. IV quien fijó la fecha definitiva, obedeciendo a muy fuertes influencias que descubrió el sirio cristiano citado por Frazer: en ese día los paganos celebraban al sol, por el momento en que reemprende su aparente marcha anual. Y, como los cristianos participaban en esos festejos, los padres de la Iglesia decidieron que Jesús había nacido ese día. Por esa razón Agustín invitó a los cristianos a celebrarlo, no en

honor del sol, como hacían los paganos, sino de quien creó el sol.

Era la fecha, en efecto, en que se celebraba el nacimiento de Mitra, dios persa de la luz, el aire y la verdad, cuyo culto se había extendido por todo el imperio y fue, durante bastante tiempo, rival del cristianismo. De ahí las semejanzas entre ambas creencias, que se explican, como la existentes con otras paganas, una veces por influencia y otras, por un similar esfuerzo de la mente humana por penetrar en los secretos del universo.

Mitra, anterior a Zaratustra, había hecho salir del cielo a Ahrimán, cargada con los pecados, expiando las maldades humanas, era el principal mediador entre el bien y el mal, otorgaba bienes, y debía volver al mundo para juzgar a los hombres. Aunque no se confundiera con el sol, era adorado como si lo fuera. Había nacido de una virgen un 25 de diciembre, en una cueva o gruta, fue adorado por pastores y, protagonizó un papel semejante a Noé y, perseguido, hizo milagros, fue muerto y resucitó al tercer día. El rito central de su culto era la eucaristía, con forma y fórmulas verbales idénticas a las adoptadas por la Iglesia. Por eso el santificado Justino (100-165) afirmó, en su I Apología, que el diablo había imitado la eucaristía cristiana en los misterios de Mitra (P.R., 147). Oscilando entre la ignorancia o la mentira piadosa, puesto que ese otro culto, que se iniciaba con un bautismo en una fuente de agua y preveía un juicio final, fue siglos anterior incluso a los profetas que antecedieron a Jesús.

En Siria y Egipto, los fieles se reunían también en capillas y, llegada la media noche, salían gritando: "¡la Virgen ha parido, la luz está aumentando!" Se trataba de la Diosa Celestial. En Egipto, la imagen de Horus era sacada del santuario en forma de niño recién nacido, con un dedo en la boca, el disco solar sobre su cabeza y el pelo dorado. El toro y el asno proceden también de esos mitos, porque, en ese momento, el sol se encuentra entre esos dos signos del zodíaco. Parecerá curioso que esa escena, tan apreciada por la Iglesia y los belenes navideños, no figure en ninguno de los evangelistas aceptados y sí, en cambio, en el Pseudo Mateo, cuyo autor quiso que se cumpliera así lo profetizado por Isaías y Habacuc. Una antigua tradición china cuenta que la madre de Heutsi dio a luz en un pequeño establo al lado del camino y que bueyes y corderos le calentaron con su aliento. Hay tradiciones similares en Corea y Manchuria. (P.R., 128-129)

En sánscrito se llama el sol, el que brilla, Deva, de donde viene Deus, Dios. El rito védico celebraba cada año el nacimiento de Agni, el fuego, el 25 de diciembre también, y la fecha era señalada por la aparición de una estrella. Dato que se debe retener. Se enciende fuego en una colina, formando una svástica y, cuando brota la primera chispa, que se llama el niño, se cumple la natividad. Puesta la chispa sobre la paja, ésta se inflama y, a su lado, colocan la vaca mística, que ha Proporcionado la manteca, y el asno, que ha traído el soma, licor que ha de servirse de alimento. En el instante en que se vierte sobre un montón de ramas la manteca del sacrificio, Agni toma el nombre de Ungido (Christmos

en griego, Christmas en inglés), sale una llama del hogar, que asciende hasta el cielo en una nube de humo, y se une al padre celestial que le ha enviado para la salvación del mundo. Cabe señalar que las primeras versiones eslavas de los evangelios del s. IX vinculan tan exactamente al fuego la doctrina cristiana, que la palabra *resurrectio* está traducida por *veskres,* que literalmente significa ascensión del fuego. Y agregar que de una virgen fecundada por el soplo de aire o del espíritu (hay que soplar para que se encienda la madera) han nacido muchas divinidades en distintos países.

Otro precedente pagano de la Navidad lo encontramos en la palabra francesa Noel, que parece proceder de *noio,* que en gales antiguo significa nuevo y la griega *helis,* que significa sol, es decir, nuevo sol. Otro lo son las saturnales romanas. que se celebraban entre el 17 y el 25 de diciembre, cuando los campesinos terminaban la siembra. Venus e Isis celebraban también el 25 de diciembre la natividad divina. En todo el imperio se llevaba en procesión la imagen del sol naciente recostado en su cuna, como lo representaba una figura antigua de tierra horneada. En las cofradías de Isis los sacerdotes llevaban la cabeza marcada con ancha tonsura e iban vestidos con sobrepellices blancas, cuando pasaban la imagen de Horus llevado en brazos por su madre. En el simbolismo cristiano se encuentra hasta el pequeño abanico de los vedas, cuyo uso resulta un contrasentido en noche invernal; pero lógico en el rito védico, puesto que servía para atizar el fuego naciente. Aún se encuentra en la liturgia primitiva, agitándolo sobre el altar durante la misa, como en los sacrificios antiguos, según atestigua un cilindro asirio. La práctica se mantuvo en la Iglesia romana hasta el s. XIII, y subsistió hasta hoy en las griega y armenia. Los vedas afirmaban que el sol ofrecía su único hijo, el fuego, para la salvación del mundo. Lo que, como se verá, tiene un mayor sentido que la redención cristiana.

Si de ahí pasamos al lugar, nos encontraremos con que, mientras Mateo y Lucas le hacen nacer en Belén, Marcos afirma que nació en Nazaret. Y con que, como en los otros casos. los esfuerzos por conciliar ambos datos discrepantes, se aseveran infructuosos. Pues Lucas da como motivo el desplazamiento de María a causa de ese empadronamiento que ya se ha citado y que Mateo no menciona. Había, sí, un interés en hacerle nacer en Belén para que se cumpliera la profecía que vaticinaba el origen de un salvador del pueblo de Israel (Mt., 2, 6) Semejante interés guió a Marcos para hacerle nacer en Nazaret: que se cumpliera lo dicho por los profetas de que fuera llamado nazareno. Pero, aparte de que la tal profecía es dudosa, este evangelio está tan estrechamente sujeto al cumplimiento de tantas y tan mal aplicadas profecías, que resulta hartamente sospechoso de acomodación. Por otro lado, la presencia de María, no sólo no era necesaria allí, sino que tampoco se explica que José la obligara a hacer, en el estado en que se encontraba, un viaje tan penoso. En efecto, la ruta más corta entre ambas poblaciones tenía 80 km., y la costera, más peligrosa, 120. A lomo de asno, se necesitarían cuatro días en el primer caso y seis, en el segundo. Y

eso, para registrar a un niño que, según el protoevangelio de Santiago, no era suyo, por haber sido concebido en su ausencia. Y este evangelio, aunque apócrifo, no es tan desdeñable, puesto que sirvió para reconstruir la figura de José, que no perfilan suficientemente los aceptados. Parece que había pertenecido a la secta rigorista de los nazarenos (que no quiere decir naturales de Nazaret, como se creyó, sino santos). Y, aunque hubiera tenido que ir a empadronarse, no era a Belén a donde debía acudir según el sistema adoptado por el evangelista, ya que él no pertenecía a la familia de David.

Por añadidura, la profecía de Miqueas, que se aduce, no indicaba que debiera nacer necesariamente en Belén, y nunca se reclamó de ello Jesús, ni siquiera en esos dos evangelios. Como tampoco de su supuesta descendencia de David. Más bien, como se ha dicho, la negó sutilmente como innecesaria. Lo que ocurrió fue que el título sagrado de nazareno, al pasar al griego y asimilarse a la costumbre de dar a la personas el nombre de su ciudad de origen, quedó adscrito a la pequeña población de Nazaret, tan pequeña que no la menciona ningún documento de la época. Ateniéndose al origen, Jesús debió haberse llamado Galileo. Parece también que los nombres de nazarenos y cristianos les fueron dados por sus adversarios, y que ellos se designaban como discípulos, hermanos y, más tarde, santos. De lo que se deduce que lo mismo pudo nacer en Belén como en Nazaret o cualquier otro lugar de Galilea. Y que todo lo que se afirme al respecto no es más que puro invento o leyenda.

En seguida resulta extraño que el ángel que aparece en Lucas no orientase a los pastores en relación con la estrella que. según Mateo, estaba fija sobre el lugar donde se encontraba el niño, y que los tres magos no sean mencionados por aquél ni se les haga testigos del concierto celestial dado por los pastores. No cabe otra razón que el que cada uno se inspiró en las leyendas existentes donde escribieron. Mateo, que lo hizo en Egipto, adelantándonos un poco a lo que habrá de venir, se mostró además sensible al ambiente fantástico que le rodeaba. Mientras Lucas hizo más creíble su relato escribiendo en el ambiente romano.

Detengámonos ahora por un momento en los magos. En Persia, probablemente mucho antes de Darío, los magos, que no eran reyes, sino sacerdotes, solían ofrecer a Ahura Mazda, dios solar principal, presentes de oro, incienso y mirra. Como aplica Mateo al niño Jesús. De todas formas, contrasta la indiferencia de los hebreos por tan importante acontecimiento y, en cambio, que trascendiera a los lejanos magos. Como que se trató de una ficción concebida por la apologética cristiana para atenuar o enmascarar esa dependencia original. Confirma lo fabuloso de la narración el que Heredes, que había hecho perecer a varios miembros del sanedrín, al que perseguía, inquiriera ingenuamente cerca de ellos sobre el nacimiento del Mesías, cuando, por otra parte, no compartía las ideas mesiánicas. Y que, deseoso de saber lo que en Belén debía ser del dominio público, luego de tan portentosos acontecimientos, no recurra a su policía,

sino a unos magos extranjeros, cuya presencia había ignorado al principio. Pero más fabuloso resulta aún su fracaso en localizarle y, más todavía, su decisión de matar a todos los menores de dos años, cuando la sospecha recaía sobre un recién nacido. Espantosa determinación de la que no quedó rastro alguno en la historia ni siquiera en los otros evangelistas. Tampoco en Flavio Josefo, historiador hebreo que consigna cuantas crueldades Heredes cometió y que podía haberlo hecho sin necesidad de aceptar su pretendido carácter mesiánico. Pero es que, además, Herodes no pudo ordenar esa matanza porque las autoridades judías no podían aplicar la pena de muerte sin permiso del gobernador romano. Que fue la razón por la que Jesús fue sometido a Pilato.

En cambio, sí que se encuentran leyendas semejantes, aparte de la relativa a Moisés, como restos de la leyenda solar, transformada en hecho histórico. En la misma Biblia se cuenta que Joab, general de David, se pasó seis meses degollando varones para extinguir la resistencia idumea. Hadad, príncipe edomita, pudo escaparse huyendo precisamente a Egipto, donde permaneció hasta la muerte de Joab y David, como los padres de Jesús permanecieron hasta la muerte de Herodes. Aquí también está en juego una profecía (Mt., 2, 15). Otros héroes antiguos escaparon igualmente a matanzas de niños, como Krisna, para librarse de la muerte de manos de su tío, tirano de Mathura, que había ordenado la matanza de todos los niños varones de su reino, llevado, como Moisés, en una cesta al otro lado del río Jamouna, donde se educó entre pastores. Otras variantes reúnen la adoración de pastores, el infanticidio y la huida. Suetonio mencionó la orden dada por el senado romano, poco antes del nacimiento de Cristo, de matar a todos los recién nacidos, a causa del nacimiento de un rey para el pueblo, que no llegó a cumplirse. Precedentes todos que debieron ser bien tentadores para el evangelista, probable conocedor de alguno.

Mito que, con escasas variantes, se repite en muchas tradiciones, es el del rey que, para evitar el cumplimiento de la profecía que señala será destronado por un nieto, encierra a su hija virgen, y ésta es fecundada por la divinidad para que efectivamente se cumpla. El más antiguo conocido es el de Gilgamesh, rey de Babilonia, que se repite en Perseo y en casi todos los fundadores de dinastías asiáticas. El mártir Justino, no pudiendo negar la tradición, porque ello cuestionaría su propia creencia, la calificó de fábula y milagro infernal. En la mayoría de los relatos aparecen estrellas u otras señales celestes, magos, pastores, ángeles, cantores, animales amables, que anuncian la condición del recién nacido y un rey que persigue al niño. Además del caso de Krisna, pueden citarse los de Buda, Eneas, Mitrídates y César.

Pero es que, aun dando por buena la matanza, resulta inútil para la finalidad perseguida, puesto que la profecía de Jeremías, que Mateo da por cumplida, no tiene que ver con ella, a poco que se lea sin anteojeras. Y, en última instancia ¿cómo es que Dios no tuvo capacidad para evitarla y se contentó con salvar a su hijo, permaneciendo indiferente ante tamaña enormidad?

Al referirse a la estrella, Orígenes, que cree, en su tratado Contra Celso, que pudo ser un cometa o meteoro, confirma lo que se viene afirmando, al preguntarse que si, en los grandes acontecimientos y cambios, han aparecido presagios de ese tipo "¿qué tendrá de sorprendente que apareciera una estrella al nacer Aquel que tamaña novedad venía a traer al género humano"? (92-93) Porque nos muestra el revés de la trama:

Cristo no podía ser menos para quien introdujo el episodio. No obstante lo cual, el último catecismo sigue avalando la matanza, junto con la huida a Egipto (124, 530), como manifestación de la oposición ente las tinieblas y la luz. Pero, prudentemente, dejando en suspenso todo comentario.

Por lo que respecta a la huida a Egipto, que sólo Mateo que, recordemos, escribió allí, menciona, recuerda la huida de Isis montada en un asno y llevando a Horus. Y se apoyó falsamente también en una profecía, que transformó en "de Egipto llamé a mi hijo", siendo así que el texto real es: "Cuando Israel era niño, yo lo amé y de Egipto llamé a mi hijo" (Oseas, 11, 1), que se refiere claramente al pueblo de Israel. Y en Jeremías, quien, en sus numerosas referencias a Egipto, tiene en mente, con toda claridad, a los antepasados de su pueblo. Sin contar con que, en los cuarenta días que median entre el nacimiento y la presentación en el templo, tal como la relata Lucas, no puede efectuarse, por falta de tiempo, la adoración de los magos, la huida a Egipto y el retorno. Por algo no la cita. Y, al mismo tiempo, prueba concluyente de que se trata de dos versiones que se excluyen y se ignoran entre sí.

Los años vacíos. Una gran indiferencia se observa en los primeros escritos y la tradición, tanto en lo relativo a la infancia como en el resto de su vida hasta el momento de su predicación. La preocupación en tomo a aquélla parece haberse empezado a manifestar hacia el año 100, cuando se vio Claramente que el anunciado fin del mundo, al que habrá que referirse, no tendría lugar. Pero como ya entonces nadie podía aportar datos concretos, hubo que rellenar el vacío frente a las creencias rivales. Por eso nada dice al respecto el evangelio de Marcos, escrito antes de que manifestara ese interés. Tampoco dicen nada los otros, salvo, como se ha visto, el de Lucas. Pero sí los apócrifos, producto de una fantasía alimentada por la tradición. Lo prueban, como para el resto, los retoques que les hicieron sufrir los copistas. Pero como acontecimientos tan maravillosos como los que se relatan, no podían haber sido olvidados por todos los contemporáneos, debemos concluir que nadie consideraba a Jesús como ser divino antes de que iniciara su predicación. Ahora bien, tan pronto como fuera considerado tal, debía superar a cualquier otro hombre, y eso llevó a aceptar, con gran facilidad, cuantas leyendas vinieran a saciar esa fe y pudieran serle aplicadas. Sobre todo, en Oriente, donde realidad y fantasía se confunden, y más aún en Galilea, que no era precisamente de las regiones más adelantadas. Un pueblo que solía ver la mano de la divinidad en cualquier acontecimiento, para el que

los sueños tenían carácter de advertencias sobrenaturales o de diálogos más o menos directos con Dios, para el que los fenómenos naturales representaban castigos o venganzas divinas, no podía oponerse a cuantas leyendas se forjaran en su seno.

Obedeciendo, pues, a la necesidad de llenar tan prolongado vacío. Lucas intercaló su relato de la visita al templo a los doce años, abruptamente y sin secuencia posterior. Pero él o el copista, cometió la torpeza de presentar a los padres maravillados por todo lo que se decía del niño (2, 33), como si se hubieran olvidado de su origen divino. Detalle que hizo pensar, con toda razón, que el fragmento debió haberse añadido antes de que se conociera la concepción virginal de María. Más adelante, dice Lucas (43 y ss.) que, cuando todos emprendieron el regreso, Jesús se quedó sin que lo supieran sus padres. Quienes, creyendo que estaría en algún lugar de la caravana, siguieron caminando durante todo un día, pasado el cual, lo buscaron entre parientes y conocidos y, al no encontrarlo, regresaron a Jerusalén, dando con él al tercer día. Número que, como el 12, pertenece al simbolismo habitual: tres días permanece Jon-as en la ballena, tres eran los magos, a los tres días profetiza su resurrección, tres veces recorre Judea y también Galilea, tres veces le niega Pedro. Triples son también los dioses en los mitos orientales, y a lo doce años se separó Moisés de su familia, doce son las tribus de Israel, a doce años subió al trono Salomón y empezó a profetizar, a esa edad se reveló Daniel, y doce fueron los discípulos.

Lo encontraron en el templo, asombrando a los doctores de la Ley con su sabiduría[5]. A los reproches que le hicieron, respondió en forma impropia de un hijo ejemplar: "¿No saben que yo debo estar donde mi padre?" Pero si puede sorprender la respuesta, más sorprendente aún es que se diga a continuación que no la comprendieron. Porque contradice todo lo que ha dicho el mismo evangelista en tomo a la anunciación y la concepción milagrosas. Demasiado dura, en todo caso, debió encontrarla alguno de los sucesivos copistas, que trató de atenuar su efecto agregando que Jesús seguía sujeto a sus padres. (2, 51)

De todas formas, parece que los lazos familiares entre Jesús y sus padres y hermanos no eran los ideales, puesto que, en ocasión muy posterior, en que predicaba a la muchedumbre, su respuesta fue aún más dura, si hemos de creer, sobre todo, a Marcos (3, 21 y 31-35), Lucas (8, 19 y 21) y Mateo (12, 46-49). Su madre y sus hermanos, que estaban fuera, le mandaron recado de que querían hablar con él, según Mateo, y según Marcos, por pensar que se había vuelto loco (o estar fuera de sí). Dato que habrá que retener. Por el momento, su respuesta fue que su madre y sus hermanos eran sus discípulos. Lo que remacha la torcida interpretación de la supuesta virginidad perpetua de María y nos sitúa

[5] Dice Unayn ben Isháq (s. XI) en una de sus obras, que. cuando un alumno terminaba su formación, discutía públicamente lo aprendido, por lo que era agasajado por su maestro y los concurrentes. No es extraño que se atribuyera tal cosa a un niño que no podía ser menos que los otros.

nuevamente ante el extraño olvido de su misión por parte de ellos o, en caso contrario, con el tremendo sacrilegio de tratar de sustraerle a ella.

Los evangelios apócrifos posteriores a los canónicos sí que responden a ese nuevo interés, sobre todo, en la segunda mitad del s. II, ofreciendo detalles que son producto de una fantasía desbordada y pueril que, pese a su proscripción, dejó su huella en el arte cristiano. De todas formas, es de todo punto imposible avalar las contradicciones, vaguedades, rarezas e ingenuidades de las distintas versiones. Falta de cohesión que es la mejor prueba de los retoques que los copistas les hicieron sufrir y la forma deslavazada en que fueron escritos. Lo que es válido, por supuesto, no sólo para esta fase de la vida de Jesús, sino también para toda su vida pública. No obstante lo cual, la Iglesia exige la misma fe para todo los datos, por contradictorios que resulten.

Lo innegable, en el mejor de los casos, es que se observa una laguna prácticamente total en la vida de Jesús hasta iniciar su predicación. Lucas trató de colmarla diciendo que lo relativo a su infancia (y debió agregar a su adolescencia y juventud) era ignorado por el gran público; pero María lo guardaba en su corazón. Tan profundamente lo guardó que se le olvidó. Y parece que lo propio le ocurrió al mismo Jesús, puesto que, durante todo el curso de su actividad pública, no hizo la menor alusión a su nacimiento e infancia sobrenaturales, lo que le hubiera podido servir más de una vez como argumento convincente. Lo que constituye la mejor prueba de que, como ha señalado más de un investigador, su divinidad operó a contrapelo: se le dio inicialmente basándose en su proclamada resurrección: luego, en la transfiguración; después, en su bautismo; y, por último, en el nacimiento, pasando sucesivamente a ser hijo dilecto de Dios, igualarse a él, y formar, por fin, con él, una sola persona y sustancia. El último catecismo salta olímpicamente sobre la cuestión con una singular pirueta: el símbolo de la fe no afirma nada "explícitamente de los misterios de la vida oculta y pública de Jesús; pero los artículos de la fe referentes a la Encamación y a la Pascua de Jesús, iluminan toda la vida terrena de Cristo."

Los antecedentes. Contra lo que muchos se inclinan a pensar, no es cierto que Jesús hiciera tabla rasa de creencias y moral en el medio en que apareció. Como todo hecho histórico, éste tiene también sus precedentes, confesados en buena parte por él mismo, como se verá. Si enfocamos el ambiente que encontró en el momento en que, según los evangelios, inició su vida pública, nos encontraremos con que, en el fondo, no hizo más que repetir a Isaías (de quien nos habremos de ocupar en el próximo capítulo) y a otros profetas que se opusieron a las exigencias gubernamentales, preconizando el retomo a un pasado más igualitario.

Por la exaltación de sus prédicas, la expresión "hacer el profeta" se había hecho cada vez más sinónima de una forma de locura. Lo acabamos de ver confirmado en Marcos. Un calco de los libros de Enoc se ha visto en los discursos

apocalípticos de Jesús. La influencia de la religión persa sobre los hebreos, aparece en los escritos de Daniel, los del tercer Isaías, los del libro del Jubileo y los de Enoc: la divinidad aparece rodeada de ángeles que actúan como auxiliares contra los malos espíritus, y surge la idea del Juicio Final, tan característica de esa religión, que cambia la visión del conjunto del pueblo que padece colectivamente los castigos en la Biblia (lo que no es tan ilógico como parece, puesto que en aquellas sociedades la colectividad determina al individuo), por castigos y premios individualizados, con las ideas de cielo, infierno y demonios.

Unos doscientos años antes de Jesús, la secta de los esenios había defendido la sustitución del sacrificio sangriento por el himno y la vida santa. Una brillante luz sobre las relaciones de esta secta con los cristianos se proyectó cuando se descubrieron los manuscritos de las cuevas de Qumrán, a orillas del Mar Muerto, que descartaron la versión oficial de que no había habido contacto directo entre unos y otros. Tal relación aparece a través de Juan Bautista, que pertenecía a la comunidad y era probable familiar de Jesús. Pero como indicaban con un margen de error que parecía irrisorio, que buena parte de la enseñanza de Jesús había sido muy influida por los maestros de esa comunidad, el grupo de especialistas mayoritariamente cristianos que, desde principios de los años 50, monopolizaron, durante casi cuarenta años, la traducción y edición de los manuscritos, no había publicado hasta 1988 más que un 20% del total, que se aferraba a dicha versión. Pero, a principios de los años 90, un grupo de especialistas independientes denunció que sólo se había dado un 25% del bloque menos relevante y que no se habían sometido todos los documentos a una datación científica.

Las críticas rompieron el monopolio y el resultado se desvió por completo del consenso anterior entre católicos y protestantes, movidos por intereses comunes. Los esenios habían fundado el rito del bautismo anual, celebraban dos veces al día una comunión solemne con previa bendición del pan y del vino, la propiedad entre ellos era colectiva, esperaban la llegada de un Mesías liberador de los problemas presentes, tenían prestigio como sanadores y terapeutas, se llamaban entre ellos "pobres de espíritu" en el sentido de renunciar a los bienes temporales, insistían en no modificar la ley mosaica y en perfeccionar el comportamiento de las personas. Se descubrió una sorprendente correspondencia entre el padre nuestro y las oraciones esenias y entre el rito de la cena en común y la comunión cristiana. Un manuscrito afirma que Dios enviará a su hijo a la comunidad; otro se refiere a un guía de la comunidad traicionado y ejecutado; otro, a un mesías que fue agujereado de pies y manos para redimir nuestros pecados.

También parece haber sido formulada por ellos la creencia en la inmortalidad del alma. Pues bien, los primeros resultados, por métodos ultramodernos, del físico suizo W. Wolfli apuntan a que gran parte de esos manuscritos proceden de los siglos II y I a.C. Siendo así que los veinte años que se dice que pasó

Jesús en el desierto, transcurrieron, en su mayor parte, en Qumrán, que debió abandonar por la rigidez de la secta, a la que sintomáticamente no incluyó en sus condenas.

A la luz de lo dicho, el cristianismo se perfila claramente como una secta hebrea más, entre la multitud de las que proliferaban en aquel tiempo. Los fariseos adoptaron una posición de compromiso entre el libre albedrío de los saduceos, y la dependencia absoluta de la voluntad divina de los esenios, sobre la base de que algunos de nuestros actos son obra del destino y otros dependen de nuestra decisión. En la época de la lucha contra Roma, la opinión estaba dividida en pequeños grupos firmemente convencidos de monopolizar, frente a los otros, la verdad universal y de que la venida del Mesías dependía de la aceptación de sus creencias. En esa atmósfera de fanatismo evolucionaban los esenios, los bebedores de agua, los adoradores del sol naciente y la veintena de pequeñas sociedades y sectas. Pero parece que la gran masa de la población llevaba una vida rutinaria y difícil y ajena a la tensión de esas escuelas minoritarias. En aquellos tiempos, en que abundan los brotes de rebeldía, era fácil conseguir discípulos blandiendo la bandera de la redención de Israel. Los que vieron en Jesús a un futuro revolucionario, le siguieron, mientras que su descuido de los deberes del culto, despertó la hostilidad de los fariseos. Pero, al no alentar la esperanza nacionalista frente a los romanos, pudo ser considerado por otros, ente ellos posiblemente Judas, que era zelote, como un traidor a la causa. Mientras que, del otro lado, los gobernadores romanos no veían con buenos ojos a cuantos reunían una numerosa audiencia.

El comienzo. De acuerdo con lo dicho, el evangelio de Marcos, al ser el más antiguo, obvia los detalles de Lucas y se inicia con el bautismo en el río Jordán. Coincidiendo con Mateo, dice que el Espíritu Santo bajó del cielo, siempre en forma de paloma, para indicar a Juan Bautista que ese era su hijo amado. Por su parte, Juan el evangelista parece atenuar el hecho, relegándolo a una visión personal: dice que el Bautista te vio bajar (32). Mateo refiere esto en el capítulo 3; pero, en H, 3 hace al Bautista preguntar a Jesús si es el que había de llegar o debían esperar a otro. ¿Cómo había podido olvidar hecho tan portentoso? Y ¿cómo necesitaba reiterarle el Espíritu lo que Juan debía saber? Máxime cuando ya a su padre le había anunciado que abriría el camino al Señor (Lucas, 1, 17) y él mismo había anunciado su llegada? (Lucas, 3, 15-16; Mateo, 3, 11; Marcos, 1, 7-8); y Juan, (1, 26-27). Lo que dicho sea de paso, recuerda tradiciones similares sobre Isaac y Samuel. Según Mateo (3, 13), cuando se le presentó Jesús, Juan se negó inicialmente a bautizarle, porque más bien debía ser Jesús quien le bautizara a él. Lo que contrasta con la pregunta anterior y es, como se ha dicho probable agregado para anular la competencia que le hiciera al principio.

Mateo dice seguidamente que fue conducido por el Espíritu Santo al desierto para que el diablo le tentara. Lo que no precisan ni Marcos ni Lucas y no es

original (también Zaratustra fue tentado por el Maligno, ofreciéndole el imperio del mundo). A más de constituir un contrasentido: que Dios someta a prueba a parte de sí mismo y que el diablo (en lo que coinciden Marcos y Lucas, pero no Juan, que nada dice) se decida a competir directamente con el mismo Dios, a sabiendas de que perdía el tiempo, y que le ofrezca el dominio del mundo, que ya tenía al ser consubstancial con Dios. Claro es que aún no se había efectuado el concilio de Nicea.

Durante el lapso que allí estuvo, Mateo (4, 2) y Lucas (id.) dicen que ayunó por cuarenta días y cuarenta noches y que, al cabo, tuvo hambre. Nueva fantasía, porque si vivió ese período como hombre no lo hubiera resistido, y si lo vivió con su naturaleza divina, no debió sentir apetito después, sin contar con que el hambre desaparece después de un prolongado ayuno. Más avispado. Marcos dice que los ángeles le servían. (1, 13) Por otra parte, el número 40 era otra especie de número sagrado: el pueblo pasó cuarenta años en el desierto, era el número de años que se daba a cada generación, Elías igualó el lapso de Jesús en el monte Horeb, etc.

Los milagros. Apenas comenzó a predicar, los evangelistas relatan numerosos prodigios, destinados a probar el favor de la divinidad, y poniendo en práctica probablemente las enseñanzas de los esenios: cura a ciegos, a un leproso, a un paralítico, resucita a Lázaro y a la hija de Jairo, camina sobre las aguas, calma la tempestad, multiplica por dos veces los panes y los pescados, convierte el agua en vino (lo que sólo relata Juan), gratifica con una pesca milagrosa, etc., etc. Pero, antes de maravillamos, escuchemos otra vez a Voltaire:

> "Si el ser eterno, que todo lo ha previsto, todo ordenado, que gobierna todo por leyes inmutables, se contraría a sí mismo, trastornando todas sus leyes, eso no puede ser sino en beneficio de la naturaleza entera. Pero parece contradictorio suponer un caso en que el creador y el dueño de todo pueda cambiar el orden del mundo para el bien de éste, pues, o bien ha previsto la pretendida necesidad que de ello tenía, o no la ha previsto. Si la ha previsto, ha puesto el orden desde el comienzo; si no la ha previsto ya no es Dios." (Ensayo, 312)

Y *(Diccionario,* art. "Milagros"):

> "¿Por qué Dios haría un milagro? ¡Para alcanzar ciertos designios para unos seres vivos! Así que diría: No he podido lograr por la fábrica del universo, por mis decretos divinos, por mis leyes eternas, mis leyes inmutables, cierto designio; voy a cambiar mis ideas eternas, mis leyes inmutables, para tratar de ejecutar lo que no he podido hacer por ellas. Eso sería una confesión de su debilidad y no de su poder; parece que sería en él la más inconcebible contradicción., Así, pues, atreverse a suponer milagros en Dios, es realmente insultarle [...] Es decirle: sois un ser débil e inconsecuente."

Y, entre muchos ejemplos hilarantes que refiere, cita el de un monje que hacía tantos que su prior llegó a prohibírselos. Un día vio caer a un pizarrero de lo alto de un techo y, en la disyuntiva, se le ocurrió consultar al prior, ordena-

do al pizarrero que aguardara en el aire hasta conocer su decisión. por suerte, el prior le absolvió del pecado de desobediencia, a condición de que no reincidiera.

Pues quien, no obstante lo leído, siga maravillándose de las resurrecciones operadas por Jesús, prepárese para maravillarse aún más, porque un simple santo, Vicente Ferrer, le superó, resucitando a un niño que, no sólo había muerto, sino que había sido despedazado y cocinado en su honor, que él rearmó y reanimó, según consta en una placa puesta en la fachada de la casa de la ciudad de Morella, en que el asombroso milagro se afirma que tuvo lugar.

Rogelio de Ibarreta cuenta dos anécdotas ocurridas en Nápoles durante la ocupación de las tropas napoleónicas. Había una imagen milagrosa que solía llorar. El jefe francés la hizo trasladar a su cuartel general y resultó tener un hueco en la cabeza, en el que se colocaba una esponja mojada, oprimida poco a poco por una máquina que funcionaba a cuerda. Estrujando la esponja, se hacía salir el agua por unos pequeños agujeros. Contrariados, los curas decidieron no producir la licuefacción anual de la sangre de san Genaro, atribuyendo el hecho a los franceses. Se produjo una gran excitación contra ellos, que amenazó con degenerar en una insurrección. Pero el general informó a los curas de la iglesia que si, al día siguiente, no se producía el milagro, serían juzgados por un consejo de guerra, acusados de tratar de promover una sedición. Y la sangre se licuó.

Todas las religiones han recurrido a trucos semejantes, que tampoco pasaron desapercibidos. Tucídides refirió algunos y racionalizó las ambiguas profecías de los oráculos señalando que eran tantas que algunas se cumplían. Y, antes de él, Herodoto contó que Salmoxis, antiguo criado de Pitágoras, rey de los getas, más bien simples de espíritu, pretendió tener origen divino y, para confirmarlo, se hizo pasar por muerto y reapareció un tiempo después.

Volviendo a Jesús y su tiempo, nos topamos con Celso, quien afirmó que regresó de Egipto, después de haberse ejercitado en algunas artes mágicas para proclamarse Dios (74). Y menciona la existencia de varios profetas contemporáneos de él (91) y a los hechiceros que realizaban lo aprendido en Egipto en las plazas, vendiendo por unos cuantos óbolos sus enseñanzas, sacando a los demonios de los hombres y curando enfermedades, sin que por eso hubiera que pensar que eran hijos de Dios (103). Pero también había extáticos o fuera de sí y los mendicantes, que se decían hijos de Dios y venidos de lo alto (84). Y, más adelante agrega que eran muchos, dentro o fuera de los templos, en los contornos de Palestina y Fenicia, que tenían a mano el consabido discurso de ser hijos de Dios o del Espíritu Divino y haber venido al mundo para anunciar la muerte de los inicuos y la salvación de los que les preste culto, así como el fuego eterno para los demás. A lo cual añadían "una tiramira de palabras desconocidas, desatinadas o totalmente oscuras", que daban a cualquier charlatán o insensato ocasión "de entenderlas como se le antoja." (468) Era el hablar en lenguas, a que se refiere Pablo en las colectividades cristianas, dándolo por bueno. Celso

remachó, por su parte. (470) que tales supuestos profetas le confesaron que se trataba de un fraude y que "se inventaban los desatinos que pronunciaban." Huelga señalar cómo se empequeñece la figura de Jesús en ese ambiente general. Es más, en ambos testamentos de la misma Biblia, se refieren milagros efectuados por malvados, por obra de Satanás.

Por eso el renacentista Guicciardini, afirmó que el que todas las religiones se envanecieran de tener milagros demostraba que eso no era prueba de ninguna, y aventuró que no fueran sino secretos de la naturaleza. Y así es, a la luz de nuestros conocimientos actuales: ilusiones o fenómenos poco habituales cuya causa aún no ha sido descubierta. La regularidad de las leyes de la materia y del movimiento, la gran generalización de la conservación de la energía, hacen imposible pensar en una interferencia personal de un ente divino en los hechos de este mundo.

Por un lado, leyes naturales aún desconocidas y, por otro. coincidencias absolutamente fortuitas a las que se da mayor o menor importancia según la medida en que nos favorecen o .perjudican. Y que son más frecuentes de lo que generalmente *ye* cree. Me ha ocurrido más de una vez, dar al primer envite con la ficha buscada en un fichero, o ver varias veces en un mismo día o con pocos de diferencia, a una persona a la que nunca había visto o hacía mucho tiempo que no veía. O acertar el resultado exacto de una competencia deportiva. Nadie daría importancia a esas coincidencias cuando las secuelas son nulas o nimias. Pero si de una de ellas depende algo de importancia vital, la mayoría de los favorecidos se inclinará a ver en ello una intervención sobrenatural. La fortuna, decían los antiguos, la divinidad en que cree sostendrá el creyente, o la suerte los demás. Dando todos mayor importancia y mayor fijación en el recuerdo a estos resultados que a otros muchos de resultado adverso.

Cuando el azar, como lo definiera Cournot, en el s. XIX, no es más que la coincidencia de series independientes, que obedece cada una a leyes propias y que no tienen necesariamente por qué coincidir. Si se analizan por separado, se verá claramente la secuencia propia y lo maravilloso quedará descartado: una zanja profunda ha sido abierta en una calle por trabajos de reparación; alguien suele pasar por allí a una hora determinada; pero un día un ladrón, esquivando a su perseguidor, tropieza con él y le proyecta contra la zanja con desenlace mortal. Un agraviado por la víctima verá con facilidad el justo castigo a su comportamiento; pero ninguno de esos elementos perseguía ese fin. Cada uno perseguía el suyo propio. Sólo se ve la finalidad de que carecía cuando el hecho se ha producido. Insistiremos en ello.

Dos reflexiones se imponen independientemente. Si el deseo de Dios fue enviar a su hijo para que diera conocer a la humanidad la "buena nueva" y redimir al género humano, debió buscar la mayor repercusión en su prédica en la misma Roma y no en la insignificante Galilea, donde todo conspiraría contra la rápida difusión de sus palabras. Como efectivamente ocurrió. En cambió, situándonos

en un punto de vista puramente racional, se explica que tuviera éxito precisamente en Galilea, por la atmósfera milagrosa en que vivía esa atrasada región, que, por ello, debía resultar tierra abonada para la credulidad. Pero si lo que quiso fue someter a la humanidad a una nueva prueba, contradeciría el sentido de la redención, al dejar al margen millones de seres que ni siquiera se enteraron de su venida.

Y no es eso todo, pues el mismo Jesús contradijo, según los evangelios el supuesto objetivo de los milagros que cumplió, al recomendar reiteradamente a sus apóstoles que no los divulgaran. Celso, una vez más, subrayó la contradicción: "si quería permanecer oculto ¿por qué se oyó la voz del cielo que lo proclamaba Hijo de Dios? Y si no quería permanecer oculto ¿por qué fue ejecutado y por qué murió?" (168) Pero tal vez esa recomendación que los evangelistas consignan casi obsesivamente está destinada a explicar que, contra lo que se pretende al consignar la admiración de las multitudes (lo que se contradice también con esa recomendación), no trascendieran en realidad.

Y no es ésta una afirmación gratuita, pues cuando Mateo cuenta (13, 54) que fue a predicar a la sinagoga de su pueblo, dice que todos se preguntaban de dónde le venía toda esa sabiduría y esos milagros, cuando sabían que era hijo del carpintero y conocían a su madre (sin que nadie se acordara de su alumbramiento divino) y a sus hermanos y hermanas, y todos se escandalizaban y no le reconocían. Lo que demuestra que no habían visto ni veían signo sobrenatural alguno. Justamente entonces fue cuando dijo que nadie es profeta en su tierra y su familia, en frase de gran significado para su supuesta naturaleza superior. Pero más significativo aún es lo que sigue diciendo Mateo: que, como no creían en él, no hizo allí muchos milagros. Donde el muchos está claramente de más, puesto que hubiera relatado alguno como hace con los otros. Que es precisamente lo que afirma Marcos (6, 5): "Y no pudo hacer allí ningún milagro." Tan sólo sanó a algunos enfermos imponiéndoles las manos. Más explícito aún, Juan les hace preguntar cómo podía decir que había bajado del cielo, siendo el hijo de José y conociendo a su madre. (6, 42) Agregando poco después (66) que muchos de sus discípulos se volvieron atrás y dejaron de seguirle. Y aunque también diga que los galileos le recibieron bien, eso sería en los lugares en que no le habían conocido antes.

Es decir, que basta con descubrir la trama, como insinuara Guicciardini, para despejar los milagros. Percibiéndolo así, un religioso del s. XIX se lamentaba de que los científicos estuvieran haciendo con ellos lo peor que con ellos podía hacerse: explicarlos. Sobre la pista de los aparentes que pudo hacer donde no le reconocían como ser superior por conocerle demasiado, nos ha puesto el propio Marcos: aplicar la sugestión sobre enfermos nerviosos, sin necesidad de intervención divina.

Otros de los que le atribuyen en nada le favorecen. Uno es el que opera sobre dos endemoniados al llegar a Gadara (Mt., 8, 18 y ss.), que Marcos (cap. 5) y

Lucas (8, 26 y ss.) reducen a uno y sitúan en Gerasa. Eran hombres tan salvajes que nadie se atrevía a enfrentarles. Los demonios le pidieron a Jesús que si los expulsaba los enviara sobre una cercana piara de cerdos; extrañamente Jesús accedió, la piara se lanzó al agua por una pendiente y todos se ahogaron. ¡Bonita manera de proceder para una divinidad amante de su creación! De seguro que no habría procedido así Francisco de Asís. Como tampoco parece haber detenido a Jesús el perjuicio gratuito causado al propietario. El otro lo cuenta también Mateo (21, 18-19): Jesús sintió hambre muy de mañana y se dirigió a una higuera a1 borde del camino; pero no tenía fruto. Entonces la maldijo y, en un instante, la higuera se secó. Tal vez consciente de que se relato no favorecía el perfil de Jesús, Lucas le dio el carácter de una parábola prescindiendo de la maldición.

Pero en Mateo encontramos otros rasgos del talante irascible de Jesús. Así, cuando amenaza con el fuego eterno a los que no le dieron de comer cuando tenía hambre ni le acogieron en sus casas (25,41 -43) Y, abundando en ese resentimiento, tan impropio de una divinidad que se dice ser todo amor, al recomendar a sus discípulos (10, 14-15) que si en algún lugar no les reciben ni escuchan sus palabras, salgan de esa familia o ciudad sacudiendo el polvo de sus pies, seguros de que, en el día del Juicio, será tratada con mayor rigor que Sodoma y Gomorra. Palabras a la luz de las cuales sorprende que, en el padrenuestro, se recomienda a los humanos el perdón de las ofensas, como confirma el último catecismo (617, 2840), al indicar que la negativa a perdonar hace al corazón "impermeable al amor misericordioso del Padre." Cuando ese mismo Padre, según el espíritu bíblico, cual se verá, no perdona ni se compadece de los sufrimientos humanos.

Las profecías amañadas. En todo caso, por si los milagros no bastaban, y ya se ve que no bastaban, puesto que el mismo Juan, además de lo referido, dice que fue a su propia casa y los suyos no le recibieron (5, 43), que sus discípulos criticaban sus palabras y muchos le abandonaron (6, 61 y ss.). se observa, sobre todo en Mateo, una obsesión por encajar los hechos en profecías bíblicas, como se ha empezado a ver. Lo que, dicho sea de paso, explica las salidas inconvenientes o intenta hacerlo. Pero todas son forzadas, como se ve a poco que se examine, o se hacen una vez ocurridos los hechos, por lo que todas se han desvanecido ante la crítica histórica. Aunque ya habían sido desautorizadas por Celso, quien señaló que se les podrían aplicar a muchísimos otros con más verosimilitud que a Jesús. (134) Por ejemplo, los textos de Isaías en que se apoya el mesianismo de Jesús (9, 5-7), fueron escritos en el s. VIII y ampliados dos siglos después, y se refieren al pasado, ya se ha dicho, no al futuro: nos ha sido dado un hijo. En 7, 14, es cuestión de "una joven embarazada" que la Biblia del 95 presenta bajo el título "La Virgen dará a luz." Y el otro (8, 3-4) menciona a una profetisa que alumbró alrededor de 735 a.C. Veremos otras.

Los sermones y escritos que se prolongarían en el Nuevo Testamento fueron arreglados con versículos del Antiguo que pretendían proféticos. La leyenda fue conformándose en la forma de hacer historia de Orígenes, negando que se pueda cuestionar la verdad de una tradición, aunque sea dudosa, cuando patentemente supone el cumplimiento de una profecía. Tan fundamental se consideró el flojo apoyo, que el hereje Marción fue sañudamente combatido porque razonaba contra base tan elástica. Y, por si fuera poco, una de las profecías citadas por Mateo (12, 19) se opone a la misión atribuida a Jesús: "No discutirá ni gritará ni se oirá su voz en las plazas."

Otro ejemplo de acomodo nos lo proporciona la Biblia del 95, Aun reconociendo que el libro de Daniel es pura ficción, dan por profético, con total ligereza, el pasaje (7, 13) en que se dice: "En las nubes del cielo venía uno como hijo del hombre", que convierten en "Hijo del Hombre", noción que, dicho sea de paso, es anterior al evangelio y parece de origen caldeo. Entre tanto, el fragmento prosigue: "Se dirigió al anciano y fue llevado a su presencia. A él se le dio poder, honor y reino, y todos los pueblos y las naciones de todos los idiomas le sirvieron. Su poder es poder eterno y nunca pasará, y su reino jamás será destruido." A nadie se le puede ocultar la superchería.

Tampoco tiene desperdicio la explicación que se da a la profecía de 9, 24: "Setenta semanas están fijadas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa para poner fin a la perversidad, para terminar con el pecado, para borrar la ofensa, para instaurar una justicia eterna, para que cumplan visiones y profecías y sea ungido el Santísimo." Pues bien, se dice, porque así lo decidieron las privilegiadas mentes de la Iglesia, que las setenta semanas son una cifra simbólica de semanas y hasta de años.

Y que sólo "en Cristo se cumpliría lo anunciado referente a la justicia eterna. [...] la venida de Jesús, su muerte y su resurrección no tienen ninguna importancia para la venida del Reino de Dios. Con esto se verifica el error [se refieren, como ejemplo, a los testigos de Jehová] de quienes se apoyan en textos confusos de la Biblia para cuestionar las verdades más seguras, en vez de partir de las bases más firmes de la fe para tratar de aclarar los textos confusos." Pero ¿en qué se basa la fe? Ellos mismos dicen que en lo que decide la Iglesia, cuya interpretación ha cambiado reiteradamente bajo los embates de la ciencia y la razón. Difícilmente puede darse prueba más contundente de impudicia.

Otra contradicción con la misión de Jesús es que sus palabras no sean comprendidas a veces por sus propios discípulos.

Cabe preguntarse si a causa de su incoherencia mental, aunque nada tenga de extraño tratándose, recordemos, de gente iletrada. De cualquier forma, predicar para no ser entendido no suena muy racional. Y evidencia que ni en el reducido marco en que circunscribió su misión, quedó cumplido el objetivo, no obstante ser hijo de Dios y Dios él mismo. Pero nos encontramos con que también esto ocurre para que se cumpla otra profecía más.

La contradictoria fidelidad a la Ley. Otra falacia es presentar el sermón de la montaña, al que Juan no hace ninguna referencia y Loisy afirma que nunca fue pronunciado, como uno de los hitos de su predicación y de la moral universal. La verdad es que no se encuentra en él nada nuevo. Máximas semejantes se encuentran en los libros hebreos, que son más antiguos. Coincide en algunos aspectos con las ideas de los vilipendiados fariseos, que proponían nuevas interpretaciones de la ley de Moisés. Y con Daniel habían aparecido los conceptos de resurrección, inmortalidad y juicio final con premios y castigos eternos. Lo mismo ocurre con sus preceptos morales, incluso fuera del ámbito hebreo. Resulta así como una recopilación de sentencias o trozos didácticos originariamente distintos, que reflejan las necesidades, inquietudes, sufrimientos y dificultades de las comunidades cristianas en el mundo en que vivían.

Cuando le preguntaron lo que debe hacerse para alcanzar el cielo, por dos veces enumeró los mandamientos bíblicos, sin referirse, sin embargo, a los que tienen que ver con el culto. Y habrá que insistir en ello, porque confirma que no tuvo intención alguna de fundar ninguna iglesia. Empleó la palabra que se traduce por ecclesia en dos ocasiones; pero refiriéndose al conjunto de creyentes de acuerdo con el equivalente semítico de la palabra, que es la asamblea general del pueblo judío ante Dios, y no a una institución. Lo confirma, sobre todo, Mateo (6, 5-7), al poner en boca de Jesús las siguientes palabras: "cuando recéis, no seáis como los hipócritas que gustan orar en pie en las sinagogas y en los ángulos de las plazas para ser vistos de los hombres." Ni tampoco imitando los paganos con sus letanías interminables, [...] pues antes de que Vds. pidan, su Padre ya sabe lo que necesitan." Recomendando que, para rezar el fiel entre su cámara "y, cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto." Y, más adelante (23, 8-9): "no se dejen llamar Maestro, porque no tienen más que un Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos." Pide también que no se llame a nadie padre en la tierra, lo que descaradamente infringe la Iglesia, "porque uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos." Lo reafirmó Pablo en Atenas (Hechos, 17,24-28); "El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él [...] no vive en santuarios fabricados por humanos." Fijó los confines terrestres para que le hallen, aunque sea a tíentas. "En realidad, no está lejos de cada uno de nosotros." Y, en la carta dirigida a los corintios (1,3, 16-17) dice que el templo de Dios "sois vosotros" Insistiremos. Baste señalar, por el momento, que, cuando los fariseos le reprocharon que curara el sábado, respondió que eso era lícito, por encima de la rigidez ritual. Pues bien, por decir, entre otras cosas, algo parecido, que "las obras de misericordia agradan más a Dios que el sacrificio de la misa", fue acusado de herejía el sabio 1; médico valenciano Arnau de Vilanova (mto. en 1311)

Tampoco pretendió extender su prédica más allá de Israel. Lo confirmó cuando envió a predicar a sus apóstoles: "No vayáis a tierras de paganos ni pe-

netréis en pueblos de samaritanos; id, más bien, a la ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mt., 10, 5-7) A los ruegos de la mujer cananea, que tenía una hija endemoniada, opuso una negativa inicial, alegando haber sido enviado sólo "a las ovejas perdidas del pueblo de Israel" y sólo cedió ante su insistencia (15, 24-26) Esa cura y la del centurión de Cafarnaum, aparecen en cualquier caso, como excepcionales. Con lo que claramente se ve que su visión no fue en modo alguno universal, sino localista. Sólo más adelante, cuando la nueva creencia había trascendido sus límites iniciales, se añadieron unos versículos al final de Mateo (28, 19) y Marcos (16, 15 y ss.); pero no de Lucas, ordenando, una vez resucitado, predicar el evangelio a toda criatura. Como si su muerte le hubiera ampliado el horizonte. De todas formas como anuncia seguidamente que los que crean en él echarán en su nombre a los demonios, hablarán lenguas nuevas, tomarán las serpientes con sus manos, la ponzoña no les dañará aunque la beban y sanarán a los enfermos con imposición de manos, resulta que ni los propios apóstoles aparecen como creyentes, puesto que no se les atribuyen algunas de esas maravillas. Lo único que deseó, en realidad, a la vista de lo que se dice en los evangelios, fue corregir los abusos de la ley mosaica desde dentro.

Aunque los propios evangelistas le hacen contradecirse. Mateo (5, 17-18) le muestra celoso de cumplir las normas tradicionales, al afirmar que no debe pensarse que ha venido para suprimir la Ley o los profetas, sino a consumarla. Lo que la Biblia del 95 traduce por "llevarla a la forma perfecta". Sin embargo, en 19, 9, le hace decir: "Moisés, en razón de vuestra dureza de corazón, os consintió repudiar a vuestras mujeres; mas, desde un principio, no ha sido así." Pero también: "Ustedes han escuchado lo que se dijo a sus antepasados: No matarás; el homicida tendrá que enfrentarse a un juicio." Al recomendar que se guarden los mandamientos, los redujo a seis, eliminando a la Iglesia, prueba supletoria de que no quiso fundar ninguna. Y cambió el décimo por el de amar al prójimo. (Mt., 19, 16-19). Y, más allá (22, 36-40) precisa ese amor como sí mismo y lo enuncia como uno de los dos fundamentales, después de amar a Dios con todo corazón, alma y mente. Otra diametral contradicción aparece al revocar el brutal "ojo por ojo..." (5, 38-42): "Pero yo os digo: No resistan al malvado. Antes bien, si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele la otra. Si alguien te hace un pleito por la camisa, entrégale también el manto, si alguien te obliga a llevarle la carga, llévasela el doble más lejos." (Cf. Le., 6. 27-30) Seguidamente (43-45): "Ustedes han oído que se dijo: Amará a tu prójimo y no harás amistad con tu enemigo. Pero yo les digo: Amen a sus enemigos y recen por sus perseguidores, para que así sean hijos de su Padre, que está en los cielos. Porque él hace brillar su sol sobre malos y buenos y envía la lluvia sobre justos y pecadores."

Preceptos que, dicho sea de paso, ni la propia Iglesia cumple. Uno de ellos, el que recomienda devolver bien por mal, fue aducido como prueba de la divinidad del cristianismo por un pastor protestante en una reunión pública efectua-

da en Toulouse a mediados del siglo pasado. La barahúnda que se armó al final me impidió replicarle que eso lo había dicho ya seis siglos antes que Cristo y en forma mucho más poética, Confucio (551-479), que nunca pretendió naturaleza ni origen ovinos: "Haz como el sándalo que perfuma el hacha que le hiere." Otra norma similar se encuentra en una lista de exhortaciones que data probablemente de 1a época sumeria.

Y que contradicen lo que el mismo Mateo pone en boca de Jesús en otros lugares, lo que puede explicarse por sucesivos agregados. Como se ve en 10, 34-37): "No piensen que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada. Pues he venido a enfrentar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. Cada cual verá a sus familiares volverse enemigos. El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí." Algo parecido le hace decir Lucas (12, 51): "¿Creen ustedes que he venido a establecer la paz en la tierra? Les digo que no; más bien he venido a traer división. Pues, de ahora en adelante, en una casa de cinco personas habrá división: tres contra dos y dos contra tres." Y Marcos (8, 38) corrobora lo último, haciéndose decir que el que no cargue su cruz y le siga, no es digno de él.

Y, aunque pueda argüirse que una cosa es la moral y otra la reacción que su práctica pueda ocasionar, la diferencia de talante es evidente, como confirman estas otras disposiciones anteriores: "si tu ojo derecho te está haciendo caer, sácatelo y tíralo lejos, porque más te conviene perder una parte de tu cuerpo" y no todo él. Lo mismo dice de la mano derecha y del pie como si fueran estos órganos los que pecaran. O esta otra observación: "El que no está contigo está contra mí" (Mt., 12, 30). Que confirma Lucas (9, 49-50) y Marcos invierte (9, 38-40). Y esta otra, en que, a quien le pide irse para enterar a su Padre, le dice que deje a los muertos enterrar a sus muertos. (Le., 9, 59-60)

Para explicar tan frecuentes incongruencias, la Iglesia sostiene que si Dios hubiese hablado de la realidad tal cual era, la gente de entonces no hubiera comprendido. Cuando lo cieno es que cualquier creyente de no importa qué religión, es capaz de creer cualquier cosa, aunque no la comprenda. La mejor prueba la aporta la aceptación del enrevesado dogma de la Trinidad. Pero no vale la pena de extenderse en ello, porque Mateo nos ofrece un relato demoledor de esa argucia barata. Ya que, según él, Jesús y, por tanto, el mismo Dios, ignoraban algo tan simple y elemental como la conveniencia de lavarse las manos antes de comer. Pues, cuando los fariseos le reprocharon que sus discípulos no lo hicieran, respondió que eso no hacía impuro al hombre, despreciando la ocasión de amartillar una norma de higiene ya conocida.

Con razón se ha señalado que, salvo excepciones, no sólo se desprende de los evangelios el desdén por la higiene, como se acaba de ver, sino también por el trabajo y otras actividades humanas, así como por la razón y las necesidades físicas, y que el ascetismo, las penitencias, la flagelación y la mace-ración, que se impusieron después, redundaron en la locura e histeria medievales y en el

delirio de la persecución a que ya se ha asistido. Aunque lo primero pueda explicarse por la creencia que se aborda en el apartado siguiente. Por todo ello, pudo decir Michelet, que "a quien fanatiza el sentimiento religioso se convierte en una fiera y si, como dicen las religiones, Dios nos ha creado a su imagen, semejante ferocidad da idea harto despreciable de este creador." Tenemos ejemplos bien recientes.

La fallida profecía del fin del mundo. Vale la pena detenerse en las profecías que se atribuyen al mismo Jesús. Una de las más importantes, si no la que más, se refiere al próximo fin del mundo, para cuya preparación parece justificarse su venida. Así lo indica Marcos, quien dice que, al principio de su prédica, anunció (1, 15): "El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cerca." Tan cerca que: "No pasará esta generación sin que todo eso suceda." (Le., 21, 32), luego de describir la serie de calamidades que le precederán. Lo confirmó Mateo (16, 28): "En verdad os digo que hay algunos entre los presentes, que no gustarán la muerte antes de haber visto al Hijo del Hombre venir en su reino." Luego de describir, a su vez, cómo será esta venida (24-34). Y Marcos (13, 30): "En verdad os digo que no pasará esta generación antes de que todo esto suceda." Hay quien ha visto en esta creencia la u-te más criticable de la moral cristiana. Pero no se originó con ella.

En realidad, esa llegada del reino de Dios estaba bastante generalizada en Israel. Y, fuera de ese ámbito, Cicerón y Virgilio se habían hecho eco de ella, y Séneca había trazado un cuadro del diluvio que preveía. Ya se ha dicho que Jesús también trazó el suyo, que refieren los tres primeros evangelistas con acentos apocalípticos que preceden al libro de Juan, en una sucesión de calamidades que nada dicen a favor de la misericordia divina. Ni de sus conocimientos, pues, entre esas catástrofes, figura una lluvia de estrellas cayendo sobre la Tierra (Mt, 24, 29 y Me., 13, 25), cuando bastaría con una sola para liquidar a nuestro planeta y las demás no tendrían dónde situarse en ella. Así que el mismo Dios que las había creado, aparece más ignorante que cualquier escolar de nuestros días. Pero lo más chusco de todo es que ya, unos cinco siglos antes, Demócrito había sostenido que los mundos eran infinitamente numerosos, según atestiguó Diógenes Laercio. Y, antes aún, Empédocles que el nuestro era una esfera que giraba sin Cesar. Este supremo creador, o arquitecto para los masones, reincidió en su error en el Apocalipsis (7, 1), al incluirse en la visión las cuatro esquinas de la Tierra que sujetan sus cuatro vientos, por creerla cuadrada y plana, y, al señalar (6, 14) que el cielo se replegó como un pergamino que se enrolla. Lo cierto es que los apóstoles desarrollaron ese temor y apuraron las consecuencias, adaptándolo a la idea del juicio final, tomada de la religión persa. Pero como, para causar mayor impresión, precisaron imprudentemente hasta casi la fecha, se vieron obligados a febriles acomodos, con las consecuencias que se verán.

Otra profecía que formuló o se le atribuyó, fue la de su Propia resurrección. En Mateo (12,40) anuncia que estará tres días y tres noches en el seno de la tierra; pero, más adelante (16, 21; 17, 23 y 20, 19), lo anuncia al tercer día. Marcos la fija en tres días después de su muerte (9, 30 y 10, 34). Y si dejamos que Juan dirima la cuestión, le oiremos decir (2, 19): "Destruyan este templo y yo lo reedificaré en tres días." Antes de seguir adelante, digamos, de pasada, que, a más del valor simbólico del número 3, puede haber influido en la fijación del lapso, el hecho de que se creyera que la corrupción del cuerpo se manifestaba a partir de cuarto día. En todo caso, Juan aplica el dicho a su cuerpo carnal, porque, según él, sólo en ese momento apareció el verdadero sentido de sus palabras. Lo que lleva a pensar que no se veía tan clara esa resurrección.

Pero, sin adelantar acontecimientos, nos encontramos con que Lucas dice que fue depositado en el sepulcro al finalizar la tarde del viernes y que, al amanecer el domingo, había desaparecido, Con lo que no habría estado en la tumba más que 36 horas, es decir, la mitad del tiempo anunciado. Y si se argumenta que eso haría tres días, aunque no fueran completos, habría que agregar la respuesta que le atribuye Mateo a algunos escribas y fariseos: así como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, "así estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra." Luego se precipitó. Queda por ver la razón, cuando se trate el hecho en sí.

Muy vinculada con esta cuestión está su pretensión de ser el Mesías esperado. Hay quienes afirman que esa condición le fue impuesta por los cristianos y que él nunca se reclamó de ella. Al contrario, siempre que se le preguntó, la rehuyó con evasivas. Lo que se explica por la gran dificultad que constituía para los judíos, que esperaban a un vencedor y no a uno finalmente vencido. Lo cierto es que los evangelios, probablemente a causa de las posibles interpolaciones, no dirimen la cuestión. En efecto. Mateo (16, 15-20), cuando Pedro le reconoce esa condición, le recomienda que no se lo digan a nadie. Pero Juan, más tardío, se lo hace afirmar a la samaritana que se lo pregunta: "Ese soy yo, el que habla contigo." (4, 25-26). Y, más adelante, lo acepta de nuevo (10, 24-25). Aunque ante Pilatos, su respuesta es ambigua: "Tú lo dices", que puede ser interpretado como aceptación o como declinación de responsabilidad.

Precisemos que, en esa etapa de su vida, es cuando se le hace pronunciar la famosa frase en que, al conferir a Pedro la misión de constituir su Iglesia, emplea el conocido juego de palabras entre su nombre y la piedra. Que tiene su antecedente, una vez más, en los mitraistas, que reverenciaban la roca mística de Petra, a la que atribuían el emblema de las puertas del cielo. En el Libro de los muertos, egipcio, Petra es el nombre del guardián de las puertas del cielo. Eso, y que solo Mateo mencione el episodio, lo hace tan sospechoso, que hizo vacilar a Agustín.

El lado oscuro de la predicación. Más claros aparecen sus rasgos de arbi-

trariedad y autoritarismo. En la parábola en que el dueño de la viña paga igual a los que habían trabajado la jornada entera y al que sólo lo había hecho una hora, le da la razón, por tener derecho a llevar sus cosas de la manera que quiera. (Mt., 20, 12 y ss.) Con lo que da vacaciones a la justicia, para dejar sólo en pie la autoridad del poder absoluto. Aunque, fiel a la tradición profética, se muestre sensible a la desigualdad social, al sentenciar, con la frase a que ya nos hemos referido, la dificultad para los ricos de entrar en el reino de los cielos. A ello puede agregarse la expulsión de los mercaderes del templo, tan olvidada por la Iglesia.

Lo que no le impidió, en oposición al ascetismo, rendir tributo a los placeres de la vida. En efecto, Lucas (5, 29-32 y 7, 33-34), Mateo (11, 18-19) y Marcos 2, 16-17), le hacen recordar que, por no comer pan ni beber vino, se dijo de Juan Bautista que estaba endemoniado, y de él, que comía y bebía, incluso con publícanos y cobradores de impuestos, que era un comilón y un borracho. También pareció poner distancia en la práctica de ayuno, tan estimada por la Iglesia, pues, cuando los discípulos de Juan le preguntaron por qué los suyos no lo practicaban, respondió que porque estaban con el esposo Y nadie pone vino nuevo en odres viejos. (Mt., 9, 14-17). Aunque tampoco la desaprobó (id., 6, 16-17). Juan relata, por su parte (12, 1-5), que, al cenar en Betania, se dejó ungir los pies con un perfume muy caro, provocando el desencanto de Judas: "Ese perfume se podría haber vendido en trescientas monedas de plata para ayudar a los pobres." Frase en la que apunta otra de las posibles razones de su vuelco, que le hacen algo menos antipático. Mateo lo relata también, atribuyendo la protesta a todos los discípulos (26, 6-9), y Marcos (14, 3-5) a sólo a algunos.

De cara al fin. Por fin, se produce la entrada, que se asegura triunfal, en Jerusalén, de acuerdo con la profecía de Zacarías (9, 9), de que llegaría a la ciudad un dios humilde montado en un pollino. Cumplimiento que, en este caso, no tiene valor alguno, puesto que obedece al expreso deseo de Jesús. Pero sí cabe destacar que, hasta entonces, no haya trazas de que predicara en grandes ciudades, y sólo en algunos pueblos o cantones de Galilea. Las grandes multitudes que se dice le siguieron en ese momento, son reducidas por Loisy a exageraciones piadosas, ya que su prédica no pudo tener gran eco fuera de Galilea. Esa misma entrada no debió ser tan triunfal como se afirma, cual se verá, y marcó su cénit vital, precursor de su caída y fracaso.

En ese instante crucial, Jesús desfalleció, sin embargo, lo que empaña bastante su alegada condición divina. En Mateo (26, 37-42) se entristece y pide a Dios que le aleje del cáliz de sufrimiento que le espera. Lucas (22, 41-42) y Marcos (14, 35-36), sitúan el trance en el huerto de Getsemaní y hacen bajar a un ángel para que le consuele. Juan, por su parte, atenúa su decaimiento haciéndole recordar esa su condición (12, 27):

"Ahora mi alma está turbada. "¿Diré acaso: Padre, líbrame de esta hora? ¡Si

precisamente he llegado a esta hora para enfrentarme con todo esto!" Se trata visiblemente de eliminar esa flaqueza incluso polemizando con sus predecesores. Pero es que la confesión de éstos se explica por el deseo de que se cumpliera otra profecía de Isaías tan forzada como las anteriores y como la que explica el odio que suscitan él y sus discípulos. Pues si esto se justificaba en los profetas, que parecen predicar efectivamente en el desierto, no se justifica en quien se proclama investido de una misión de sacrificio y redención. El último catecismo prefiere optar en el caso, a medida de lo que le conviene, por su naturaleza humana, diciendo que eso expresa el horror que representa la muerte a esa parte de su naturaleza. (145, 1612)

La cena que preludia a su detención, recuerda la que se imponía a los que querían abrazar el culto de Mitra, ingiriendo una comida de pan y vino en recuerdo de la consumida por él y el sol. En el momento de ser detenido (Lc., 22, 49-51; Mc., 14, 47; y Mt., 26, 51), uno de sus discípulos, que sólo Juan (l8, 10) dice que fue Pedro, blandió la espada que Jesús le ordenó envainar. Todos, en cambio, nos lo presentan en postura mucho menos gallarda, cuando, presa de cobardía, negó tres veces ser su discípulo, no obstante haberse mostrado dispuesto a seguirle en la prisión y la muerte cuando Jesús le anunció que lo haría. (Lc., 22, 56-60; Mc., 14, 66-71); Mt., 26, 69-74; Jn-, 18, 17 y 25-27) Lo que pone muy en tela de juicio sus méritos para encabezar la Iglesia. Aunque esto pudo haber sido imaginado por los que le adversaron. Pero lo cierto es que la Iglesia lo ha hecho suyo. Y cierto es también que, en ese momento, todos los discípulos abandonaron a su maestro.

Pasando por lo alto los desaciertos de Lucas, haciendo a Anas sumo sacerdote de Judea al mismo tiempo que Caifas; y presentando a Pilato como ignorando la ley romana al no castigar directamente a Jesús con la pena capital, ya que su declaración le hacía convicto de alta traición al César, lo que sigue hace precisamente pensar que la entrada en Jerusalén no había sido tan gloriosa. Puesto que cuando es ofrecido al pueblo como última posibilidad de salvación, la multitud pide que sea llevado al patíbulo. Porque no se entiende cambio tan brusco en tan corto lapso, por muy volubles que se considere a las colectividades: un gentío aclamando a Jesús primero, y ni uno solo abogando por que no muera después. Siendo así que se trataba de algo tan simple que hasta los indiferentes podían compartir.

Lo cierto es que, a esta altura de los hechos, Jesús aparece, como muy bien perfila Loisy, como un obrero de pueblo, ingenuo y entusiasta, que cree próximos el fin del mundo y la venida de Dios sobre la tierra, y se atribuye un papel principal en el proceso; que recluta un pequeño número de adherentes iletrados porque no puede arrastrar a otros, y provoca cierta agitación en los medios populares.

Ese convencimiento de inminente consumación de los tiempos es lo que debió llevarle a no rehuir una muerte de la que hubiera podido escapar. Y, a la

que, como se verá, tal vez escapó. O la espera de un milagro. Que, cuando advierte que no va a producirse, le hace exclamar ese "¿por qué me has abandonado?", que no figura en Lucas, y es tan impropio de un ente divino como perfectamente comprensible en un predicador sucesivamente convencido y defraudado. Y que también obedece a la necesidad de que se cumpliera el salmo XXII. Pero dejémosle, por el momento, en su agonía, y examinemos las razones que se alegan para justificar tan fatal desenlace.

La Iglesia sigue afirmando que su venida tuvo por objeto redimir al género humano de su desvío mediante su muerte, como prueba de su amor por él. Sorprende, sin embargo, que Jesús no lo mencionara expresamente una sola vez. Mas si se limita esa redención al hecho de predicar la nueva doctrina, puesto que apenas se expandió entonces, el mundo no terminó, y ni siquiera el hombre retomó al paraíso. También cabe preguntarse, como hizo Celso, por qué Dios esperó tantos siglos para conmoverse, por qué tamaño sacrificio por parte de sí mismo, y si carecía de otros medios para operar esa salvación.

Que supone, por otra parte, la expiación por Dios de su propia culpa, pues si el hombre se había desviado tanto, no podía serlo por otra razón que por haber fallado su creación y castigarse por esa falta, sufriendo sus consecuencias. Ahora bien, dada su omnipotencia, más fácil le hubiera sido crearlo mejor. Pero, aun admitiendo todos esos absurdos, quedaría por explicar que se proceda a tal expiación haciendo cometer a buena parte del pueblo elegido precisamente, un pecado aún mayor, matando a su propio Dios. Celso juzgó, con razón, que doctrina tan vergonzosa no necesitaba de largos razonamientos para rebatirla, por no tener ningún sentido en quien lo sabía todo. Ya que, si lo sabía y no lo enderezó ¿sería porque no lo podía con su poder divino? (242-243) Y se preguntó, como podía preguntarse cualquiera, por qué se acordó de ello al cabo de tantos siglos y nada le importó antes. (246) Orígenes le refutó afirmando que no había venido a eso, sino a convertir á las ovejas perdidas de la casa de Israel y a quitar a los antiguos judíos su incredulidad hacia el reino de Dios, para pasarlo a los cristianos. Y, a lo segundo, que siempre había cuidado de ello, y que existen conexiones y consecuencias inefables e inexplicables acerca de la dispensación divina en el gobierno de las almas. (247) Zafándose así de la cuestión y sin destruir la otra objeción, que, en realidad, no fue obra de Jesús, sino, como se verá, de Pablo y otros de sus discípulos. Pues fue en las epístolas paulinas, según Loisy, donde se encuentra el más completo ensayo, si no el más antiguo conocido, de transformación de la fe mesiánica en una teoría de la redención, más o menos análoga a las doctrinas del misticismo pagano. Como la explicación eclesiástica no tiene ningún sentido, será necesario buscar otra, recorriendo la senda indicada por Loisy.

La historia, una vez más, nos la ofrece. Ese dogma se funda en el deseo de librar a otro de las faltas que haya cometido por la virtud del intercesor. Pero esto, que es perfectamente comprensible a escala humana, resulta incongruente

a nivel de una divinidad todopoderosa. Lo que ocurre es que, entre los primitivos, a tono con la antropomorfización de sus creencias, es normal liberarse de las desgracias y pecados comunes cargándolos sobre el dios agonizante. En una confusión entre lo físico y lo mental. Algo así como compartir una carga con otro, para liberarse parcial o hasta totalmente de ella. La figura del sacrificio redentor y de un redentor, humillado y glorificado después, se conocía en el Oriente mucho antes del nacimiento de Jesús.

Los jefes fenicios inmolaban ante los dioses, en tiempos calamitosos, a sus hijos más amados, considerando, como era común en la antigüedad que el sacrificio de la propia vida era menos meritorio que el de un ser particularmente querido. Esa idea de redención existió en las mitologías fenicia y griega y era frecuente en la sociedad romana. Entre los hebreos, en momentos de gran peligro, el gobernante de una ciudad o el de la nación, solía dar su hijo favorito para que muriera por el pueblo como rescate ofrecido a los demonios. Pero la idea del hijo de Dios que viene a salvar al mundo es de origen védico y se transmitió a las sectas judaicas que nacieron durante la cautividad de Babilonia. Todas las personificaciones de los dioses solares acaban como víctimas propiciatorias que cargan con los pecados de los mortales, muriendo y resucitando, como hace el sol.

No obstante lo cual, el último catecismo afirma, con soberano desparpajo, que Dios ha revelado su omnipotencia de la manera más misteriosa (y que lo digan) "en el anonadamiento voluntario al mal." (68, 272) Pues ¿cómo se tiene la osadía de decir que el mal ha sido vencido cuando, como se ha visto hasta la saciedad, ha impregnado incluso a la propia Iglesia? Y ¿por qué si el cordero de Dios quitó los pecados del mundo, como afirmó Juan Bautista (144, 608), no se volvió a la situación del paraíso, y se afirma simultáneamente que "la gracia del bautismo no libra a la persona de todas las debilidades de la naturaleza"? Ocurre que los "doctores" de la Iglesia son diestros en desdecirse, y dar por buenas cuantas afirmaciones les favorezcan, por contradictorias que sean, guardando un prudente silencio sobre las otras.

La crucifixión. Sostiene la tradición cristiana que Jesús, palabra que significa salvador y se aplicaba a los profetas vaticinados por la Escritura, murió crucificado a los 33 años. La edad parece incierta si se cree a Ireneo, quien afirmó que había pasado por todas las edades de la vida para servir de ejemplo de niños, adultos y ancianos. Que rozó los 50 lo afirma indirectamente Juan, al referirse que le reprochaban su pretensión de haber conocido a Abraham, siendo así que no había alcanzado dicha edad. (8, 57) Porque es incomprensible que se dijera tal cosa si no la rondaba, puesto que, de haber frisado la cuarentena, no hubieran dejado de aludir a esa cifra simbólica.

En cuanto a la crucifixión, puede asegurarse que no tuvo lugar en la forma que se admite. Porque la cruz, tal como la conocemos hoy, no era instrumento

de suplicio en aquella época en el imperio romano[6]. En cambio, como objeto venerando, figura desde los tiempos prehistóricos. En el período que precedió a la edad de hierro, aparece grabada en los monumentos megalíticos y las tumbas, donde el hombre vio brotar el fuego. Se encuentra en Nueva Zelandia, China, Persia. Asiria, Fenicia, Egipto, Grecia, Roma, la Galia, entre los eslavos, en África, Méjico y Cuzco, como herramienta para obtener el fuego por frotación. Los cristianos la adoptaron fácilmente por encontrarla en las tradiciones arias, que, como ya se está viendo, constituyen el fondo de las doctrinas evangélicas. Pero sólo con el antiguo significado emblemático, como los discípulos de Mitra, que también la usaban.

Lo cierto es que el usual instrumento de suplicio en la época era la horca. Precisamente eso es lo que los romanos entendían con la palabra cruz, y crucificar quería decir colgar. Los tres primeros evangelios sólo mencionan horca y ahorcados. Lo que era tan claro para todos que al nuevo dios de los cristianos se le llamaba el ahorcado. Aún hoy la Iglesia hace cantar que la madre dolorosa lloraba junto a la cruz de la que colgaba el hijo *(pendebat filius)*. Y, en los Hechos (10- 39) se dice que lo mataron colgándolo de un madero. Lo corrobora la profecía bíblica que utilizaron los cristianos, que, en realidad, es una norma, como figura en el *Deuteronomio* (21, 22-23); "si un hombre / .../ ha sido ajusticiado y colgado de un árbol, su cuerpo no pasará la noche colgado, sino que lo enterrarás el mismo día, porque un colgado es maldición de Dios." La evolución parece reflejarse en Celso, que dice haber sido "clavado en un madero" (417) y en Orígenes, que, setenta años después, dijo que lo fue "en una cruz" (419).

Sólo en el evangelio de Juan aparece clavado en la cruz que él mismo llevó (19, 23), siguiendo, al parecer, la inspiración del suplicio de Prometeo y Baal, según piedra votiva descubierta en Namibia, o acaso del simbolismo hebreo de la inmolación del cordero, al que, para elevarlo, se extendía en una especie de cruz cuyos brazos recibían las patas delanteras y la otra parte el resto del cuerpo. Recordemos que ese evangelio es posterior a los otros de casi un siglo. Hubo tal resistencia, sin embargo, que, durante siglos se siguieron reproduciendo las imágenes primitivas.

En realidad, los condenados eran sujetados a horcas fijas, en las que se exponían y azotaban. El poste, a veces un árbol, era designado con el nombre de cruz. Cristo no apareció clavado, que se sepa, hasta el s. VIII. Ninguna de las figuras de las catacumbas representaba escenas de la pasión. Todas las que se ven tienen origen pagano y precedentes en Egipto, Fenicia, Siria, Chipre y en medallas de los emperadores romanos. Hasta el s. IV le representan como un simple profeta predicando el culto de Agni, cuyo evangelio tiene en la mano.

[6] La cruz , con una u otra forma, era utilizada por los romanos aunque su origen como elemento de tortura fuera de otros pueblos. Espartaco y sus seguidores fueron crucificados en la Via Apia.
(Nota del Editor Digital)

Sólo más tarde se le unió la leyenda del cordero.

Este simbolismo tiene su origen en la identidad del nombre del dios con la palabra latina agnus (genitivo, agni), que significa cordero. Pero ya antes la imagen de Agni estaba asociada con la del cordero colocado en los puntos de intersección de la T, de donde salía la chispa. La apelación de "buen pastor" le fue aplicada primero a Apolo, dios de los rebaños, luego a Mitra y a Hermes, y a los tres se les representó con un cordero sobre los hombros. En un sarcófago del s. IV, se ve al cordero haciendo los milagros que el evangelio atribuye a Jesús. Y es él, y no el profeta, el que derrama la sangre para redimir al mundo, de acuerdo con los sacrificios antiguos. Representaciones similares se encuentran a fines del siglo.

Al conocerse mejor los orígenes de la tradición cristiana, el cordero fue reemplazado por Jesús; pero la combinación de esfinges, centauros y otros, entonces familiar a todos, impuso el cordero con cabeza y busto humanos, como se observa en muchas lámparas cristianas. Ya en su sarcófago del s. IV, desapareció el cordero y quedó la cabeza de Cristo como pedestal de la cruz. En un mosaico del sepulcro de Gala Placidia en Ravena, del siglo siguiente, se muestra a Jesús teniendo en la mano la cruz, como se representaba al cordero, y con la cabeza ceñida por el disco solar. También la diosa Maya era representada con un disco luminoso sobre la cabeza. Y la aureola que rodea a la cabeza de Cristo y los santos, adornaba la de los dioses solares en Perú, Japón, China, el Tibet, India, Persia, Egipto, Grecia, etc.

La transición se operó tanto más fácilmente cuanto que, en una medalla de aquella época, la emperatriz pagana Eudoxia era representada con la cruz mística en la mano y Júpiter en esa actitud. Pronto se puso la cabeza de Cristo en la intersección de los brazos de la cruz, en el sitio en que había figurado el cordero. El proceso fue culminado por el concilio de Constantinopla de 692, que ordenó que se representase el cuerpo entero de Cristo en lugar del cordero. Adriano 1 confirmó la decisión, vistiendo el cuerpo de Jesús con una túnica flotante y extendiendo sus brazos en actitud de predicación. Nueva modificación se produjo en el s. X: se le representó saliendo del sepulcro con las huellas de los clavos en manos y pies, y la cabeza rodeada por el disco solar, pero derecha, y los pies separados. En el siglo siguiente se le clavó con las piernas derechas, los brazos extendidos y la cabeza apenas inclinada. Por fin, en representación más realista, se inclinó la cabeza y se doblaron brazos y piernas al peso del cuerpo.

En un mosaico de Milán del s. XI puede leerse: "Ego sum lux mundi" (yo soy la luz del mundo). La imagen se generalizó a partir del s. XIII, reemplazando a veces el disco solar por haces de chispas desprendiéndose de la svástica, como hacía la chispa sagrada del culto de Agni. La inscripción INRI aparece por primera vez en un mosaico del s. VIII de la biblioteca del Vaticano. Pero no con la significación que se le da ahora, sino como iniciales del lema Igne Natura Renovatur Integra, es decir, la concepción del fuego como renovador íntegro de

la naturaleza. Significado que se cambió posteriormente por el que la Iglesia le da en la actualidad. Aunque las formas anteriores siguieron figurando como cruz gamada, griega, de Malta, de san Andrés, etc.

En todo caso, la existencia de Cristo fuera de Judea fue tan desconocida en esos momentos, que no se conoce documento contemporáneo alguno que a él se refiera. Filón, que, al mezclar la Biblia con Platón, fue uno de los creadores de la mística cristiana, no le dedicó una sola línea. El primer documento de su existencia que manejan los cristianos es un fragmento de las Antigüedades de los judíos, del historiador hebreo Flavio Josefo. En él se dice que era un hombre sabio, si es que se le podía llamar hombre, que su venida había sido profetizada, se relata la resurrección y se sostiene que era el Cristo, es decir, el Ungido. Pero es pura apariencia, porque un judío ferviente como el autor, no podía hacer tales afirmaciones sin hacerse cristiano. En cambio, sí que es probable que un cristiano (que se cree pudo ser Orígenes), al toparse en la obra con un relato refiriendo disturbios y conteniendo posiblemente palabras ofensivas para Jesús, arreglara el original a su conveniencia.

Puede afirmarse además que, hasta el momento de su pasión, no se le tuvo por persona divina. Del mismo evangelio de Lucas se desprende que sólo era visto como profeta, pues, cuando Cleofás y otro discípulo relatan los sucesos de ese trance de su vida (24, 19), dicen que es un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y el pueblo. Mateo dice (21, 10-11) que, al entrar en Jerusalén, la muchedumbre afirmaba que era el profeta de Nazaret de Galilea, y que Juan Bautista (3, 16-17) cuando vio al Espíritu Santo, oyó una voz del cielo decir que era el hijo amado, lo que no implica necesariamente divinidad. Y, aunque también afirma que era el hijo de Dios (10, 32-33) tal expresión se había empleado en el Antiguo Testamento para designar a personajes importantes, como David, Salomón y otros reyes. Lucas (22, 69) y Esteban, en los Hechos (7, 55) que, recordemos, se le atribuye, sólo le sientan a la derecha del Todopoderoso. La crítica ha llegado a la conclusión de que otros pasajes que podrían oponerse, son un agregado tardío. Pablo dio un paso más: mientras la divinidad estuvo presente en Jesús, no mantuvo atributo divino, que sólo recuperó luego de la resurrección. Pero Juan, que escribió en un ambiente cultural griego, ya desaparecidos los apóstoles, simultaneó ambas naturalezas.

La pretendida resurrección. Al entrar en este punto, surgen, como si estuvieran al acecho, perturbadoras sorpresas. Lo primero con que nos topamos es no encontrar una descripción precisa del momento en que se produjo. Y, en seguida, con una clara discordancia en cuanto a los detalles que se ofrecen, para agravar el punto, la crítica independiente ha llegado a la conclusión de que el evangelio más antiguo, el de Marcos, germinaba en el versículo 8 del capítulo 16, sin mencionarla. Se cree que los versículos siguientes fueron agregados en el s. II.

Desde el comienzo mismo, la petición del cadáver por parte de Nicodemo y José de Arimatea, es presentada en forma distinta (Mateo, 27, 57 y ss.; Marcos, 15, 42 y ss.; Les., 23, 50 y ss.; y Jn., 19, 38 y ss.) y extraña, porque, siendo respetados por el sanedrín, infringieron dos grandes prohibiciones: ponerse en evidencia al pedirlo y proponerse enterrarlo en una sepultura nueva de su propiedad, cuando se trataba de un condenado por el propio sanedrín y ser el contacto con un cadáver causa grave de impureza el día de la Pascua. Normalmente, el cadáver de un ajusticiado iba a la fosa común, salvo que su familia obtuviera autorización para inhumarlo. La tradición inicial, sabedora de que, en el caso de Jesús, nadie intervino, y cuidadosa de una tumba honorable para él, inventó a un personaje importante por su crédito y situación. Era costumbre además retirarse al recinto de la ciudad antes de la puesta del sol, y ellos se fueron hasta el Gólgota para enterrarlo. ¿O pensaron que no había muerto?

La pregunta no es descabellada, ya que había crucificados que permanecían diez días o más en el poste. Por eso les rompían el cráneo o las tibias. Esa es la razón por la que, según Marcos, Pilato se extrañó, cuando fueron a solicitarle **al** cadáver, de que hubiera muerto al cabo de unas seis horas. Y se agrega que a él no le rompieron las tibias, sino que le pincharon el pecho y salió de él agua y sangre, lo que significaba que sólo la pleura había sido afectada y no el corazón. En ese caso, no resultaría imposible que se sobornara a los guardias para que les permitieran llevarse el cuerpo. Lucas y Marcos, sustancialmente coincidentes, difieren de Juan (19, 38-42), para quien José de Arimatea era discípulo de Jesús y fue ayudado por Nicodemo para transportarlo; además, el sepulcro no es señalado como de él, sino elegido por estar cerca. Ambos, según él, lo amortajaron (los otros mencionan únicamente varias mujeres), lo cual resulta contradictorio si se espera su inminente resurrección. Según Juan, porque los discípulos no habían entendido aún que debía resucitar. Lo que tampoco se asevera lógico, luego de haberlo anunciado tantas veces.

Ningún acuerdo se ofrece después sobre las circunstancias de su desaparición. Mateo dice que las mujeres fueron a ver el sepulcro, se produjo un terremoto, bajó un ángel del cielo, removió la piedra de la entrada de la tumba, se sentó en ella y dejó a los guardianes que habían puesto para que no robaran el cadáver y alegaron justamente su resurrección, sin sentido. En Marcos, las dos Marías y Salomé van a ungir el cuerpo, no hay terremoto, la piedra ya ha sido quitada, un joven está dentro sentado y los guardias han desaparecido. Además, con gran ingenuidad, se arregla el descubrimiento de la tumba vacía, al decir que no dijeron nada porque tenían miedo, con lo que, como señalara Loisy, se suprime el testimonio inventado, desde el momento en que sólo queda, como garantía, la propia palabra del evangelista. O que los otros trataron de mejorar desligando la lengua de las mujeres. Según Lucas, que sustituye a Salomé por Juana, "y las demás que estaban con ellas", llevaron ungüentos, pero tampoco hay terremoto ni guardias; se les presentan dos hombres, al parecer, procedentes

del exterior, que les anuncian que Jesús se les aparecerá en Emaús y no en Galilea, como dicen los textos anteriores. Juan sólo menciona a María en el sepulcro, llora fuera de él, aparecen dos ángeles sentados en la cabeza y los pies donde estuvo el cuerpo, y Jesús aparece en ese momento. María corre a avisar a los apóstoles quienes certifican el suceso después.

¿Cómo explicar tantas y tan graves contradicciones en textos supuestamente inspirados por Dios? Sólo pueden serlo si se les considera como motivados por el deseo de completar una silueta propia de personalidad divina desde enfoques diferentes y obedeciendo a la inspiración e influencias propias de cada uno, asimilándola a las leyendas de dioses solares, entre los que, una vez más, se encontraban Mitra, resucitado también el tercer día, Krisna, Baco, etc. Mateo, aun siguiendo a Marcos, adoptó leyendas orientales con los típicos terremotos y seres bajando del cielo. El médico Lucas, inspirándose en ambos, pero escribiendo en Roma, eliminó las referencias celestiales y las que pudiesen herir susceptibilidades entre los romanos. Y, para asegurar la credibilidad, convirtió en hombre maduro al ángel y al joven, y dobló su presencia para reforzar el testimonio.

Puede sorprender la incredulidad de los discípulos ante la que se dice haber sido anunciada, resurrección, hasta el punto de que les parecieran desatinados los relatos de las mujeres, (Le., 24, 11, y Me., 16, 11). Mas si, para explicarla, se alega que, entre los judíos, el testimonio de una mujer no era tenido por bueno, acude Mateo en seguida a invalidar la explicación, cuando dice (27, 63-64) que era tan notorio que Jesús debía resucitar al tercer día, que el sanedrín forzó a Pilato a poner guardias ante el sepulcro y sellar la entrada. Y después, que los sacerdotes, incomprensiblemente crédulos ante la resurrección, sobornaron a los guardianes para que dijeran que los discípulos habían robado el cadáver mientras dormían.

Obviando que, si hubieran aceptado, hubieran sido inmediatamente ejecutados, con lo que de nada les iba a servir el dinero. Y que, si de verdad hubiera resucitado, no tardaría en saberse.

Lucas refresca la memoria de las mujeres desconsoladas, recordando (24, 7) que, en Galilea, había dicho que sería entregado en poder de pecadores y crucificado, y que resucitaría al tercer día. Ilógico es, por otra parte, que quienes habían sido testigos de tantos milagros como los que se le atribuyen, no pudieran creer que hubiera escapado a la muerte, como repetidamente había anunciado. Recordemos que Marcos dice (8, 31) que, reunido con los apóstoles, les enseñó que era preciso que muriera y resucitara a los tres días. Y que, al atravesar el lago de Galilea, les anunció (9, 30-32) que sería entregado, le matarían y resucitaría al cabo de tres días, lo que ellos no entendieron, aunque temieron preguntarle. Aún, dirigiéndose a Jerusalén, dice (10, 33-34) que sería entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, que le condenarían a muerte, se burlarían de él, le escupirían, le azotarían y le matarían, pero que resucitaría a

los tres días. El texto se reproduce en Mateo (20, 18-19) y Lucas (18, 31-34), y Marcos agrega el anuncio de que, luego de haber resucitado, les precedería en Galilea. (14, 28)

La incredulidad se toma aún más inexplicable si se tiene en cuenta la afirmación de Mateo de que, al morir, se rasgó la cortina del templo, tembló la tierra, se hundieron las rocas, se abrieron los monumentos, resucitaron muchos cuerpos de santos que salieron de sus sepulcros, fueron a la ciudad y se aparecieron a muchos. Al punto de que hasta el centurión y los que le guardaban reconocieron que era el Hijo de Dios. Hasta se inventó un eclipse que los modernos conocimientos astronómicos revelan imposible en ese momento.

Semejante convulsión hubiera sido conocida en todo el imperio. Y, sin embargo, en una sociedad tan ávida de prodigios, nadie pareció inmutarse y ni los mismos discípulos sospecharon que estaba a punto de suceder algo tan maravilloso, y se resistieron a creer que hubiera sucedido. En cambio, es perfectamente comprensible que la imaginación posterior se excitara, al contarse prodigios semejantes ocurridos al fallecer otras personas. Todavía en el s. XVI, el historiador Guicciardini refería los que habían encuadrado la muerte de Lorenzo de Mediéis, que no era ningún santo.

De todo lo cual dedujo Loisy que se creyó en su resurrección antes de imaginar qué día había resucitado, cómo se habría encontrado vacía su tumba, cómo había dado a sus discípulos sus más importantes instrucciones. La muerte es un accidente sin importancia para espíritus familiarizados con la creencia en la inmortalidad, que creían inminente la resurrección de los justos y el advenimiento del reino de Dios. Sólo más tarde, frente a las objeciones de los miembros no judíos, se sintió la necesidad de probar la resurrección con argumentos que cada colectividad proveyó a su manera. Ligeras visiones o sueños bastaron para alimentar esa fe, precediendo a las invenciones. La resurrección es motivo de fe y nadie fue realmente testigo de ella.

La realidad es que las afirmaciones y actitudes que se atribuyen a Jesús no tienen sentido más que en relación con la cristología y el drama litúrgico; pero no con la verdad. Antes de contar que el domingo se había encontrado la tumba vacía, |se predicaba y creía que Jesús había resucitado. Y se le hizo resucitar el domingo porque ese era, para los paganos, el día del sol. Los primeros cristianos lo conmemoraban coincidiendo con la pascua judía, en la que se inmolaba el cordero; pero, reaccionando contra esta coincidencia, se trasladó al domingo siguiente. Lo confirma la cita que hace Loisy de Justino: "El día del sol nos reunimos, porque es el primer día que Dios, habiendo transformado las tinieblas y la materia, creó el mundo, y; que Jesucristo, nuestro Salvador, resucitó de los muertos."

Para reforzar la creencia. Orígenes se apoyó en Platón, quien refirió que el hijo de Armenio "se levantó a los doce días de la pira y narró sus aventuras en el Hades. Y, pues, nos dirigimos a incrédulos, no será inútil para nuestro propó-

sito recordar el caso de la mujer sin aliento de que habla Heráclides." Y, recordando que de muchos se decía que habían vuelto de los sepulcros incluso el día siguiente, se preguntó: "¿Qué tiene, pues, de extraño que quien en vida hizo cosas tan maravillosas y por encima de todo lo humano /.../ que también en su muerte llevara ventaja al común de los mortales?" (125) Pregunta en la que se muestra con claridad el revés de la trama

Esa resurrección múltiple sólo referida por uno de los evangelios, fue maquillada así por la Biblia de Nácar-Colunga: "Este hecho nos es transmitido sólo por san Mateo; su interpretación es difícil y, por esto, objeto de varias opiniones. En el sentido obvio, esos santos se habrían adelantado al Señor en la resurrección, lo que no puede admitirse. ¿Habrá anticipado el evangelista la resurrección de los santos? Esos que, resucitados, salieron de sus sepulcros ¿volvieron a morir? Otros tantos misterios. Lo indudable es que esa resurrección, cualquiera y como quiera que sea, es señal de la victoria de Jesús sobre la muerte y de la liberación de los que le esperaban en el seno de Abraham." ¡Singular y barata triquiñuela para escapar de lo inexplicable! Por eso la Biblia del 95 prefiere inclinarse por una interpretación alegórica.

Semejantes disparidades a las que se acaban de ver aparecen cuando se relatan las distintas apariciones del resucitado. Mateo (28, 9 y 10, 16-17) refiere que salió al encuentro de las dos Marías y les encargó dijeran a los discípulos que fueran a Galilea, porque allí le verían. Así hicieron, aunque algunos vacilaron. Pertinaz incredulidad que es posible tienda a destacar lo portentoso del acontecimiento, olvidando lo demás. En todo caso, en el agregado de Marcos (16, 9-14), se aparece primero a María Magdalena, luego a dos discípulos camino de un pueblecito y finalmente a los once, a quienes reprocha que no le crean. Lucas (24, 13-43 y 50-51) afirma que se acercó a dos de ellos el mismo domingo y sólo le reconoció cuando, sentados a la mesa, bendijo, partió y les dio el pan. Tras lo cual, desapareció. Se les presentó nuevamente en Jerusalén cuando lo contaban a los otros, quienes, a su vez, les informaron que se había aparecido también a Simón. Allí comió un trozo de pan, les llevó a Betania y, mientras les bendecía, se fue alejando hacia el cielo.

Juan (20, 11-19 y 26-28 y 21, 1-12) presenta a María Magdalena llorando ante el sepulcro y viendo a dos ángeles sentados donde había estado el cuerpo. Al volverse, vio que estaba detrás, aunque sólo le reconoció por la voz. Pero antes, al ver removida la piedra de la entrada, había ido en busca de Pedro y el discípulo "a quien Jesús amaba", que no se atrevió a entrar. Ninguno de los dos había entendido todavía que, según la Escritura, debía resucitar, como si no se lo hubiera anticipado varias veces. Y si Pedro estuvo en el sepulcro ¿no lo habría consignado Marcos, que recogió su testimonio? Sigue diciendo Juan que la tarde del primer día de la semana, se presentó a sus discípulos en ausencia de Tomás, estando cerradas las puertas del lugar donde se encontraban por temer acciones contra ellos (que no parecían tener alma de mártir), y ocho días des-

pués, volvió a aparecer en presencia de éste, quien debió tocar sus heridas para creer. En un apéndice, se relata otra aparición en la playa del lago Tiberíades. Tampoco fue reconocido; pero les invitó a que echaran otra vez la red, cuando nada habían pescado en toda la noche, y la recogieron repleta. En ese momento harto dudoso es en el que el evangelista sitúa la recomendación a Pedro de que apaciente sus ovejas. La introducción correspondiente de la Biblia del 95, reconoce que este evangelio suscitó polémicas dentro de la misma Iglesia; pero asegura que "pronto fue reconocido como palabra de Dios y de los apóstoles." Aunque no dice cómo ni por qué.

Recordemos que Lucas afirma que ascendió al cielo el mismo día en que resucitó, con lo que todo lo que cuentan los otros evangelistas estaría de más. Claro que también es cierto que él mismo se desmintió en los *Hechos,* donde sostuvo, o **le** hicieron sostener, que se apareció durante cuarenta días y, al fin, fue levantado al cielo oculto por una nube (1-3 y 9). Pablo fue más lejos, haciéndole aparecer a los doce y nada menos que a más de quinientos fieles (Corintios, 15, 5-7). De todas formas, era necesario que ascendiera, puesto que toda una vieja tradición oriental ofrecía numerosos relatos de ascensiones. Por algo Mahoma también ascendió. También se i observan divergencias en el punto de la despedida que se le t atribuye. Mientras afirma (28,20) que estará con los apóstoles "hasta la consumación del mundo" o "el fin de la historia", Juan, consciente de que ese fin no se ha producido, dice (14, 1,15-20) que no permanecerá, pero que rogará al Padre para | que el Espíritu Santo sea enviado a recordarles lo dicho. Y, POCO después, pone como condición para que llegue el nuevo enviado, que él se vaya. Lo que es contradictorio e implica que su afirmada presencia en la misa, declare falso este evangelio.

Recapitulando lo dicho, vemos que la presencia del resucitado entre sus apóstoles cuando aún estaban en Jerusalén, 6S relatada por Lucas, Juan y Pablo, que escriben de oídas, Y la omiten quienes se supone estaban allí, cuyas memorias inspiraron el texto de Marcos. Más aún: en tanto que Mateo y Lucas le hacen aparecer en Galilea, al agregado de Marcos y Juan lo presentan en Jerusalén y sus alrededores. Con todo lo cual resulta increíble que, teniendo en cuenta los milagros que se atribuyen a Jesús para convencer de la autenticidad de su misión, no se aparezca en público y sólo lo haga ante parte de sus adictos, precisamente la más interesada en atestiguar en su favor y, por tanto, la más sospechosa. Y que un acontecimiento tan fundamental para la fe, sea transmitido en tan distintas formas, ignorándose unas a otras y sin posibilidad racional de ser conciliadas.

Y ello, en punto tan fundamental que, como dijo Pablo: "si proclamamos un Mesías resucitado de entre los muertos ¿cómo dicen ahí que no hay resurrección de los muertos? Si los muertos no resucitan tampoco Cristo resucitó." Y, más grave aún: "si Cristo no resucitó, nuestra predicación no tiene contenido, como tampoco la fe de ustedes." (Corintios, 15, 12-14)

¿Y si no murió entonces?. Pues, tomémosle la palabra, porque Andreas Faber-Kaiser tiene algo que decir al respecto. Pero antes demos paso a la suposición de G. Messadié de que si Jesús no fue reconocido rápidamente por María ni por su discípulos, sería porque cambió de aspecto justamente para no serlo. Y precisemos que Emaús, donde se dice que algunos le vieron por primera vez, se encuentra en la ruta de Jopé, hoy Jafa, de donde pudo embarcarse. ¿Hacia dónde? Aquí es donde interviene Faber-Kaiser.

Según copias de textos conservados por los lamas del Himalaya. Jesús estuvo en la India en los años de su juventud, sobre los que, como se vio, guarda silencio el Nuevo Testamento. Cachemira estuvo vinculada a Israel por una comunidad hebrea que allí se había establecido y estaba compuesta, según dice la Biblia, por tribus dispersadas por los conquistadores. Pues bien, no obstante lo que ya puede vislumbrarse, sorprenderá a más de uno saber que el francés Barthelemy St. Hilaire se atrevió a suponer que Jesús era un monje budista de un convento del Carmelo, que predicó las doctrinas védicas, que los apóstoles idearon poner en boca de un profeta judío, ¡muerto desconocido, atribuyéndole una biografía calcada de la de Buda.

Pero la sorpresa irá menguando a medida que se vaya sabiendo, a más de lo ya visto, que uno de los dioses secundarios de la India comenzó su vida como hijo de un carpintero, y más cuando se conozcan las similitudes entre Buda y Cristo. La virgen Maya concibió a Buda, dios salvador del mundo, que en ella se encarnó. Una estrella apareció a su nacimiento, y sabios, reyes y espíritus celestiales acudieron a adorarle. Cuando fue presentado en el templo sorprendió a los doctores por su sabiduría, y los profetas presagiaron maravillas de él. Vivió pobre y, antes de su predicación, se retiró al desierto, donde ayunó durante cuatro semanas, y rechazó el ofrecimiento del imperio del mundo, que le hizo Mará, el tentador. Predicó indistintamente a pobres y ricos, expresándose en parábolas, practicó curas milagrosas, caminó sobre las aguas, proporcionó milagrosamente abundantes alimentos a sus discípulos, les .envió a predicar la doctrina, tuvo un discípulo traidor, una aureola rodeó su cabeza después de su muerte, etc.

Analogía igualmente sorprendente en cuanto a la doctrina. En la Santra de las 42 secciones se dice: "Es difícil a un noble y a un rico ser religiosos." Lo que nos acerca a la frase del camello. "Libraos de mirar a una mujer." Lo cual precisan las palabras de Budagosha, calificando de adulterio el simple hecho de mirar a la mujer de otro con lujuria. Y Cristo: "El que ha mirado con deseos a una mujer, ya ha cometido adulterio en su corazón." Se celebran concilios para fijar la doctrina. También el arte presenta semejanzas: Buda aparece a menudo con un nimbo alrededor de la cabeza. Y en los hechos. El budismo no introdujo ningún dogma nuevo, sino que se basó en el brahmanismo, como Jesús lo hizo en la Ley judaica, y ambos centraron su predicación en el terreno moral. ¿Copia

diabólica? En cualquier caso, al revés, puesto que el budismo es muy anterior al cristianismo. Con la diferencia de una moral superior y más amplia porque la caridad cristiana, en los hechos, se limita a los correligionarios, reservando el odio a los discrepantes, como prueba la historia.

No debe extrañar, por ello, que el agustino A. Giorgi señalara en el prefacio a su obra *Alphabetum Tibetanum* (P.R 122-123): "Cuando observé que este pueblo poseía un dios bajado del cielo, nacido de una virgen de familia real y muerto para redimir el género humanos, mi alma se turbó y permanecí muy confuso. Puedo añadir que los tibetanos contestaron los ofrecimientos de los misioneros diciendo: '¿para qué nos vamos a convertir al cristianismo si ya tenemos unas creencias idénticas a las vuestras y además son mucho más antiguas?" Por supuesto que la declaración fue condenada por Roma. Y poco más de un siglo después, el abad A. Bertrand estampaba en su Dictionnaire des Religions, que, entre Krisna y Jesús, había "una identidad de nombres, una similitud en su origen y en su naturaleza divina, una serie de rasgos similares en las circunstancias que han acompañado su nacimiento, puntos de semejanza en sus actos, en los prodigios que se han llevado a cabo y en su doctrina." Sin que se atreviera a demostrar que hubiera calco de los evangelios, tarea ciertamente imposible, puesto que las formas más antiguas de la leyenda incluían lo fundamental. (P.R., 133) De ahí el fracaso del cristianismo en esos territorios.

El famoso y polémico sudario de Turín, si, como desea la Iglesia, fuera auténtico, no haría más que demostrar, contra los propósitos de sus defensores, precisamente que Jesús no murió en la cruz, porque un cuerpo muerto no hubiera dejado vestigios de sangre manando de las heridas, ya que, para impregnar el lienzo, debía ser sangre fresca. A más abundamiento, el traslado de la roca sólo sería necesario si de allí saliera un cuerpo físico, pues un alma no hubiera precisado desplazarla. Y las distintas apariciones no dejan lugar a dudas de que se tratara de algo diferente, si se aceptan.

Después de este largo introito parecerá más verosímil lo que sigue a continuación. Siguiendo a Faber-Kaiser, parece haber pasado por Damasco, Irán y Afganistán, y entrado en Cachemira por el llamado "prado de Jesús", habitado por hebreos. Varios escritos lo mencionan. En Srinagar, en pleno centro de la capital de Cachemira, se muestra una tumba que se dice ser la suya y vio mi hija Virginia en sus andanzas por la India. Según distintos indicios habría estado allí desde el año 60 hasta una fecha que me parece improbable. Todo ello es examinado por investigadores y a nivel sectario, aunque no ha trascendido al gran público, no obstante haberse publicado libros y artículos sobre el tema. El autor, nacido en Barcelona en 1934, no da por seguro lo que afirma; pero lo apoya en numerosos datos. Un periodista alemán, Franz Alt, dedicó varios años a verificar la tesis y publicó otro libro en 1990, en el que indicó que las pruebas definitivas de la vida de Jesús en la India estaban en el Pótala. Pero el Dalai Lama le dijo que no podía darle esa información, a causa de las delicadas relaciones

entre el budismo tibetano y el papado. En todo caso, si esta versión no es del todo segura, es, al menos, más valedera, probable y coherente que la dada por los evangelios.

Otros antecedentes. Otros datos pueden completar el panorama de tan polémico asunto. La descripción que se hace de la aparición y ascensión de Jesús es muy similar, como se ha dicho, a numerosos relatos orientales de ascensiones. Así que los apóstoles y quienes les sucedieron, no hicieron más que transitar la senda abierta por las creencias de la época.

En el equinoccio de primavera, los antiguos celebraban la muerte y resurrección del sol durante toda una semana, que era santa. Había un luto de tres días que correspondían a otros tantos meses de invierno. Entre los fenicios, se consagraba un día a la semana a llorar la muerte de Adonis, el sol. El segundo día estaba consagrado al culto de Venus, y se iba a visitar a Adonis, tendido en su lecho. A Jesús también se le hace expirar el viernes, el día de Venus, durante el cual no se celebra misa, como entonces no se sacrificaba ninguna víctima, y se le va a visitar, como en las capillas funerarias. La costumbre del lavado de pies deriva del de la estatua de Venus, que ese día practicaban las matronas romanas, tras lo cual se lavaban ellas mismas. Al día siguiente la tristeza se trocaba en alegría, como en el sábado de gloria, que la Iglesia celebraba aún hace varias décadas, festejando con cantos la resurrección del sol *(resurgere* en latín, salir de nuevo). Un número de oraciones católicas reproducen casi literalmente los himnos védicos. Alleluia (de *alle,* alto, y *luía,* brillante) era el grito de alegría con que parsis y güebros saludaban el retomo del sol, y de ahí lo tomaron los hebreos.

La conmemoración copiada por los cristianos comienza en la luna de marzo, cuando el sol entra en el signo de Aries, que se llamó el Cordero. Ahí reside la explicación de lo extraño que resulta la diferencia entre las fechas fijas del nacimiento, la circuncisión, la adoración de los magos, la ascensión y otras, y la movible de su muerte, más importante que la casi totalidad de aquéllas. Las épocas más notables de la vida de Jesús acabaron por regularse según el curso del sol y de la luna, ya que casi todas las fiestas de la antigüedad concordaban con las fases más salientes del curso de aquel astro. Así, la fiesta de la pascua cristiana coincide con la conmemoración anual de la resurrección de Adonis, como se ha dicho, y haciéndola coincidir también con la pascua hebrea, que celebraba el fin del éxodo. La costumbre de regalarse el huevo de pascua tiene su raíz en el neolítico, pues el huevo era uno de los símbolos más importantes de todas las culturas, ligado al ciclo agrario de la vida que renace en la primavera. El intercambio de huevos se hacía en Egipto y los países escandinavos, y la Iglesia, como en tantas otras ocasiones, hizo suya la costumbre. Y es que era vital, para ella, proceder a todas esas apropiaciones, porque, al no haber ocurrido nada digno de una crónica cualquiera en la vida de Jesús, éste hubiera que-

dado atrás de las que daban cientos de natalicios y hechos aparentemente menos importantes.

La vía a la supervivencia. La acción de Jesús había terminado, pues, en un fracaso por él mismo reconocido, al sentirse abandonado, si realmente pronunció las palabras que se le atribuyen. Pero algunos de sus prosélitos se resistieron a reconocerlo y reanimaron las marchitas esperanzas de la mayoría, haciendo circular la historia de su resurrección. En la que no es imposible que creyeran realmente por ya conocidos resortes psicológicos, como visiones, sueños, referencias, etc., arrastrando a los otros en un fenómeno de clásica sugestión colectiva. Pero como había que convencer a un número mayor de creyentes, necesitaron reforzar su creencia, asegurando que la muerte se había producido en cumplimiento de las Escrituras. Por lo que debieron escudriñarse para encontrar los textos que pudieran presentarse, convenientemente amañados, como profecías alusivas. Así hicieron con el fragmento mencionado de Isaías, encontraron que la cobardía de los discípulos había sido profetizada por Zacarías (13, 4-6), el episodio de la esponja, en el salmo 69 (22), y en el 22, 2, su exclamación de haber sido abandonado, así como en Jeremías (14, 15-18), etc.

Que el sufrimiento causado por su muerte ayudó a la aceptación de su vuelta a la vida, lo da a entender el último catecismo (152, 640): "el primer paso para el reconocimiento del hecho de la resurrección." Y, apoyándose en esa flagrante confesión, se dan por buenas todas las apariciones, por contradictorias que sean. Cómo tobogán que, blandiendo los evangelios, los *Hechos* y la epístola de Pablo a los corintios, les permite deducir, con apabullantes desenvoltura, (153, 643) que, ante esos testimonios, es imposible interpretarlo de otra forma que como un hecho histórico.

Pero como sólo los apóstoles atestiguan las reapariciones, es lógico que no encontraran mucha credulidad en la colectividad hebrea, y no debe sorprender que su resurrección fuera ^incluso rechazada entre los mismos cristianos. Dando pie para la elaboración de un mesianismo, que ya había trascendido el ámbito bíblico, para ver en él, siguiendo las etapas ya señaladas, al enviado por Dios, hasta convertirle a él mismo en Dios desde su nacimiento. Aunque los judeocristianos se resistieron por mucho tiempo a ver en él otra cosa que un profeta, extraordinario.

El descubrimiento del evangelio de Tomás, sobre el que se tendió un velo que acertaron a descorrer los eruditos trabajos de H. Puech, mostró la existencia de una larga e importante ^veta, en el entorno de Jesús o entre sus sucesores, puesta al dogma de la encarnación de su naturaleza divina, representada por los gnósticos, quienes, sosteniendo que determinadas circunstancias les habían dado el conocimiento (o gnosis) de la enseñanza de Jesús, trataron de reunir la filosofía griega con las creencias orientales y las de los cristianos. Debiendo destacarse que, no obstante su desaparición posterior, ese evangelio fue acepta-

do por los cristianos hasta el s. V o sus inmediaciones.

De cualquier forma, cuando Jesús inició su apostolado ya se había formado un núcleo de amigos del judaismo que llevaban una vida hebrea sin serlo de nacimiento ni haber sido circuncidados. En su seno, aligerados de las rigideces de los doctrinarios y considerando secundaria la descendencia de Abraham y más importante la adoración de la divinidad, tenía que fructificar más fácilmente la nueva doctrina, que permitía escapar a esos rigores sin marginarse. No obstante lo cual, esa nueva doctrina parecía condenada a extinguirse al cabo de varis generaciones, como ocurrió con tantas otras, sin fructificar más allá de su marco originario. Algo lo impidió.

El vuelco expansivo y las disensiones y desvíos. Fue entonces, según aceptación general, cuando intervino Pablo de Tarso, fariseo, pero ciudadano romano, impregnado de influencias más amplias, por proceder de la extremidad del espacio hebreo. Ardiente perseguidor que se convirtió en prosélito a raíz de una visión que dijo haber tenido y que probablemente tuvo, dado su temperamento exaltado e incluso enfermizo, como él mismo confesó, y sujeto a pasar fácilmente por distintos estados de ánimo. Se ha afirmado que su experiencia fue probablemente debida a un ataque epiléptico, pues los padecía con regularidad.

Discrepando de la opinión prevaleciente, Loisy, que estudió pormenorizadamente su papel, redujo la importancia que ordinariamente se le da, afirmando que no fue el único ni siquiera el primer misionero en país pagano, sobre la base del silencio de antiguos documentos cristianos a su respecto. Según él, la difusión del cristianismo en el mundo pagano fue anterior a él y se prosiguió fuera de él, aunque contribuyera a ella en gran escala. Después del martirio de Esteban, el grupo helenístico de Jerusalén se dispersó, no sólo para salvar sus vidas, sino también para proseguir una propaganda ya insoportable para el grupo hebraico. Sólo gracias a la explotación de su memoria por parte de la tradición cristiana y a los escritos que se le atribuyeron eclipsó a los verdaderos fundadores del helenocristianismo, incluyendo a Bernabé, cuya acción fue decisiva ente los paganos, y de quien fue, más que jefe, auxiliar.

Sea lo que fuere, el inicio de la nueva prédica debió enfrentarse a lógicas resistencias en las sinagogas, en las que los cristianos seguían reuniéndose al principio. Entonces, él y sus predecesores inmediatos, aceptaron el hecho consumado y concibieron la idea de romper el molde previsto por el propio Jesús, extendiendo su proselitismo hacia auditorios menos curtidos y, por tanto, más asequibles. Para ello disponían del trampolín representado por las colectividades hebreas dispersos por las grandes ciudades mediterráneas por las que **se** habían ido extendiendo hacía más de tres siglos, y que, al contacto con las poblaciones en que vivían, se habían impregnado de las ideas paganas.

Originariamente sin rebasar la senda transitada por Jesús, sin desautorizar directamente la Ley. En el caso de Pablo, observando públicamente todas sus

ceremonias durante ocho largos días. Aunque lo justificó diciendo que se había hecho Judío con los judíos para ganarlos a su causa (Corintios, 9, 20). Pero algo por lo que, incluso en el ámbito privado, se habría de condenar a la hoguera o al exilio, en gran parte de los países cristianos. Por su parte. Lucas recogió su afirmación de que creía en todo lo escrito en la Ley y los profetas. *(Hechos,* 24,14-15)

Aunque, como se ha visto, centró su apostolado en la resurrección de los muertos, cuestión la más resistida por los auditorios, principalmente por los saduceos, bien que admitida Por los fariseos. Resistencia que se explica si se juzga por la forma en que la anunciaba (1 Corintios, 15, 35-54): los muertos no resucitarán con la misma carne, sino como cuerpo espiritual incorruptible, pues "carne y sangre no pueden entrar en el reino de Dios". Así, al tocar la trompeta, "los muertos resucitarán como seres inmortales." Pero reconozcamos en su honor, que no resultan más convincentes los modernos exégetas. Fue más preciso, en todo caso, en su primera comunicación a los tesalonicenses (4, 16-17): "Cuando se dé la señal por la voz del arcángel y la trompeta divina, el mismo Señor bajará del cielo. Y primero resucitarán los que murieron en Cristo. Después, nosotros los vivos, los que todavía estemos, nos reuniremos con ellos, llevados, en las nubes, al encuentro del Señor, allá arriba." No cabe preguntarse maliciosamente dónde irían a parar los antípodas, porque, en aquella época, Dios no se había enterado aún de que había hecho la tierra redonda, aunque ya lo sabían los griegos hacía tiempo, a quienes, sin embargo, mantenía al margen de su revelación. Tampoco pareció percibir el apóstol cómo esajusticia a posteriori era una especie de revancha, en el otro mundo de la que no había podido hacer triunfar "aquí abajo".

Tampoco se veían otras cuestiones con claridad, pues, en la II a los corintios, dice (4, 3-4) que si permanece oscuro el evangelio que proclaman, "la oscuridad es para los que se pierden. Se niegan a creer porque el dios de este mundo las ha vuelto ciegos de entendimiento." Y si luego (5-19) sostiene que Dios estaba reconciliando al mundo con él, a través del mensaje cristiano, más adelante recomienda (6, 14-15) que no se junten con los que rechacen la fe, puesto que no puede haber unión "entre el que cree y el ya no cree".

La poca consistencia de los conversos se pone de manifiesto en Gálatas (1, 6-7): "Me sorprende que ustedes abandonen tan pronto a Aquel que, según la gracia de Cristo, los llamó, y se pasen a otro evangelio. Pero no hay otro; solamente hay personas que tratan de dar vuelta al Evangelio de Cristo y siembran confusión entre ustedes." Y es que se manifestaban divergencias que aparecen claramente en sus misivas, al contrario de lo que ocurre en Lucas, que trató de disimular, en los Hechos, los conflictos surgidos entre los cristianos hebreos y gentiles. Que, por otra parte. Pablo y los suyos alimentaban, puesto que su doctrina no coincidía con la de los cristianos originarios.

El no oculta esas diferencias porque escribe en privado. En Gálatas, (2, 11-

12) arremete contra la conducta, ciertamente humana de Pedro (Cefas); pero impropia de un pregonado jefe de la Iglesia: "Cuando Cefas vino a Antioquía, le enfrenté en circunstancias en que su conducta era reprensible. En efecto, antes de que vinieran algunos allegados de Santiago, comía con los hermanos de origen no judío; pero, después de que llegaron éstos, empezó a alejarse y ya no se juntaba con ellos por temor al grupo judío." Pero las discusiones no se reducían a eso. En la II a los corintios (7, 5), dice que, "al llegar a Macedonia, no tuve descanso alguno, sino más bien, toda clase de dificultades: por fuera, enfrentamientos, y, por dentro, temores." Y, más adelante, amenaza: "No me obliguen, cuando esté ante ustedes a actuar con autoridad, como estoy decidido y como me atreveré a hacerlo con algunos que piensan que yo no quiero crearme problemas." (10, 2) Y, tras mostrarse dispuesto a castigar toda desobediencia, advierte a los que decían que sus cartas eran duras, tener poca presencia y ser un pobre orador, "que lo que sus cartas dicen, lo hará." Pues, a su absoluta humildad ante Dios, unió una feroz intransigencia y el afán de atribuirse una autoridad prácticamente total en los grupos que fundó. En 11, 4, se queja: "Ahora vienen a predicarles a otro Jesús, no como se lo predicamos, y les proponen un espíritu diferente del que abrazaron. ¡Y lo aceptan sin dificultad!" En Corintios (11, 18) observa: "se notan divisiones entre ustedes." También se refieren a divisiones las cartas a Tito y Timoteo, aunque ya se está de acuerdo en que no son de él y fueron escritas entre los años 90 y 100. Santiago lo corrobora en la suya (4, I): "¿De dónde proceden esas guerras y esas riñas entre ustedes?" Y Juan, en su III, se queja de que Diofretes les desprestigie, que no reciba a los hermanos Y expulse de la Iglesia a quienes los reciben, y califica a los que tratan de desviarles, de seductores que no reconocen a Jesús como el Mesías venido en la carne." (II) También Judas condena las divisiones, cuya abundancia se explica, como las herejías posteriores, a las que habrá que referirse, por el cúmulo de absurdos que la nueva doctrina alberga, por el influjo de las creencias precedentes y coetáneas, y porque la inminencia del fin del mundo en que Jesús creía, no le permitió profundizar en cuestiones dogmáticas ni crear institución alguna que asegurara la unidad en tomo a ellas. Ya se ha dicho algo al respecto y ahora hemos de volver sobre ello.

Las palabras confiriendo a Pedro la condición de piedra sobre la cual se construirá su Iglesia (Mt., 16, 15-20), fueron, según los obispos de Oriente que, en el s. IV, se opusieron a las pretensiones del romano, introducidas indebidamente por sus partidarios. En todo caso, la facultad de atar y desatar y perdonar o retener los pecados, no la recibió Pedro exclusivamente según el evangelio de Juan (20, 22-23), sino todos los discípulos. Además, si se compara el fragmento de Mateo con los equivalentes, irá diluyéndose la designación. Aparte de que no aparezca convincente que algo tan fundamental no les fuera inspirado a todos por igual. De lo que necesariamente se infiere que o los papas están de más o se arrojan dudas sobre la resurrección misma si nos decidimos por Mateo. Cabe

pensar todavía que, de ser cierta la tal designación, habría dejado otros rastros. Y los que se tienen abogan por todo lo contrario.

En efecto, nunca el núcleo de Jerusalén estuvo dirigido por Pedro, sino por Santiago, el hermano de Jesús, quien redujo a Pedro a la condición de simple mensajero y fue ejecutado el año 62, según se ha sabido por los manuscritos de Qumrán. Cuando Pablo citó a quienes se consideraba como pilares de la Iglesia (Calatas, 2, 9), le cita, junto con Juan, después de Santiago, aunque ello pueda ser debido también a los celos y discordia existente entre ambos, que menciona Clemente de Alejandría. Ya se vio cómo le acusó de doblez. Pero es que ni siquiera él mismo se reclamó de la autoridad con que se le gratifica en la epístola que se le atribuye. Por lo que respecta al pasaje de Juan en que se le encarga apacentar las ovejas, debe recordarse que fue escrito a fines de la primera década del s. II, por quien ni siquiera conoció el entorno de Jesús. Y no es razonable que no lo citara Mateo, el más allegado a Pedro, cuando reforzaría lo escrito en otro lugar. En lugar de ello, sigue el fragmento en que se confía el magisterio doctrinal al Espíritu Santo. Por si fuera poco, la querella ideológica entre Pedro y Pablo no fue resuelta por el primero, sino por el concilio (o, más bien, reunión) de Jerusalén, efectuado el año 58 (Hechos, 15), que no fue presidido por Pedro, sino por Santiago. Y cuando se fueron entregando sus decisiones de ciudad en ciudad, para exhortar a su cumplimiento, se las menciona como tomadas por los apóstoles y los presbíteros, sin mención de papa alguno, simplemente porque no existía.

Mas no sólo se trataba de disensiones, sino también de que, desde los inicios, la traba moral ejercida por la nueva creencia, tampoco operaba, como ocurriría igualmente después, para asegurar un buen comportamiento. Por el contrario, los documentos que se poseen dan fe de flagrantes ejemplos de conductas poco edificantes. En Corintios 1 (5, 11) Pablo recomienda que no se tenga trato "con quienes, llamándose hermanos, se convierten en inmorales explotadores, adoradores de ídolos, chismosos, borrachos, estafadores." Y, en la II (12, 21), se lamenta de que muchos que habían vivido en el pecado no hubieran dejado "las impurezas, la mala conducta y los horrores que cometían entonces." Antes aún (I, 5, 1), se había hecho eco de la inmoralidad sexual que se decía haber entre ellos "y de un caso tal que ni siquiera se da entre los paganos." Se trataba de alguien que vivía con su madrastra.

El punto de coincidencia. En lo que todos coinciden es en la autoritaria sumisión de la esposa al marido y del creyente a Dios. Pablo es tajante al afirmarlo. Para él, como Cristo es cabeza de la Iglesia, el varón es cabeza de la mujer, por lo que debe someterse en todo al marido, como la Iglesia se somete a Cristo (aunque ya se ha visto que no es así, ni siquiera en su caso), y como fue creada con vistas al varón, porque procede de él y no a la inversa, debe llevar en su cabeza el signo de su dependencia y estar callada en las asambleas, como dice

la Ley 35, y si desea saber algo más, debe preguntárselo en su casa a su marido, pues "de lo contrario ¿qué pensarían los ángeles?" Corintios, 1, 11, 2 y 7; Efesios, 5, 23-24; y Colosenses, 3, 18) Y ¿qué pensarán tantas católicas al leer eso? Pues la misma obediencia recomienda Pedro (I, 31). Es aún la actitud de la Iglesia, por lo menos, hasta el siglo pasado, que, en la fórmula del casamiento, pedía o sigue pidiendo, que la mujer obedezca al marido como a Cristo.

La misma verticalidad exige al creyente con respecto a Dios, al increparle: "¿Acaso dirá la arcilla al que la modeló: Por qué me hiciste así?" (Romanos, 9, 20-21) Sólo que el alfarero no castiga a la de inferior calidad ni se enfurece contra ella en la medida en que, como veremos, se enfurece Dios con sus propias criaturas. Lo que, dicho sea de paso, sólo se explicaría porque se sintiera ofendido por ellas, con lo que perdería su majestad, pues sólo nos ofenden los que están a nuestro nivel, pero ni los animales ni los niños.

Lo mismo pide al súbdito frente a la autoridad: en Romanos (13, 1-2) recomendó someterse a las autoridades superiores, porque las que hay, por Dios han sido establecidas, por lo que quienes las resisten, lo hacen contra lo dispuesto por Dios y se atraen la condena sobre sí. Algo que ampara todo abuso, niega todo progreso y la Iglesia olvida siempre que le conviene. Como lo olvidó con la insurrección de Franco y sus acólitos. Igual que su reiteración del precepto de Jesús de que nadie se tome la justicia por su mano ni juzgue al prójimo, 12, 19 y 14,3).

Pero es que reclama parecida sumisión para su propia prédica, hasta traspasar los límites de la soberbia, como en Gálatas (1, 8-9), en que dice que si un ángel bajara del cielo a evangelizar de manera distinta a la suya, debería ser anatematizado.

La importancia dada a Pablo se calibra adecuadamente cuando se le atribuye casi un tercio de los textos neotestamentarios, redactados antes que los evangelios y los demás libros canónicos. Aunque la mitad de sus catorce epístolas o cartas son escritas por otras personas. En el s. XIX se demostró la falsedad de la autoría de cinco de ellas, y hay serias dudas de que sean de él otras dos. Conclusiones que la Iglesia reconoce en más de un caso. Y es que el Nuevo Testamento, cuando es leído sin las anteojeras de la fe, se muestra como una compilación dispareja y contradictoria que respondió a tendencias muy diversas. Pero como la Iglesia da todo por bueno, cabe servirse del conjunto, aunque sean de otra pluma y se hayan escrito en otro momento, porque reflejan una mentalidad generalizada.

El puente salvador. Fue, pues. Pablo la cabeza más visible de cuantos, frente a los escollos que se presentaron, tendieron el puente que habría de asegurar la salvación de la nueva fe. Tarso estaba cerca de Armenia, donde el culto de Mitra cosechaba adeptos. Por lo que él era uno de los que se encontraban en inmejorables condiciones para operar la síntesis de ambos credos. Y, en toda

esa zona, habría de toparse con un auditorio mucho más permeable que el que le había resistido. Pero como ya sus ideas no eran iguales a las predicadas por Jesús, encontró una fuerte resistencia entre los que las habían escuchado o tenían de ellas una referencia más directa. Frente a ellos reivindicaba el mismo derecho, basándose en la aparición que decía haber tenido. Pero tal fue la resistencia que encontró en el marco inicial, que, en su última visita a Jerusalén, sólo pudo librarse de la ira de sus oyentes gracias a su pasaporte romano: medio batallón de soldados debió conducirle al puerto desde donde se embarcó hacia Roma, para ser juzgado allí en ambiente menos hostil. *(Hechos,* caps. 23-27).

Ya que los primeros cristianos, de acuerdo con lo predicado por Jesús según los evangelios, sólo pretendían la cristianización de su pueblo, sin rebasar sus límites. Tal fue el origen de las primeras luchas, hasta que Pablo impuso obviarla a sus núcleos de gentiles. Finalizando el s. II, aún se mantenían ambas vertientes, hasta que la balanza se inclinó del lado de los innovadores por su mayor gravitación. Pero eso no elimina el riesgo de sostener esa tesis en nuestros días. Porque aceptar que Dios mantuvo durante tanto tiempo oculto el conocimiento de esa verdad incluso a su pueblo elegido, obligándole a creer lo contrario de lo que predicaría su hijo, parte de su propia sustancia, deja muy mal parada a semejante divinidad. Y no elimina la eventualidad de que cambie otra vez las reglas del juego, como pretenden los numerosos profetas que pululan en nuestro tiempo y aseguran, con el mismo derecho y la misma clase de razonamientos que Pablo y sus colegas, tener trato directo con él.

Las circunstancias y los escollos. Ahora bien, por mucho que se quiera destacar la importancia de Pablo y de los que colaboraron con él, más o menos directamente, para lograr el triunfo de la nueva religión, la historia nos muestra que se beneficiaron de circunstancias muy favorables, sin las cuales, como ocurre con todos los personajes históricos y ocurrió con sus correligionarios hebreos, hubieran fracasado. Los dogmas nuevos nunca son una creación individual, como tradicionalmente se ha hecho creer, sino producto de una larga elaboración social que una fuerte personalidad individual capitaliza en el momento oportuno. Esos primeros cristianos, se beneficiaron, pues de unas circunstancias de las que sólo fueron su instrumento. Nada milagroso, como se verá, hubo, pues, cual se ha pretendido, en su propagación, ya que, por otra parte, más rápida fue la difusión del islamismo, aunque no se atribuye carácter milagroso alguno.

Al perder su independencia, las divinidades de cada uno de los pueblos que cayeron bajo la dominación romana, cuya misión era precisamente protegerlos, perdieron su razón de ser. Hasta entonces habían conservado sus caracteres específicos; pero el inevitables contacto con los otros y la fuerza misma de los hechos, hicieron vislumbrar que todas esas divinidades no eran más que nombres distintos de una misma creencia. Claro ejemplo habían dado los mismos

romanos, adoptando el panteón griego con nombres latinos. El humanismo de los filósofos (recuérdese a Diógenes, proclamándose ciudadano del mundo), sobre todo, el de los estoicos, reforzaron esas tendencias. El sincretismo religioso se fue generalizando y, después del emperador Claudio (41-54), los nuevos dioses orientales, aprovechando el decaimiento de los otros, se difundieron por todo el imperio, con los elementos esenciales de los "misterios" griegos, consistentes en un rito de salvación para asegurar la inmortalidad a través de la comunión con el dios, comiendo su carne y bebiendo su sangre simbólicamente. Característica común era el drama sacramental, en el que el adorador alcanzaba una nueva vida al tomar parte en la muerte del dios salvador, compartiendo su vida eterna. Generalmente acompañado por el duelo por la muerte del héroe y la alegría por su resurrección.

Frente a estos vigorosos cultos, las antiguas divinidades romanas ya no atraían muchedumbres, y eran desacreditadas por los filósofos, en tanto que las doctrinas orientales multiplicaban sus adeptos. Augusto había tratado de reavivar las viejas creencias, relegadas al nivel de superstición, adaptándolas a los nuevos tiempos; pero fue nadar contra la corriente. Para llenar el vacío de un dios que aglutinara a todo el imperio, se creyó encontrar un sustituto en la diosa Roma, que no pudo llenarlo por su carácter intrínsecamente local. El emperador, en cambio, sí que lo abarcaba en su totalidad, pues aseguraba el lazo de unión entre sus provincias, y su culto, al entrar en contacto con las doctrinas astrológicas orientales, adquirió un sentido metafísico: mandaba a todos los hombres como el sol presidía a los demás astros. Mientras la gente culta, en busca de una respuesta al enigma de la existencia humana, dirigía su mirada a Aristóteles y Platón. Con lo que el culto imperial adoptó la doctrina platónica del origen celeste del alma y su retomo al final de la vida. Por su parte, el estoicismo, con su carga de existencia divina, elevada moral y fraternidad del género humano, era aceptado como religión por la mayoría de las clases altas. Así, el paganismo, acorde con el modelo de los regímenes políticos dominantes, evolucionaba al monoteísmo. Al tiempo que el progreso cultural, incluso entre los hebreos, había ido revelando la incongruencia de la mitología antropomórfica, como se tendrá ocasión de ver.

Hacía ya algún tiempo que se trataba de armonizar la religión con los conocimientos adquiridos. Sobre todo, en Alejandría, foco de cultura helénica, donde se habían fijado muchos asiáticos y la colonia hebrea era muy importante. Los más cultos de ella conocían la ciencia y la filosofía griegas y trataron de conciliar las divergencias que se manifestaban entre ellas y su tradición religiosa. Así se llegó a la interpretación alegórica de esta última, con Filón, quien, enfrentado a una cultura superior, no pudo seguir aceptando la existencia del dios personal hebreo, ni que éste hubiera hablado con voz humana con Moisés. Porque, a esa altura, no cabía aceptar más que una forma más espiritual de comunicación.

Quedaba, sin embargo, la dificultad de definir a Dios en una forma concreta y la existencia del mal, que se tratará más adelante, y que los iranios habían resuelto introduciendo un dualismo combativo y Platón reservándolo a los humanos. La primera concepción se extendió aupada por la rápida propagación del mitraísmo, que influyó poderosamente en los cristianos. Tanto que, cuando sus monumentos fueron destruidos, los vencedores adoptaron la forma de su enemigo más fuerte y le veneraron con sus mismos símbolos y actitudes, como ya se ha visto. La identificación fue tal que, en fecha tan tardía como el s. VII, san Eloy se vio obligado a prohibir en su diócesis que se llamara al sol el Señor y se jurara en su nombre. Y algunos, como se verá, llegaron a establecer la dualidad irreconciliable entre el dios del Antiguo Testamento y el predicado por Jesús. Hubo sectas, como el maniqueísmo, que influyó fuertemente en el cristianismo y se relaciona con la herejía medieval de los cataros, que adoptaron esa dualidad. De ahí viene Satanás, que, en lengua griega, quiere decir adversario y, en la Biblia, aparece al principio más bien como colaborador que como enemigo de Dios, con su antecedente más remoto en la serpiente. Trató de superarse la dificultad imaginando que, aunque Dios es perfecto, se vale de espíritus inferiores. Sin percibir la contradicción con la idea misma de una divinidad todopoderosa y clemente, o soslayándola. Por su parte. Filón, acercándose a la filosofía griega, concibió el Logos, como aliento propagador del poder de Dios, y en el que Dios está parcialmente, donde se perfila el Espíritu Santo, que el evangelio materializa en una paloma.

Las iglesias cristianas sufrieron esas influencias y se desarrollaron bajo su acción. Así, el cristianismo se fue apropiando de todo lo que los otros cultos mantenían vivo y aceptable, con lo que se multiplicó el número de sus adeptos, satisfaciendo múltiples aspiraciones, también crecieron sus incongruencias. El núcleo de los comentarios sobre Jesús, está, en realidad, formado por un mosaico de fragmentos ajenos, repetidos a menudo tal como se presentaban en las creencias originales. Casi todo lo que hay en el cristianismo, según se está viendo hasta el hartazgo, procede de su aparente mortal enemigo, el paganismo. Lo señaló también Celso: "mejor han sido dichas esas cosas por los griegos sin tanto aparato de que fueran anunciadas por un dios o hijo de dios." Lo que, insuficientemente una vez más, trató de justificar Orígenes, alegando que ellos querían, no sólo decir la verdad, "sino que pudiera también atraer al pueblo."(3 88) Para poder triunfar, la Iglesia debió someterse a las ceremonias y creencias de los cultos antiguos, fagocitando los símbolos y ritos más difundidos y reflotando así a su víctima más directa. Pero quedaban por solucionar en general los problemas filosóficos, de lo que se encargó Agustín, obispo de Hipona, en África, antiguo maniqueo, que retuvo lo mejor de las enseñanzas recibidas y operó una síntesis del saber de su época, de cuyos esfuerzos nos habremos de ocupar.

Lo que favoreció considerablemente las conversiones y más distanció a Pablo de los discípulos, fue la cuestión de la circuncisión. Frente a la mayoría,

sostuvo que bastaba la aceptación de que Jesús era el Mesías. Quedó resuelta en la reunión citada de Jerusalén, que dispensó a los gentiles de esa obligación, con tal de que se sujetaran a las normas. Ante la resistencia encontrada en Corinto y Efeso, a donde se trasladó a causa del rechazo que experimentaba en la iglesia de Antioquía, que fue donde los discípulos recibieron por primera vez el apelativo de cristianos, Pablo encontró en el vocabulario e ideas de las sectas que practicaban los misterios griegos, la cuña que le ayudara en su predicación. Tal vez sin proponérselo de manera consciente, sino sucumbiendo ante su aceptación general. Y sin abandonar la tradición judaica, sólo mezclándola con esas doctrinas.

De todas formas, esos primeros cristianos formaban grupos no numerosos y como en la época florecían otros cultos al lado de los mayoritarios, que también buscaban adherentes, debió haber un trasvase continuo de conversos en ambos sentidos, incluso fugaces, como denotan las epístolas paulinas. Y ese esfuerzo se centraba en los esclavos y los más desposeídos, entre los que sembró la esperanza la leyenda de Jesús, aunque los escritos de Pablo la defraudaran por su base. De todas formas, mucho favoreció al cristianismo su idea de inmortalidad, con recompensas, consuelos y hasta revanchas, que fue recibida ansiosamente por un mundo en el que la vida era cada vez más problemática, acuciado por el vacío que siempre deja la justicia humana.

En esos dos primeros siglos del nuevo cómputo, se había generalizado un sentimiento de repudio de la vida, un impulso hacia una salvación emancipadora (el dios Serapis me llamado "el salvador de las almas") de las dificultades cotidianas, una inseguridad espiritual de búsqueda desesperada de la paz, incluso a costa de la renuncia y el sufrimiento. No podían, por tanto, ofrecer mucha resistencia a la nueva fe los muchos seres que padecían "hambre y sed de justicia", ya que, a cambio de la conversión, les ofrecía el fin, más o menos próximo, de su desventura. Y como la fe es contagiosa, se propagó con rapidez.

A ello agregó Pablo el aprovechamiento de la fuerza de las antiguas creencias, como se dice, en *Hechos* (17, 22-23), que hizo en el areópago ateniense (aunque la crítica moderna califica el relato de ficticio y destinado a ocultar su fracaso en medio tan reacio a aceptar su prédica), afirmando a los que le escuchaban que ese dios desconocido al que adoraban era el mismo que él venía a anunciarles. Pero es lo que harían siglos después los jesuitas con los cultos malabares, y hace aún descocadamente la Biblia del 95, apropiándose del dios solar incaico en una de sus ilustraciones. Versado en judaísmo y mitraismo, Pablo transportó al cristianismo muchas de sus ideas y expresiones, e hizo muy poco por desarrollar la doctrina originaria de Jesús.

Pero todos esos pequeños núcleos iniciales no hubieran podido desarrollarse si no se hubieran aprovechado de la tolerancia existente en el imperio hasta mediados del s. III. Hasta entonces, las persecuciones fueron sólo locales, y mucho se han exagerado las siguientes, que no pueden compararse con las que se ha

visto que la Iglesia ejerció después. Por ejemplo, Trajano, emperador hasta 117, indicó que no se buscara a los cristianos ni se aceptaran denuncias anónimas contra ellos. Luego de las más severas de Diocleciano y los emperadores siguientes, quedaron muy debilitados en calidad y cantidad, aunque la sangre de los mártires cimentó su ulterior propagación en medio de nuevos cismas y querellas. En los primeros años del reinado de Adriano (117-138) seguían siendo una secta que contaba poco y no interesaba a intelectuales y estadistas. Sólo a comienzos del s. III empezaron a cobrar cierta importancia.

Pues la consistencia de esos grupos incultos fue la sólida base necesaria para escalar a capas de población socialmente más elevadas. La Biblia del 95 reconoce, en la introducción a la misiva de Pablo a los efesios, el muy bajo nivel de la literatura cristiana posterior a la muerte de los apóstoles. Como apuntara también Celso, señalando que huían de las personas educadas, por no poder engañarlas, y se cebaban en los más rústicos. Lo que confirmó clamorosamente Orígenes en su inútil esfuerzo por refutarle, alegando que no vio cómo "desde el principio, hubo entre nosotros sabios formados también en las ciencias de fuera: Moisés /.../ Daniel, Ananías, Azarías y Misael." Para acabar por reconocer que "las iglesias tienen pocos sabios que se hayan convertido procedentes de lo que nosotros llamamos sabiduría camal; pero los tienen incluso los que se han pasado de esa sabiduría a la divina." (400-401) Lo que, dicho sea de paso una vez más, no abona el propósito declarado de redención de toda la humanidad.

Allanó el camino el hecho de que los griegos no esperaran a ningún Mesías y que las máximas morales de la nueva doctrina hubieran sido ya formuladas por los estoicos, que gozaron también de gran predicamento en Roma y cuyo máximo representante fue el cordobés Séneca en los primeros tiempos de nuestra era, gran inspirador de los pasos iniciales de la doctrina. Uno de ellos, el emperador Marco Aurelio, que reinó de 161 a 180, recomendó, en sus *Doce libros:* "Uno no debe irritarse contra los malvados; es necesario soportarlos, tolerarlos benévolamente y hasta interesarse por ellos." Y no es que se sintiera cerca de los cristianos, pues los despreciaba y los consideraba absurdos y rebeldes, un azote y una peste. Ocurrió, sin embargo, a la inversa: que el pensamiento griego había empezado, durante ese siglo, a penetrar en el cristianismo, por la conversión o acomodación de las nuevas ideas a las antiguas, por parte de algunos filósofos, Así se fue desarrollando un conjunto de ideas y tendencias, a veces contrapuestas, que se plasmaron en una religión universal gracias a la ruptura de Pablo y los que ayudaron en esa tarea, con los apóstoles hebreos.

El problema del fin del mundo. El inminente fin del mundo, anunciado por Jesús, siguió siendo vaticinado por sus primeros discípulos: Pablo escribió a los filipenses (4, 5); "El Señor está cerca." Santiago (5, 7-8) recomendó: "Tengan paciencia, hermanos /.../ porque la venida del Señor está cerca." Juan, ya un poco más resabiado (1, 16), advirtió: "Hijitos, es la última hora y han olvidado

que va a venir un anticristo. Pero ya han venido varios anticristos, por lo cual conocemos que es la última hora." Igualmente, en el Apocalipsis, se prefigura ese fin, jugando con el simbólico número siete: otros tantos sellos, copas, ángeles, semanas, trompetas, cabezas; y con el igualmente simbólico doce, por ser ese el número de tribus de Israel. Con toda una serie de catástrofes que obligan a preguntarse qué clase de divinidad clemente es esa que destruye su obra recurriendo a tan descomunales desgracias, sólo imaginables por una mente enfermiza. Verdadera falta de respeto para con él, atribuir semejantes aberraciones a un dios que se pretende tan majestuoso. Y que la Iglesia, imperturbable, acepta.

Pronto, sin embargo, debieron irse plegando esos agoreros a una realidad que les desmentía, y no tuvieron más remedio que buscar alguna forma de salir del atolladero en que se habían metido. Ya en la II comunicación que a Pablo se atribuyó y los editores bíblicos del 95 reconocen que no fue escrita por él, y lo fue hacia el año 100, cuando ya estaba claro para todos que Jesús había errado en su profecía, se recogieron velas en la siguiente forma (3, 3-9): "Sepan, en primer lugar, que, en los últimos días se presentarán burlones, que no harán caso más que de sus propias codicias, y preguntarán en son de burla: ¿En qué quedó la promesa de la venida? Desde que murieron nuestros padres en la fe, todo sigue igual que al comienzo del mundo. /.../ No olviden, hermanos, que, ante el Señor, un día es como mil años y mil años son como un día. El Señor no se demora en cumplir su promesa como algunos dicen, sino que es generoso con ustedes y no quiere que se pierda nadie, sino que todos lleguen a la conversión." Y que, primero, desmintiendo a Juan, debía venir el anticristo.

Pero como esa conversión, anunciadora del no menos anunciado fin, no se producía, hubo que demorar su cumplimiento hasta el año mil, tomado como base lo que decía esa carta. Al aproximarse el nuevo plazo, el clero aprovechó el temor que inspiraba el desenlace fatal para hacerse ceder por sus crédulos feligreses todos los bienes que se suponía ya no iban a disfrutar. Así se hicieron con vastas extensiones de tierras que no devolvieron cuando la siniestra profecía no se cumplió. El cronista francés Raúl el Calvo describió entusiasmado la situación posterior: "Alrededor de tres años después del año mil, las basílicas y las iglesias fueron renovadas en casi todo el mundo, sobre todo, en Italia y en las Gallas, aunque la mayor parte fueran aún suficientemente hermosas como para no exigir reparación. Pero los pueblos cristianos parecían rivalizar entre ellos en magnificencia para levantar iglesias más elegantes las unas que las otras."

Como era necesario, sin embargo, justificar los errores, alguien intercaló en el evangelio de Marcos que todas las calamidades que se habían anunciado, sólo ocurrirían cuado el evangelio hubiera sido "proclamado en todas las naciones." (3, 10) Lo que también falló. De todas formas, al verse defraudadas las expectativas iniciales y ante las críticas paganas, surgió al fin la necesidad de conciliar las propias concepciones con las prevalecientes, afinándolas. Orígenes fue

quien cumplió para los cristianos lo que Filón había hecho con el acervo hebreo. Abandonó la interpretación literal de las nuevas escrituras y adoptó una visión alegórica, tratando como parábolas o fábulas, episodios como las tentaciones del demonio. Que debió extender a las profecías que se alegaban para afirmar la divinidad de Jesús, al percibir que tampoco se cumplían literalmente. Reconociendo la escasez e insuficiencia de las fuentes e incapaz de verificarlas mediante testimonios externos, sugirió que podían aceptarse las líneas generales con la misma fe que hacía creer a los griegos en la existencia de Troya, la leyenda de Edipo, o a los romanos en los primeros reyes. Aunque rechazando la que pareciera inverosímil. Pero no fue el único, pues Celso había señalado que "los más moderados entre judíos y cristianos, tratan de explicar todo esto alegóricamente", porque, "avergonzados de tales historias, buscan refugio en la alegoría." No dejó de responder a ello Orígenes, refugiándose a su vez en Pablo. cuando se refirió a la frase de la ley "No pondrá bozal al buey que trilla", puesto que Dios no se cuida de los bueyes. Y en otro ejemplo en los salmos y hasta en Moisés, interpretando el agua que brotó milagrosamente de la peña, muy libremente por cierto, que la peña era espiritual y no otra cosa que Cristo. (285-287) Esa interpretación fue seguida también por la mayoría de los llamados padres de la Iglesia. Pero la creciente decadencia cultural y las conveniencias inmediatas encaminaron a aplicar ese método sólo a los pasajes moralizantes y proféticos, aceptando literalmente la parte narrativa.

Para hacerla más creíble los cristianos cultos se dedicaron a poner de acuerdo los acontecimientos de la historia hebrea con los ajenos a ella. La cronología finalmente aceptada fue la de Eusebio de Cesárea, quien, sin embargo, reconoció que no podía tenerse un conocimiento seguro de ella. A más de eso, se adoptó la noción senequista de una primitiva edad de oro interrumpida por el surgimiento de la propiedad privada y, después, por la lucha por la riqueza y el poder, situándola en el momento del hombre antes de la caída. Sin preocuparse de la diferencia que suponía que dicha situación no alcanzara más que a dos individuos. Ciegos a menudo a toda realidad, los cristianos llegaron a sostener que las condiciones terrenales habían mejorado desde el advenimiento del cristianismo. El ejemplo más desconcertante lo constituyeron los Siete libros de historia contra los paganos, que el tarraconense Pablo Orosio escribió, por encargo de Agustín, para demostrarlo. Pero tanto tuvo que forzar los hechos que acabó por reconocer que los de su época excedían los límites. Aunque sosteniendo, fiel al encargo, que la muerte y la sed de sangre habían prevalecido en el tiempo en que la religión que prohibía la matanza era desconocida. Su falaz optimismo no le permitió, sin embargo, regresar a España a causa de la inseguridad reinante. Después, el retroceso cultural revigorizó la creencia en lo milagroso y llevó a abstenerse de dudar de cualquier hecho que estuviera relacionado con el dogma o la fe.

La propagación. Pero ya con anterioridad el reforzamiento del absolutismo y la preeminencia del ejército habían ido alejando a la burguesía de los asuntos públicos, y la carencia de ideales, acercándola a los núcleos cristianos, que vivían independientemente unos de otros. En Roma, la iglesia seguía siendo un simple anexo de la sinagoga, pues, durante muchos años, el judaismo estuvo presente, y como llevaban el estilo de vida hebreo anterior a la conversión, disfrutaban de los mismos privilegios que los romanos concedían a los judíos. No hay vestigios de un modelo de organización en los textos más primitivos.

Que nunca se designe como tales a los responsables de las comunidades prueba que no había sacerdotes, como tampoco normas de preciso cumplimiento ni liturgia determinada. Para referirse a los levitas del Antiguo Testamento, no emplean esa palabra los evangelistas. En las comunidades fundadas por Pablo, eran sus colaboradores los que cuidaban de las necesidades comunes y todos se consideraban servidores de la comunidad. A su lado estaban los que desempeñaban las tareas más modestas. Por lo mismo, la palabra griega papa, era desconocida entre los primeros cristianos de Roma y no figura en ninguno de los autores de los primeros siglos.

Pero, a medida que fue aumentando el número de adherentes, fue asomando la necesidad de una organización, que la creciente complicación de las tareas administrativas hacía cada vez más necesaria. Y se confió la dirección a los ancianos, a los que se dio el nombre griego de presbíteros. Luego surgieron los diáconos y diaconisas, que se ocupaban de las pequeñas tareas y vigilaban la propiedad común. Así fue quedando en el olvido la voluntad de Jesús, quien no había podido prever la nueva situación, y se fue imponiendo la primacía de determinadas personas (maestros, pastores, profetas) que asumían un papel principal en las tareas que realizaban cada vez más habitualmente.

La presidencia fue asumida inicialmente, como en las sinagogas, por un colegio de presbíteros; pero una necesidad de que alguien representara a un distrito entero y dirigiera las relaciones con el gobierno romano hizo que pronto apareciera la figura del vigilante supervisor, el obispo, en las grandes ciudades, quien, por progresiva acumulación de poder, se fue convirtiendo en el cargo de autoridad actual. Esa creciente tendencia a constituir jerarquías fue elevando a estos notables por encima de las diversas iglesias y, a partir de la segunda mitad del s. II, se tuvo ya episcopado, presbiteriano y diaconato. En tanto que el título de "patriarca", que significaba obispo superior, quedó reservado a los de Alejandría, Constantinopla, Antioquía y Jerusalén y, mucho más tarde, al de Roma. Pero, aún en la segunda mitad del s. III, el pueblo cristiano seguía sin cabeza única. Para legitimarlos se recurrió a fabricar toda una serie ininterrumpida de ellos.

Fue corriente, en efecto, en los primeros siglos, falsificar toda clase de documentos para demostrar que la fundación había sido apostólica, con vistas a proveerse de legitimidad doctrinal en medio de divisiones surgidas y poder jus-

tificar preeminencia sobre otras ciudades. Y más aún, desde el s. V. El mismo Pablo, dirigiéndose a los romanos (3, 4-8), justificó la mentira si hacía crecer la gloria de Dios, cual aparece en la Biblia de Reina revisada por C. de Valera. Aunque, en la del 95, se ofrece una traducción distinta. De todas formas, no mucho después, anticipando el lema de Iñigo de Loyola de que el fin justifica los medios, Orígenes formuló su teoría de la mentira económica o pedagógica, destinada a fortalecer la doctrina, y defendió el engaño y la necesidad de una mentira como condimento y medicamento. Y se encaró con Celso, quien, con una moral más elevada sin necesidad de ser cristiano, se lo reprochó en la siguiente forma: "¿No dices tú mismo, Celso, que por manera de medicina se concede echar mano del engaño y mentira? ¿Qué tendría entonces de absurdo que si tal medicina había de curar, tal medicina se aplicara?" (255). Fácil resultará a cualquiera distinguir una mentira de otra y preguntarse si un dios tan poderoso necesitaba de esos subterfugios para triunfar o podría dar por buenos semejantes recursos. Pero también cabe señalar, para completar su perfil, que, tal vez por su talante más abierto, fue combatido por sus propios correligionarios, proscrito de Egipto por un sínodo de 230, desposeído del sacerdocio por un grupito de obispos egipcios, acusado de errores doctrinales, y condenado en el V concilio (553), a impulsos de Ambrosio, obispo de Milán. Aunque también suscitó entusiasmo. Lo cual no empaña en absoluto la fuerza de lo que venimos diciendo, puesto que Roma no vaciló en recurrir a ese procedimiento para alcanzar y asegurar su supremacía.

Remachemos el punto con el reconocimiento del dominico belga E. Schillebeeckx (P. R., 261): "no puede decirse que los obispos, presbíteros y diáconos han sido instituidos por Cristo. /.../ Es a partir de la segunda mitad del s. II que tenemos el obispado, el presbiteriano y el diaconado como existen hoy."

Y el papado vendría lógicamente después, ya que el obispo de Roma no pudo imponer su supremacía ni siquiera en la península durante bastante tiempo.

Como Jesús no había dejado nada escrito y no existía una estrecha relación entre los distintos grupos, fue inevitable, como ya se ha empezado a ver, que surgieran nuevas y distintas concepciones acerca de la doctrina y nuevas y distintas revelaciones, ritos y formas de vida. Y que surgieran discrepancias y disputas entre los creyentes de las principales ciudades. Tal vez deba recordarse que los primeros cristianos eran hebreos de lengua semítica y que, aún tres siglos después, los obispos no hablaban más que griego y un poco de latín. En tales condiciones, la persecución de Nerón en la segunda mitad del s. I y la derrota de los judíos tras su rebelión, produjeron la dispersión de las distintas comunidades facilitando la creación de ortodoxias enfrentadas. Sin que se mostrara la intención de imponer una ortodoxia cualquiera sobre las otras. Como consecuencia, las creencias elaboradas por gentiles y judíos helenizados, se fueron transformando, entre los años 125 y 250, en un conglomerado constituido mayoritariamente por gentes iletradas que, con frecuencia, mezclaron la base cris-

tiana con los restos paganos. Y como la conexión era tan laxa, proliferaron las más diversas concepciones.

Celso lo atestiguó, citando los *Hechos:* "A los comienzos eran pocos y sólo tenían un sentir; mas, cuando se esparcieron en muchedumbre, se cortan y escinden a su vez y cada uno quiere tener su propio partido, que es lo que, desde el principio, deseaban." Más aún, "unos a otros se impugnan y sólo una cosa les ayuda en común, si es que les queda, el nombre." Pues "se denuestan, lanzándose todo linaje de vituperios, decibles y no decibles, y en el odio absoluto que se tienen, no hay modo de que cedan un punto por amor a la concordia." (183-184) ¿Diatriba dictada por la animadversión del enemigo tal vez? Nada de eso, pues lo confirmó Orígenes al refutarle: "desde el principio hubo discrepancias entre los creyentes acerca de la interpretación de las escrituras tenidas por divinas." Y, a su andanada, sólo atina a decir: "hemos dicho ya que también en filosofía no menos que en medicina, hay escuelas contra escuelas." (Id. y 385). Y lo reforzó Eusebio de Cesárea, en la introducción a su *Historia eclesiástica:* "No es de este lugar describir las tristes desgracias que acabaron por caer sobre ellas, [las iglesias] así como tampoco consideramos indicado consignar sus divisiones y su conducta antinatural entre ellas antes de la persecución /.../ De aquí que no mencionemos las que fueron sacudidas por la persecución [se refiere, claro, a la de Diocleciano] ni aquellas que, en todo lo referente a la salvación naufragaron y, por su propia voluntad, se hundieron en los torrentes del diluvio." Como se ve, y no podía ser menos, no abundaron los mártires. Pero el caso es que las divergencias llegaron a tal punto que, a principios del s. III, el obispo Hipólito, de Roma, citó treinta y dos sectas distintas y, a fines del IV, el de Brescia, Filastro, las elevó a ciento veintiocho, y veintiocho herejías. (P. R-, 244)

De cualquier forma, el crecimiento alcanzó la esfera de los clientes ricos y se comenzó a acumular alguna riqueza. Que se acrecentó con la devolución de los inmuebles confiscados durante la persecución, con lo que pudo atenderse mejor a los miembros necesitados y acercó a sus autoridades al poder imperial. El cual, a sus distintos niveles, los vio con creciente complacencia. Algunos de los jefes cristianos llegaron a introducirse en la corte y, en vísperas de la batalla de Majencio, Constantino invocó a su divinidad. Tras la victoria, les encargó de la ejecución de los decretos que gravaban los templos paganos y de los de confiscación en provecho del estado. Pero su conversión es sólo una leyenda, y lo cierto es que se sirvió de los cristianos para fortalecer el cumplimiento de sus disposiciones fiscales.

La tendencia centralizadora de todo poder, en el que la Iglesia había conseguido injertarse, se dio la mano con el deseo de ésta, cada vez más centralizada a su vez, de poner orden en el maremágnum de sectas e interpretaciones. Deseo que no era nuevo, pues ya lo había manifestado Pablo en su I epístola a los corintios (1, 10), aunque no sea suya y no predicara con el ejemplo: "Les ruego, hermanos, en nombre de Cristo Jesús, nuestro Señor, que se pongan todos de

acuerdo y terminen con las divisiones, que encuentren un mismo modo de pensar y los mismos criterios." Ese deseo compartido fue el que llevó al concilio de Nicea, en el que se ha visto al emperador imponer sus decisiones. Y así actuó en lo sucesivo, abrogándose el derecho de cuestionar las que no convinieran a su gobierno y convocar a su aire los concilios generales. El trato que dispensó a los obispos que asistían, las frecuentes donaciones a que procedió y las iglesias que hizo construir, fueron aceitando las resistencias. Debilitadas también por los crecientes privilegios de que disfrutaban sus autoridades, hasta obtener jurisdicción propia y poder sentenciar contra e! deseo en contra de una de las partes. Atrás quedaba la recomendación de Jesús a sus discípulos de que no juzgaran para no ser juzgados. Pero una cosa es estar en el llano y otra en las alturas del poder.

Así apuntalado por la disciplina que le brindaba la nueva jerarquía, siguió extendiéndose el cristianismo alejándose, en la misma proporción y parecido ritmo, de sus esencias originarias. Y esa disciplina, cada vez más rigurosa, hizo sufrir a una nueva institución una evolución semejante a la percibida por Aristóteles en los regímenes políticos griegos, pues también la Iglesia se había convertido de religiosa en política: democrática en sus inicios, aristocrática cuando se consolidaron los obispados, y finalmente, tras diversos altibajos, autocrática con el papado. El protestantismo, luego de la derrota de la tesis conciliar, y amplios sectores católicos en nuestros días, se orientaron hacia la forma inicial que parece ir recobrando fuerza.

Lo cierto es que, para perdurar, la Iglesia se vio obligada a escoger, en el arsenal de las opiniones divergentes, las que juzgó útiles para cada nueva situación, presentándolas con los comentarios y complementos convenientes, o que juzgó tales, sin ocuparse del espíritu que animaba a sus autores en las particulares circunstancias en que escribieron o hablaron ni del lugar que ocupaban. Que es lo que últimamente ha vuelto a hacer. Ya se ha hecho evidente que la interpretación tendenciosa de los textos no parte de su sentido propio, sino de las necesidades religiosas del momento. Y si siempre resulta aventurado rectificar lo establecido por la divinidad, es absolutamente imprescindible para mantener el dogma o la parte que pueda sostenerse de él, puesto que no hacerlo implica fatalmente la extinción. Pero también es evidente que si Jesús efectivamente resucitara, y es un decir, podría parodiar a Marx, cuando afirmó que él no era marxista, diciendo que él no es cristiano.

El regazo protestante. A la luz de todo lo dicho, ya se puede contestar la pregunta que se formulaba al final del capítulo anterior. No hay razón para abandonar la fe católica con objeto de abrazar la confesión protestante, pues ya se ha visto lo contaminado de la fuente en que ambas beben y la fragilidad de los principios esenciales que comparten. La coincidencia básica se ha revelado con más diáfana claridad en nuestra época con el acercamiento de los distintos

credos, ante el terreno perdido por todos a medida que se extiende la racionalidad en capas más amplias de la población.

No creo que valga la pena detenerse en ello; pero sí puede resultar útil rematar esa afirmación con algunos hechos ilustrativos. Calvino creía en la Trinidad al punto de hacer quemar a Miguel Servet porque en su cabeza no entraba semejante rueda de molino. Esa ejecución fue apoyada por protestantes tan conspicuos como Béze y Melanchton. En ese mismo siglo, él. Lulero y Calvino, condenaron también los descubrimientos de Copémico[7]. En 1612 fueron quemados en Inglaterra, Wigtham en Liechfield, y B. Légate, en Smithfield, por sustentar ideas heréticas, sin que el proceder fuera censurado por las autoridades superiores. Matanzas de católicos fueron perpetradas por protestantes como los católicos perpetraron las de sus oponentes. Por una ordenanza de 1648 contra la blasfemia, podían ser condenados a la pena de muerte todos los que negaran la divinidad de Cristo, la Trinidad y la existencia ultraterrena. Hasta ese siglo la caza de brujas persiguió la liquidación de los últimos vestigios del paganismo y, por mucho que pueda sorprender, los protestantes las persiguieron con mayor rigidez que la Iglesia española.

Los protestantes escoceses torturaron y quemaron a miles de mujeres acusadas de tal. Les había incitado a hacerlo el mismo Lutero: "No tendré ninguna piedad de las brujas; las quemaré a todas." Recordemos el episodio mucho más reciente y conocido de las brujas de Salem en los Estados Unidos. Y pensemos en la feroz intransigencia de protestantes y católicos en Irlanda del Norte, incapaces de convivir, en pasado bien cercano, no obstante ser todos cristianos.

Son dos caras de una misma intolerancia que, como todas las religiones, basa su subsistencia en el sólido pilar de la fe. Inspirada por el pasaje bíblico en el que se dice que el justo es salvado por ella, y en Agustín. De lo que dedujo Lutero que esa era la única fuente de salvación. Por su parte, Calvino se aferró a la doctrina de la predestinación, según la cual, cada persona está destinada a salvarse o perderse antes de nacer e independientemente de sus obras y proceder, ya que unas y otro sólo dependen de la voluntad de Dios. Lutero creía de tal forma en la existencia física del diablo, que le ocurrió arrojarle un tintero en rechazo de sus tentaciones.

Por otra parte, cabe pensar que su rebelión no fue del todo pura, si se tiene en cuenta que no se produjo hasta que el papa traspasó la venta de la indulgencias, de los agustinos (orden a la que pertenecía) a los dominicos. Lo que no quiere decir que tal fuera la única causa, pues ya estaba preocupado por el problema de la salvación por la fe, que hacía inútiles las indulgencias. Además de que ya

[7] "El estúpido trastornará toda la creencia de la astronomía. Pero, como lo declaran las Sagradas Escrituras, fue al Sol y no a la Tierra a quien Josué le ordenó que se detuviera." (Lutero)

"¿ Quién se arriesgará a anteponer la autoridad de un Copérnico a la de las Salí gradas Escrituras?" (Calvino).

otros le habían precedido en su insurgencia contra las posiciones eclesiásticas, de los que la figura más destacada había sido Juan Huss, que fue quemado vivo por decisión del concilio de Constanza (1414), pese a que disponía de un salvoconducto para la defensa de sus tesis, que no fue respetado por las autoridades eclesiásticas. Como Pedro y Pablo, proclamó que cada quien debía mantenerse "en la profesión y estado en que le ha colocado Dios, de una vez para siempre, y contener dentro de esos límites todas sus aspiraciones." Y, cuando los campesinos alemanes se sublevaron, I acosados por sus injustas condiciones de vida, invitó a quien pudiera, a golpear, castigar, estrangular o apuñalar secreta o públicamente, a los rebeldes. Por entender que Dios preferiría sufrir que el gobierno exista, por malo que sea, antes que permitir que la chusma se amotine, por justificada que estuviere. Por su parte, Calvino sostuvo que el súbdito debía obedecer al gobernante, dejando a Dios el castigo de los malos.

De cualquier forma, al suprimir la jerarquía eclesiástica, simplificar el culto y, sobre todo, preconizar la libre lectura de la Biblia, no obstante haberse dicho, no sin razón, que sustituyó la esclavitud hacia el papa por la esclavitud hacia un libro, y que se propagó, como reconoció Melanchton, gracias a la intervención de la autoridad, el protestantismo estableció el fondo democrático que le permitió evolucionar hacia el liberalismo y, pese a ser dirigido inicialmente contra el progreso y la tolerancia dogmática, pudo sustituir un molde por otro y, al ampliarlo, armado del libre examen, posibilitó avances que resultaron impensables en los países sujetos a la disciplina católica, debilitando su carga religiosa y permitiendo una más fácil ruptura de sus trabas.

Trabas que la Iglesia se esfuerza por mantener incólumes. En 1979, la Biblia de Nácar-Colunga decía: "Sólo la Iglesia puede indicamos con infalible certeza cuáles son los libros que, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, contienen el sagrado depósito, pues, siendo la inspiración un hecho sobrenatural, sólo una autoridad de orden sobrenatural e infalible podrá suficientemente certificamos de él."

A quien pregunte quién ha conferido a la Iglesia esa sobrenaturalidad e infalibilidad, de que ya se ha visto y aún se verá, carece, se le responderá que la fe. La cual, según el último catecismo, "es más cierta que todo conocimiento humano, porque se funda en la Palabra misma de Dios, que no puede mentir." (44, 157) Cabría preguntarse que garantía puede ofrecer alguien de haberla escuchado, si no resultara innecesario a la luz de cómo se ha visto manipularla y someterla a sus intereses terrenales. Ya se ha visto también lo poco convincentes que son sus credenciales y la nula autoridad de que dispone para asegurar que fuera de ella no hay salvación. Lo refuerzan más adelante (212, 891) en la siguiente forma: "Cuando la Iglesia propone por medio de su Magisterio Supremo, que algo se debe aceptar como revelado por Dios, para ser creído y como enseñanza de Cristo, hay que aceptar sus definiciones con la obediencia de la fe." O sea, que esa fe que se apropia y cuyas bases son tan frágiles como se

ha visto, es la única garantía. Y aún se apuntala en forma desconcertante y hasta contradictoria a la altura de nuestros conocimientos, en su más reciente repliegue, que no se entiende cómo ha podido ser acuñado por tantas lumbreras convocadas para alumbrar ese verdadero parto de los montes: "Del mismo modo que Eva fue formada del costado de Adán, adormecido, así la Iglesia nació del corazón de Cristo, traspasado, de Cristo, muerto en la cruz." (182, 766) Cuesta trabajo creer que, en nuestros días, pueda alegarse tan descomunal superchería. Pero ahí está. Otras sorpresas nos esperan.

III. LA BIBLIA

Es sobradamente sabido que la pretensión que se abroga la Iglesia para sostener su origen divino, se basa, en última instancia, en la Biblia. Aunque ya se habrá percibido que dicha pretensión tiene un carácter dual. Pues si el Antiguo Testamento es una escritura sagrada directamente inspirada por Dios ¿qué necesidad había de enmendarle la plana con el Nuevo? Tal dificultad es alegremente despachada por el último catecismo, calificando a aquél de "primera etapa en el camino del Reino", y asegurando que provee "una enseñanza que subsiste para siempre como palabra de Dios." (437, 1963) Es decir, que primero se le considera superado y, casi simultáneamente después, como de valor perdurable. O, como advierte la Biblia Nácar-Colunga, una de las más autorizadas en castellano, entre otras: que Dios es autor principal de las Sagradas Escrituras, aunque cada libro sea, al mismo tiempo, obra humana, aunque inspirada, de quien la escribió. O sea, lo uno y lo otro, como para no perder en ningún caso, si bien quepa deducir que son obra más bien divinas que humanas, puesto que son inspiradas y reconocidas como sagradas. Pues bien, después de este preámbulo, podemos entrar a examinar su valor, desde su inicio.

La creación. Pero, antes de hacerlo, debo confesar la vergüenza que se siente el entretenerse en los infantiles disparates que se encuentran en su relato primigenio. Mas como, durante siglos se ha sostenido su veracidad literal y perseguido hasta el extermino a cuantos lo pusieron en duda, y aún me fue dado escuchar al pastor protestante ya citado, defender su veracidad científica sin prueba alguna al apoyo, siento el deber de hacerlo, en la creencia de que resultará útil para los que no se hayan tomado la molestia de leer esos escritos y puedan ser sorprendidos con afirmaciones tan desenvueltas como las que precedieron al tín del capítulo anterior o al comienzo de éste, u otras similares. Con extensión que puede parecer excesiva; pero que tiene por objeto afincar sólidamente lo que se dice, para que, al cabo de un tiempo no se desvanezca en e] recuerdo y el sentimiento.

El libro sagrado empieza diciendo que, al principio, todo era caos y confusión. Lo que constituye la primera afirmación sorprendente. Ya que si se supone que Dios no había empezado aún su tarea, no podían existir ni caos ni confusión, pues se habrían adelantado a su voluntad y existirían independientemente de ella. Pero se dice además que las tinieblas cubrían los abismos y el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas. De lo que cabe concluir que tinieblas, abismo y aguas coexistían con el mismo Dios y eran, por tanto anteriores a la creación, sin que hubieran sido creados. Al cualquiera se le ocurriría preguntar cómo podía existir esa especie de otra trinidad misteriosa si no se

menciona aún que la tierra había sido creada.

En medio de tan confuso panorama, Dios se decidió a crear la luz, cuando aún no había creado el sol; la separó de las tinieblas como si su sola presencia en éstas no las hubiera ya disipado, y llamó a la luz día y a las tinieblas, noche, ya atardeció y amaneció. El más ignorante de los habitantes del planeta sabía ya que día y noche están marcados por la presencia o ausencia del sol, con lo que, al leer esto no dejará de preguntarse, asombrado, qué es lo que los cuadraba, si éste aún no existía. Y ya se lo preguntaron en la antigüedad. Pero su asombro crecería cuando supiera que las aguas seguían dominando todo, pues fue necesario que Dios separara seguidamente las que estaban encima del firmamento, que, por lo visto, existía antes de que se crearan las estrellas, de las que estaban debajo, mediante una bóveda que no han podido descubrir los astrónomos en sus afanosas investigaciones y Job precisa que es sólida como espejo de metal fundido. (37, 18) Lo que, por suerte, no tuvieron en cuenta los astronautas.

Después ordenó que se juntaran todas las aguas de abajo, que llamó mares, para que apareciera el suelo seco. Al cual encargó seguidamente producir hortalizas, plantas y árboles frutales con su semilla dentro. Sólo en el cuarto día se decidió a crear lámparas luminarias en el cielo, que separan el día de la noche, olvidándose de que ya los había separado e, ignorando que la luna no tiene luz propia, le confió la misión de iluminar la noche. Sólo después creó las estrellas, por lo visto, como simple adorno, aunque el texto dice que para iluminar la tierra, como si con la luna no fuera suficiente. El quinto día les tocó el turno a las aves y los animales marinos, pero aún no a los terrestres, que sólo fueron creados al día siguiente.

Y, por fin, creó al hombre, macho y hembra, a su imagen y semejanza, con cierta diferencia, sin embargo, en lo relativo al sexo, pues se supone que Dios no lo tiene. Le dio por misión someter la tierra y a todo ser vivo existente sobre ella y, para alimentarse, las plantas y árboles frutales, y a los animales, olvidándose de los carnívoros y de los que se devoran unos a otros, pasto verde. El séptimo día, al parecer agotado pro tan ingente tarea, descansó, lo que no cuadra muy bien con un ente divino, pues ¿cómo podemos imaginamos que la divinidad experimente también fatiga? No olvidemos, antes de responder que el hombre, que sí la experimenta, fue creado a su imagen y semejanza. Y reconozcamos antes también que Orígenes negó que la Escritura usara la palabra descanso (382) cuando Celso arguyó que lo necesitara como si fuera un mal trabajador (442). Agregando a su demoledora crítica, que se tratara de días antes de que existieran, "porque ¿qué días podía haber cuando no se había creado aún el cielo ni estaba asentada la tierra ni el sol giraba en tomo a ella?" (441) Claro que queda por precisar si lo hizo desde el punto de vista físico, con sus mismas necesidades fisiológicas, o moral, en cuyo caso, la maldad humana sería reflejo de la divina. Pero detengámonos, para no entrar en un terreno que deberá ser tratado en especial.

Recordemos que las plantas fueron creadas antes que el sol, que éste lo fue después de que se creara la tierra, y las aves, antes que los reptiles, todo lo cual ya se encargan de desmentir hasta nuestros escolares, que conocen incluso la existencia de los dinosaurios, que la Biblia, por supuesto, no menciona. Pues, durantes siglos, como se ha dicho, la Iglesia tan infalible, se aferró a esta interpretación literal, persiguió hasta la hoguera a cuantos denunciaran tanta insensatez, y sólo empezó a ceder cuando los avances científicos la obligaron a hacerlo. Primero, sosteniendo que había que tomar los días en el sentido de períodos, que se cifraron en mil años, de acuerdo con el texto esgrimido para justificar la demora del acabamiento del mundo. Y, cuando esto se hizo insostenible en el sentido de grandes etapas geológicas. Pero ocurre que las religiones son una especie de tela de Penélope, y lo que se cose por un lado, se descose por otro. Porque ¿cómo es posible que existieran las plantas durante tanto tiempo sin que todavía no existiera el sol? Sin contar con que explicación tan barata no elimina las otras inexactitudes.

Fue necesario, al fin, abandonar del todo la explicación literal; pero recurriendo a subterfugios que son un verdadero arte de prestidigitación. La Biblia de 1995, por ejemplo, recomienda hacer un esfuerzo para mirar esa página de "una manera sencilla. Desde hace ciento cincuenta años ha habido demasiadas discusiones sobre el tema de la creación según la Biblia y según la ciencia." Con lo que se saltan a la torera los trabajos realizados, por lo menos desde Copérnico, que restableció el sistema heliocéntrico, descubierto en el s. III antes de nuestra era por el griego Aristarco, y sepultado por Ptolomeo siglos después. Y se relegan al terreno de la mera discusión los sólidos descubrimientos científicos que van socavando los mismos cimientos de los diversos tinglados religiosos. Pues bien, simplificada la cuestión de forma tan volátil, prosiguen: "No encontramos aquí datos históricos o científicos, pues los que redactaron este capítulo, querían enseñamos cosas muy diferentes." Pero no se dice por qué entonces se justifica su inclusión. Sólo que "Dios hizo suya la exposición, sin asustarse de que hablaran del cielo como una bóveda azul de la que cuelgan las estrellas." Pero ¿no fue Dios quien inspiró la Biblia? Y si así fue, porque eso es lo que se sostiene ¿cómo pudo dar por bueno un ser perfecto el engaño de sus criaturas y permitir que su Iglesia lo mantuviera durante tantos siglos, por lo menos hasta 1823, en que Pío VII sancionó la resolución de los cardenales de la Inquisición, que prohibía imprimir o difundir cualquier libro en que se apoyara la adoctrina heliocéntrica, y relegara la verdad, cuando se manifestó, a las cenizas de sus hogueras? Ignorando razonamiento tan obvio, osan afirmar que esa página "pone las bases para una visión cristiana de la existencia." E incluso "que tiene valor profetice en este sentido de que si la leemos después de haber recibido el Evangelio, sus viejas palabras dejarán traslucir verdades nuevas." Pues de mí sé decir que así la leí al término de mi adolescencia y que, junto con la explicación que la acompañaba, fue decisivo, al contrario, para disipar las

tinieblas en que me había sumido la educación católica. Solo mucho tiempo después supe que ya en la antigüedad, Celso había percibido que Moisés y los profetas, "por no saber cuál es la naturaleza del mundo y de los hombres, sólo compusieron muchas tonterías." (433)

Pero el tema no está agotado. Porque resulta que, poco más adelante y, contra lo que cabría esperar, nos tropezamos con otro relato muy distinto. Según él, Dios, mucho más activo y diligente, creó todo en un solo día: "El día en que Yavé Dios hizo la tierra y los cielos, no había sobre la tierra arbusto alguno ni había brotado aún ninguna planta silvestre, pues Yavé Dios no había hecho llover todavía sobre la tierra y tampoco había hombre que cultivara el suelo e hiciera subir el agua para regar toda la superficie del suelo." Aquí el proceso se invierte y Yavé Dios (Dios es un agregado de las Biblias católicas) se convierte en alfarero, pues, "con polvo de la tierra" crea al hombre, soplando en sus narices un aliento de vida. Sólo entonces surgen toda una serie de árboles agradables a la vista y buenos para comer. Pero ¡ay! entre ellos, el de la ciencia del bien y del mal.

Como aquí no se dice que crear al hombre a su semejanza y la palabra Adán hace referencia al género humano, se dispone de mayor libertad para hacer aparecer a la mujer. Creada porque Dios entendió que no era bueno que el hombre estuviera solo y quiso hacerle acompañar por un ser semejante a él. Pero con una falta de visión incomprensible en una divinidad, no encontró, entre los animales, ninguno que estuviera a su altura. En vista de lo cual, hizo dormir a Adán, le sacó una de sus costillas, rellenó el hueco de la carne y formó una mujer. Texto en el que acabamos de ver se apoyó la Iglesia, por lo menos hasta hace muy pocos años (¡aún en 1992!), para sostener la primacía del varón. Y se continúa con la siguiente inefable reflexión: "Yavé, como buen artesano, trabaja la arcilla con sus propias manos." Todo eso constituye una tremenda ofensa al entendimiento del lector: un dios omnipotente, capaz de crear el universo de la nada, que recurre a la arcilla para crear al hombre y, a falta de otro medio, a una costilla de éste para fabricar a la mujer. Realmente demencial. Con mayor prudencia, el último catecismo aventura que no se trata de saber cómo y cuándo ha surgido (¿no creado?) el cosmos (orillando también el, al parecer inútil, relato), sino de descubrir cuál es el sentido de ese origen, que es el de haber sido creado para gloria de Dios, por sabiduría y amor. (70, 284) Cosas ambas harto dudosas, por cierto, como se verá a medida que vayamos avanzando en el conocimiento de la Biblia.

Por el momento, debemos regresar a la edición bíblica de 1995, que se defiende harto pobremente: "Ya sabemos que este relato no pretende decir cómo empezó la raza humana." Dejando de lado que no lo sabemos gracias a la Iglesia, sino todo lo contrario ¿cuál puede ser entonces la finalidad si lo ha inspirado Dios? Y ahí viene la explicación: lo que fue la prehistoria y su relación con las otras formas de vida, "son preguntas que la gente de aquel tiempo no se

planteaba y para las cuales la Palabra de Dios no tiene respuesta. Dios deja que lo investiguemos nosotros y es lo que hacen los científicos." La desenvoltura en este punto es mayúscula, porque si no se lo planteaban, no se ve por qué se ofrece una respuesta embustera que se dice inspirada por Dios. Ni por qué la Iglesia ha trabado permanentemente la investigación científica que con ella se relacionaba, que ha triunfado sobre la suya y que no ha tenido más remedio que aceptar al fin. Pero lo siguiente es aún peor, porque significa un avieso mentís a tan importante confesión:

> Algunos se escandalizan de que el hombre haya salido del barro /.../ El autor sagrado siguió el folclore de su tiempo y retomó las antiguas leyendas dándoles un nuevo sentido. /.../ ¿Las teorías de la evolución se oponen a la fe? Esas teorías ya no pertenecen a la ciencia, sino a la filosofía o a la imaginación, aun cuando hayan sido formuladas por hombres de ciencia eminentes, como lo fue Darwin. Un creyente o un materialista tendrán toda la libertad para sostener puntos de vista opuestos.

Es decir, que, gracias a tan osado como cínico escamoteo, la ciencia queda relegada al terreno de la imaginación y todo queda en un dudoso empate que, cada cual puede resolver como quiera.

Tan descarado cubileteo no podía tener larga vida y Juan Pablo II renunció a él tan sólo cuatro años después. Lo comenté en un artículo periodístico, recordando que, aún en 1950, Pío XII había lanzado una encíclica destinada a condenar lo que había dejado de ser filosofía o teoría para convertirse en indiscutible verdad científica, y cómo había vaticinado entonces que papa vendría que enderezaría el entuerto. Al tiempo que señalé que tal decisión dejaba tambaleante la infalibilidad papal, por el carácter dogmático del relato bíblico, y abandonaba una de las fortalezas dialécticas en que se acuartelaba la Iglesia: el valor prevaleciente de la tradición. Aunque se mantuviera un frágil y último reducto: que el alma humana proviene directamente de Dios. Frágil, porque la evolución de las especies probaba paralelamente la de las facultades mentales.

Rectificación, por otra parte, que, unida a otras recientes, anulaba toda pretensión de la Iglesia de ser depositaría de la revelación divina, puesto que dicha revelación, tal como se concibe, no podía equivocarse con tanta frecuencia ni incluir en los supuestos paquetes graduales, falsedades que obligaran a rectificar, nunca espontáneamente, sino siempre obedeciendo a presión exterior. Ya que es absurdo alegar que Dios se acomoda a las mentalidades de la época para ir proporcionando las verdades a medida que pudieran ser entendidas, desde el momento en que no resulta más difícil entender que la luna no es un foco, sino un inmenso espejo ni el sacrificio por parte de Dios para redimir a un género que es hechura suya o, recordemos, el arduo misterio de la Trinidad.

La cuestión se aclara, como viene siendo habitual, cuando se sabe que este relato tiene sus equivalentes en mitos y leyendas de Babilonia, Egipto y Canaán. La luz que se crea es la cósmica, que se prendió por voluntad divina. En

no pocas mitologías el dios forma al hombre del barro y le insufla el alma. Es el caso de la creación sumeria, en la que el hombre aparece creado a imagen de la divinidad, amasando arcilla el dios con su propia sangre. Tradición que fue recogida por el Poema de la Creación babilónico. Estas creencias y otras que se verán, parecen haber formado parte de las creencias de los pueblos semitas. De cualquier manera, los modernos exégetas no podrían explicar, por mucho que se lo propusieran, que, sin necesidad de revelación divina al uso, los súmenos concibieran ya, sin ser el pueblo elegido por Dios, una sorprendente visión evolutiva de la vida, gracias a haber alcanzado una civilización muy superior a la hebrea.

Apareció en Nippur, futura capital religiosa del territorio: penetrada la materia por el principio de vida, se desarrolló por su propio impulso, dando nacimiento a toda una serie de seres, de los más simples a los más complejos, hasta llegar a las formas superiores de vida. Y que, muchos siglos antes que ese pueblo elegido por Dios, fueran capaces de comprender lo que éste no hubiera podido, según confesión de la Iglesia, ni con ayuda de la divinidad. Pero, antes de abandonar este territorio, al que habremos de volver, nos vamos a topar con una letanía, en la que Ninhursaj va curando una costilla de Enlil y se dice: "A la diosa Nin-ti he dado nacimiento para ti." Con lo que la diosa creada para curar a Enlil, se llama señor de la costilla, que significa también hacer vivir. Mediante un juego de palabras, se identificó a la señora de la costilla con la señora que hace vivir. Así pasó al hebreo, donde el juego de palabras perdía todo su valor.

El aporte plural. Ahora debemos regresar, porque será necesario desvanecer la extrañeza que quedó en el aire con el doble y discrepante relato del mismo hecho. Hace tiempo que lo hizo la investigación histórica. Despojada de su carácter sagrado, la Biblia queda reducida a un conjunto de libros que reúne, sin coherencia, una serie de leyendas, leyes, profecías, crónicas, poemas, visiones de profetas rebeldes, préstamos babilónicos, asirios y persas, etc. Sus cinco primeros libros, que se conocen con el nombre griego de Pentateuco, son el producto de cuatro fuentes principales. La más primitiva, procedente del reino de Judá, reúne una cantidad de leyendas, similares a las de otros lugares, que no fueron alteradas, por su gran aceptación. Otra fuente, originaria del reino de Israel, se diferencia de ella en que la divinidad no se llama Yavé, sino Elohim, vestigio del anterior politeísmo. El poder o fuerza que los primitivos atribuían a los objetos, los semitas lo llamaban El, y como estos elementos abundan, se les pluraliza, Elohim. Por eso esta divinidad aparece relacionada con espíritus que viven en las cumbres, dioses familiares o locales, propios de una teología inferior.

En el s. VII antes de nuestra era un escriba de Judá refundió las dos versiones en una; pero como no eliminó las repeticiones o divergencias, se conservó la traza de ambas, permitiendo a la investigación reconstruirlas. El primero en

identificarlas, en 1711, fue Henning Bernhard Witter; pero su logro permaneció ignorado. Jean Astruc, médico de Luis XV, lo consiguió en 1753; pero su libro fue silenciado. Hubo que esperar varios años aún para que tuviera mejor éxito el historiador alemán, Johann Gottfried Eichhom. En 1798 se amplió a cuatro el número de redactores, al observarse, dentro de los anteriores, nuevas y claras duplicaciones de textos, Así que uno de los dos relatos de la creación pertenece a una de las dos primeras fuentes y el otro a la otra.

La duplicidad se mantiene en el relato de Caín y Abel, que la versión Elohim no menciona, en la única mención de la torre de Babel, de la que se hace partir la diversidad de lenguas, que la otra presenta desde los inicios, aunque no explica cómo siendo descendientes de los mismos padres, podían hablar lenguas distintas; la no coincidencia de las dos genealogías que se dan desde Adán, pese a un burdo intento de conciliarias; el paso del Mar Rojo, cuyas aguas se separan, en una, al tocarlas Moisés con su varita mágica y por un fuerte viento en la otra, etc.

En la segunda mitad del s. VII se introdujo el tercer elemento, designado como el *Deuteronomista*, por hallarse principalmente en el Deuteronomio, y es una serie de preceptos religiosos. La última, la sacerdotal, se escribió durante la cautividad de Babilonia y puso su mayor énfasis en apuntalar las prerrogativas de los sacerdotes y los diezmos para su mantenimiento. Característica, como se verá, es la modificación que sufren, en el Éxodo, las tablas de la Ley. Los mandamientos tienen, en una, un carácter ético, y en la otra, son de tipo ritual, que son los que más interesaban a los sacerdotes, no obstante afirmarse que son los mismos.

El pecado original. Pero no se ha hecho más que comenzar. Ya que, sin damos tregua, otros hechos requieren nuestra atención. Al colocar a Adán y Eva en el paraíso, palabra persa que quiere decir jardín. Dios amenazó al primero con la muerte si se atrevía a comer del árbol prohibido. Pero éste, cediendo ante Eva, tentada, a su vez, por el demonio disfrazado de serpiente, infringe la prohibición. Dios, por un lado, maldice a la serpiente, tal vez desconociendo que se trataba de un disfraz, y dispone que se arrastre sobre su vientre, olvidándose de que ya la había creado así, y que coma tierra todos los días de su vida, lo que la serpiente no obedeció que sepamos. A la mujer la condenó multiplicando sus sufrimientos durante el embarazo, sin explicar por qué los animales, que nada tuvieron que ver en el asunto, deben soportar dolores semejantes, y sin prever que llegaría un tiempo en que la ciencia, más poderosa que él, los suprimiría para las mujeres fieles a sus normas. A Adán le condenó al trabajo y le adelantó que la tierra le daría espinas y cardos cuando le pidiera hortalizas. Lo que también la ciencia ha superado.

Hay que aclarar que Dios no hace eso por puro resentimiento, sino porque él, todopoderoso, se siente amenazado por su débil criatura. Pues piensa que, al

haber comido de la fruta prohibida, Adán se había hecho juez de lo bueno y de lo malo, y teme que no vaya a comer también del árbol de la vida, porque entonces viviría siempre, como los dioses. Tremenda imprevisión, puesto que hubiera bastado con no ponerlo a su alcance. Con razón calificó Celso de puro cuento de viejas presentar a Dios, con 1a mayor impiedad, como "incapaz de convencer a un hombre solo al que acababa de plasmar." (272) Extraño olvido, además, porque la muerte había sido decidida simultáneamente con el pecado y como consecuencia de éste. No contento con eso, le expulsó del paraíso y, como si su voluntad no fuera suficiente para impedirle regresar, puso querubines y un remolino que disparaba fuego para guardarlo. Parece que no podía caer más bajo un dios tan poderoso; pero le vamos a ver en situaciones peores.

Caín, Abel y otros vastagos. Mientras la versión Elohim cita a Set como único hijo de Adán y Eva, al cabo de tanto tiempo de haberlo dado como cierto, la última voz de los teólogos considera el otro relato como introducido en forma ficticia. (Biblia, 1995, p. 11, 2a col.) Quien lo hizo, presentó a Caín, agricultor, naciendo antes que Abel, pastor. Así se invierten los términos del progreso, por tratarse de un enemigo del mismo y opuesto a los más adelantados cananeos, que lo habían alcanzado ya. Como Abel sacrifica sin piedad los primeros nacidos de su rebaño, mientras Caín se muestra más laborioso que él, la moraleja no resultaba muy sostenible para los comentaristas que, sin embargo, dan por buenos otros relatos y fragmentos mucho menos edificantes.

De todas formas, ese cuento, que refleja el hecho histórico del triunfo de la agricultura sobre la ganadería, como el del pecado original lo es de la expulsión de los israelitas de su tierra primigenia, había sido y pulverizado por Bayle hace tres siglos, en su *Diccionario histórico y crítico.* Caín, condenado a una vida vagabunda, teme que cualquiera que lo encuentre lo mate. Lo que "parece suponer que Caín estaba persuadido de que había habitantes por toda la tierra, pues un hombre que hubiera creído que todo el género humano se encerraba en la familia de Adán, no hubiera podido encontrar mejor medio para evitar que se le matara, que el de alejarse de esta familia." Pero, al temer serlo en caso de vagar fugitivo, "temía gentes desconocidas y sin ningún parentesco con él." Darle una marca para impedir que los que le encontraran le mataran, "supone que Caín podía encontrar gentes por todas partes por donde condujera sus pasos." Lo que hubiera podido confirmar por el hecho de que, según la narración (4, 17), Caín construyó una ciudad cuando tuvo a su hijo Enoc, que no resultaba necesaria para una familia de sólo tres miembros. Sin que tampoco se explique cuándo y cómo encontró a su compañera.

El hecho de que la Iglesia haya decidido, al cabo del tiempo, desprenderse de este molesto lastre, no impide que se le cite, ya que lo propio podría decirse de otras muchas interpolaciones que, como se ha visto y se verá, acepta como valederas. En relación con ésta, reconoce que se trata simplemente de la rivalidad

entre israelitas, aún nómadas, y cananeos, ya agricultores, que, se ve, se habían adelantado al pueblo protegido. Tras lo cual, se reconoce que el Antiguo Testamento no logrará superar esa perspectiva: "hasta en las películas los buenos son típicos de la raza que ha sabido imponerse." (12, 2a col.) ¡Bonita manera de zafarse! Puesto que aquí no se trata de obra humana, sino de la actuación del mismo Dios a favor de su pueblo elegido, frente a otro, obra suya también. ¿O no?

Esa preferencia se manifiesta claramente en la longevidad concedida a las sucesivas generaciones. Adán vivió 130 años, Set 912, Enós 905, y así sucesivamente. Superados todos, sin embargo, por Matusalén, que vivió la friolera de 969. No hay que sorprenderse demasiado, porque todo eso obedece a la necesidad de llenar el lapso de seis mil años que se daba al hombre sobre la tierra. Y, además, porque hay que guardar la capacidad de sorpresa para lo que viene.

Porque, efectivamente, en el capítulo 6, nos encontramos con que ni Cristo fue el único hijo de Dios, ni los descendientes de Adán los únicos habitantes de la tierra: "Cuando los hombres empezaron a multiplicarse sobre la tierra y les nacieron hijas, los hijos de Dios se dieron cuenta de que las hijas de los hombres eran hermosas y tomaron por esposas a aquellas que les gustaron." Con lo que se ve que estos descendientes directos de Dios eran bastante enamoradizos y sentían un condenable apetito sexual. Pero sigamos: "En ese entonces había gigantes sobre la tierra y también los hubo después, cuando los hijos de Dios se unieron a las hijas de lo hombres y tuvieron hijos de ellas. Estos fueron los héroes de la antigüedad, hombres famosos." Pero, a esta altura ya no vale la pena detenerse en cada caso a desmenuzar los esfuerzos de los exégetas eclesiásticos por convencer de que lo que se dice no es exactamente lo que se quiere decir. Sobre todo, porque nos está esperando otro gran acontecimiento.

El diluvio. Se produjo porque Yavé vio la gran maldad de los hombres y se arrepintió de haberlos creado. Lo que equivale a decir que Dios no era omnipotente ni perfecto, al fracasar de tal forma en su obra cumbre, creada "a su imagen y semejanza", ni omnisciente, puesto que no previo lo que habría de ocurrir. Al darse cuenta de ello, reaccionó como cualquier mortal impetuoso y poco reflexivo, deshaciendo airadamente su obra mal hecha. Pues, viendo que se le había ido de las manos, contra su voluntad, decidió borrar de la superficie de la tierra, no sólo al género humano, sino también a todo bicho viviente, igualmente responsables, al parecer, del desvarío humano. Por suerte, o por desgracia para nosotros, Noé "se había ganado el cariño de Yavé." Esta vez sí vale la pena detenerse en el comentario, porque no se ve dónde puede haber mayor horror, si en éste o en el hecho en sí: "Hay tiempos en que podría parecer que el mal se ha adueñado de nuestro planeta; pero la historia nos nuestra que las crisis sobrevienen a su tiempo para purificar eliminando. Es lo que Dios intenta con el Diluvio, según dice esta página; pero no destruye todo sino que salva al justo, a Noé, para que de él salga una raza santa." (13, la col.) Donde, con incalificable

insensibilidad se presenta a Dios todopoderoso *intentando* tan horrible •*s,o*-lución, para ver si la cosa le sale bien y fracasando de nuevo puesto que, al cabo de los siglos, se vio obligado a enviar a Cristo, con el saldo igualmente negativo que se conoce.

Para lograrlo en esta ocasión, le ordena construir un arca de madera de ciprés de tres pisos y de las dimensiones que le da: 150 metros de largo, por 25 de ancho y 15 de alto. Y que meta en ella una pareja de todo ser vivo. Pero si ya es dudosa que, en tan reducidas dimensiones, pudieran caber los animales que conocían los hebreos en aquella época, resulta ridículo cuando se piensa en la gran cantidad de especies que conocemos hoy y las desaparecidas entre tanto. Sólo la lógica ignorancia de los hebreos acerca de la inmensa cantidad de especies existentes pudo dar pie a tan infantil relato, que se abstiene de precisar cómo se las arreglaría para reunirías en el arca.

Aún es peor lo que dice la otra versión en el capítulo 7: de los animales puros, siete parejas de cada especie, y de los impuros (distinción que no se justifica los ojos del creador, pues ¿cómo se hicieron impuros si eran obra suya?), sólo una. Hecho esto, llovió durante cuarenta días y todo pereció fuera del arca. Pero no se nos dice cómo se alimentaron durante tanto tiempo tantas especies, olvidando que el arca debía contener también alimentos para todas ellas, que se conservaran sin frigorífico y sin acabar unas con otras, como ocurre en la naturaleza por orden de Dios o con su tolerancia. Pues no se dice que los carnívoros se convirtieran en herbívoros ni que hubiera plantas en cantidad suficiente ni lugar donde depositar los deshechos.

En todo caso, al cabo de ese tiempo, Noé abrió la ventana que había hecho en el arca (¿una sola?) y soltó sucesivamente un cuervo y una paloma, que no encontraron lugar donde pararse. Esperó siete días más (siempre ese número) y volvió a soltar la paloma, que regresó al atardecer con una rama de olivo en el pico. Ante tan solícito gesto, Noé comprendió que las aguas se habían retirado, sin preguntase cómo, si todo había perecido, pudo salvarse el olivo. Esperó siete días más y volvió a soltar la paloma, que ya no volvió. Entonces salieron todos y, por orden de Yavé, Noé construyó un altar y, "tomando de todos los animales y de todas las aves puras (que, por lo visto, no son animales) los ofreció en sacrificio sobre el altar", quebrando la preocupación por la supervivencia. Pero eso no es todo. Al aspirar el "agradable aroma" Yavé decidió que nunca más maldeciría la tierra por causa del hombre, al ver que "sus pensamientos están inclinados al mal ya desde la infancia". Donde asistimos a la complacencia de Dos ante el sacrificio de seres inocentes y, una vez más, a la flagrante confesión de su abismal fracaso, al percibir que el mal está en el hombre desde su origen y, por tanto, que nació torcido de sus manos.

De cualquier forma, el tinglado comenzó a desmoronarse cuando se descubrió la epopeya de Gilgamesh, que incluía el relato de un diluvio semejante. Napishtim, de Slumpak, por orden del dios Ea, construyó un navio en el que se

embarcó con su familia, sirvientes, plata, oro, ganado, los animales del campo y todas 1as semillas de las cosas vivas. Como en el caso anterior y todos los otros, la fantasía orilla las dificultades prácticas. Se produjo el diluvio y, al séptimo día, el equivalente de Noé hizo soltar una paloma, que volvió, y, después, un cuervo, que no volvió. Entonces expandió "una libación a los cuatro vientos, coloqué la ofrenda en la cima de la montaña, coloqué catorce potes adagurru y puse debajo rosal, cedro y mirta. Los dioses olieron el aroma, los dioses olieron el buen olor. Los dioses, como moscas, se agolparan encima del sacrificador."

Después se descubrió otro precedente babilónico de ese relato y otro sumerio aún más antiguo. Fue en Nippur, en 1890, donde se descubrió un fragmento de la epopeya de Ziusudra. Los dioses decidieron destruir la humanidad, a causa de sus muchas faltas; pero el dios Enki advirtió a Ziusudra, rey de Shurupak, y le ordenó construir una nave para que pudiera salvarse con su familia y animales y plantas de todas clases. El diluvio destrozó hasta los lugares del culto. Cesó después de siete días y siete noches[8] y Ziusudra pudo salir de la barca. En acción de gracias, ofreció un sacrificio a los dioses.

Para no ser menos, los griegos se decían descendientes de Deucalión y Pirra, supervivientes también de un diluvio. Mitra conoció igualmente el propósito de Ahrimán de destruir al género humano por un diluvio; advirtió a un hombre al que hizo construir un barco y cargar en él a sus parientes y rebaños. Más lejos aún, en China, donde no podía tratarse ni de oídas del mismo fenómeno, los jesuitas se encontraron con que había tenido lugar un diluvio anterior al bíblico, de lo que cabía deducir, que éste, en el mejor de los casos, había sido un fenómeno puramente local. Del que quedó recuerdo en distintos lugares de la tierra de fenómenos similares que, de acuerdo con la mentalidad reinante, fueron interpretados como castigos divinos.

Casi todas estas tradiciones se enlazan con la idea de reabsorción de la humanidad en el agua y el surgimiento de una humanidad nueva: una época es abolida por la catástrofe y comienza otra, con hombres nuevos, porque la vida humana aparece, de acuerdo con la experiencia, como algo frágil que conviene reabsorber periódicamente. El diluvio cumple así el papel de purificar los pecados, reabsorbiéndolos en el agua, para dar paso a una humanidad regenerada. Eso lo hace comparable con el bautismo, que el cristianismo convirtió en instrumento principal de regeneración.

La torre de Babel y Abraham. En el conocido relato de lo ocurrido en dicha torre, cuya construcción se dice que obedecía al deseo de llegar hasta el cielo (lo que no concuerda con el hecho de que se construyera en una llanura) y la crítica moderna ha reducido a una ziggurat o fortificación de la época, se muestra a Yavé otra vez temeroso de sus propias criaturas, y se le hace decir,

[8] Ambas versiones reducen así el prolongado lapso bíblico.

sin que se precise a quién confía su confidencia: "Veo que todos forman un solo pueblo y tienen una misma lengua. Si esto va adelante, nada les impedirá desde ahora que consigan todo lo que se propongan. Pues bien, bajemos y confundamos ahí mismo su lengua, de modo que no se entiendan los unos a los otros." (11, 6-7) Parecería pues, que no dispuso de otra forma más espiritual para asegurar su poder.

Abraham parece haber abandonado Ur, en Caldea, hacia la segunda mitad del s. XVIII a. C., para dirigirse con su clan al borde del desierto de Canaán, un asentamiento que el hambre les obligó a abandonar. Se estableció en Sodoma, con 318 servidores y, con ellos, derrotó al rey de los elamitas, a otro del Ponto y otros aún, aliados contra él. Pronto nos encontramos con la decisión de Yavé, airado por la corrupción de costumbres en esa ciudad y en Gomorra, de destruirlas, haciendo llover sangre y fuego y matando a todos los habitantes y la vegetación. Abraham, más ecuánime que su propio Dios, le hizo ver lo injusto de un castigo que golpearía por igual al justo y al malvado, aunque sólo hubiera cincuenta de los primeros. Yavé, revelando su precipitación, pero incapaz de proceder a una justa selección, accede a perdonar todo el lugar en ese caso. Envalentonado por su éxito, Abraham se entrega a un chalaneo digno del mejor traficante con Yavé, para ir rebajando el castigo; no ya 50, sino 45, 40, 30, 20, 10, y Yavé va cediendo y, al fin, el Dios omnisciente, encarga a Abraham que descubra a los diez del trato final. Aunque finalmente destruye ambas ciudades, salvándose sólo Lot y su mujer, convertida, sin embargo, en estatua de sal por haber mirado atrás. La realidad histórica es que lo fueron, junto con otras ciudades de la región, por un cataclismo en el s. XIX a. C., y la Biblia se apropió de la catástrofe para deducir de ella una lección moral, condenatoria de la vida más refinada de las ciudades.

Sigue una historia no muy edificante para un libro sagrado (19, 30-36): para que no se pierda la descendencia masculina, las dos hijas de Lot emborrachan a su padre por dos noches consecutivas y se aparean sucesivamente con él sin que se aperciba. No es la única. De acuerdo con la extraordinaria vitalidad que la Biblia concede a todos esos varones para procrear, Abraham tenía cien años cuando nació Isaac del vientre de su esclava egipcia. Implacable, Yavé le sometió a la prueba del sacrificio de su propio hijo, que se explica por lo que se ha dicho acerca de la redención. Superada, Yavé le promete que sus descendientes se impondrán a sus enemigos. Lo que, en líneas generales, también falló, dejando en entredicho, una vez más, la facultad de Yavé de prever el futuro. Llegados al versículo 6 del capítulo 25, se nos ofrece otra muestra de moral poco ejemplar: "A los hijos de las concubinas que tenía Abraham..."

Sesenta años tenía Isaac cuando nacieron Esaú y Jacob. Este no fue capaz de dar a su hermano, hambriento, pan y un plato de lentejas, si no le cedía sus derechos de progenitura. Inducido por su madre, Rebeca, se hace pasar por Esaú ante su padre ciego, para recibir su bendición. Yavé, sin pestañear bendice al

impostor y todavía promete protegerle y a sus descendientes. Consignemos, antes de cerrar su prontuario, que Jacob se acostó con dos hermanas, Lía, la mayor, porque el padre de ésta le engañó llevándole a la cama con un velo; y Raquel, que era de quien Jacob estaba enamorado, y obtuvo casarse con ella, a cambio de catorce años de trabajo, sin que Lía hubiera fallecido. Queda una última proeza: Jacob, tras recordar a Yavé sus promesas de protección, lucha con él y sólo es derrotado por una artimaña de la divinidad (32, 23 y ss.).

Otras muestras hoy condenadas por la Iglesia se encuentran a no tardar. Tamar (cap. 34) se casó sucesivamente con dos hermanos hijos de Judá y, al quedar viuda sin descendencia, se disfrazó de prostituta y tuvo dos hijos con su suegro. En el capítulo siguiente, Rubén se acuesta con la concubina de su padre; en el 36, Esaú toma por esposas a tres mujeres cananeas; en el 37, José ayuda a los hijos de Bilá y Zelfa, mujeres de su padre. Y, aunque se reconozca hoy que esta historia es producto de la fantasía, no es menos ilustrativa.

A la vista de todo esto, resulta por lo menos sorprendente que Orígenes reproche a Celso (53) que trate de desacreditar los libros de Moisés, aduciendo que nadie se atrevió a hacer lo que Crono (padre de Zeus) hizo contra Urano (personificación del cielo) ni lo que Zeus cometió contra aquél, ni cohabitó nadie con su propia hija, como dice de él la *Ilíada*. ¿No habría leído esa parte de la Biblia? Pues sí que la leyó, porque más adelante (282) justifica el ayuntamiento de las hijas de Lot con su padre, que Celso calificó de "abominable", recurriendo a los griegos, que habían dicho que esa unión era cosa indiferente, aunque "no deba hacerse en sociedades bien ordenadas." Y que esa doctrina era defendida por los estoicos, agregando que la "divina escritura" ni aprobaba ni condenaba, teniendo en cuenta que "era usual y básico perpetuar el linaje." Con tal precariedad se defienden las causas perdidas.

La salida de Egipto. A creer al Éxodo, Yavé sólo se enteró de los padecimientos de su pueblo en Egipto cuando oyó sus lamentos y recordó su alianza con Abraham, Isaac y Jacob, que se ve que se le había olvidado. Digamos, al pasar, que estos pactos y alianzas están documentados en varías culturas mesopotámicas y que los pasajes bíblicos correspondientes son una mera imitación de los tratados de vasallaje hititas y de otros pueblos. El hecho es que Yavé, siempre falto de recursos propios de su divina condición, se introdujo en una zarza ardiente y prometió su protección a Moisés para que sacara a los israelitas de Egipto.

En realidad, ya le había protegido, salvándole milagrosamente en la forma que se conoce (2, 1-10)... y que no pudo suceder, porque la hija del faraón vivía en Menfis y no podía ir a bañarse tan lejos y, menos aún, en un brazo del Nilo donde nadie lo hacía a causa de los cocodrilos. Pero resulta harto sospechoso encontrarse, una vez más, con leyendas semejantes en Krisna, Rómulo y Remo, Perseo, Habis, Ciro y Sargón I de Acadia, a quien su madre, para salvarle de la

muerte de los niños varones, dada por el soberano (coincidiendo con Herodes), llevó a la orilla del río, le puso en una canasta de juncos selló la tapa con betún y lo soltó. Así ordenó el faraón que se liquidara a todos los niños hebreos, salvándose Moisés en la cesta.

Pero la inventiva no se agota ahí. Se supone que un dios tan poderoso como Yavé, debería disponer de múltiples procedimientos para ayudar a su pueblo a sacudir la esclavitud de la mejor manera posible. Sin embargo, asistimos a una nueva prueba de su despiadada ferocidad y sus limitados recursos. En lugar de influir, por ejemplo, en el ánimo del monarca para que les permitiera salir, como lo hizo, como se verá, con condenable saña en sentido contrario, no encontró mejor procedimiento que hacer caer sobre Egipto nada menos que diez terribles plagas que golpearon a toda la población sin discriminación alguna. Y eso, luego de haber enviado a un ángel para que asesinara a Moisés, que sólo se aplacó cuando Sófora circuncidó a su hijo. (4, 24-26)

Vencido el ánimo del faraón por tal cúmulo de calamidades, les permitió salir, Pero, por orden expresa de Yavé, lo hicieron como forajidos, aunque el relato adorna la acción como puede: pidieron a los egipcios objetos de oro y plata y muchos vestidos, y los egipcios se lo dieron prestado, porque Yavé (ahora sí) hizo que estuvieran dispuestos a ello. "Así fue como despojaron a los egipcios."

Eran seiscientos mil hombres, sin contar a los niños. Cifra que fue tildada de fantasiosa por el historiador musulmán del s. XIV, Ibn Jaldún, aunque atribuyéndola a otros historiadores musulmanes, probablemente por no conocer la Biblia: ni Egipto podía reunir tantos soldados ni éstos serían capaces de actuar como una sola unidad; el reino de los persas, tan grande, alcanzó algo más de doscientas mil personas en su mayor concentración, y, en el corto lapso de las generaciones que se mencionan (el éxodo de Moisés se sitúa hacia el año 1250) es improbable que los hombres proliferaran de tal forma. Volvió sobre el tema Voltaire: para alcanzar esa cifra en poco más de doscientos años, cabría suponer que eran unos tres millones, si se agregan mujeres, doncellas y ancianos; entonces ¿por qué huir, si hubieran podido dominar a Egipto, cuyos primogénitos habían sido exterminados por las plagas?

Introduciéndose en el pensamiento íntimo de Yavé, el relator parece responder, tras la orden de hacer un rodeo: "Faraón pensará que los hijos de Israel andan errantes en el país y que no pueden atravesar el desierto. Y entonces haré que se ponga duro y los persiga a ustedes, y me haré famoso a costa de Faraón y de todo su ejército y sabrá Egipto que yo soy Yavé." (14, 3-4) Es decir, el prurito de orgullo que podría sentir cualquier estratega de baja estofa. Para lo cual, endureció el corazón de los egipcios. (14, 8 y 17)

La segunda versión del paso del Mar Rojo, hace operar un fuerte viento para separar las aguas (14, 21), y la primera (14, 16) que, al tocarlas la vara de Moisés, se apartaron, haciendo de murallas a izquierda y derecha. Luego, Yavé que, al parecer, necesitaba ayuda para hacer el milagro, dijo a Moisés que extendiera

la mano sobre el mar, y las aguas anegaron a los egipcios. Se agrega a este prodigio, el que los egipcios les persiguieran con una abundante caballería, cuado todos los caballos habían muerto durante las últimas cinco plagas. Portentoso es también que no quedara otro rastro de acontecimientos tan extraordinarios en la historia y que Yavé les hiciera vagar durante cuarenta años por el desierto, cuando salían del fértil Egipto.

A esto último responde la Biblia que ese largo vagar se debió a un ruego de Moisés para desviar la amenaza de Yavé de castigar con peste y aniquilar a su pueblo, por su falta de fe. Lo que ilustra, una vez más, las extrañas relaciones de la divinidad con su pueblo elegido. El cual, con semejante protección, parece destinado a los más grandes triunfos; pero, como se hace indigno de ella, es condenado, por el contrario, a la escasez y al hambre, y ni siquiera Moisés pudo divisar, antes de su muerte, el rincón donde sus descendientes se habrían de establecer.

Pero no nos adelantemos, porque, por el momento, lo urgente era alimentar a esa multitud en el terreno tan inhóspito. Yavé proveyó: según una versión, cubriendo el campamento de codornices y, según la otra, sembrando el desierto de maná. Pero tenían también, por lo menos, que beber. No hubo problema: le bastó a Moisés golpear una roca con su bastón para que manara agua en abundancia. Sólo que había también que defenderse. En primer lugar, de los amalecitas. Yavé, siempre atento en los momentos difíciles, hizo subir a Moisés a lo alto de una loma (17, 10 y ss.) y, mientras tenía los brazos levantados, Israel se imponía; pero, cuando los bajaba, se cambiaban las tornas. Tanto se prolongó la batalla, que Moisés se cansó de tanto accionar, y entonces le hicieron sentar en una piedra en tanto que su hermano Aarón y Jur se los sostenía uno de cada lado. Gracias a ello, pudo tenerlos levantados hasta la puesta del sol, permitiendo a los israelitas hacer una enorme matanza de enemigos.

Las tablas de la Ley y la conquista de la tierra prometida. Tras este cuento apto para hacer dormir a los niños. Yavé se dignó ofrecer la alianza en el Sinaí (Éxodo, 19, 4-6), ordenando que fueran un reino de sacerdotes y una nación a él consagrada. Punto en el cual el relator muestra demasiado claramente la hilacha. Fue entonces cuando la divinidad entregó a Moisés las tablas de la Ley, cuyo primer mandamiento, según se dice en el capítulo 20 (3 y ss.), fue: "No tendrás otros dioses fuera de mí. No te harás estatua ni imagen alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en 1a tierra y en las aguas debajo de la tierra. No las adorarás ni rendirás culto. Yo soy el Señor, tu Dios, el fuerte, el celoso, que castiga la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me aborrecen, y que uso de misericordia hasta millares de generaciones con los que me aman y guardan mis mandamientos." Aclaremos que el hacer recaer las faltas sobre los sucesores es muy frecuente en las religiones antiguas y aparece, como se ha indicado, como posible resultado de la

experiencia, que muestra que los excesos de los padres los pagan los descendientes en su salud y en su porvenir (el dilapidador los arruina, el libertino los debilita), y en el carácter colectivista que ofrecen las sociedades primitivas. En todo caso, si sobre la base de este texto sobre todo, se ha presentado a Moisés como un adalid del monoteísmo, en el mismo libro del *Éxodo,* nos encontramos con que creía en varios dioses, como demuestra la frase de su canto triunfal (15, II): "¿Quién como tú, Yavé, entre los dioses?" Lo mismo que Jetró, su suegro (18, II): "Ahora sé bien que Yavé es más grande que todos los dioses."

El segundo mandamiento recomienda no tomar en vano su nombre y no trabajar ni hacer trabajar el sábado, porque Dios hizo el mundo en seis días y descansó el séptimo. Sin embargo, no fueron los hebreos, como se inclinará a pensar más de uno, los inventores de ese ritmo laboral. También los mitraístas se abstenían de trabajar un día a la semana. En realidad, ocurrió al revés: la semana venía de miles de años atrás y por eso los hebreos hicieron que Yavé creara el mundo en seis días y descansar el séptimo, como cualquier mortal.

Siguen los mandamientos que ordenan honrar padre y madre, no matar, no fornicar, no hurtar, no levantar falso testimonio contra el prójimo y no codiciar la casa ni la mujer ni las pertenencias del prójimo, sin olvidar sus esclavos. Por ese espaldarazo que Yavé dio a la esclavitud fue precisamente por lo que los esclavistas norteamericanos se atrincheraron en la Biblia para defender su mantenimiento como establecida por Dios.

Más adelante (23, 22) advierte a Moisés que si le obedece en todo, será enemigo de sus enemigos. Como si éstos no hubieran sido también creados por él. Confesión implícita de la existencia de otros pueblos marginados por la creación, que se impone al relato de ésta. Lo confirma seguidamente: "Sembraré el terror delante de ti y exterminaré todos los pueblos del país en que tú entrarás." Y en el Deuteronomio (7, 16) ordena: "extermina a todos los pueblos que Yavé, tu Dios, pondrá en tus manos." Ferocidad que sus elegidos ejecutarán al pie de la letra, a creer lo que vendrá.

Nueva ocasión se presentó a Yavé en ese trance de arrepentirse de su preferencia, pues, apenas relajadas las riendas por la ausencia de Moisés, el pueblo elegido volvió a la idolatría. Así que Yavé, ante esta muestra de rebeldía, anuncia a Moisés, fiel a su proceder ya habitual, que va a exterminarlo. Este logra otra vez aplacar su furia, baja y reprocha a su hermano que haya permitido la trasgresión, y Aarón se justifica:

'Tú mismo sabes que este pueblo es inclinado al mal." (32, 10-22) Donde parece reiterarse el error selectivo de Yavé y trasciende la resistencia popular a las nuevas creencias que tratan de imponer los sacerdotes, pues el culto del becerro de oro era práctica antigua en la región.

En la otra versión el saldo es desmesuradamente trágico. A su regreso, Moisés, indignado, rompe las tablas y, al verse objeto de burla, grita, desenfrenado, a la entrada del campamento: "A mí, los de Yavé!" Y, rodeado por los hijos de

Levi (momento en que la tribu se ganó el derecho al sacerdocio), les dijo: "Esta es orden de Yavé, dios de Israel." Punto en el que no aparece pretensión alguna de universalidad por parte del dios hebreo. Se trata de un dios nacional como el de los otros pueblos, que habló así por boca de Moisés: "Cíñase cada uno su espada al costado y pasen y repasen por el campamento de una entrada a la otra, y no vacilen en matar a sus hermanos, compañeros y familiares." Obedeciendo tan implacable mandato los de la tribu de Levi mataron a "uno tres mil hombres del pueblo." Inmisericorde, Moisés les dijo que ese día acababan de ser consagrados a Yavé y, por la matanza perpetrada, les dio la bendición. (32, 26-29) Lo que los comentaristas avalan sin piedad: "Si hubieran actuado entonces como se debe hacer en el s. XX, la historia santa hubiera muerto en la cuna." (94, 2a col.) ¿De qué servía entonces la protección de Dios? Cuesta trabajo creer que, en nuestros días, pueda escribirse semejante barbaridad, y por parte de los máximos representantes de una religión que se reclama del amor y del perdón. Pero ahí está para cualquiera que desee comprobarlo. Junto con la ferocidad y limitaciones de la divinidad a la que aplauden e imitan. Pues no fue ésta la única matanza a la que se entregó este brazo ejecutor de Yavé. Se cuenta que, en ese pequeño país en que acababan de triunfar, ordenó matar a todos los hombres, mujeres y niños, preservando sólo a las doncellas, lo que alcanzó la suma de 30.000 víctimas. Con el agravante de que era yerno de su sacerdote supremo, Jetró, que le había prestado los mayores servicios. (31,5-18)

En el capítulo 34 (1 y 12-25), Moisés regresa al monte, donde Yavé le ordena proveerse de dos piedras semejantes a las rotas, para escribirle las palabras que había en ellas. Pero resulta que no sólo no son las mismas, sino que tienen muy distinto carácter y en seguida se va a ver por qué. Ahora se conmina a no tener amistades con los habitantes, destruir sus altares y estatuas, porque Yavé es celoso y quiere ser amado él solo. Siguen las exigencias de no formarse dioses de fundición, guardar la fiesta de los ácimos, comer pan ácimo por siete días en el tiempo de los nuevos frutos, por haber sido al inicio de la primavera cuando se salió de Egipto, reservar para Yavé los primogénitos masculinos y los primerizos de todos los animales, pudiéndose rescatar el del asno por una oveja, pero muriendo aquel si no se opera el rescate; no comparecer ante Yavé con las manos vacías; celebrar una fiesta con las primicias de las mieses del trigo, y otra cuando se recojan los frutos; llevar los primeros frutos de la tierra a la casa de Yavé.

Pues si nos ha sido difícil hasta ahora ver en Yavé un dios bueno y omnipotente, será fácil ver aquí la descarada mano de la casta sacerdotal, celosa de sus abusivas prerrogativas y de los diezmos y ritos destinados a mantenerlas. Ya que éste y otros pasajes reflejan con claridad su espíritu, intereses y acción política, y los duros enfrentamientos con objeto de asegurarse los máximos beneficios, apoyándose en textos pretendidamente sagrados y amenazas intimidatorias. Como la que se consigna al final de libro: consumir en la peste y las úlce-

ras de Egipto a cuantos no obedezcan a Yavé. En uno de los pasajes que denotan con claridad que los hebreos no tenían aún idea de castigos de ultratumba. Tal es la base de los cinco que la Iglesia adoptó en su propio provecho.

Es el momento de entrar a considerar la legislación que se atribuye a Moisés y no pudo ser ni de su época, puesto que una serie de historias posteriores indican que esa legislación no existía. Sorprende, en todo caso, la frecuencia con que se aplica la pena de muerte y la dureza de la ley del talión (Éxodo, 21, 12 y ss.): no sólo el que mate a otro morirá, sino también el que pegue a sus padres, los maldiga o los trate sin respeto; el que rapte a una persona; el que golpee a un esclavo o esclava si muere en sus manos (aunque no si sobrevive uno o dos días); los hechiceros, los que tengan relaciones sexuales con una bestia, los que trabajen el sábado *(Éxodo,* 31, 15), los que ofrezcan sacrificios a otros dioses. El que hiera o mutile a otro le pagará "ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe." Lo que constituye una nueva prueba de lo desacertado de la elección de Yavé. Pues, en el código sumerio de la III dinastía de Ur, de donde procedía Abraham, que data de veintitrés siglos a. C., no sólo balbucea ya un espíritu de protección al pobre ya a la ciudad, sino que, adorando a otro dios que ni para los hebreos ni para los cristianos es el verdadero, establecía leyes mucho más humanas, en las que las multas habían sustituido a las penas corporales. Se han descifrado algunas de ellas: cortar a otro un pie costaba 10 sidos de plata; si la nariz, dos tercios de mina de plata, etc.

En el *Levítico* (cap. 15) hay otra serie de normas y preceptos de sacrificios y ofrendas dictadas a Moisés por Yavé, entre las que no se olvida las "impurezas sexuales", como la menstruación, por la que las mujeres a las que Yavé dispuso esa carga, eran impuras mientras durara, así como cuantos entraran con contacto con "el derrame". Se condenan las relaciones incestuosas, que ya se han visto practicar por los elegidos. También se castiga con pena de muerte a los que sacrifiquen a alguno de sus hijos; pero no por hacerlo, sino en el caso de que se haga según el rito de Baal. Con la misma pena son ahora castigados los adúlteros y los que se acuesten con la mujer del padre o la nuera o con un varón. Si la mujer de un sacerdote se prostituye, "será quemada viva." Quien padeciere de alguna deformidad, no podrá ofrecer sacrificios por el fuego ni alimentos ni tampoco alimentarse con cosas sagradas. El sumo sacerdote deberá tomar virgen por mujer y nunca viuda ni despedida, deshonrada o prostituta (21, 13). Al sacerdocio le interesaban también esas primicias. En el cap. 24 (16, 22) se castiga al que blasfeme el nombre de Yavé con ser apedreado por toda la comunidad hasta morir, y, en el 25 (17-21), se reitera la ley del talión.

Vale la pena conceder otra vez la palabra a los comentaristas (p. 123): "Esta ley buscaba limitar un impulso tan violento como es el rencor y el deseo de represalias. /.../ Esa justicia, sin embargo, difiere mucho de la de Dios y Jesús nos enseñará el perdón." Lección que, a través de la historia, se ve que la Iglesia no

aprendió. Por otra parte ¿no quedábamos en que el libro había sido inspirado por Dios? Entonces, o éste rectificó, lo que no fortalecería la idea de su divinidad, o la Biblia no es un libro sagrado. Pero ya se ha visto que, en una tarea imposible, esos sesudos varones toman de ella lo que les conviene y dejan caer el resto, manteniendo, no obstante, el carácter sagrado al conjunto, en un asombroso alarde de funambulismo intelectual. Ningún comentario atenuante se encuentra, sin embargo, cuando, al final del libro, Yavé advierte que si se desobedecen sus primeros avisos, devolverá siete veces por los pecados cometidos. Y aún, en el cap. 5 de Números (9), se establecen más descaradamente las prerrogativas sacerdotales: "la mayor parte de todas las primicias que ofrecen los hijos de Israel pertenecen al sacerdote." " De todas formas, cabe reiterar que, en tan minuciosas y abundantes normas, no aparece una sola palabra que se relacione con creencia tan asentada en el cristianismo como la inmortalidad.

Siempre por orden de Yavé se inició la marcha hacia la tierra prometida, resolviéndose la cuestión alimenticia en la forma milagrosa a que estamos acostumbrados, y que permitió a Moisés permanecer cuarenta días con sus noches sin comer ni beber. Según una de las versiones, por el espíritu extendido de Yavé, y, según la otra, por la forma más material de hacer llover codornices de nuevo. Pero aquél, enojadizo como el peor de los hombres y ciego a cualquier consideración humana, mata "a los que se habían lanzado como hambrientos sobre la comida." (Números, 11,31 -34) Lo que no impide que se manifieste el lógico descontento contra él y su dios, por haberlos sacado de Egipto. Como no podía ser menos, dados los antecedentes conocidos, Yavé se impacienta otra vez y dice a Moisés: "Hasta cuándo me va a seguir menospreciando este pueblo? ¿Hasta cuándo va a tener poca confianza en mí después de todos los prodigios que he hecho en medio de él?" *(Números,* 14, 11) ¿O no había habido tales prodigios? Porque si los hubiera habido no se explica mucho tal resistencia. Que provoca otro arrepentimiento de Yavé: "Quiero mandarles la peste y exterminarlos; luego haré salir de tí una nación más grande y más poderosa". Arrepentimiento e ira (¡uno de los pecados capitales cometido por la propia divinidad!) que evidencian, una vez más, sus reiterados errores y su ignorancia de lo que había de suceder. Y se renuevan penas letales, probatorias de la impotencia de un sacerdocio para imponerse sin protestas, y su indignación a causa de las resistencias que encuentra.

Pues, mientras prosigue la marcha y las conquistas, se repiten las quejas y rabietas de Yavé. Mas no perdamos de vista que esta marcha triunfal, que deja el resto en la penumbra, representa el expolio de todo un territorio, decretado por Yavé por simple favoritismo, con el consiguiente desalojo y, con frecuencia, exterminio de sus anteriores y legítimos habitantes, que se dedicaban a extraer de la tierra los frutos que podía ofrecerles mediante su trabajo. Cae el territorio de los ameritas y es derrotado el rey de Basan. Yavé ordena a Moisés tratarle como a Sijón, el de los ameritas, y es muerto, "junto con sus hijos y todo

su pueblo, a tal punto que nadie quedó convida, y se instalaron en su territorio." *(Números,* 21, 34-35) La guerra contra los madianitas, ordenada igualmente por Yavé. se salda con la matanza de los reyes y todos los varones, la cautividad de las mujeres y los niños, el apresamiento de animales, rebaños y todas las pertenencias, y el incendio de pueblos y campamentos. Pues bien, una vez reunido el botín y los despojos *(Números* 31, 9-18), llevaron cautivos ante Moisés bestias y hombres (no todos muertos, al parecer), y éste, lejos de reprocharles su dureza, les reprocha que hayan dejado con vida a las mujeres, que considera inductoras, y ordena matar a todos los niños varones y a toda mujer que hubiera tenido relaciones con algún hombre, y que tomen para sí a todas las niñas que aún no las hubieran tenido. Yavé se encargó de distribuir el botín y el libro termina con la repartición anticipada de la tierra y las riquezas de Canaán y nuevas leyes a menudo mortales.

En el *Deuteronomio,* que significa segunda ley, aunque fue anterior, se vuelve sobre la victoria contra Sifón, repitiendo, en macabro regodeo, la matanza de hombres, mujeres y niños, sin perdonar vida alguna, "salvo la de los animales que fueron parte del botín" (3, 6-7). Lo mismo con la obtenida sobre el rey de Basan, en cuyo territorio, de setenta ciudades, no quedó nadie con vida. (3, 1-4) Aquí es donde Moisés recuerda que estuvo cuarenta días con sus noches en el desierto sin comer ni beber: se resarció bebiendo tanta sangre a raudales. Sigue todo un código de preceptos morales, rituales y jurídicos para cuando el pueblo pase el Jordán y se encuentre, por fin, en la tierra prometida, que se atribuye a Moisés antes de morir a la edad de 120 años, sin perder vista ni vigor. Y que no pudo dar porque no se compuso hasta el s. VII.

Siempre dóciles a las órdenes de Yavé, las aguas del Jordán se abrieron también para permitir a los invasores entrar en Canaán. No faltaron esfuerzos tan afanosos como inútiles para encontrar una explicación racional a lo que no la tiene. Por eso los comentaristas del 95 prefirieron, en la introducción al libro de Josué (o Jesús, que es lo mismo), en que se da un primer relato de la conquista, reconocer que las cosas debieron pasar "de manera muy distinta" y que tradiciones y documentos no pretendieron dar "una historia exacta y completa". Cabe, pues, preguntarse cómo han alcanzado tal conclusión y cuál fue entonces el objetivo propuesto. Porque no lo explican. Ni tampoco por qué, al cabo de tantos desmentidos y rectificaciones, siguen pretendiendo ver en esas escrituras pretendidamente sagradas, una consistencia natural y una interpretación revelada de sus partes. Y cuál es el criterio con que se aceptan unas partes y se rechazan otras.

En todo caso, sin damos respiro, otros milagros nos esperan. Al séptimo día (no podía ser otro), al son de gritos y trompetas, las murallas de Jericó se derrumbaron, y, dueños de la ciudad, los vencedores mataron a todos los hombres, mujeres, jóvenes y viejos, bueyes, ovejas y burros y "los sacrificaron a Dios." (6, 20-21) Eso dice una de las versiones. En la otra (6, 23-24), queman la ciudad

y todo lo que en ella había. Sólo se salva la prostituta Raab con su familia por haber albergado a los tres espías israelitas. La crueldad de Yavé no se atempera con eso y ordena (9, 8) quemar la ciudad de Hai, lo que hacen, matando a todos sus habitantes en número de doce mil, pues Josué no bajó la mano en que llevaba el escudo hasta que todos fueron pasados a cuchillo. Para facilitar la victoria sobre Gabaón, Yavé, ignorando que no era el sol el que daba vueltas alrededor de la tierra, lo detuvo (10, 13), sin conciencia de lo que ello implicaba en todo el sistema planetario y el mismo cosmos, ni darse cuenta de que si no detenía la rotación de la tierra todo su esfuerzo iba a resultar inútil. Pero no olvidemos que él aún creía que la tierra era plana.

Los comentaristas vienen, una vez más, en su ayuda, llamando la atención sobre el hecho de que se cita ahí *el libro del Justo,* y que "los poetas hablan con su imaginación y no a la manera de los historiadores o científicos." (20) Donde, al menos por una vez, se les reconoce. Pero como continúan las conquistas y las matanzas, tratan de paliar el escándalo del lector moderno, arrojándole esta perla: "Es necesario fijarse cuándo tuvo lugar esa conquista y cuándo fue escrito el libro. La conquista tuvo lugar en el siglo XIII ante de Cristo. Nos cuesta penetrar la mentalidad de esa época: en Canaán se quemaba a los niños sacrificándolos a los dioses paganos; en Asiría se degollaba vivos a los prisioneros. Israel conquistó Palestina a la fuerza, como cualquier otro pueblo errante del mundo." (198, la col.) Pero se oculta que el sacrificio de niños también se practicaba en Israel, como se ha visto, y se olvida que, mientras esas matanzas se operaban por pueblos no elegidos por Dios, estas otras se hacían por orden de ese mismo Dios que la Iglesia proclama como infinitamente bueno. Y como dicen que, más de doce siglos antes, la piedra de Palermo, el más antiguo documento histórico conocido del antiguo Egipto, da cuenta de una conquista, tras la cual se capturaron "siete mil prisioneros vivos" y que esos feroces asirios, bien que siglos después del XIII, al registrar la conquista de Susa por Asurbanipal, refieren que todos sus habitantes, "más numerosos que una nube de langostas" fueron llevados como botín. En tanto que los hebreos continuaron sus matanzas en tiempos de Saúl, David, Salomón y Acab (siglos XIII-IX), como se verá. En lugar de ello, a quien se pregunte si Dios no disponía de otros medios para lograr sus fines, los comentaristas responden anticipadamente: "Dios empezaba la educación de su pueblo; para empezar, no podía esperar que ya estuviera educado". (198) ¡Extraña manera de educarle, ordenar todas esas matanzas, que lo que sugieren es que quien tenía que educarse era el mismo Dios, pues, a creer a la Biblia, no lo estaba! Pero los comentaristas reservan otras joyas. Sostienen que esas victorias sangrientas, desviando la atención sobre el hecho de que no se trataba de victorias, sino de matanzas posteriores a ellas de seres ya indefensos, "fueron una etapa en el camino que condujo a la conciencia nacional. En ese sentido, no podemos, en nombre de la paz, despreciar a los héroes de las guerras pasadas." Tremendo contrasentido para un dios universal, forjar, en su pueblo

dilecto, una conciencia nacional opuesta a los demás pueblos. Pero, aparte la desvergüenza que supone para los portavoces de una religión que se proclama de amor y perdón convertir en héroes a los carniceros, tal comentario sólo se justificaría si resultara de una consideración de los hechos desde una óptica humana e histórica. Pero, en ningún caso, cuando se pretende ver con carácter sagrado tales hechos. Y aún se añade que el evangelio rechaza la violencia y el fanatismo "de los tiempos primitivos." Ya se ha visto que no es del todo cierto y que la Iglesia, que se presenta como supremo intérprete y máximo valedor de ese evangelio, la ha seguido practicando.

Volviendo al desarrollo de la conquista, habrá que agregar que el exterminio se prosiguió en Maqueda, Sebna, Caquis, Eglon, Hebron, etc., y en la parte norte. (10, 28-39 y 11, 14-15 y 22) Sólo se salvaron las ciudades situadas en pendientes y alturas, porque no pudieron conquistarlas. Pero, antes de morir, Josué recomendó no mezclarse con los pueblos supervivientes para que no se convirtieran en un lazo y una trampa, con lo que perderían la protección de Yavé. (23, 12-13) Era la orden de éste, que, en el *Deuteronomio*, temeroso, había dispuesto en relación con las otras "naciones": "No te emparentarás con ellas, dando tus hijas a sus hijos ni tomando sus hijas para tus hijos, porque los seducirían para que me abandonen y adoren a dioses extranjeros, con lo que la ira de Yavé se encendería contra ustedes y luego los eliminaría." (7, 3-4) Lo que, a más de permitir suponer que Yavé admitía la existencia de otros dioses, no concuerda con su pretensión de dios universal alegado por los cristianos, la cual, le obligaría a considerar como hermanos a todos los hombres y no como enemigos a los que no fueran israelitas.

Pero precisamente esa recomendación nos pone sobre la pista de que posiblemente esas matanzas no fueron tan totales como se afirma. Pues ocurre que lo esencial del relato ha sido conservado por la otra versión en el capítulo inicial del libro de los *Jueces* (o jefes). Y, en ella, se prescinde del elemento milagroso, tan apreciado por la otra, y se presenta la conquista como una acción lenta e intermitente, durante la cual las ciudades fortificadas supervivieron y el contacto con ellas se hizo inevitable. Lo que se destaca en ella, al contrario, es que los enemigos no fueron exterminados y siguieron viviendo en ellas. Esa fusión, que hizo urbanos a los adoradores del viejo y exigente Yavé, cruel con sus adversarios, le hizo también empezar a "civilizarse", sin perder del todo sus rasgos originarios. Justamente lo que la otra versión trataba de borrar con el exterminio. Así que esas matanzas pudieron no ser tan totales. Sobre todo, si se tiene en cuenta que las cifras de bajas infligidas a las huestes enemigas se exageraban habitualmente en los escritos antiguos, y de ello hay abundantes ejemplos. Lo que no exime, sin embargo, a los comentaristas adoradores de un Dios misericordioso, haberlas justificado, sin atenuantes, aún a fines del s. **XX.**

De los jueces a la realeza. A partir de ahí se muestra la clave de los hechos

que siguen. Los israelitas vuelven a olvidarse de Yavé y éste, vengativo, les condena a la derrota. Surgen jueces que restablecen la situación; pero se vuelve a pecar y una nueva derrota se produce. Cada período abarca, con regularidad, ochenta, cuarenta o veinte años. Cifra sagrada cuarenta, que es la duración que se da a los reinados cimeros de David y Salomón, y el que se considera lapso medio de una generación. Así, cada lección sirve a cada una. Y, de paso, se cubren los 480 años que transcurrieron entre el éxodo y la edificación del templo, según el libro I de los Reyes (6, 1).

La introducción de la Biblia del 95 a este libro de los Jueces adelanta que todas las historias que encierra, transmitidas como relatos populares, no hacen más que poner en imágenes la historia de una época tan importante como desconocida. Y termina confiando en que, "bajo la capa del materialismo triunfante, muchas cosas están madurando y preparan el renacimiento de un cristianismo más consciente de sí mismo." Lo primero que viene a la mente es lo pésimo pedagogo que se considera a Dios, si necesitó, Él, todopoderoso, tantos siglos para educar a un pueblo minúsculo, obra predilecta suya, y que, sin embargo, ofrecía un nivel de educación inferior al de otros que vivían al margen de esa predilección, y que recurría a procedimientos tan primitivos, por no decir algo más.

Pero enseguida vemos que se trata de una vana ilusión. Ya que, en ese libro, se relata la conquista de lo que aún resiste, con las consiguientes matanzas, como en Jerusalén y Betel, aunque, en otros lugares, se vieron obligados a contentarse con el cobro de impuestos, dejando subsistir a esos pueblos. Pero no se crea que por magnanimidad, sino para que "los hijos de Israel que antes no habían conocido la guerra, aprendieran a guerrear." (3, 2) Lo que si, desde una óptica humana, puede parecer una manera de disfrazar la impotencia, desde el punto de vista divino al que se nos invita a colocamos, nos sigue mostrando la cara del dios guerrero que adiestra y enzarza a una parte de sus criaturas contra las otras, creadas igualmente por él, y cuyo único delito es vivir en las tierras que trabajan, sin haber agraviado a sus agresores.

Obviando detalles farragosos y ya innecesarios por repetitivos, nos detendremos en la promesa hecha por Jefté a Yavé de sacrificar al primero de los suyos que salga a su encuentro si le da la victoria (11, 30-39). La obtiene y resulta ser su única hija, dichosa por el triunfo. El sacrificio se consumó sin que Yavé interviniera par impedirlo y, si todo ocurre por su voluntad, responsable de haberlo provocado. Tampoco los comentaristas se ocuparon de encontrar algún rodeo.

En este libro se halla la fantástica historia de Sansón. Sólo recogeremos el punto en que, con una sola quijada de burro, mató nada menos que a mil filisteos. (15, 15) También cargó col! las puertas de Gaza hasta la cumbre de un cerro. Crea quien pueda. Pero esta vez los motivos religiosos dan sólo paso a sentimientos como la ira, la lujuria, la venganza y el deseo de engañar. Es tal

vez el mejor ejemplo de fantasía desbordada sin intervención directa de Yavé, aunque el relato permita entrever que era fuerte porque y cuando el espíritu divino penetraba en él. Su casamiento con una filistea fue debido a que Yavé, a falta de otros medios que le hubiera podido proporcionar su omnipotencia, buscaba un pretexto, como cualquier limitado mortal, contra los filisteos que dominaban Israel. (14, 1-4) De los que, al derribar las columnas del templo, arrastró en su muerte a más de los que había matado en vida. (16, 27-30) Acotemos que es posible que la creencia de que la fuerza residiera en los cabellos, puede no ser original, pues ser encuentra en algún otro lugar.

La introducción con que los comentaristas del 95 presentan el libro de Samuel, no vacila en afirmar que David era "modelo de creyente", porque, siendo hombre de fuerte personalidad, se dejó inspirar y guiar por Dios. Pues pronto conoceremos la pasta de tal modelo y el calibre de sus "faltas", como las califican con anterioridad. Las guerras que se relatan son llevadas con parecida dureza, aunque ya Samuel afirma que a Yavé "no le agradan los holocaustos y los sacrificios, sino que se le escuche su voz; la obediencia vale más que los sacrificios." (15, 22) Aunque los practicó (7, 9)

Ocurría que se había espiritualizado, estableciendo cierto equilibrio entre cólera y misericordia, mostrándose más dispuesto a compadecerse y perdonar, empleando una forma más sutil de comunicación, en visiones o a través de sus profetas sin dejarse ver, y prefiriendo una conducta más ética. Pero su esencial impotencia sigue viva. Saúl, su nuevo elegido, aniquila a los amonitas con un ejército de 330.000 hombres; pero Yavé se arrepiente otra vez de su elección, sin prever que también se desviaría. Por fin, el nuevo elegido es David, quien, con su protección, vence al gigante Goliat y va de victoria en victoria hasta ser proclamado rey, pese a los esfuerzos por impedirlo de Saúl, a quien, de acuerdo con el nuevo estilo, perdona finalmente la vida. (24, 8-11)

Con la muerte de Saúl se inicia el segundo libro de Samuel, que es en el que David, cuya vida, tan idealizada, no tuvo nada de edificante, es proclamado rey. Investido de tal autoridad, conquistó Jerusalén, hizo de ella su capital y a ella llevó el arca. Vencedor en cuantas batallas libró, no supo en la misma medida dominar sus impulsos y, con objeto de hacerse con la mujer de Urías, ordenó que le pusieran en el lugar de máximo peligro en una de ellas, y, cuando murió, la tomó como esposa suya. No fue la única, pues tuvo tres simultáneamente. Lo que, en el mundo bíblico, no desentonaba por cierto, y hasta resultaba moderado. Pues el mismo libro sagrado nos hace saber que el juez Gedeón tuvo setenta hijos con sus numerosas esposas *(Jueces,* 8, 31); y, aunque el citado David tuvo numerosas esposas y concubinas también *(Samuel,* 16, 21 y 20, 3), no alcanzó, ni de de lejos, a Salomón, cual se verá. En realidad, tal era la norma de reyes y héroes, puesto que su número sólo estaba limitado por la disponibilidad económica. El hombre podía divorciarse de su esposa simplemente porque hubiera dejado de agradarle. Pero no prevé el caso de que sea la mujer la que repudie al

marido. Mas si esto les parece chocante a los que no se hayan acercado a la Biblia, más chocante les parecerá el comentario que eso inspira a los autores del último catecismo (369, 1610): "La poligamia de los patriarcas y de los reyes no es todavía criticada de una manera explícita." Sólo en la página siguiente (1611) se dice que "los profetas fueron preparando la conciencia del Pueblo elegido para una comprensión más profunda de la unidad y la indisolubilidad del matrimonio." Con lo que cabe preguntarse, una vez más, cómo necesitó Dios tantos siglos para abrir las mentes. En esta ocasión, al menos, se mostró molesto por la acción contra Urías; pero descargó su brazo contra el hijo que nació de la nueva esposa, como si él hubiera sido el culpable, aunque también provoco tragedias en la familia e hizo que Absalón, hijo también de David, se rebelara contra su padre, bien que fuera vencido y muerto por él. En todo caso, el final del reinado fue una seguidilla de celos, violaciones, crímenes y rebeliones incluso familiares. Pues de tal antepasado se envanecen los cristianos de que descendiera, simbólicamente al menos, Jesús.

El libro de los *Reyes* se ocupa del reinado del legendariamente sabio Salomón, que es la versión que se han complacido en transmitir a las siguientes generaciones, adjudicándole, de acuerdo con la Biblia, la sabiduría de épocas posteriores. Dejando discretamente en el olvido que, además de la hija del faraón, tuvo "muchas mujeres extranjeras, moabitas, sidonias, amonitas, edomitas y heteas". O sea, de aquellos pueblos a propósito de los cuales Yavé había recomendado a los israelitas que no se unieran con ellas, porque les inclinarían hacia sus dioses. Salomón lo hizo, y esta vez Yavé no se equivocó. Si hemos de creer al libro de los Reyes, tuvo setecientas princesas y trescientas concubinas (11, 1-3); pero, además, y siempre según la misma fuente, fue uno de los reyes más tiránicos que hayan existido, impuso duras cargas y trabajos forzados para construir el templo y su palacio contiguo, y su presión centralizadora ocasionó la consiguiente partición de su reino en dos, dejando como legado una memoria odiosa. Con toda su sabiduría, ignoró algo tan sencillo para los conocimientos políticos, como que los sueños de los grandes agobian a sus pueblos. O como percibiera Ibn Jaldún en el s. XIV medieval, que las excesivas exigencias del soberano "pueden llevar a sus súbditos a la ruina." Pero no fue por eso por lo que Yavé, que no pareció inquietarse lo más mínimo por ello, le retiró su apoyo. Sino que, como ya previera, mandó construir altares a dioses extranjeros para que sus cuantiosas mujeres pudieran honrar sus creencias. No obstante lo cual, en atención a su padre y al templo que construyó, mantuvo su reino unido hasta su muerte.

Sí, en atención a David, pues, según el profeta Ajías, que no se sonrojó al decirlo, David había cumplido los mandamientos de Yavé y hecho lo que le agradaba (11, 34 y 38). Probablemente porque lo hecho con Urías *erapeccata minuta* entre estos favoritos de la divinidad. Y si no, juzgúese: Salomón asesinó a su hermano Adonías, mientras que Absalón se había cobrado la vida de Amón

y entregado la suya a Joab; Bahasa ultimó a Nadab, Zambra a Ela, Amri a Zambra, Ajab a Nabot, la esposa de Ajab hizo apedrear a quien no quiso vender una viña a su marido, Jehú a Ajab, Selum a Zacarías, nieto de Salomón, Menajem a Selum, etc., etc. Uno no puede menos que preguntarse, una y otra vez, cómo se justifica ante tantas matanzas y desprecio de la vida de los más allegados, que se nos quiere seguir vendiendo que tal era el pueblo preferido por Dios, cuando ni siquiera desde lejos figuraba entre los más estimables de la antigüedad por su desarrollo intelectual, moral, político, cultural o artístico. Y que mereciera además ser reiteradamente castigado por sus desvíos. Pero parece peor aún que, al cabo de tantos siglos, se le trate de seguir presentando como arquetipo y nexo insustituible con la divinidad. Y aún más, como hizo Voltaire, cómo es que con tal protección y disponiendo de más de 300.000 combatientes no se hicieron los dueños del mundo, "cuando los romanos, que no eran más que tres mil en el s. VIII, acabaron por subyugarles?" Y sin esa protección. No es respuesta satisfactoria atribuirlo a que se desviaban de las enseñanzas de Yavé, porque eso sería confesar que habían sido insuficientes y hacer recaer la responsabilidad sobre el mismo Yavé. En lugar de eso, sigue razonando Voltaire, se les ordenó aborrecer a los otros pueblos, creyéndose mancillados si comían en un plato que hubiera pertenecido a alguien de otra creencia. "Cuando abrieron un poco los ojos por obra de otras naciones victoriosas, las cuales les enseñaron que el mundo era más grande de lo que creían, se encontraron, por su misma ley, en enemigos naturales de aquellas naciones y, en suma, del género humano." Pese a lo cual, a los ojos de los cristianos, "han sido los heraldos de la Providencia." (Ens., 135, 160-161, 648)

Pero terminemos con este libro de los *Reyes*, que es, sobre todo, un comentario que trata de someter la historia a la religión, sin que desaparezca la violencia: el profeta Elías mata a cuchillo a todos los profetas de Baal (19, 1), y la victoria sobre los arameos se salda con matanza de cien mil (20, 29). En el libro II este profeta aparta las aguas del Jordán, según precedentes conocidos (2, 8) y es llevado al cielo en un remolino según esta versión, y en un carro de fuego según la otra (11). También nos encontramos con milagros que fueron visiblemente copiados por los evangelistas o sus sucesores, para atribuírselos a Jesús: Eliseo resucita a un niño muerto (4, 32-35), multiplica el pan (4, 43-44), sana a Naamán, el rey de Aran, de la lepra (5, 6-14), etc., etc. El libro termina con la destrucción repetida de Jerusalén por los caldeos y la primera y segunda deportación.

Los profetas. El libro I de las Crónicas es calificado, en su presentación, por los comentaristas, de "algo irreal y aburrido". Nueva confesión de que se trata de una obra puramente humana. Es que, a partir de ese momento, se han acabado las victorias. Y cuando ese flujo se estancó, se perdió el interés por los acontecimientos, aunque se cree que la derrota no puede ser definitiva, ya que tam-

poco puede ser tal el abandono de Yavé. Hacia quien se traslada ese interés, convirtiendo los textos ya escritos en sagrados. Desde entonces, ya sólo se pudieron incluir los que se atribuían a autores ya consagrados o gratificándolos con una antigüedad de que carecían. Aunque tampoco se conozcan las razones por las que se admitieron unos y se rechazaron otros. Lo que unía todos era la esperanza de que la preferencia vigente de Yavé, acabaría por concretarse en el envío de un Mesías restaurador.

Es lo que enseñaron los profetas, con los que ya nos hemos topado, desmentidos, ciertamente, por la caída de Jerusalén, que predijeron a posteriori. Sus profecías constituyeron su último recurso, unas fallidas y otras de tanto más seguro cumplimiento cuanto que fueron hechas, como la mencionada, luego de que hubieran ocurrido los hechos. Como la famosa del libro de Daniel, sobre Nabucodonosor, que demuestra haber sido escrita entre los años 175 y 164, y fue datada más de cuatro siglos antes.

Respecto a ellos, la Iglesia se atrincheró primero en la cómoda observación de que Dios no quiso revelarse a todos los hombres, sino a estos intermediarios para que transmitieran sus enseñanzas a los demás. Pero, en 1995, los comentaristas advirtieron que, bien que a través de ellos habló el Espíritu, los que se acerquen a sus textos considerándolos como videntes, no encontrarán "lo que buscaban." Luego, a confesión de parte, relevo de prueba. Ya sabemos, sin necesidad de insistir, que no hay que tomar en serio sus vaticinios. Incluyendo, aunque no lo digan directamente, los que suponen que auguraron la venida de Jesús.

Se creían inspirados por la divinidad y hablaban en su nombre. Pero sus quejas desgarradas por el abandono de Yavé y la falta de ayuda a los que seguían sus reglas frente al triunfo de los malvados que las infringen, constituyó una aguda censura a su comportamiento. También expresan el antagonismo entre los que se aterran al pasado y lo añoran, por los desbordes y el distanciamiento social que ha acarreado el progreso, y sus insensibles beneficiarios, sobre todo, durante el reinado de Salomón. De todas formas, en sus presagios, aparece la sinuosidad de sus anuncios, que siempre se escudan en condicionales del tipo de "si me obedeces", "si quebrantas mis leyes" u otros parecidos trucos, más o menos conscientes, para evitar pronunciamientos claros que pudieran ser desmentidos.

Igual que los videntes actuales, que si son simples embaucadores, presentan evidentes desórdenes de personalidad. Ya se ha dicho el juicio que solían merecer en tiempos de Jesús, y se ha referido lo que se desprende de la personalidad de Pablo de Tarso. También Mahoma tuvo crisis nerviosas cuando se dice que se entrevistó con el arcángel Gabriel. En las primeras asambleas cristianas abundaban los inspirados que las padecían. Era el hablar en lenguas a que se refirió Pablo, dándolo por bueno.

Las prédicas de los hebreos reflejaron su impresión ante la realidad que le

tocó vivir a cada uno. Decirse portavoces de Yavé, no fue, en más de un caso, más que un recurso para dar autoridad y respeto a sus palabras. Aunque fuera en otros el deslumbramiento producido por una verdad intensamente percibida, del que yo mismo tuve una experiencia en mis años mozos, sin connotación alguna sobrenatural. También debe tenerse en cuenta que los textos que se les atribuye fueron casi todos recopilaciones de sus prédicas, elaboradas, como en el caso de Jesús, después de su muerte, y en algunos casos, hasta siglos después. Lo que es causa de los frecuentes anacronismos que presentan sus libros cuando han sido convenientemente estudiados.

Isaías profetizó toda clase de males por el lujo y disipación que había traído la riqueza, y clamó por la justicia y el favor de los desposeídos. Trazó un mundo ideal, una utopía, en el que el opresor seria derribado, el lobo cohabitaría con el cordero y el león se acostaría con el cabrito, sin preguntarse de qué habrían de vivir, y un niño los cuidaría, sin decir tampoco de quién o de qué. Se agregan profecías contra Damasco, Tiro, Etiopía, Babilonia, Egipto, Arabia, etc. De su apego a la dinastía de David, a la que sirvió como asesor de Ezequías, nació su profecía del retoño sobre el que reposaría el espíritu de Yavé, para la deseada restauración. De la imaginación de este espíritu religioso y patriótico nació, pues, el mesianismo que los cristianos trataron de apropiarse. Pero lo que le distancia de ellos es que Isaías llame reiteradamente a Yavé dios "de los ejércitos", al igual que otros, como Jeremías, de acuerdo con la más añeja tradición.

El comentario de la segunda parte de su libro en la Biblia del 95 encierra la siguiente alhaja: "Todo el sufrimiento del pueblo de Dios, todas sus humillaciones, si bien las merecían por sus faltas, son también el camino que Dios ha escogido para manifestar su ternura y su omnipotencia." (492) Pues se necesita procacidad para calificar de ternura las despiadadas crueldades a que hemos asistido, y de omnipotencia los burdos procedimientos para imponer su voluntad. Con una novedad, y es que, "en esta profecía, el Dios de Israel es el salvador de todas las naciones; pero ha querido que Israel sea su servidor y lleve a buen término esta salvación, cargando con el peso del mundo." Manera de tratar de hacer creer lo que no se corresponde con el escrito, mediante una descocada afirmación. La realidad es que esto es la contrapartida de la parte anterior, viendo en Ciro, el rey persa, a su ejecutor. No obstante, en el comentario a la tercera parte, no se tiene más remedio que reconocer que no se produjeron los milagros anunciados en los capítulos 40 a 55 de la segunda. Con lo que fallaron, tanto el profeta como el dios de que se decía intérprete.

Jeremías también amenaza y condena sacrificios y holocaustos, a los que, no lo olvidemos, tan adicto era Yavé. ¿Se atreverá a desautorizarle? En todo caso, una pregunta lancinante le torturó: "Yavé, tú tienes la razón cuando yo hablo contigo y, sin embargo, hay un punto que quiero discutir: ¿Por qué tienen suerte los malos y son felices los traidores?" (12, 1) Pero no hay respuesta. Tampoco la dan los comentaristas, a quienes, sin embargo, hubiera sido fácil recurrir a la

vida ultraterrena. Fácil recurso que los hebreos no habían encontrado aún. Sigue, en todo caso, una imprecación no menos patética; pero más personal: "¡Ay de mí, madre mía! ¿por qué me diste a luz? Soy hombre que trae líos y contiendas a todo el país. No les debo dinero ni me deben; ¡pero todos me maldicen! Di, Yavé, si no te he servido bien ¿no intercedí ante ti por mis enemigos en el tiempo de la desgracia y de la angustia? ¿Por qué mi dolor no tiene fin y no hay remedio para mi herida? ¿Por qué tú, mi manantial, me dejas de repente sin agua?" (15, 10-11 y 18) Pero dejemos en suspenso nuestra inclinación natural al enternecimiento, porque resulta tan despiadado como su dios: "¡Entrega sus hijos al hambre! -¡déjalos a merced de la espada! -Que sus mujeres se queden sin hijos ni maridos. -¡Que sus esposos sean muertos por la peste y la espada en la guerra!" (18, 21) Al menos, pide también que "liberen de la mano del opresor al que fue despojado; no maltraten al forastero ni al huérfano ni a la viuda; no les hagan violencia ni derramen sangre inocente en este lugar." (22, 3) Y, más adelante (id., 13): "¡Pobre de aquel que edifica su casa con abusos y levanta sus pisos sobre la injusticia! ¡Pobre de aquel que se aprovecha de su prójimo y le hace trabajar sin pagarle su salario!" También cabe poner en su haber que, no obstante haberles precedido de varios siglos, superó a Pedro y Pablo, al propugnar la liberación, que ya había empezado a practicarse, de los esclavos hebreos, por ser hermanos de todos. Aunque también formuló una serie de profecías contra naciones vecinas, abogó a favor de Nabucodonosor cuando invadió el país y conquistó Jerusalén en 587.

De la lectura de su libro (52, 28-30) y de la del II de los *Reyes* (24, 14-16), se reduce que, en total, sólo fue llevada en cautividad a Babilonia una pequeña parte de la población: 4.600 almas en 605 y 10.000 en 582, la que constituía la élite. Y que se dejó el resto en sus tierras, con mayor magnanimidad que la mostrada por Yavé. Eso hizo que la pérdida del templo, donde se expiaban los pecados, llevara a buscar fórmulas que cimentaran la creencia en la virtud redentora del sufrimiento. Las cuales tendrían gran repercusión, sobre todo, en el cristianismo. Ya Isaías había presentado el sacrificio expiatorio del Siervo, en los Cantos del Siervo de Yavé, como personificación del exilio y de todo el pueblo. Ahí se encuentra el anuncio del Mesías sufriente (7, 14), que se encajaría en la historia de Jesús. En el capítulo 7 del libro de Daniel se describe la futura victoria del pueblo hebreo sobre las demás naciones de un "como hijo de hombre" (7, 13). Mención de un personaje de porte real que empezó a identificarse con uno divino que vivía junto a Dios desde el principio y presidiría el Juicio Final. Ahí basaron los primeros cristianos su esquema de la divinidad de Jesús. Pero déjesenos completar lo que los comentaristas del 95 dicen a continuación de sus reflexiones en tomo al vaticinio de Ezequiel, que citáramos con anterioridad: "Los judíos suelen decir que Ezequiel mereció ser renegado de su nación, por haber hablado del Pueblo Santo en forma tan insultante e incluso grosera... Pero nunca dudaron de que su palabra fuera de Dios y los es también

para nosotros." (576) Lo que viene a decir que Dios, tan perfecto, puede expresarse también con grosería.

Entre tanto, fuera de Israel, los dioses locales habían sido paulatinamente absorbidos por otros más generales desde los tiempos sumerios. A ese nivel se habían elevado los de Abidos, Menfis, Heliópolis y Tebas, sucesivas capitales de Egipto, y lo propio ocurrió con Marduk de Babilonia, convertido en dios imperial, superior a los de las otras ciudades sometidas. El exilio puso a los hebreos en contacto directo con babilónicos y persas, que también esperaban un desquite futuro de los padecimientos presentes. Eso les hizo abandonar su sueno, ya irrealizable de victoria política, personificándolo en un sacerdote sumamente piadoso y humilde. El II Isaías lo expresó en la humillación y el mérito del Siervo de Dios. Con lo que, cuando los profetas hebreos de Babilonia proclamaron un dios universal, el campo estaba sembrado para recibir la idea. Así se fue desarrollando la concepción que, partiendo de un abierto politeísmo, pasó por un dios local, luego nacional, más fuerte que los otros, para llegar, ante su visible fracaso, a un vigoroso monoteísmo espiritualista, que culminaría en el cristianismo.

Entre los profetas menores, Oseas vislumbró un Israel humilde y pobre, lleno de fe, que consideraba la relación con Yavé como un vínculo camal en el que el pueblo le engaña y se prostituye, proyectando a la esfera celestial su drama personal de marido engañado. Fue quien ofreció la base para la canonización del *Cantar de los cantares,* del que nos habremos de ocupar. La protesta social se hizo más fuerte en Amos; Jonás proclamó, por fin, un Yavé para todo el género humano; Miqueas reiteró condenas y anunció la prosperidad futura; Habacuc se encaró con Yavé, preguntándole hasta cuándo le iba a tener que pedir socorro sin que le hiciera caso, permitir la opresión y obligarle a ver la injusticia: "Sólo observo robos y atropellos, y no hay más que querellas y altercados." (1. 3) Malaquías discutió con su pueblo, siempre en nombre de Yavé; Daniel formuló la profecía de la resurrección: "Muchos de los que duermen en la región del polvo se despertarán, unos, para la vida eterna, otros, para el horror y la vergüenza eterna." Pero sin aludir al infierno. Sólo en Isaías (33, 14) se encuentra algo asimilable: "¿Quién de nosotros podrá resistir ese fuego devorador de quien convivirá con llamas que nunca se apagan?" Pero no se trata de un fuego de ultratumba, sino del aliento de Yavé: "mi respiración los quemará como una llama." Por su parte, Satán, no ingresó en el canon bíblico como personificación del mal, hasta el Nuevo Testamento. Cuando aparece antes juega, más bien, cual se ha dicho, el papel de colaborador. Como ocurre en el libro de Job (1,6-12, con repetición, 2, 1-6), en el que es representado como miembro de la corte de Yavé. Esto indica que el mal no surge con él, sino que le precede. Este libro, verdadero compendio de la suerte de la humanidad, sin que tampoco falten sus antecedentes sumerios y egipcios, planteó el problema del sufrimiento, el castigo del mal y el premio del bien por la divinidad, la injusticia en el mundo y la

patética imprecación por su indiferencia ante las injusticias de la vida. En él apareció claramente definida, por primera vez, la aspiración a la inmortalidad (14, 13-15), que prevaleció paralelamente al mayor énfasis puesto en la individualidad. Ahora se tenderá a que los castigos no los reciba indiscriminadamente todo el pueblo, sino sus individualidades, de acuerdo con el crecimiento experimentado en la sociedad de la conciencia individual y la mayor diferenciación de clases y situaciones.

Los libros menores. Se creyó por mucho tiempo que el libro de los Proverbios, atribuido a Salomón, era la más antigua recopilación de esa clase. Pero después se encontró una más antigua en Egipto y otra, más antigua aún en Súmer. Amén de que los evidentes paralelismos que ofrece con las literaturas similares de Egipto y Mesopotamia, inclinan a despojarle de su originalidad. Hay en él máximas contrapuestas, como la que se encuentra al final del capítulo 8: "el que me ofende atenta contra su vida todos los que me odian eligieron la muerte", al lado de la que se encuentra en el 10, 12: "El odio suscita las peleas; el amor perdona cualquier falta", que no deja de ser una indirecta acusación contra el rencoroso Yavé. Pero, una vez más, los comentaristas del 95 califican a Dios de "buen educador", desmintiéndolo en seguida, al reconocer que "se tomó siglos para darle a su pueblo la sabiduría." (723) Empeño estéril, puesto que, como se ha visto, hubo pueblos que la alcanzaron antes sin haber recibido su educación, y también porque, aún admitiéndolo, deberían justificar el por qué de una discriminación a todas luces injusta. Sobre todo, porque, en 29, 15, vemos que se pavimenta el camino de la sabiduría con azotes y correcciones.

En el *Eclesiastés* se nota ya la influencia de la filosofía griega. En él se encuentra otro duro cuestionamiento dirigido a Yavé: hay bueno "que perece a pesar de su inocencia y malo que vive largamente a pesar de su maldad." (7, 15) Antes de comprobar que, "como las acciones malas no son inmediatamente juzgadas y castigadas, los hombres encuentran en eso un incentivo para hacer el mal. Pues, por más que el pecador haga cien veces lo que es malo, se le deja todo su tiempo /.../ hay justos a los que les pasa todo lo que les tocaría a los malos por todo lo que han hecho, y hay malos a los que les pasa lo que les correspondería a los justos." (8, 11-12) A lo que sigue un consejo que puede parecer extraño a muchos; pero que se deduce de lo dicho: "¡Viva la alegría, pues la única felicidad del hombre bajo el sol es comer, beber y regocijarse: esto le toca por su trabajo, a lo largo de los contados días que Yavé le concedió vivir bajo el sol." (15, 11) Aunque un milenio antes habían sonado en Egipto notas parecidas, como también precedentes generales de las imprecaciones de los profetas.

Y llegamos al polémico *Cantar de los cantares,* escrito hacia el año 450 a.C. y presentado como un poema de Salomón, que la iglesia sostiene, con terco desparpajo, que simboliza el amor de Dios por su pueblo. Cuando, en realidad, se trata de un simple y erótico canto de bodas, semejante a otros cantos de amor

camal del Medio Oriente. Saltará a las claras cuando se lean, sin anteojeras, los fragmentos siguientes: "Bésame con los besos de tu boca. /.../ Llévame ¡oh. Rey! A tu habitación para que nos alegremos y regocijemos -y celebremos, no el vino, sino tus caricias. /.../ Tus ojos son como palomas -detrás de tu velo. /.../ Tus labios son una cinta roja y tu hablar es encantador. /.../ Tus dos pechos, cervatillos juguetones -mellizos de gacela. /.../ Más delicioso es tu amor que el vino! -Los labios de mi novia -destilan pura miel; -debajo de tu lengua -se encuentra leche y miel. /.../ Soplen vientos del norte y del desierto -soplen en mi huerto /.../y así, entre mi amado y coma de sus exquisitos frutos. /.../ He entrado en mi huerto /.../ he comido mi miel en su panal -he bebido mi vino y mi leche. /.../ Eres hermosa, amada mía, como Tirsá -encantadora como Jerusalén, -imponente como tropas ordenada. /.../ Las reinas son sesenta -ochenta las concubinas -y las jóvenes son innumerables -pero una sola es mi paloma -mi toda perfecta." Fragmento en el que, por lo dicho, parece expresarse realmente Salomón. Y sigue el *Cantar:* "La curva de tu cadera es un collar -hecho por manos de artistas. -Tu ombligo es un cántaro -donde no falta el vino con especias. -Tu talle se parece a la palmera -tus pechos, a los racimos. -/.../ Yo soy para mi amado y su deseo tiende hacia mí. /.../ pasaremos la noche en los pueblos. /.../ Allí te entregaré todo mi amor. /.../ Su izquierda se desliza bajo mi cabeza -y su derecha me abraza." Juzgúese si no constituye una descomunal afrenta al entendimiento del lector pretender, en las postrimerías del siglo XX, que estos y otros fragmentos son expresión criptográfica del amor de Dios por su Iglesia y el conjunto de sus fieles.

En el prefacio de los libros deuteronómicos, no reconocidos por los hebreos ni por 1os protestantes, los comentaristas advierten que "si no hubiera una Iglesia para decidir con absoluta seguridad, cuáles son los libros inspirados, nadie podría decir lo que es Palabra de Dios. Para que haya una Biblia cristiana, es necesario primero que exista una Iglesia heredera de los apóstoles. "Y ¿quién les ha dado esa autoridad, tan empañada en nuestros días por la impostergable confesión de tantas equivocaciones? Pero no dejemos el punto sin asistir a un nuevo choque entre lo que dice la Biblia y lo que sostiene la Iglesia, en el capítulo 7 del libro de Tobías (9-10): éste dice a su primo Rafael que le pida a Ragüel a su prima Sara para hacer de ella su esposa. Y Ragüel contesta que es el único que tiene derecho a casarse con ella, por ser "mi pariente más cercano."

Ya se ha citado el libro de la *Sabiduría,* ahora hemos de destacar el capítulo 25 del Siracides, que presume también de tal condición, para uso de las feligresas, y se introduce, no sin impudicia, bajo el subtítulo de "La sabiduría de una sociedad machista." Pues ¿cómo se atreven a distanciarse tan alegremente de una sociedad cuya historia se reconoce como sagrada y desarrollada bajo la directa intervención de Dios? Es que ahí se encuentran los siguientes tesoros: "Cualquier maldad es poca cosa al lado de la maldad de una mujer." (19) "Por la mujer comenzó el pecado; por su culpa morimos todos." (24) Resulta ridículo

ese intento de sacudirse las pulgas cuando se da a ese libro el carácter de sagrado y se encuentran en los padres de la Iglesia parecidas y aún peores condenas. Pero aún se encuentra en él esta archipedagógica recomendación al padre con respecto al hijo (30, 12): "Pégale en las costillas cuando sea pequeño, no sea que se empecine y se te rebele."

En los salmos abunda la queja ya escuchada contra el éxito de los malvados y se vuelve a mencionar a Yavé como el "dios de los ejércitos". En la introducción se afirma (855) que "han sido la oración de Jesús", aunque se reconoce que desconciertan a muchos cristiano porque no encuentran en ellos "sus propias aspiraciones". Pero no podía faltar el volátil remedio: "somos nosotros los que debemos adaptamos o, mejor dicho, dejamos educar (¿con golpes en las costillas?) y formar por ellos. Si deseamos estar en sintonía con Dios, no podemos aferramos indefinidamente a nuestra propia forma de ver y sentir los hechos." No se puede pedir más.

Colofón. Llegados al final, cabe observar cómo no se ha encontrado mención de ángeles que no fueran instrumentos o colaboradores anónimos o no. Y que, pese a lo que pueda sorprender, no se halla referencia alguna a cualquier rebelión angelical. ¿De dónde procede ésta entonces? Surgió al contacto con la angelología persa, pero, al adoptarla, dejaron aún peor parado al dios todopoderoso y sabelotodo, incapaz de prever lo que le esperaba y de dar a su obra la perfección que, al menos, esos seres superiores reclamaban. Si fracasó con ellos también, poco bueno queda por decir de tan supremo creador.

Sin embargo, el fracaso de Yavé en lograr para su pueblo una situación privilegiada, redundó en su mayor triunfo. La definitiva pérdida de la esperanza en ese brillante porvenir que no hacía más que oscurecerse, fue lo que habría de determinar la espera de un Mesías de origen pobre, como David, y descendiente suyo, pero con mayores virtudes, llamado a restaurar el esplendor de su monarquía. Lo que hizo surgir numerosos candidatos a ocupar el puesto. Entre ellos, Jesús. Con quien acabó por romperse la tradicional alianza, para tomar bajo su protección a todas las naciones a las que había combatido directa o indirectamente con saña, y convertirse, al fin, en una divinidad auténticamente universal.

Más aún. Su espíritu impregnó en gran medida a su heredera, la Iglesia, como se ha visto en todo lo que se ha dicho, y hasta nuestros días más recientes. De ello se tuvo un contundente ejemplo en las palabras, no de un humilde e ignaro cura de pueblo, sino de alguien tan encumbrado como el obispo de Caracas, José Ignacio Velasco, quien, a raíz de la tragedia en el estado Vargas y otros lugares de Venezuela en diciembre de 1999, clamó que "la ira de Dios" se había abatido sobre Venezuela para castigar la soberbia de su gobernante, sin mencionarlo directamente. Pues esa jaculatoria es del más puro y atrabiliario espíritu bíblico y yaveístico: la divinidad castigando ciega y despiadadamente a multitudes sin alcanzar a los máximos responsables, contra los que parece im-

potente. Y lo que aumenta la gravedad del caso es que no se tuviera conocimiento de que dichos tan brutales fueran desautorizados por el resto de la jerarquía. Por el contrario, como dándolas por buenas, el Vaticano le designó cardenal poco tiempo después.

Balance final. Recapitulando lo dicho hasta ahora, resulta que la Biblia nos muestra una divinidad muy alejada del perfil del evangelista Juan de que Dios es amor. Por el contrario, la silueta con que reiteradamente nos hemos encontrado, como muchas veces ha sido señalado, por otra parte, es un ser que se arrepiente una y otra vez de haber realizado una obra que no ha respondido a su voluntad, incapaz de prever sus derivaciones, que responsabiliza a sus criaturas de sus propios errores y las castiga despiadadamente por no cumplir sus normas, que azuza una parte de ellas contra las otras sin razón suficiente, inseguro de su poder y empleando medios rudimentarios y desproporcionados para mantenerlo, que desconoce su propia obra y sus dimensiones y alcance, rencoroso, colérico, impulsivo, injusto, intolerante, celoso y tan mal educador que no atinó a cumplir el objetivo propuesto durante siglos y siglos de intentos fracasados, que sólo tardíamente se ablanda y cuyas afirmaciones han sido reiteradamente desmentidas por los conocimientos proporcionados por la ciencia. En suma, algo que muy difícilmente se podría concebir en sociedades medianamente avanzadas como el motor creador y rector del universo.

Es lo que no cupo en la cabeza del hereje Marción, que vivió entre los años 85 y alrededor del 160, y calificó a ese dios del Antiguo Testamento de cruel, maléfico, belicoso, vengativo, particularista, inconsecuente y contradictorio, creador de un obra tan mala como él mismo y que se proclama en Isaías (45, 7: "yo hago la felicidad y provoco la desgracia") creador del mal. Por ello se explicaba que impusiera a la humanidad el repugnante método de procreación, las molestias de la preñez y los dolores del parto. Lo que le llevó al extremo de prohibir el matrimonio a sus seguidores. Y concebir como un dios distinto al del Nuevo Testamento. Y a uno de los cataros, perseguidos en Provenza y Languedoc, según un registro sobre herejes, a testimoniar que sólo de pensar en un dios que hubiese creado mil almas para salvar una y condenar las demás, se enfurecía, y que si "llegase a tener ese Dios entre sus manos, de despedazaría con uñas y dientes".

Ya se ha podido ver que la lectura de la Biblia es bien poco edificante desde el punto de vista de una moral superior (tretas maliciosas, robos, matanzas, obscenidades, incestos, crímenes, etc). Por esa razón fue atacada por el escéptico Iwi al Balki en el s. IX, época en que se manifestaron los librepensadores islámicos. Y es que el mayor enemigo de los dogmas cristianos y de los otros creyentes del *Libro,* está en ese mismo conjunto, porque los refutan. Cualquiera que se acerque a él sin estar obstinadamente cegado por la fe y cerrado a todo razonamiento, incluyendo las ediciones más recomendadas para los católicos,

experimentará que su lectura es demoledora para esos dogmas. Ya he dicho cómo su contenido y las aberrantes explicaciones que se dan para tapar las insensateces que, de acuerdo con esa óptica, contiene, tergiversando su sentido para hacerlo decir lo que no dice, liquidaron mi fe vacilante, que quise reforzar con esa lectura.

Tal fue la causa de que la Iglesia dispusiera que no podía leerse sin un permiso especial y prohibía su traducción al latín, penando con excomunión y prisión perpetua a quien infringiese esas ordenes. Y también que no se descubrieran comprometedoras contradicciones. Así, la traducción del evangelio en lengua vulgar en el s. XII, levantó las primeras protestas contra la desigualdad social, que la Iglesia medieval declaraba establecida por Dios. Fueron ahogadas por las autoridades eclesiásticas arrojando sobre ellas el peso del ejemplo de Pablo. Según carta encontrada en la Biblioteca Nacional de París, de 1551, uno de los consejos que se dieron a Julio III para ser papa, fue que autorizara lo menos posible la lectura del evangelio, porque ese libro "más que ningún otro", podría provocar "revueltas y tempestades", pues si alguien comparara seriamente la Biblia "con lo que pasa en nuestras iglesias", muy pronto vería que "nuestras doctrinas se alejan de la verdad y frecuentemente son completamente opuestas."

No obstante, la liberación de su lectura directa por parte de los protestantes, permitió que un creciente número de investigadores serios consideran que tales muestras de codicia y crueldad no podían haber sido inspiradas por una divinidad ecuánime, y que sólo podían ser el producto de un pueblo que vivía aún en estado de semibarbarie. Así pudo fluir la investigación para llegar a concluir que su contenido refleja simplemente las necesidades, intereses e ideas de la época en que los libros fueron escritos, proyectados al etéreo limbo celestial y adaptándose sucesivamente a la evolución de la propia sociedad. Salpicados por ello, de numerosas reelaboraciones y agregados de épocas posteriores. Desde ese enfoque sí que es posible dar de ese conjunto de libros, monumento único hasta entonces conocido de las letras universales, fuera del ámbito chino, una explicación comprensible y satisfactoria.

Pero, en los países católicos, no se dispuso de esa libertad. La Iglesia española, por ejemplo, no permitió una traducción castellana hasta la última década del s. XVIII, y no se permitió la venta de las traducciones que no estuvieran anotadas hasta la revolución de 1868. Por eso se dispuso desde antiguo y se reforzó en el concilio de Trento, como se ha señalado, que la tradición, o sea, lo que ha ido decidiendo la jerarquía eclesiástica, tenga un rango igual y, en la práctica, superior, a lo que dicen los escritos, con objeto de salvar contradicciones o absurdos. Aunque, en realidad, esa tradición viene de la misma fuente que los libros sagrados y, como ellos, sufre adaptaciones y evoluciones, que es lo que ha venido haciendo la Iglesia.

Hay, sin embargo, quien ha ido más lejos, sosteniendo que, aunque la Biblia

no haya sido inspirada por Dios, la religión cristiana es la verdadera. Hemos visto dar los primeros pasos, muy tímidos por cierto, en esa senda a los comentaristas de la edición del 95. Pero ¿cómo aceptar tal cosa si en aquélla están los cimientos mismos del cristianismo? Si las Escrituras no han sido reveladas, todo el andamiaje se derrumba.

Pero que nadie vea en todo lo que se ha dicho un ataque, que sería injusto, contra los hebreos. Todos los pueblos se han iniciado en un estado de barbarie y han cometido atrocidades que se han ido dulcificando a lo largo de su historia. Como se ha visto ocurrió con ellos. Aparte los acentos de justicia social de los profetas, es un pueblo que ha contribuido de manera relevante a la civilización universal en diversos aspectos. Lo que únicamente se ha perseguido es combatir la presunción de ver en su historia la mano de una divinidad universal, e indicar que las creencias que, en tiempos pasados, tuvieron su razón de ser, de acuerdo con el grado de civilización entonces alcanzado, no tienen por qué subsistir en un mundo en el que el avance de los conocimientos las acorralan por obsoletas y constituyen una rémora para un progreso más sostenido, generalizado y beneficioso para la mayoría, como se tratará en el capítulo final.

Pues resulta verdaderamente sorprendente que, con base tan endeble se hayan podido mantener esas concepciones hasta nuestro tiempo y que se siga pretendiendo su perdurabilidad. De ahí la extensión que se ha dado al tema, que, por supuesto, no lo agota ni de lejos. Porque el desconocimiento que generalmente se tiene de todo ese contenido es la principal razón de su supervivencia. Y es que la inmensa mayoría de los creyentes no se ha tomado el trabajo de leer la Biblia por la natural pereza que causa abordar lectura tan rebarbativa, y sólo conocen de ella las partes seleccionadas o interesadas referencias que les hacen en las iglesias y los confesionarios. Y por eso ignoran que es un conjunto profundamente inmoral desde el punto de vista de la ética cristiana. Y otros lo hacen sumisamente, aceptando sin examen las interesadas anteojeras que les proporciona la iglesia. Creo que se puede afirmar también, que la mayoría de los creyentes no tiene idea de lo distanciadas que están sus creencias de lo que se supone que predicó Jesús. Ni de lo frágiles que son cuando, diciéndose absolutas, han sufrido tantas y tales variaciones a través de los tiempos, ni de los subterfugios y crímenes que se han cometido en su nombre para mantenerlas.

Sólo el contacto con esa realidad puede quebrar la fe de buen número de creyentes, aunque no sea susceptible de producir en todos el mismo resultado. Como prueba el hecho de que tantos protestantes tengan la Biblia como libro de cabecera y no sientan flaquear su convicción. Aunque eso explique también la citada defensa de la esclavitud y el fanatismo y la intolerancia que culminaron en el tristemente célebre Ku Klux Klan. Y asombra, en todo caso, que gente culta afirme sin sonrojarse, en este siglo XXI, que contiene la palabra de Dios. Aunque analizaremos algunas de las causas de esa paradoja en el próximo y último capítulo.

De cualquier forma, la figura de un Yavé creador y regidor del universo, se ilumina con nítida claridad si, como se ha apuntado, invertimos los términos y la enfocamos desde abajo, desde una perspectiva humana, y nos ponemos en el lugar de un pueblo primitivo, débil antes sus enemigos y necesitado por ello de una protección superior, que imagina compartiendo sus odios y sus temores, sus debilidades y su fuerza, para influir de forma determinante en su destino, al tiempo que necesariamente atribuye sus fracasos a su propio temperamento y endeblez.

Sólo nos queda analizar el punto en su aspecto más general.

IV. CONCLUSIONES Y VISLUMBRES

La existencia del creador supremo. Luego de haber considerado el asunto en tres de sus particularidades, corresponde entrar a considerarlo desde un enfoque general y deducir las conclusiones que de ello se deriven. Uno de los argumentos más fuertes a favor de la existencia de un ente todopoderoso que gobierna el mundo en sus menores detalles, punto que se encuentra en la base de todas las religiones, es que el universo no existiría sin haber sido creado y sin un motor que asegurara su funcionamiento. De la misma forma que todo reloj supone necesariamente un relojero. Pero una precisión se impone en seguida a este argumento que, desde una óptica humana, se esgrime a favor de la existencia de Dios. Ya que el mismo se vuelve justamente en su contra, porque se le opone el hecho de que el relojero no es de la misma naturaleza que el reloj. Y lo que se afirma, por parte de las religiones mayoritarias al menos, es que Dios se nos asemeja porque nos creó a su imagen.

El último catecismo (21-22) aborda el espinoso tema de lo que llaman vías de acceso a su conocimiento, reconociendo que las pruebas que pueden ofrecerse no pueden tener el carácter de las propias de las ciencias naturales, sino el sentido de argumentos "convergentes y convincentes que permiten llegar a verdaderas certezas." Es lo que tradicionalmente se ha venidos alegando. Pero ocurre que las pruebas propias de las ciencias son las únicas valederas, precisamente porque son comprobables. De todas formas, no nos neguemos a conocer lo convincentes que son esos argumentos. "Dios puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas." Sin embargo, ya se ha visto que, desde el punto de vista de la razón, los dogmas religiosos son insostenibles y provienen de tiempos en que esa razón balbuceaba. Pero más inconvincente es lo que viene a renglón seguido, en el que se da al hombre esa capacidad por haber sido creado a imagen de Dios. Es decir, puro humo; otra vez nos encontramos en un girar en redondo, con la pescadilla que se muerde la cola. Al tiempo que resulta interesante y bastante ilógico que se mantuviera en 1995 la existencia de ese Dios personalizado y su semejanza con el hombre, bajo la autoridad del mismo papa que pocos años después reconoció la evolución de las especies. Porque, con ello, negó los postulados básicos de la creación en esencia y en detalle, y abandonaba una de las fortalezas en que ha venido acuartelándose la Iglesia: la primacía del valor de la tradición, según expresa declaración del concilio de Trento. Mas, siguiendo la afirmación dada por el catecismo, surge la pregunta de qué ocurría entonces con los primates, tan semejantes al hombre y hasta qué punto son semejantes a Dios. Acoso del que se zafan afirmando que a todas las criaturas "poseen ciertas semejanzas con Dios" (23) ¿También la serpiente, tan ardientemente maldecida por el mismo

Dios?

Vemos, pues, que no se nos ha ofrecido ningún argumento ni siquiera escasamente convincente, salvo que lo afirman ellos. O, como alegaban Orígenes, Agustín y los cristianos más autorizados, porque lo dicen las Sagradas Escrituras. Cuya validez se ha tenido ocasión de comprobar[9]. Si bien es cierto que Agustín no se limitaba a ese argumento. Daba otros tres: el carácter es una verdad eterna e inmutable en la mutabilidad y contingencia de las cosas creadas; en el orden, finalidad y hermosura del universo; y en el consenso del género humano.

Más resulta que esa inmutabilidad aparece desmentida, no sólo por lo que se ha visto, sino por el hecho mismo de la creación, ya que, como señalara el sabio islámico cordobés Averroes, el paréntesis que implica la creación del mundo y su posterior consunción, contradice la existencia de un ente eterno y, por serlo, inmutable. Pues, aunque Dios tuviera, desde la eternidad, la idea de la creación, pasar del pensamiento al acto, constituye ya una mutación. Y otra desprenderse de parte de sí mismo para redimir al descarriado género humano.

Lo relativo a la hermosura y orden del universo no elimina que se deban a una causa distinta a la que la religión se imagina y parece contradecirse con las imperfecciones que presenta y las catástrofes que se producen en su seno. Y, en cuanto a la finalidad, hay que invertir los términos. Somos nosotros los que creemos percibirla, al encontrarnos con los resultados, sin que exista con antelación. El sol no está ahí para alumbramos, como se creyera desde tiempos remotos, puesto que existió mucho antes de que el hombre hiciera su aparición y alumbra otros planetas en los que no hay vida, a más de que hoy se sabe que existen muchos soles. Ni las plantas para que nos alimentemos, como tampoco los animales, puesto que también existieron antes y no todos ni todas se ingieren. Por otra parte, la obra no se hizo de una sola vez, como nos quieren hacer creer las religiones por haber surgido cuando estaba consumada, ni con vistas a nuestra conveniencia, puesto que muchas partes de ella nos adversan. Sólo cuando el resultado nos beneficia deducimos que ese era su objeto. En eso reside la cacareada sabiduría de la naturaleza. En el fondo, la finalidad es un término psicológico. Atribuir un propósito a un proceso cualquiera es proyectar sobre él nuestras ideas. El que nos toque un premio en un sorteo es un simple efecto del azar, sin que haya que pensar que el sorteo se organizó para favorecemos. A alguien tenía que tocar. Aunque, siendo obra humana, persiga realmente un fin; pero es el de favorecer al que lo organiza con las distintas contribuciones. Ya Darwin afirmó en 1860, en carta escrita a Asa Gray, que no veía razón alguna para que las leyes de la naturaleza debieran "haber sido determinadas por un

[9] Otro contundente ejemplo dan las razones esgrimidas por la Inquisición contra Galileo, afirmando que sostener que la tierra gira alrededor del sol, que es su centro, es proposición "absurda filosóficamente falsa y formalmente herética porque es precisamente contraria a las Sagradas Escrituras."

creador omnisciente que previera cada acontecimiento y consecuencia futura." Y dio el golpe de gracia a la teología al mostrar que estructuras aparentemente finalistas pueden surgir de un mecanismo sin finalidad. Nos limitaremos a unos pocos ejemplos ilustrativos. Hay abejorros que fecundan el trébol rojo con objeto de alimentarse. Si no existieran, ese trébol se extinguiría, porque los otros insectos no pueden alcanzar el néctar. Los ratones de campo, con el mismo objeto, destruyen sus nidos, razón por la cual abundan más en las pequeñas poblaciones, porque los gatos diezman a los ratones. Cada especie actúa en provecho propio y sólo una coincidencia fortuita produce el resultado, favorable para unos, negativo para otros, según el propio enfoque. Es una ilustración de la definición del azar por Cournot. A cualquiera parecería que las patas con membranas interdigitales de patos y gansos están hechas para nadar; pero hay gansos de tierra que las tienen y rara vez se acercan al agua. Las semillas que las aves esparcen con sus excrementos, no todas caen en terreno propicio y el vierto también las expande. Los animales no efectúan sus actos para bien de otras especies, sino en provecho propio. Los pulgones excretan su jugo al ser hostigados por las hormigas, porque lo ingieren y les alivia; pero como necesitan excretarlo, lo hacen aunque éstas no aparezcan. Las cosas de la naturaleza, cuando nos parecen perfectas, lo son para sus propios fines, no para nosotros. Otro ejemplo igualmente significativo es del Museo de Etnología de Berlín, que posee una colección de restos de cerámica procedentes de unas cuevas mejicanas de Coahuila de piedra caliza, que se salvaron de la descomposición gracias a la milagrosa capa de cerca de un metro de altura formada por excrementos de murciélagos. No creo que a ningún arqueólogo se le haya ocurrido pensar que hubo intervención divina para producir ese resultado. Todo eso es producto del azar, como ya se ha visto, o de acomodación posterior. Como los politenos, resinas sintéticas resistentes a la humedad, que empezaron a fabricarse con fines puramente industriales unos años antes de la segunda guerra mundial e hicieron posible detectar los submarinos alemanes, influyendo decisivamente en su resultado. Finalidad y propósito son ideas que se aplican a la naturaleza, proyectando sobre ella nuestra experiencia humana, que en esa otra esfera, carece de validez. Sin que se niegue, por ello, su existencia en el limitado campo de lo particular.

Por lo que respecta al consenso, ya respondió Voltaire: "Todos los pueblos han creído en la magia, en la astrología, en los oráculos. /.../ ¿No creían todos los sabios antes de Copérnico que la Tierra estaba inmóvil en el centro del mundo?" Salvo rectificar esto último a favor de Aristarco y agregar otros ejemplos, nada cabe añadir.

Mucho más cerca de nosotros, Huxley comprobó que cada vez aparece más claro que la concepción cristiana de Dios como personalidad creadora y gobernante del universo, omnisciente y todopoderoso, dotado de amor para todas las cosas, no obstante el dolor, la miseria y la crueldad que azotan al mundo, que se

complace en ser adorado y se disgusta si se le desdeña o se cometen crímenes o pecados; pero no puede evitar que sus propios adoradores los cometan, que se apiada de las locuras y sufrimientos de los hombres, al punto de conmoverse tanto por ello que, al acabo de tantos siglos de haber aparecido el hombre sobre la tierra, envió a sí mismo, para redimirle, cuando ya lo había sido por las prédicas de Zaratustra, Buda y Confucio; que concede favores a los que le ruegan; se revela sólo a algunas personas elegidas y tiene su trono en un cielo difícilmente asequible (y del que recordemos, por nuestra parte, fue recientemente desalojado por su propia Iglesia, sin encontrarle nuevo alojamiento) resulta completamente anacrónica. Porque cada vez se entienden menos y resisten menos los embates de ciencia y razón, las funciones de un rector personal en un universo que los progresos del conocimiento nos muestran cada vez con mayor claridad como un conjunto autoordenado y autoordenador en el mínimo detalle. Lo que implica que es un rector sin poder, como una mosca en el móvil, o se identifica con lo diverso, lo que nos hace volver al viejo panteísmo, que rechaza, sin remisión, la idea de un dios personal, y hace insostenible la creación del mundo. Quedándole sólo el resquicio de la de la sustancia original del cosmos. Pues, como refuerza Bertrand Russell: "Si en verdad el mundo en que vivimos ha sido hecho conforme a un plan, es cosa de considerar a Nerón como un santo en comparación con el autor de dicho plan." (98) Y aún cabe agregar que si se considera a Dios como padre de lo creado, no puede ser calificado de manera alguna como buen padre, puesto que obliga a sus criaturas, animales o plantas, a atacarse y devorarse unas a otras para poder subsistir. Lo que nos hace tocar otra cuestión sumamente importante, que tampoco los dogmas han podido dilucidar.

La presencia del mal. La imagen de la divinidad a que nos invitan a creer las religiones dominantes es la de un ser perfecto e infinitamente justo, todopoderoso y bueno que, sin embargo, vigila todos nuestros actos, para castigar nuestros desvíos. Pero, frente a esa concepción tan universalmente aceptada, salta en seguida un escollo en el que han tropezado todos los credos: la presencia del mal en la tierra. Pues no sólo se trata de lo que se acaba de apuntar, sino también de las catástrofes naturales (terremotos, erupciones volcánicas, inundaciones, etc.) que golpean indiscriminadamente a justos y malvados, midiéndoles a todos por el mismo rasero (lo que es profundamente injusto, aunque se prometa un resarcimiento en la vida futura), y destruyen hasta lugares sagrados y del culto[10]. Pero, sobre todo, de su presencia en el seno de las sociedades humanas, objetivo predilecto, según enseñan, del creador. Es lo que hemos visto torturaba a los profetas hebreos. ¿Cómo puede, no sólo permitirlo, sino además, su triun-

[10] Punto en el que. dicho sea de paso, la solidaridad humana se ha mostrado a una altura muy superior a la misericordia divina en nuestros días, según tal creencia.

fo frecuente sobre el bien? Y ¿cómo puede haberlo originado el creador de todo lo existente? La explicación que dan las religiones prevalecientes es que no está en Dios, sino en los hombres. Con lo que sólo repiten lo ya dicho por Platón en *República* II y Leyes IX, que Dios sólo es causa del bien y lo malo es patrimonio nuestro. Respuesta a todo punto in-satisfactoria a poco que se reflexione, puesto que se nos dice también que el género humano fue creado a imagen y semejanza de Dios, y eso nos llevaría a recordar el refrán "de tal palo, tal astilla"[11]. Se trata de orillar la dificultad afirmando que fue creado bueno; pero se corrompió. Olvidando o dejando de lado, que todo lo que se corrompe es porque tiene un principio de corrupción, generalmente externo, que no hace más que desarrollarse. ¿En qué momento y a causa de qué se constituyó entonces ese principio? Si todo existe por obra y gracia de Dios, también el mal debe existir por su voluntad, pues si existe independientemente de ella, es que Dios no es creador de todo ni es omnipotente ni perfecto. Un buen carpintero nunca hará una obra defectuosa.

Así que ese Dios que nos pinta la religión queda enmarañado en un dilema expresado ya por Epicuro en la antigua Grecia del que no puede escapar: o no es todopoderoso o es un perverso. Porque, o la obra le salió mal contra su deseo o la hizo imperfecta a sabiendas. Y tampoco es omnisciente, porque, de serlo, debió prever, al crear al hombre, que se iba a corromper, según sus propias leyes, que rigen el proceso de corrupción. Con lo que el otro dilema igualmente férreo se le cierra. O lo sabía y siguió adelante, lo que anula su bondad, o no lo sabía, y entonces queda despojado del otro atributo. El más reciente catecismo se escapa por la tangente citando a Agustín, porque no hay otra manera de desentrañar el problema: Dios no es la cusa del mal, pero lo permite para sacar un bien de sus propias consecuencias, y sólo al final nos serán conocidos los caminos por los que Dios habrá conducido su creación al reposo definitivo. (78-79, 311-314) Porque se niega que Dios lo haya causado sin decir cómo se originó entonces y cuál fue su causa. Más adelante (91, 387) se dice que sólo con el conocimiento del designio de Dios sobre el hombre se comprende que el pecado es un abuso de la libertad que Dios da a las personas. Lo que no es más que una pirueta verbal, ya que si el hombre es originariamente bueno, no puede abusar de esa libertad. Y ¿cómo puede ser libre si lo que hace depende de la voluntad de Dios y es conocido ya por él de antemano? Y si realmente hay libre albedrío. Dios ignoraría, en cada caso, lo que habría de hacer cada cual, pues, de lo contrario, estaría predeterminado. También es contradictorio que el hombre sea libre de hacer el mal y necesite de la ayuda de Dios para hacer el bien. Sin contar con que olvida que el mal es anterior al hombre, puesto que está en la serpiente, creada antes que él y que Agustín califica de "animal lúbrico, que se

[11] Lo corroboró el evangelista Mateo (7-17) al afirmar, sin percibir, al parecer, el alcance de sus palabras: "Todo árbol buen da buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos."

mueve con tortuosas maneras", cuando Dios la creó así, por lo que debería merecer un mayor respeto de quien eso cree, y no puede hacerle responsable de ser como es. Más aún, habría que amarla, pues, como se dijo desde la antigüedad, Dios no abomina de nada cuanto hizo, pues, de aborrecerlo, no lo hubiera hecho.

Se sostiene también que Dios creó la naturaleza, no los vicios. Con lo que volvemos a lo mismo, para preguntamos de dónde proceden estos y cómo y por qué, tan pronto como fue creado, se vicia el hombre, hecho a semejanza de Dios. Si éste, en su infinita sabiduría, conocía lo que iba a ocurrir y siguió adelante, es porque se complace en el mal. Pues, a partir de entonces, la vida humana se convirtió en una especie de juego del escondite con multitud de trampas, desde el momento en que Dios no se muestra claramente y da por misión al hombre descubrirle en su escondrijo, lo que sólo logra una minoría. Aparecemos creados, según eso, para servir de entretenimiento divino en un momento de la eternidad, hasta que Dios se aburra del juego, luego de innumerables e innecesarios avalares. Y si no ¿qué sentido tendría conservar al diablo, al que, con todo su poder, podría aniquilar incluso por innecesario, ya que, conociendo el porvenir, debería saber de antemano quién resistiría y quien no?

Si Dios es perfecto, la perfección no podría limitarse a él, sino extenderse a su obra. Pero la torpeza o maldad del Dios bíblico y cristiano se pone aún más de manifiesto porque no sólo falló con los hombres, sino con esos seres superiores y más cercanos a él, que son los ángeles, creados por y para Cristo, según el último catecismo (81, 331). Para salir del paso, se recurre nada menos que a la explicación dada por el concilio de Letrán de 1215, al no ocurrírseles otra mejor (92, 391): "El diablo y los otros demonios fueron creados con una naturaleza buena; pero ellos se hicieron así mismos malos." Podrían también haber recurrido a Orígenes, quien afirmó que ninguna naturaleza había salido mala de las manos de Dios y que si muchos se hicieron malos, fue a causa de la perversión, la educación y el ambiente (230). Pero como eso, lejos de permitir salir del pantano, no hace más que retroceder el problema, consciente de ello, luego de atribuir el mal a la voluntad de cada cual, dejó escapar las siguiente confesión (300-301): "Sin embargo, sé que este tema requiere mucho trabajo y demostración /.../ que podrá llevar a cabo quien fuera por Dios juzgado digno de conocer también esta cuestión." Mas como tal confesión de impotencia tampoco le dejó satisfecho ante la acometida de las preguntas de Celso: "¿Cómo es que Dios hizo cosas malas? ¿Cómo es incapaz de persuadir y amonestar? ¿Cómo se arrepiente cuando los hombres se tornan ingratos y malvados -Génesis, 6, 67- y censura su propio arte y aborrece y amenaza y destruye sus propios vastagos?" (433), respondió que no es que Dios haya hecho los males, "sino que, de sus obras principales se siguen algunos pocos en parangón por el orden del universo. Son como las virutas en espiral y el serrín que se sigue de las obras principales de un carpintero, o como los albañiles parecen ser la causa de los montones

de cascote, como basura que cae de las piedras o polvo. /.../ Dios produce los males corporales externos para purificar y educar a quienes no quieren educarse por la palabra y sana enseñanza." (437-438) Lo que tampoco nos saca del pantano, porque ¿cómo un ser bueno puede hacerse a sí mismo malo sin razón? ¿desde cuándo los males son el único medio educativo? Y ¿qué necesidad tienen de educarse y purificarse seres buenos por naturaleza? Tampoco lo hace el ejemplo a que recurre, porque el carpintero y el albañil trabajan con materiales ya existentes y Dios crea todo de la nada.

También Agustín asumió la tarea, dando una explicación más sofisticada: Dios no hubiera creado a los ángeles ni a los hombres sabiendo que iban a ser malos, si no tuviera conciencia de las comodidades que habrían de sacar los buenos, contraponiendo los contrarios. Haciendo saber de paso, que fue por soberbia por lo que quisieron igualarse a Dios. Lo que si, por un lado, redunda en las limitaciones ya señaladas de la divinidad, por otro, constituye una alegre abstracción del elevado precio que se ven obligados a pagar por ellos y todos los estragos y tremendos sufrimientos que causa el mal, ante los que se supone que Dios permanece insensible, confirmando lo dicho. Digamos de pasada que los persas, de quienes ya se dijo que procede esa angelología, fueron algo más coherentes, al concebir la existencia del mal como un principio independiente del bien, en constante lucha con él en la que, como en cualquier novela rosa, acabaría por triunfar. Porque está claro que si todo ocurre por la voluntad de Dios, sólo él es responsable de las malas acciones del individuo y, por tanto, de la crueldad y las aberrantes injusticias, y que le castiga por partida doble, por ser como él quiso que fuera y por las acciones que resultan de su naturaleza.

En los albores del s. XXI, el nuevo catecismo se permitió mantener la permanencia del mal, no como una abstracción, sino como "una persona, Satanás, el Maligno, el ángel que se opone a Dios. El 'diablo' (día-bolos) es aquel que se atraviesa en el designio de Dios y su obra de salvación, cumplida en Cristo." (620, 2851) Y la fábula del pecado de Adán, al entrar a considerar la oración litúrgica, bien que desalojando a Dios del cielo, que ya no significa un lugar en el espacio, cosa que, en nuestros días, resulta ya imposible de mantener, para dejarlo en mero símbolo de la majestad de Dios. Lo que ya Orígenes había entrevisto, al negar que se imaginara a Dios en algún lugar, por ser superior a todo lugar y contenerlo todo, con ribetes de panteísmo. (480) Sólo que la Iglesia, durante siglos, consideró más convincente seguir dando el cielo por morada.

Sin embargo, si el hombre cometió el pecado original, ello implica, como se ha indicado, una nueva derrota de Dios, obligado a rectificar. Y, de producirse sin mermar su omnipotencia, no cuadraría con su infinita bondad el abandono de sus criaturas, su indiferencia por su suerte futura y su implacable castigo, propio de las bárbaras legislaciones de 1os pueblos más primitivos. Superadas, dicho sea de paso, por las nuestras, justamente en proporción directa del retroceso de la religión, que rechazan, con horror y repugnancia, hacer pagar a los

hijos, y menos aún a sus descendientes, las faltas de sus padres o sus antepasados más remotos. Con razón B. Russell afirmó que si el sentido de la divina justicia es que un niño, que no haya pecado, merezca sufrir, a causa de la maldad de sus padres, difiere del suyo, que cree superior. De esa manera, vemos que Dios impondrá a las criaturas, creadas por él imperfectas, normas que, como el perdón y el ejemplo, él no aplica, pidiéndoles, por tanto, que sean mejores que él, justo, bueno y perfecto por naturaleza.

Precisamente lo que Agustín, sin parecer darse cuenta del paralelismo, reprochó a los dioses paganos adúlteros, sobre la madre de Eneas y el padre de Rómulo, negándoles autoridad para desazonarse "con aquello mismo que los hombres hacen acomodándose a su ejemplo.'" Con razón decía que Dios no cabía en su cabeza, aunque sí en su corazón. En todo caso, un dios todopoderoso no puede castigar la desobediencia, porque si se dio es porque quiso, ya que le bastaba con desear que no se diera. Quedaría aún por explicar, dando por buena la Biblia, cómo es que Abraham, con su naturaleza ya degenerada por estar bajo el pecado original, superó en obediencia a Adán en un caso mucho más difícil, estando más lejos de Dios, pese a la naturaleza originario de aquél. Y si la muerte es consecuencia de su pecado ¿por qué no dispensar de ella a los buenos? ¿No hubiera sido más fácil, ante tanta complicación y perversión, hacer que ángeles y hombres fueran, por lo menos, mejores? No aprobaríamos a un padre que procediera de esa forma con sus hijos.

Esta concepción de una Providencia que, aun conociendo los espantosos sufrimientos a que se verían sometidas sus criaturas, no detuvo su impulso creador, perturbó a Orígenes. que trató de atenuarla imaginando la unidad de todas las cosas en al vuelta final a Dios. Pero ¿qué sentido tiene un rodeo y una diversión tan violentos? ¿Por qué se deja caer al hombre y al mundo en el mal, para que salga de él muy difícil y lentamente y únicamente por la gracia de Dios, dejando, sin consideración, en la cuneta a la mayoría? Cuando es así que, como dice el eminente biólogo J. Rostand, nos sentimos inclinados a "excusar a un culpable cuando se piensa que sus células cerebrales fueron viciadas por un virus. Pero deberíamos pensar lo mismo si lo son por influencia genética. De todas nuestras acciones, gloriosas o vergonzosas, no somos más dueños que el perro de Paviov lo es de retener su baba cuando percibe el silbido provocador del reflejo salivar." O, como sentenció Spinoza: "La conciencia de nuestra libertad no es más que la ignorancia de las causas que nos hacen obrar." Pero Rostand fue más lejos: "Se mata a un hombre, se es un asesino; se mata a millones de hombres, se es un conquistador; se les mata a todos, se es un dios."

Antes, Schopenhauer había escrito en La libertad: "¿Cómo puede nadie figurarse que un ser cuya existencia y esencia son obra de otro, puede determinarse por sí mismo desde el origen y en principio y, por lo tanto, ser responsable de sus actos?" Y, más cerca de nosotros, coreó Einstein: "Un Dios que recompense y castigue a seres creados por él mismo, que, en otras palabras, tenga

una mentalidad semejante a la nuestra, me resulta imposible de imaginar."

Por eso, ante tan tremenda insensatez, los autores del último catecismo no tienen más remedio que reconocer, a su vez, su impotencia: "la transmisión del pecado original es un misterio que no podemos comprender plenamente." (95, 404) Más lejos fue Juan Pablo II, al unirse a los actuales ministros protestantes, considerando el castigo como mera privación del alma del goce de la presencia de Dios. Que es lo que, en el fondo, pensaban los cristianos antes de que se inventaran el infierno y el purgatorio.

Hoy se reconoce, independientemente de la religión, que el origen del mal en las sociedades humanas está, por un lado, en nuestra herencia biológica, negada durante tanto tiempo por la Iglesia, que no nos ha permitido superar adecuadamente los instintos ancestrales, y la lucha por la vida, que nos impone, para subsistir, apelar a recursos condenados por la moral cuando las circunstancias acucian en mayor o menor medida, según el carácter y la formación de cada cual.

Ahora bien, cabe explicar cómo surgió la idea religiosa del castigo. Fue consecuencia de la impotencia de la sociedad para imponer unas normas justas de convivencia que fueran respetadas y seguidas por todos sus integrantes. La impunidad y éxito de los infractores, contra la que tanto clamaron los profetas hebreos, fue lo que llevó a un castigo que fuera más allá de las posibilidades de la justicia humana, para que el temor de esas sanciones superiores mantuviera la obediencia de la mayoría. Sin salir primero de la vida terrenal, hasta que la experiencia de que no siempre se opera en ella el castigo, llevó a elevarla a un plano más alto. Tal el recurso de los hebreos, para los que la desobediencia colectiva aparejaba un castigo igualmente colectivo sobre el pueblo todo. Otro recurso es el castigo sobre los descendientes que, como se ha dicho, responde a lo que se observa en la sociedad y en la naturaleza. Otro, en fin, el de la reencarnación. Una mayor experiencia hizo ver la limitación de tales recursos, que trataron de afinarse mediante el castigo ultraterrenal, que golpea el que cree haber escapado a la justicia humana y a las otras sanciones. Hay religiones que se limitan al premio en el Walhala o el paraíso mahometano, concebidos como satisfacción de goces terrenales de los que se verán privados los otros. Como se vio también en algunas prédicas cristianas.

La creencia en la inmortalidad se apoya, por su parte, en los deseos de supervivencia del hombre, que, sin embargo, se van atenuando a medida que merman sus fuerzas; pero también en lo que se observa en la naturaleza: el día muere y renace; al invierno sucede la primavera y la vida recomienza. Es en lo que se apoyaron los primeros cristianos. Clemente de Alejandría afirmó que el día y la noche mostraban la resurrección, y Teófilo, del mismo lugar, apelaba a similares indicios frente a los que la negaban: "¿No hay una resurrección para las semillas y los frutos?" Lo que era una falacia, porque no renacen los mismos frutos, y eso se aplica también al mundo animal: no renacen los mismos seres,

sino su simiente en las células regeneradoras. Varios siglos antes, los sofistas, más avispados, habían sostenido que las creencias religiosas de ultratumba, no tenían otro fin que el de reforzar la obediencia de los timoratos a las autoridades establecidas.

Moral y religión. Esto nos ha hecho entrar en el terreno de las relaciones entre la moral y la religión. Muchos son aún los que piensan que la segunda ha originado a la primera y que, sin ella, todo el tinglado moral se derrumbaría, porque el hombre es malo por naturaleza. Es lo que pensaba incluso hombre tan desprejuiciado como Voltaire, que creía necesaria la religión natural y afirmó que si Dios no existiera habría que inventarlo. Eso fue lo que, según un contemporáneo, le hizo suspender, en una ocasión, una conversación de sobremesa acerca de conceptos antirreligiosos, hasta que se ausentara la servidumbre, por temor de ser degollado si se le descubría la vanidad de la creencia.

Sin embargo, por mucho que pueda sorprender a la mayoría, está comprobada, por el contrario la independencia original de la moral con respecto a la religión. Porque ésta nació, en realidad, como reacción primaria ante el despliegue de fuerzas hostiles. La necesidad de protección frente a los factores geográficos, las enfermedades, los enemigos o el deseo de lograr determinados propósitos, como el alimento necesario. Su origen prístino, como ya señalara el napolitano Vico en el s. XVII y, mucho antes que él, en el I, el poeta latino Estacio, en *La Tebaida,* fue el terror, el pánico. Escribió Vico que las cavernas protegieron contra las primeras iras de Dios, que son las tempestades, y que, en esos refugios, comprendieron los hombres primitivos que había una fuerza brutal que no podían doblegar, lo que hizo nacer el temor como forma de relación entre el hombre y lo sobrehumano que le sobrepasa. Eso hizo surgir el deseo de protegerse mediante determinadas prácticas. Y, como lo propio ocurre con el hambre, la enfermedad, el miedo, los animales salvajes, otros grupos humanos o la muerte, se imaginaron fuerzas cuya simpatía era necesario captar a través de ritos y sacrificios destinados a aplacarlas, que se fueron transmitiendo de generación en generación. Al mismo tiempo, se dotó a los seres vivos u objetos inanimados con que convivían, de cualidades sobrenaturales.

Estos sentimientos mágicos que nacen del deseo de contrarrestar los efectos nocivos de las leyes naturales, se remontan a las más viejas concepciones, basadas en la eficacia de los movimientos que se efectúan, ante de que aparezcan los héroes y los espíritus. Tienen de común con los religiosos, la esperanza de que determinada forma de actuar evitará los peligros y asegurará los éxitos. Si se discute si la religión nace o no de la magia, lo que es evidente es que ambas son manifestaciones de la mentalidad primitiva y están estrechamente ligadas. La magia cree en energías misteriosas que el hombre puede dominar en su provecho, mediante palabras, acciones u objetos, que producirán el resultado deseado si se aplican correctamente. La religión reconoce la existencia de uno o varios

seres espirituales a los que se puede recurrir mediante ruegos o un comportamiento adecuado.

La experiencia tarda mucho en desmentirlas porque siempre se encuentra una explicación para conformarlas a las negativas de la realidad. Recordemos el caso de los hijos de Clodoveo y los esfuerzos de la Iglesia por mantener una creencia obsoleta. Ello es común a todas las creencias, porque responden a similares reacciones humanas ante situaciones semejantes. De todas formas, tuvo que llegar un momento en que se comprobó, al menos por parte de una sociedad, que los ritos mágicos no siempre producían los resultados previstos y se comprendió que las cosas dependían en mayor medida de fuerzas superiores que explicaban los fracasos.

Pero, sean de origen común o paralelo, se entrelazaron por la tenacidad del rito consolidado por la tradición. La magia no fue eliminada por la religión, sino que la impregnó no sólo entre las sociedades más primitivas, sino también, como se ha visto, en la liturgia cristiana, en la que numerosos ritos a los que el dogma ha buscado nuevas justificaciones, no se explican más que gracias a la magia de que derivan. Porque la religión condena el rito mágico cuando, como en la brujería, compite con ella; pero le añade a sus propias prácticas cuando puede someterlo y sacar partido del prestigio de que disfruta entre las gentes sencillas. Las medallas y estampas son simples amuletos; tocar y besar las imágenes, restos mágicos también. Pero nunca hubieran mantenido el prestigio de que siguen gozando si no respondieran a necesidades reales y no fueran el resultado de inclinaciones permanentes de la naturaleza humana.

Se comprenderá mejor esta similitud de las reacciones humanas si se tiene en cuenta lo que ocurre con los animales. Llegan al mundo dotados de un repertorio de movimientos, aptitudes y modos de comportamiento, de capacidades innatas de aprendizaje comunes a cada especie, que aseguran su defensa y perduración. Pues lo mismo ocurre con el hombre, incluso en su comportamiento social. Lo que, dicho sea de paso, aboga contra el castigo abstracto individual que predican las religiones. Mucho de lo que recibimos no se adecua a la vida moderna, como tampoco a las situaciones personales. Por ejemplo, el tímido movimiento de ocultar el rostro, se da también entre los ciegos de nacimiento. Muchas de nuestras formas de pensar y juzgar se basan en mecanismos innatos. También las normas éticas. La fidelidad, la amistad, la valentía, el espíritu de sacrificio, el odio a lo extraño, el amor a la sociedad y a la tierra en que se nació o se vive, al cónyuge o a los padres y de éstos a los hijos, se repiten desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Como muchas de las reacciones morales racionales. El género humano aparece dotado también para la compasión y el altruismo. Como para ser manipulado por estímulos simples para provecho de propagandistas y demagogos.

Pues bien, la moral se practica como resultado de esos instintos positivos que mueven el hombre. Como ocurre entre los animales, que no tienen religión,

como hace tiempo ha sido señalado. Algo que impactó en mis años mozos fue la solidaridad mostrada por una pareja de gallináceos de Guinea con los otros animales del gallinero de mis tíos, en el curso de unas vacaciones. A los chillidos de un conejo que había capturado y parecía habar adivinado su destino, se lanzaron sobre mí, alas desplegadas, y no cejaron en su empeño hasta que prudentemente lo solté. Las ocas cumplen, como los perros, papel de guardianes. Y los sentimientos de estos hacia sus dueños son harto conocidos[12].

Puedo aportar mi experiencia personal, que es la de tantos ex-creyentes, a los que no ha hecho peores, sino en ocasiones todo lo contrario, el abandonar la creencia. Pues si antes hacíamos el bien y evitábamos el mal fundamentalmente para ganar el paraíso y escapar del infierno, como retribución, hicimos después ambas cosas por el bien en sí mismo, que es una forma de hacerlo superior a la religiosa, porque no reclama recompensa, sino que se satisface con el resultado: por la compasión que inspira el dolor ajeno, por simpatía y solidaridad hacia nuestros semejantes. Aunque pueda no ser el caso de todos. Pero, para ellos, también hay remedio, cual se verá.

Así, pues, los móviles religiosos no tienen al principio impulsos morales, sino egoístas, de miedo y defensa, por instinto de conservación. Por eso las religiones más primitivas no tuvieron más que dioses del mal. Tantos como fuerzas de la naturaleza que habían sido tipificadas. Luego se percibió que unas eran más fuertes que otras y se distinguieron los dioses superiores de los inferiores, que fueron desapareciendo. Sólo cuando las conquistas sobre el medio fueron reduciendo peligros y amenazas aparecieron los dioses buenos, a los que se atribuyeron esos progresos. Pero esta nueva concepción seguía siendo egoísta y relativa. Por ejemplo, será bueno el que favorece la caza, en las acciones beneficiosas o en la victoria sobre el vecino. Punto de vista que no sería el de las víctimas o derrotados. Y seguimos pensando así: para nosotros, el perro es bueno y el tigre, malo; pero el tigre sólo trata de satisfacer sus necesidades más perentorias de la única forma que sabe hacerlo. Como hace el hombre, el máximo depredador de la naturaleza, para satisfacer las suyas.

A medida que los grupos humanos fueron evolucionando, fueron surgiendo formas más elevadas, se crearon dioses hechos con las manos, imágenes de temores y deseos, y se menguaron las ansias con su culto y servicio. Y aparecen las religiones agrícolas y las urbanas de carácter social. Entonces fue cuando se manifestó la moral.

Frente a los conflictos que planteaba la convivencia, los espíritus más inteligentes y elevados buscaron y encontraron soluciones. Pero como no todos los miembros de la colectividad alcanzaban ese nivel y la mayoría seguía sujeta a

[12] Kropotkin, en su obra sobre el apoyo mutuo como tactor de evolución, citó el ejemplo de las hormigas, que forman una bola para poder atravesar un río, protegiendo las que están fuera a las que están dentro, hasta sacrificarse. Podrían multiplicarse los ejemplos.

los instintos primarios, se apeló a la vía de la coacción. Mas como ésa no alcanzaba a todos los casos y situaciones, se abrió paso la idea de que sólo un ser todopoderoso y omnipresente podía asegurar el cumplimiento de esas normas, amenazando a los infractores con terribles e insoslayables castigos. Entonces fue cuando la religión se convirtió en instrumento de la moral.

Lo primero que se ve con claridad es la aparición del sentimiento de justicia y defensa del grupo o de la parte prevaleciente del mismo como fundamento de la vida social. El temor a castigos de los que no se puede escapar como se escapa a los de las manos de los hombres, mantiene la obediencia de la mayoría y la cohesión del grupo. Los atropellos que se sufren y claman venganza, elevados a un plano superior, se extienden a los demás, en un sentimiento de reciprocidad en las mentes más claras. Porque se ve que eso contribuye a mantener la paz interna. Así, cuando empieza a manifestarse una diferenciación entre los integrantes del grupo inicialmente igualitario, o cuando se han perdido los apoyos, se apela a la religión. Producto del conjunto de móviles egoístas y altruistas y de los que participan de unos y otros, como los altruistas dentro del grupo, y egoístas en relación con los grupos extraños.

Pero, aunque lo parezca, no hay que ver en ello una invención plenamente consciente, aunque tampoco haya que descartarla por completo. Es el resultado de creer que ahí está la verdad, algo que surge por la fuerza de las cosas: al que se le ocurre la argucia, en muchos casos, cree en ella. Radin cuenta la siguiente anécdota recogida por P. Rodríguez: un winnebago se atrevió a afirmar que no creía en los poderes de la más temible divinidad de su pueblo; poco después, se le apareció ésta, llamada Dador de Enfermedad, y le señaló con el dedo, lo que implicaba la muerte instantánea; pero el hombre resistió y la deidad le pidió que se muriera para que la gente no se riera de ella[13]. En esta mezcla de superchería y creencia reside su fuerza.

La primera idea nueva que surge en el más inteligente, se considera, por parte de él mismo, como una gracia de la divinidad, que puede provocar una mayor o menor exaltación, ya referida. La mayoría de las prácticas religiosas de los prealfabetos, suponen que esa preeminencia requiere cualidades tan extraordinarias que sólo son posibles a los que poseen un don otorgado por la divinidad. Los éxitos que ese conocimiento proporciona a tal miembro del grupo le eleva sobre los demás, cuya confianza en él se acrecienta, llevando a la especialización de brujos y hechiceros.

Pero cuando ese conocimiento es compartido por más de un individuo, la solidaridad entre ellos va formando el germen del núcleo sacerdotal que concentrará el saber de la colectividad hasta convertirse en casta monopolizadora de ese saber, la cual, para asegurarse su hegemonía y supervivencia, se hará pasar más o menos conscientemente por intermediario entre la divinidad y el

[13] Figuró con anterioridad en el vol. 1 de la *Historia del pensamiento social, de* Barnes y Becker (traducción española del FCE, 1945. p. 55).

resto de la sociedad. Su supremacía se afianzará por su mayor capacidad y los éxitos que les proporcionen esos conocimientos que ocultan a los demás.

Pero, en la vida del grupo, no sólo es cuestión de conocimientos, sino también de fuerza, vigor y valentía, en tomo a cuyas virtudes se va configurando el poder de carácter político. En ese momento pueden ocurrir dos cosas: el dirigente o núcleo prevaleciente incorpora las funciones sacerdotales para fortalecer su seguridad, o establece una comunidad de intereses con la casta sacerdotal. Sin embargo, al hacerse más compleja la sociedad, por el enriquecimiento y mayor diversificación de las relaciones del grupo, el nexo primitivo, como ya percibiera Ibn Jaldún, se relaja y ya no basta para asegurar la cohesión. Entonces, el apoyo moral y el anhelo de dirección hacen surgir el concepto de una divinidad que, como el gobernante, ampara, dispone, castiga y recompensa. Como la admiración de que se rodea a quienes reúnen cualidades superiores se atribuyen a elementos sobrenaturales, aparecen los dioses personales, que van relegando a los otros a medida que se acumula más poder. El poder político concentrado en una sola persona generará el dios superior a los demás. Si esa colectividad somete a otros grupos, los dioses de estos, se supeditarán a aquél. La evolución de las sociedades corre paralela con la religiosa. Caso típico, el ya citado de Marduk de Babilonia, que se convierte en el supremo de todo el imperio. El despedazamiento de Osiris y la reconstrucción de su cuerpo por Isis, traduce la desunión y reconstrucción de la unidad egipcia, y a medida que fue avanzando el proceso de unificación política, se fueron fusionando las diferentes deidades.

Algo común a todas las religiones al alcanzar cierto grado de desarrollo, es situar en el cielo la residencia de la divinidad, porque de allí vienen la mayor parte de las desgracias y los beneficios (lluvia, rayos, sol, etc.). Su simple contemplación provoca, en la conciencia primitiva, una experiencia impactante que equivale a una revelación, sobre todo, por su altura, que da una sensación de inaccesibilidad y perennidad, "el altísimo", como confirma la etimología misma de varios dioses.

Esa unidad del espíritu humano que vemos manifestarse en doctrina y actitudes, no es exclusiva de lo religioso. Se muestra también en el terreno lingüístico y en el jurídico y consuetudinario (la ley del talión no es exclusiva de los hebreos). Y también, como hemos visto en la Biblia, en la floración de nuevos valores que se oponen al conservadurismo de todo poder y al anquilosamiento del sacerdocio tradicional. Es el momento en que la moral se sobrepone a la religión y la obliga a cambiar. Por eso, en más de un caso, como se verá, se produce un choque, en el que la religión dominante se muestra por debajo de ese nivel moral superior. Son ejemplos, la prostitución religiosa en Babilonia, Lidia, Chipre y Grecia, la desfloración religiosa en el Cambodge y las ablaciones africanas en nuestros días. Y pueden citarse ejemplo en el propio cristianismo, como la intransigencia contra la, al cabo triunfante, tolerancia; la eman-

cipación de la mujer, la abolición de la pena de muerte, los progresos en la organización social, etc. Cuestiones todas en las que la religión y principalmente la católica, ha ido a remolque.

La adecuación de los dogmas. Pues las religiones, como los otros aspectos de la vida social, responden a la mentalidad de las sociedades que las crearon y varían según el nivel por ellas alcanzado. Así, la agricultura permitió toda una serie de revelaciones que no podían producirse en las sociedades que la antecedieron. Las transformaciones sobrevenidas en el mundo material, abren nuevos medios de abarcar la sociedad y dan un valor mágico religioso al universo. Todo lo que se produce en la vida del hombre, incluso en su existencia material, tiene su resonancia en la experiencia religiosa. Y, como ya se ha tenido ocasión de ver, la idea de Dios también evoluciona. El hombre crea unos dioses tras otros, para deshacerse de ellos cuando resultan anacrónicos.

Lo que iguala a las religiones es precisamente este antropomorfismo, lo que es lógico, puesto que son creadas por las cualidades que se perciben en la sociedad y se atribuyen al ente supremo. Lo que no constituye ciertamente un descubrimiento moderno. Ya el filósofo griego Xenófanes de Colofón, que vivió en el s. VII antes de nuestra era, había percibido, en su poema *Naturaleza de las cosas,* que la tez de los dioses de los negros era negra y su nariz chata, que los dioses de Tracia eran rubicundos y de ojos azules, y aventuró que si caballos, bueyes y leones, creyeran en dioses y tuvieran manos con que retratarlos, indudablemente darían a sus divinidades la forma de caballos, bueyes y leones. Veintisiete siglos después, aún vemos gente que no puede calificarse de inculta, que todavía se niega a aceptar esa verdad y no se atreve a invertir los términos: no es Dios quien hizo al hombre a su imagen y semejanza, sino el hombre quien hizo a Dios semejante a él. El politeísmo es una doctrina de esencia democrática, el monoteísmo se impone como reflejo de la autocracia autoritaria.

El mito es propio de aquél y los dogmas de éste, pues resultan de una abstracción. El dogma seduce a los espíritus más cultivados, el mito satisface a los otros. En el cristianismo confluyen; pero proviene de etapas diversas: cultos primitivos, Yavé, evolución moral de la sociedad hebrea con los profetas, encuentro con la filosofía grecorromana. Cuando las normas fijadas en los libros sagrados no corresponden al nivel alcanzado por una sociedad más evolucionada ni son capaces de resolver los nuevos problemas, puesto que, a causa de su mismo origen, no los conocían, se recurre a la interpretación, que se hace de acuerdo con las nuevas inquietudes y conocimientos. Pero como no todas las interpretaciones son coincidentes, surge el autoritario deseo de unidad, que se vio patente en Nicea, y no evita herejías y anatemas. De todas formas ese deseo de unidad y estabilización se hace anacrónico, como ocurre en la actualidad, aunque se mantiene incluso en las sociedades más avanzadas porque, como veremos más detenidamente, siguen vivas en ellas algunas características de la

mentalidad primitiva, en mayor o menor medida, según los núcleos y peculiaridades de cada uno de ellos.

Al principio, sólo existe una vaga y misteriosa idea de poder que servirá de crisol para la configuración de los dioses, en los que se concentrarán los ideales de la colectividad. Contra lo que pueda parecer, no es el dogma la cuna de la fe, sino la fe, como señalara Guignebert, la que produce el dogma. La vida interna de individuo queda presa entre las mallas trenzadas por la herencia de los antepasados, la memoria infantil y la educación. Los componentes extemos de la idea de Dios son las fuerzas que actúan sobre el género humano, a las que se adscribe la personalidad. Pero llega un momento en que ese origen puramente mecánico, que deja de percibirse en un grado de evolución más avanzada permite ver la inutilidad de muchas de esas ideas y prácticas religiosas, que sólo persisten en las mentes rezagadas.

Ese es el momento de los reformadores. Que fundan nuevas creencias más acorde con la evolución experimentada por la sociedad. Tal el caso de Zaratustra, Buda, Confucio (aunque la reforma de éste no tuviera carácter religioso y ni él pretendiera misión sobrenatural, de acuerdo con el mayor avance de su sociedad), los esenios, Cristo, Mahoma, los reformadores protestantes, etc. Bien que, al margen de todo ello, en el s. II antes de nuestra era, Polibio afirmara ya que esos espíritus más elevados y cultos no necesitaban de la coerción religiosa para obrar el bien.

Todas las religiones pretenden, sin embargo, encerrar los dogmas en urnas de cristal donde reposan los textos divinos; pero, para no desaparecer, se ven obligadas a evolucionar a su vez, adaptándolos a las nuevas situaciones. Precisamente a causa de esas sucesivas adaptaciones, a las que cumplidamente se ha tenido ocasión de asistir en casos claros, nunca puede saberse con exactitud lo que predicó cada profeta. El dogma se ve obligado a evolucionar a tono con el nivel cultural de la sociedad en que cuajó, porque la evolución de ésta es más fuerte y rompe la rigidez dogmática. Aunque persistan en los menos cultos con mayor fidelidad las supersticiones y creencias antiguas. Por eso, si el nuevo producto de un medio determinado trasciende a otro, necesariamente deberá adaptarse a el si quiere fructificar en el nuevo ambiente. Es lo que se ha visto ocurrió con el cristianismo paulino, sujeto a las leyes y fluctuaciones de cualquier obra humana.

Ocurre siempre, y es lo que favorece la persistencia, que lo concebido por sociedades más primitivas se trata de mantener por parte de quienes se benefician de ello apelando a la tradición, y los intereses creados tratan de mantener lo caduco. Así, las ceremonias con un sentido simbólico ya perdido, se mantienen ayudadas por la afición humana a lo formalista y ceremonial. Ejemplo muy característico ofreció Robespierre, quien, rechazando la religión, la mantuvo en forma más actualizada, en el culto al Ser Supremo. Es lo que sigue ocurriendo con la Iglesia, a la que los intereses creados y su deseo de supervivencia, la han

llevado a enfrentar la razón y el progreso de los conocimientos mediante sucesivas y tardías concesiones a las capas más cultas, y a apoyarse cada vez más en las zonas geográficas donde una parte importante de la población no ha alcanzado aún ese nivel. De ahí los tanteos del papa viajero por extenderla, vivificarla e introducirla en países donde cree el Vaticano que aún puede ser aceptada en plenitud.

El **enigma del universo.** Otra de las inquietudes que están en la base de la religión, una vez que se ha alcanzado determinado nivel, es el deseo de entender y explicar la misteriosa existencia del universo. Cómo pudo surgir algo de la nada o cómo pudo existir algo eternamente sin principio ni fin, o algo que se inicia en determinado momento sin nada que lo preceda, y de dónde surgió ese algo, ha atormentado las mentes desde los tiempos más lejanos. Y también ¿cómo puede concebirse una extensión infinita y no haber algo más allá de lo finito? Tan inconcebible es que seamos los herederos de un tiempo infinito de preparación, como que haya habido un momento sin ningún momento que le precediera, como razonara B. Russell y se pregunta cualquiera que recapacite sobre el tema hasta sentir una especie de vértigo intelectual. Es algo que, como señalara Ibn Jaldún, sobrepasa la mente humana, y que la ciencia trata tan afanosa como infructuosamente de descubrir, aunque es la única que nos puede acercar.

A llenar ese vacío acudió primero la religión, porque la mente humana no se resigna al vacío, y se forjaron, para llenarlo, la mayor parte de las teogonias, o generación y conjunto de los dioses, y cosmogonías, o concepciones de la formación del universo, en las que se encuentran fábulas, puerilidades y contradicciones. Porque corresponden, como el resto, al nivel cultural alcanzado por cada sociedad. Pero con características comunes que reflejan la unidad intrínseca del género humano. Y la principal de todas, esa proyección de lo que se conoce en la tierra al plano superior en que se ha colocado el objeto de la creencia. Inclinación que se refuerza, no sólo por el afán ordinario del hombre por la certidumbre, sino también por la satisfacción del logro de un resultado sin mayor esfuerzo mental. Pereza y comodidad son sus dos pilares. Y es lo que ofrece la religión: la posibilidad de satisfacer esas necesidades y anhelos de la manera más fácil, sin recurrir al esfuerzo de poner en acción la propia capacidad intelectual.

Es también lo que ha llevado a muchos intelectuales destacados en otras esferas a refugiarse en la creencia. Porque cuando uno se ve a punto de caer o ve el vacío a sus pies, busca desesperadamente algo donde agarrarse. Sólo que, como adelantara Kierkegaard, la fe es también un salto en el abismo. Quien habite en una ciudad importante tiene la oportunidad de visitar un planetario para hacerse idea de la inmensidad de la parte del cosmos que tenemos a nuestro alcance y adquirir conciencia de la infinita ridiculez de los dogmas religio-

sos. Lo que, sin embargo, es una insignificancia al lado de los tantos millones de estrellas y de decenas de millones de galaxias en permanente y rápida expansión, que permiten percibir sólo en parte los telescopios más potentes.

Cuando la explicación religiosa comenzó a mostrarse in-satisfactoria, trató de llenar ese vacío la filosofía. Que, desde Aristóteles, tras diversas elucubraciones, se contentó, en el fondo, con remontar a la causa primera de todas las cosas, donde se fusionaba con una especie de religión evolucionada.

Lo que es una forma de rehuir el problema y no de resolverlo. Como tampoco lo resuelve la explicación esférica de la extensión de un universo infinito, que últimamente se cree que es plano. Porque ¿no hay nada más allá del plano de la esfera? Ni la eternidad de la materia, que no hace más que trasladar el problema.

Pero, como apuntara Rostand, "no hay prueba por el horror" y nada justifica "creer que una cosa existe porque sería demasiado horrible que no existiera." Y es que el hecho de que algo no sea inteligible, no da derecho a conjeturar lo absurdo. Por eso debemos contentamos con lo que va descubriendo la ciencia. Que nos dice que ese Dios que tantos adoran, no existe. Y que el hecho de que no sepamos con qué sustituirlo, no debe hacemos refugiar en la religión, que tampoco la sabe y sólo lo imagina sin ninguna base real.

La perduración de la creencia. Esa reticencia que sienten la mayoría de los seres humanos por el pensamiento continuado y difícil es lo que ha permitido que las creencias religiosas se mantengan y pervivan aún por mucho tiempo. En general, los mitos mantienen su influencia por el gusto general a contar y oír contar, y la presión social. Y esa persistencia se explica porque incluso entre los más cultos sobreviven, en el inconsciente, algunos modos de pensamiento primitivo. Por eso los valedores de las creencias tradicionales se muestran siempre al acecho de cualquier circunstancia favorable para apuntarse una recuperación en su permanente retirada ante el imparable avance de la ciencia, puesto que el dogma sólo puede mantenerse allí donde aquélla no lo ponga en entredicho. Como ocurrió, por ejemplo, cuando la física descubrió el perturbador abismo del mundo de lo infinitamente pequeño. Lo tipificó B. Russell (77): "En tiempos recientes, la mayoría de los físicos y eminentes biólogos, han hecho declaraciones afirmando que los avances últimos de la ciencia desaprueban el viejo materialismo y tienden a restablecer las verdades de la religión. Las afirmaciones de los científicos han sido, por lo general, vagas y han tenido el carácter de ensayo. Pero los teólogos se han apoderado de ellas y las han propalado", de tal forma, "que el público general ha sacado la impresión de que los físicos confirman prácticamente la totalidad del libro del Génesis. En primer lugar, los hombres de ciencia no han dicho la mitad de lo que se les ha atribuido y lo que han dicho para apoyar las creencias tradicionales religiosas, lo han dicho, no con el carácter de defensa prudente y científica", sino obedeciendo en mayor medida a

móviles extracientíficos e incluso extrarreligiosos, pues lo hicieron "en su condición de buenos ciudadanos ansiosos de defender la virtud y la propiedad. La guerra y la revolución rusa han hecho a todos los hombres tímidos, conservadores, y los profesores son generalmente tímidos por temperamento." Y remató diciendo que, aunque el escepticismo pueda ser doloroso y estéril, es, por lo menos, honrado y, aunque fuera una fase transitoria, "no es posible escapar a ella retomando a las destartaladas creencias de una época estúpida." (76)

Con esto queda parcialmente respondida la pregunta que muchos se formulan: si todo eso parece tan cierto ¿por qué hay tantos hombres de ciencia que siguen creyendo en Dios y la religión? Cabe hacer una precisión inicial: creer que hay una fuerza desconocida que mueve el mundo y puede llamarse energía o cualquier otra cosa, sin especificar sus cualidades y condición, no es lo mismo que creer en el Dios bíblico, cristiano o de cualquier otra creencia, ente personalizado y con particularidades que se pretende conocer.

Observando en seguida que no todos los que dicen creer en Dios son sinceros o creen en la totalidad del dogma, que, en la mayoría de los casos desconocen. Unos, científicos o no, aparentan creer por rutina; otros, para seguir la corriente por miedo a diferenciarse de los demás; otros, por entender, como pensara Polibio, y también Voltaire, que mantener la creencia es un factor de cohesión social, o por ver en ella la mejor defensa de sus intereses, manteniendo al pueblo sujeto mientras disfrutan tranquilamente de sus privilegios. Un ejemplo: en el segundo período republicano español, como un ministro católico de Agricultura apoyara su concepción de reforma agraria (bien que más moderada que la aprobada por las Cortes Constituyentes) en encíclicas papales y textos evangélicos, el diputado tradicionalista Lamamié de Clairac, replicó que si ello era así iban a tener que dejar de ser católicos. Otros siguen creyendo por el temor a las ideas inculcadas en la infancia que, por inercia mental, no se toman el trabajo de analizar de manera razonable, aunque sean científicos. Pues, en la actual compartimentación del conocimiento, muchos son los sabios que no aplican el método propio del sector concreto de sus estudios e investigaciones a las otras ramas del saber, y dan por bueno todo lo que se les ha enseñado al margen del mismo. Si aplicaran con rigurosidad el método científico en el campo de las creencias religiosas y no se asustaran ante las conclusiones que alcanzaran, es seguro que dejarían de creer. Como se verá con un contundente ejemplo.

Por eso el progreso de las conciencias es irregular, pues, contra la afirmación de la Iglesia de que el género humano, procedente de Dios, decayó al mundo y al mal para salir de él muy difícil y lentamente, lo cierto es que el hombre va dejando su condición animal y elevándose por los progresos de la ciencia, la educación y la comunicación. Y esa elevación necesariamente irregular en el ámbito geográfico, depende también de los temperamentos y circunstancias individuales. Los más desvalidos ante las dificultades de la vida tropezarán con más obstáculos para desprenderse del asidero de la religión. Y la

gente simple y más desprovista de conocimientos, que se siente inclinada a magnificar lo maravilloso y creer en los absurdos si se presentan rodeado de una pátina milagrosa, se esforzará en negar contradicciones y fantasías y en probar que no existen, porque parten de lo absoluto, de lo que creen verdades inmutables, que no se detienen a examinar ni confrontar. Un ejemplo que ilustra la irracionalidad de la creencia sobrenatural, es la tan socorrida frase de "gracias a Dios". Una persona pasa por mil sinsabores, ve en peligro su vida y, al final de la peripecia, agradece a Dios haber salido airosa. Pero no le reprocha (lo que seria lógico hiciera si cree que todo depende de su voluntad) que le haya hecho pasar por tal desventura y padecimiento, a menudo sin merecerlo. O, habiendo pasado por una catástrofe causante de muchas víctimas, agradecerle haberlo salvado, plenamente insensible ante los que perecieron. O la frecuente reacción que comentaba un galeno descontento: si el paciente se salva es gracias a Dios, si muere, es culpa del médico. Todo como si Dios, si realmente existiera, debiera ocuparse de las menores menudencias.

Y es que se parte de lo absoluto, de lo que se creen verdades inmutables, cuando no son más que conclusiones extraídas de afirmaciones falsas, creyendo que cerrarse en ellas es cumplir la voluntad de Dios, sin percibir que esa voluntad y esas afirmaciones no son más que las de hombres que vivieron hace muchos siglos, que esa fe pertenece a la infancia de la humanidad, cundo se carecía de los conocimientos y la experiencia que se tienen hoy.

Pero como los más desvalidos necesitan protección y, si no la encuentran en la sociedad o las tribulaciones de la vida, la buscan en las supersticiones y la religión, el proceso será largo. Sobre todo, porque las ideas religiosas son imbuidas en el niño o el adolescente de temperamento más maleable, carentes ambos de una cultura básica en el momento en que el espíritu se abre a la vida de las ideas y, deslumbrados por el fasto y teatralidad de las ceremonias, adoptan como artículo de fe el primer libro sugestivo que cae en sus manos y se trazan una ruta limitada para el resto de su vida que, en la mayor parte de los casos, no tendrán ya ocasión de cambiar. De esta madera están hechos los fanáticos, no sólo religiosos, sin también ideológicos de credos totalitarios, que tantos ríos de sangre han hecho verter a la humanidad. Tal fuerza tienen las ideas inculcadas en la niñez, que muchos de los que llegan a sacudir la traba que coarta su pensamiento y su despliegue vital, vuelven a caer en sus redes. Ha ocurrido y seguirá ocurriendo que más de un convencido vuelve y volverá a la larga al redil, a veces al enfrentar una adversidad, por inercia mental o por la fuerza de la profunda sedimentación de la antigua prédica.

Será también largo el proceso porque, en su constante retirada ante los embates de la ciencia y la civilización, la religión en general y la Iglesia en particular, disputarán el terreno palmo a palmo y de manera desigual. Abandonando las viejas y desacreditadas creencias sólo dónde y cuándo les sea de todo punto imposible mantenerlas, por mucho que las haya abandonado ya la jerarquía.

Como se vio aún se sostiene aquí y allá que la Biblia está de acuerdo con los más modernos conocimientos científicos. Claro que tan sólo en forma global, porque, como se ha visto, sería fatal entrar en precisiones. En todo el mundo se sigue festejando, con plena anuencia de la Iglesia, el 25 de diciembre como la fecha real del nacimiento de Cristo, aunque ya haya reconocido públicamente su falsedad al nivel de sus jerarquías y en forma cada vez más extensa. Se ha desmantelado el cielo a la vista de su evidente vacío; pero se sigue clamando por él. Se ordena el desprecio de los bienes materiales y se sigue predicando que es pecaminoso amarlos (aunque, según sus premisas, son también obra de Dios); pero la institución sigue amasándolos en forma creciente y los defiende con ardor, incluso olvidando una de sus metas más pregonadas, la caridad, como se ha tenido ocasión de ver.

De ese calculado y parcial retroceso podrían citarse numerosos ejemplos, pero me limitaré a uno del que fui testigo. En el verano de 1996, Juan Goytisolo, en un artículo sobre los mitos fundamentales de la nación española publicado en El país de Madrid, mostró la falta de motivos plausibles para trasladar el sepulcro del apóstol Santiago al tan lejano Finisterre gallego, y lo oportuno de su *milagroso* descubrimiento. En lo que se quedó algo corto, pues, siguiendo a Américo Castro, precisó que católicos eminentes, como el jesuíta Mariana, lo habían puesto en duda en el s. XVII. Ya que, en realidad, lo que hizo, al fin, fue aceptarlo, alegando que, aunque no se conocieran las razones, no podía caber duda de que cosa tan grande no se hubiera recibido sin razones suficientes. Pero es que, antes que él, en el s. XVI, había rechazado de plano la leyenda alguien tan encumbrado como el cardenal Baronio, entre otros. Pues bien, no obstante haber sido refutada la leyenda en el propio seno de la Iglesia hace más de cuatro siglos, días después de haber aparecido el artículo, en programa muy sensiblemente conducido por Carmen Sevilla, el clérigo encargado de guiarla por la catedral de Compostela, afirmó, con despampanante desenvoltura, que, en el sepulcro que mostraba, se encontraba efectivamente el cuerpo del apóstol. El mismo al que la belicosa tradición eclesiástica bautizó Matamoros (que con ese objeto "apareció" el sepulcro), y con quienes cabe imaginar que debió verse obligado a reconciliarse durante la "cruzada" de Franco, que se valió de los descendientes de esos execrados musulmanes para imponer la fe católica en España. Y el mismo Vaticano, soslayando lo probado por su erudito correligionario, organiza periódicamente masivas y jugosas peregrinaciones mundiales a la tumba donde no se encuentra la osamenta del apóstol, dando por bueno lo que sabe no ser cierto. Como la promocionada en 2004, que ofreció la estampa del rey besando la estatua del santo y suplicándole que ayudara al país a erradicar el terrorismo.

En suma, sólo se abandonan los caducos dogmas donde no pueden seguirse sosteniendo sin sonrojo; pero se mantienen en los lugares más crédulos mientras pueden ser rentables. Ejemplo flagrante de esta dualidad se ofreció, en vís-

peras de la guerra de España, en la aldea guipuzcoana de Ezquioga, con unas supuestas apariciones de la Virgen. La literatura cristiana es pródiga en relatos semejantes, aunque su descrédito ha llevado a la Iglesia a ser más discreta, sin renunciar a explotarlos cuando el interés apremia, como en Fátima. Pues bien, impulsadas por el jesuíta Laburu, que se hizo famoso en Madrid por sus sermones seudoincendiarios, preñados con ribetes de justicia social para atraer a las multitudes que desertaban las iglesias, se produjeron esas "apariciones ". Han sido llevadas al cine en 2001, con el título "Visionarios", recordando que, una vez ganada la guerra, estos iluminados, convenientemente manipulados entonces, fueron encerrados en un manicomio por las muy católicas autoridades franquistas.

Ya se ha mencionado la campaña eclesiástica llevada a cabo en ese país a favor de la libertad de enseñanza para las congregaciones religiosas, ahogada por esos mismos elementos cuando pudieron imponer su dictadura. Pero demos paso a Femando Savater para que abone aún esa dualidad en su *Diccionario filosófico:* "Si nadie les coarta ni se les enfrenta, saben ser perseguidores y aún verdugos; pero en cuanto fuerzas sociales ponen en entredicho su prestigio o recortan sus privilegios, se transfiguran de inmediato en víctimas del 'materialismo' reinante." (307) Y poco antes había dicho: "A quien denuncia con firmeza los manejos para influir indebidamente en asuntos civiles legislación, educación, etc.- se le suele acusar ahora de anticlerical 'trasnochado', como si, por el contrario, la fe y la obediencia, que constituyen el núcleo de toda iglesia, representasen la cima emancipadora /.../ de la modernidad; paralelamente resulta de mal tono filosófico insistir, no ya en los daños producidos por los dogmas religiosos /.../ sino en su inconsistencia e intrínseca falsedad, pues /.../ no hay bobo que no ponga los ojos en blanco de gusto al oír hablar del retomo de lo religioso y no hay bribón que se prive de asegurar, al menos una vez en la vida, que sólo Dios puede salvamos."

Cuando justamente el pensamiento religioso ha constituido y seguirá constituyendo la mayor remora para el progreso, puesto que un sistema basado en una supuesta revelación que proviene de tiempos pasados o que lleve la existencia de Dios hasta sus últimas consecuencias, necesariamente debe ser hostil a la búsqueda de la verdad. Porque, al creerse en posesión de la verdad absoluta, se tendrá que pensar que todo lo que contradiga cualquier parte de esas premisas, no sólo es peligroso, sino perjudicial. Y, como observó J. Huxiey (307-308), cuando se adora a un dios semejante a uno, se le sacrifica gran parte de los recursos en los altares y se puede llegar a matar a los semejantes para acallar sus pasiones. En lo que no hay vaticinio ni exageración alguna, pues es lo que ha venido haciendo y sigue haciendo la Iglesia donde puede. Y, cuando -prosigue Huxley- se cree en una revelación divina, se piensa contar con una visión perfecta de todos los grandes problemas y quemarán jubilosos a quienes piensen lo contrario, o se enzarzarán en violentas guerras en defensa de esa cer-

tidumbre. Sólo cabrá reconocer que la historia, incluso la más reciente, como se ha visto, ofrece múltiples ejemplos de ello. Cuando se adora a un dios absoluto y personal, sigue diciendo Huxley, se niegan ideas derivadas del estudio de la naturaleza, por estar en conflicto con esas verdades inmutables, y se tiende a un espíritu aquiescente, en la creencia de que tal pereza mental y espiritual es hacer la voluntad de Dios. Todo un sabio como Leibniz (1646-1716) atacó el descubrimiento por Newton de la ley de gravedad, simplemente porque subvertía, no sólo la religión revelada, sino también la idea que se tenía de religión natural. Ya en pleno siglo XVIII español, cuando el país pugnaba por sacarse la camisa de fuerza en que la Iglesia le tenía amarrado, el clérigo Luis de Flandes negó el atraso de la medicina arguyendo que Adán había recibido de Dios todos los conocimientos y los había transmitido a sus sucesores.

Ya debe parecer claro a los que aún no lo hubieran percibido, que donde y cuando dominan los componentes más primitivos de la religión y, aunque en menor medida, en esferas más elevadas cuando lo instintivo y emocional no son frenados por la reflexión y el raciocinio, éste se convierte en una fuerza malsana que puede llegar a ser cruel. Y que esos elementos corresponden a la infancia de la humanidad, cuando la ciencia estaba en pañales, y que la razón, tan vilipendiada en las esferas eclesiásticas por esa causa, es propia de la humanidad madura y emancipada. No debe perderse de vista (y quien dude de ello puede comprobarlo) que, durante los siglos y en los lugares donde se supone que la fe ardió y arde aún más vivamente, no puede decirse que la humanidad haya sido más feliz o se haya sentido simplemente satisfecha. Y que ha ocurrido todo lo contrario allí donde ha sido desplazada en mayor o menor medida por los avances de la ciencia y la razón.

Lo sabe muy bien la Iglesia, siempre propensa a ver la mano de Dios en cuanto carezca, por el momento, de explicación científica satisfactoria, y dispuesta a identificar la conciencia de sus intereses terrenales con los deseos divinos, consciente de que cuanto más extensos sean los campos en que la ciencia vacila o no llega, mayor será su poder. Lo que ciertamente no es exclusivo de ella. La destrucción de las torres gemelas de Nueva York, en nombre de Alá, y las guerras santas predicadas por tantos fanáticos de los más diversos credos, son buen ejemplo de ello. Y lo es también la afirmación de un célebre pastor norteamericano, quien, parodiando al cardenal Velasco, al día siguiente de la catástrofe mencionada, se atrevió a ver en ella un castigo del cielo por la proliferación de la homosexualidad y las costumbres licenciosas de nuestra época y principalmente en la ciudad. Algo parecido dijeron también otros aprendices de profetas atrabiliarios con respecto al sida.

El declive inevitable. Pese a los esfuerzos tartufescos que se ha visto emplear a la Iglesia para rehuir la parte más insostenible de la Biblia y los aspectos más rebarbativos del dogma, retorciendo textos e ideas para hacerles decir lo

que no dicen y defendiendo lo que aún cree poder mantener, y cualesquiera sean los malabarismos verbales a que recurra para lograrlo, ya no puede ocultarse a cualquier cabeza medianamente desprejuiciada, que los sucesivos retrocesos, rectificaciones y peticiones de perdón a que se ha visto obligada en los últimos tiempos, principalmente por boca de su máximo representante, diluyen su pretensión de ser depositaría de la revelación divina. Y, consiguientemente, la de creerse con derecho a condenar cuanto se le oponga en un momento determinado y pueda aceptar un tiempo después. Sin contar con que su larga historia, de la que algunos flecos se han mostrado en este libro, la ha hecho perder toda autoridad moral para dictar normas a nadie ni autoproclamarse paradigma de nada.

Habrá parecido claro también que, aun admitiendo que su acción y su doctrina hayan servido realmente de paliativo a los desbordes humanos en distintas épocas, resultan un acicate para otros desbordes, igualmente nocivos por lo menos. Hoy es cada vez más cierto que la moral se independiza de la religión, la supera e influye en su perfeccionamiento, como producto de sociedades más adelantadas que las que dieron origen a sus dogmas. Porque, si hubo un tiempo en que el sentimiento religioso fue en amplios sectores sincero, y respondió a una necesidad, en nuestro tiempo, sin descartar la sinceridad en buena parte del conjunto de fieles, por lo que tiene que ver con la jerarquía, se trata fundamentalmente de defender los intereses muy terrenales de la institución que dirigen.

El descenso de la fe se hace palpable en múltiples esferas. Un creyente gallego interesado en determinada imagen, me confiaba su extrafíeza de que en el Levante español estuvieran convirtiendo las iglesias en museos. Pero trasciende la propia esfera eclesiástica. En un viaje efectuado hace unos años por Inglaterra vi con relativa frecuencia templos protestantes en venta, incluso con vistas a convertirlos en restaurantes. En un plano más general, una encuesta de Gallup del año 2.000 dio como resultado que Europa es el continente menos religioso del mundo[13]. Pero si cruzamos el Atlántico y enfocamos nuestro lente sobre los Estados Unidos, que pasa por ser uno de los países más religiosos del planeta y donde tanto proliferan las sectas más diversas, nos encontramos con una muy ilustrativa realidad. En una encuesta efectuada en 1914 entre los más destacados hombres de ciencia, un 27,7% declaró creer en Dios y un 35,2%, en la inmortalidad. En 1998, una encuesta similar efectuada por el departamento de Historia de la universidad de Georgia, arrojó que sólo un 7% seguía creyendo en Dios y un 7,9% en la inmortalidad. Mayor era el número de físicos creyentes que el de biólogos, y el de los matemáticos no superaba el 14%. En suma, una ínfima minoría. Y es que, como comentó Peter Atkins, científico de la universidad de Oxford, en relación con la encuesta: "Uno puede ser un científico y tener ideas religiosas. Pero no creo que pueda ser un verdadero científico en el sentido más profundo de la palabra, porque son dos categorías del conocimiento ajenas entre sí."

De ahí el propósito de Benedicto XVI de recuperarlo.

Esta realidad angustia de tal forma a la misma Iglesia que ha llegado a reconocer públicamente su desazón. Lo revela el siguiente comentario de la Biblia del 95 en el preámbulo a la apocalíptica visón del libro de Ezequiel, tras preguntarse si sus palabras no se aplican también a la crisis actual. "Esta ha perdido en pocos anos la fachada imponente que constituían, para ella, sus templos y ceremonias concurridas, la práctica mayoritaria del pueblo, la fidelidad de su clero, presente en todas partes, la seguridad de una fe indiscutida y de una obediencia de todos al centro, Roma. Muchos esperaban que la renovación empezada por el Concilio diera pronto frutos; pero cada día se deshace más lo que parecía asegurar el porvenir." En esa zozobra es en la que hay que ver los desesperados intentos por acercarse a las otras confesiones, incluso no cristianas, para recuperar la fuerza que están perdiendo por separado, y los no menos desesperados esfuerzos aludidos de Juan Pablo II, con la esperanza de que una mayor penetración en los países más permeables compense las pérdidas sufridas en bs más avanzados. Como su petición de noviembre de 2001 al clero, de que suplique a Dios que haya nuevas vocaciones, y que los rezos encaminados a ese fin sean más frecuentes en los lugares en que haya más penuria de sacerdotes. Todo lo cual no ha impedido que el porcentaje de católicos en la población mundial, durante su pontificado, haya descendido de un 17,4% a un 17,3%. Y que en país tan católico como Polonia, sólo un 10% de los feligreses aprueba la acción de la Iglesia en su totalidad, según estadística muy reciente. Lo que no se ve, en el fondo, contrariado por el repunte de la religiosidad provocado por la política fundamentalista de Bush en las capas menos ilustradas de Estados Unidos, al tratarse de un fenómeno causado, en buena parte, por la inmigración. De ahí que insistiendo en muchos de sus errores, como parece ser la tónica predominante en la jerarquía tras la última elección papal, lo que podría salvar a la Iglesia de su irremediable caída, sino que, aplicándose la moral y la humildad que predica, se sincerara, reconociendo la falsedad de su pretensiones pasadas y actuales y que no es más que una institución humana dispuesta a bregar por la defensa de las ideas morales que son común conquista de la humanidad y que la única revelación verdadera es la de la ciencia. Esta sí, paulatina y todo lo limitada que se quiera; pero superior, incluso moralmente, a la religiosa, porque no augura lo que ignora, y más consistente que ella, por ser la única aproximación a la verdad. Pudiendo asumir un papel transitorio en esa ruta sus recientes actos de contrición.

Le urgiría hacerlo si quiere mantener al menos parte de su fuerza, porque el progreso de los conocimientos estrecha vertiginosamente su margen de acción. La creación de vida por clonación de animales, y de órganos humanos por ahora (lo que hasta hace muy poco sostenía que sólo podía hacer Dios), y el descubrimiento, en noviembre de 2001, de un planeta con atmósfera, alejado del sistema solar, son verdaderos misiles en la línea de flotación de sus creencias.

Demorar el viraje, le sería, a la larga, fatal.

No obstante, se mantiene aún lejos de ello. Lo apoya el siguiente ejemplo. El 6 de junio de 2002, el párroco de la iglesia de San Juan de Ávila de Valencia, me obligado a retractarse ante sus fieles y el vicario general del arzobispo, de las ideas expuestas en varios libros acerca del dogma. Entre otras cosas, debió decir que no había querido enseñar que el juicio final y el infierno fueran una invención de la Iglesia para aterrorizar conciencias o evitar pecados; y a admitir la posibilidad de que, al final de los tiempos, se juzgará a los vivos y a los muertos, y serán "destinados al fuego que nunca cesará" cuantos hayan rechazado el amor y la piedad de Dios. Amén de comprometerse a pedir el retiro de sus libros y no volver a publicar sin previa licencia eclesiástica. A raíz de la publicación del hecho en el Boletín Oficial del Arzobispado, varios curas progresistas se mostraron desconcertados, y E. Miret Magdalena, presidente de la asociación de teólogos Juan XXIII, censuró el 2 de abril al Vaticano por ese retroceso inquisitorial y se atrevió a afirmar que había más libertad religiosa en la Edad Media. Y la última elección papal no permite abrigar muchas esperanzas.

Pese a todo, lo que no cabe en absoluto es sustituir esa religión debilitada, por la magia, la superstición o creencias con ribetes de modernidad, como hacen muchos, porque si ello obedece a parecida necesidad, es aún más primitivo en la mayoría de los casos, por estar cimentado en una fe aún más irracional. Lo mismo puede decirse del ilusorio anhelo de conocer el futuro a través de nuevas formas astrológicas, quirománticas, radiestesistas u otras, o extasiándose ante las amañadas profecías de Nostradamus.

Atisbos futuros. No faltará, sin embargo, quien sienta un profundo desasosiego, por ver en la desaparición de la fe religiosa el desplome de todas las barreras indispensables para el mantenimiento de la sociedad y todos sus valores. Frente a eso, a más de recordar lo dicho en cuanto el comportamiento moral humano y reconocer que la fe es fuente de magníficos ejemplos de abnegación y esfuerzos a favor de nuestros semejantes más necesitados en muy distinto órdenes, cabe afirmar que no es indispensable. Como demuestran las distintas organizaciones constituidas a lo largo de la historia, sin apoyo de ningún gobierno y hasta frente a más de uno, en defensa de los derechos humanos y del medio ambiente, y tantas otras de carácter íntegramente laico, sólo acicateadas por el instinto altruista del género humano, al que ya se ha hecho referencia; pero en lo que cabía insistir en beneficio mismo de los vacilantes. También es cierto que la fe sirve a muchos de ellos y a todos los creyentes de fácil asidero para sobrellevar las penas y dificultades de la vida. Pero es un recurso ilusorio, mientras que la ciencia ofrece el único seguro, por incompleto que aún sea, pero superior, por eso mismo, al otro en cualquier caso y circunstancia, cual se verá con mayor precisión.

De esas conquistas de la ciencia se desprende también la única moral realmente positiva, superior a todos los sistemas ideados por el hombre cuando no disponía de tantos conocimientos. Como señalara Einstein, el comportamiento debe basarse en la compasión, la educación y los motivos sociales, sin necesidad de base religiosa alguna. Pero, cuando se sobrepasa la medida, a su entender, es siempre que, desde el campo religioso, se acusa a la ciencia de corromper la moral, cuando, a través de los siglos, la religión ha demostrado su ineficacia para mejorar el comportamiento humano. Y que lo haga, como señaló un contemporáneo que no menciona, ignorando que, en esta época tan materialista, son precisamente los investigadores científicos serios, los únicos seres profundamente religiosos. Ya que difícilmente puede encontrarse un espíritu científico que carezca de una religiosidad específica propia, apoyada en "el asombro de la armonía de las leyes que rigen la naturaleza, en la que se manifiesta una religiosidad tal que, en contraposición, toda estructura del pensamiento humano se convierte en insignificante destello." Incluida, no hace falta decirlo, aunque él no lo especifique ahí, la religiosa. Y eso es así, y nadie mejor que él para decirlo, por "los esfuerzos extraordinarios que hacen falta para abrir nuevos caminos a la ciencia." Que sólo quien sea capaz de imaginarlos podrá apreciar -agrega- la fuerza del sentimiento que surge de un trabajo ajeno a la vida práctica. Únicamente en ese terreno puede vislumbrarse la única religión aceptable, ya entrevista por los estoicos, lo que el llamó la religión cósmica, la cual, como adelantara Descartes, rechaza de plano toda creencia en un ente que intervenga en la regularidad causal de los hechos para distorsionar su propio ritmo. Porque supera, en todos los órdenes, sin que valga la pena insistir, todos los sistemas de los que se esfuerzan por encontrar, al margen de esas realidades palpables, los sofismas susceptibles de mantener vivas las anacrónicas creencias que pregonan.

A este respecto, Huxley advierte que, mientras la idea religiosa parte de la cúspide, la ciencia lo hace desde la base y, aunque relativa y parcial, ha ido trepando y llegará a eliminar a la otra. Afirmación arriesgada para más de uno, que refuerza esgrimiendo la ventajosa perspectiva resultante: "No tendremos sectas que traten de explotar las inquietudes normales y las disarmonías de la adolescencia para lograr 'conversiones'; las tendencias reprimidas no serán interpretadas como la voz de un diablo personal. El miedo irracional, aún hoy el mayor enemigo de la humanidad y el más poderoso destructor de la felicidad, será transformado cada vez más fácilmente gracias a la comprensión de su curioso mecanismo y de su persistencia, al pasar de la infancia a la vida adulta, se hará susceptible de tratamiento y desaparecerá cada vez más. En el aspecto moral desaparecerá la idea de que un mandato divino nos ha proporcionado en remotas edades un código fijo y la creencia en la verdad inmutable de ciertos dogmas. Y nos encontraremos, de acuerdo con la evolución de la moral -que seguirá evolucionando- con que, por ejemplo, ya no habrá excusa para mirar las

cuestiones del sexo como algo horrorizante y odioso." (246)

Pues la experiencia y la historia demuestran que, a medida que la sociedad cambia, se modifican los impulsos y la conducta de la mayoría, por la influencia sobre el carácter de los avalares vividos. Un cúmulo de experiencias frustrantes toma desconfiado al más confiado de los seres, y viceversa. Así se cambian las reacciones de los animales sujetos a experimentación científica.

Futuro que se está haciendo presente aunque aún quede mucho por recorrer, precisamente porque la religión sigue siendo un lastre para el progreso y la emancipación de los obstáculos que traban la mayor felicidad común. Al par que la creciente inmigración que reciben los países más desarrollados de los que lo están menos, implica un riesgo cierto de retroceso de buena parte de su población hacia creencias más primitivas. Pero sin descartar el efecto contrario que es el único digno de ser apoyado, cuanto más se eleve el nivel cultural y espiritual de la humanidad, tanto más se verá reemplazada la mediación sacerdotal, como lo está siendo, por la de los poetas, artistas, filósofos, científicos y todos cuantos descubren e indagan en lo que es desconocido o difícil para el hombre ordinario. Ya se observa cómo médicos y psicólogos están reemplazando al confesor con más títulos y utilidad, sin necesidad de esgrimir el castigo, sino ofreciendo, por el contrario, una real y palpable redención personal. Y es que, como sigue diciendo Huxley, puede obtenerse, en suma, "mediación más satisfactoria de un par de metros de estantes con libros escogidos, que de una docena de sacerdotes." Pues resulta evidente para cualquiera que mucho de lo esencial en la vida religiosa y que, "en una sociedad más simple sólo podía alcanzarse mediante la plegaria y el sacrificio en la ceremonia comunal o en el culto ritual, se logra ahora, en grado cada vez más alto, y es, al propio tiempo, naturalmente alcanzado por un número creciente de gentes que no profesan ningún credo o no pertenecen a ninguna iglesia. De modo que, en lo que se refiere al lado personal e individual de la religión, muchas de las funciones de las iglesias se ven indudablemente mejor cumplidas a través del contacto directo entre el individuo y el mediador - filósofo, poeta, artista o lo que fuese - que nos proporciona la experiencia." (318-319) Y que, si aún resulta insuficiente, no deja de crecer.

Son palabras luminosas que abren una brillante perspectiva a cuantos piensan que no podrían vivir sin religión. Pero a las que se había adelantado Celso al invitar a los cristianos a remitirse a los poetas divinamente inspirados, sabios y filósofos, antes que a Jesús. (495) Cuando lo cierto es que podrán vivir mejor y más espiritualmente, contra lo que sostienen sus defensores. Porque, cuando no se trata, en el mejor de los casos, de fantasías más o menos espirituales, en la mayor parte de los otros, la tan cacareada espiritualidad religiosa, se reduce a un mero toma y daca, semejante al que ofrecía Yavé a su pueblo: si obedeces mis normas, te protegeré, o Jesús a sus fieles, blandiendo el paraíso a los que honren sus preceptos.

Con lo que, más de uno, sacrificó los placeres sanos que podía ofrecerle la vida terrenal, única de que disponía, a cambio de los falsos que se le prometían y de los que nunca habría de disfrutar. Claro que, para que todas esas premoniciones se hagan realidad, al menos para la mayoría, queda un largo camino por recorrer, muchas dificultades que vencer y numerosos y potentes intereses contrarios que doblegar. Pero mucho acortaría la caminata que nos fuéramos encaminándonos al ideal que formuló, nada menos que hace veinticinco siglos, el griego Demócrito, cuando afirmó que la única sociedad valedera es la que "ofrece a la mayor parte del pueblo la máxima dicha posible con la menor cantidad de dolor."

Claro que ese debe ser el resultado de muchos esfuerzos bregando en pro de una sociedad que garantice la justicia y la solidaridad entre todos sus integrantes, en la que cada uno sea libre de desarrollar sus capacidades sin perjudicar a los demás y sin admitir la ilegítima imposición de los otros, en la que nadie se abrogue el derecho de decidir por todos, por muy iluminado que se crea; en la que no haya cabida para demagogos autócratas y megalómanos, que se proclamen salvadores de la colectividad, cuando sólo desean alimentar su propia egolatría; en la que no tengan opción los falsos redentores que tanto abundan en nuestros días, y, emulando el pensamiento absolutista de Luis XIV, se creen providencial encamación del estado y tratan de colocar sus atropellos bajo la protección del anacrónico escudo de una supuesta soberanía nacional. Teniendo presente que, según estudios efectuados, las necesidades básicas del hombre son libertad e igualdad, las cuales, reunidas, generarán la fraternidad, según el clásico lema de los revolucionarios franceses del 89[14]. Trabajar en pro de esas metas debe ser tarea de todos los espíritus bien intencionados.

Pero el primer paso será la liberación de las trabas que atenazan las voluntades en nombre de falsas creencias sobrenaturales. No hay más mundo que éste en que vivimos ni otra vida que la que desarrollamos en la tierra. Por eso nuestros esfuerzos no deben perderse en pos de sueños etéreos, sino tras ideales terrenales que se plasmen en el planeta que habitamos. El inexistente paraíso celestial que se promete por la gracia de Dios, debe ser reemplazado por el que la humanidad misma ayude a forjar aquí en la tierra y al que nos iremos acercando en la medida de nuestras posibilidades y esfuerzos, preparando, en el peor de los casos, su disfrute, aunque sea parcial, por nuestros descendientes y las generaciones futuras. Esa realización dependerá de muchos empeños de todo orden y, en esa tarea, todos pueden aportar su grano de arena, pues es sobre la base de muchos de esos granos insignificantes como se forma el montón.

[14] Un informe del Banco Mundial de mayo de 2000, reveló que las sociedades igualitarias tienden a crecer con mayor rapidez, y que la respuesta para asegurar un crecimiento económico estable y la superación de las desigualdades sociales y el fortalecimiento de las instituciones democráticas está en dar a los pobres la oportunidad de participar y ser protagonistas

El propósito del libro. Tal es la razón de esta obrita, la de portar mi modesta contribución personal a esa gran tarea. Al decidirme a acometerla me asaltó la duda de si llegaría a tener algún valor práctico. Me incliné por la afirmativa reflexionando acerca de la ignorancia generalizada que existe en todos estos extremos, que pocos abordan, y recordando mi propia experiencia personal, a la que ya me he referido. Por eso, si puedo ayudar a otros a recorrer el camino que yo recorrí, me consideraré suficientemente retribuido.

Pero he de confesar, además, que otras consideraciones igualmente basadas en mi propia experiencia, me hicieron vacilar. Recordando un momento crítico de mi vida al alcanzar la cincuentena, me pregunté si, al hacer tomar conciencia a más de uno de la vanidad de su fe, lo dejaría sin asidero para enfrentar los embates de la vida. Y, por tanto, si el resultado no sería el contrario del perseguido, una mayor infelicidad. Pero, tras sopesar ventajeas e inconvenientes generales y particulares y abundando en las ideas expuestas, pronto llegué a la conclusión de que, al fin, aportaría más beneficio que perjuicio.

Por un lado, porque ayudará a desterrar el "sea lo que Dios quiera", abandonándose a una autoridad ultraterrena inexistente, en lugar de confiar a sus propias fuerzas y a la ayuda de sus semejantes bien intencionados la solución de sus problemas. Porque, fuera de eso, sólo el azar, nunca confiable, puede sustituir ese esfuerzo. La conciencia de que no hay otra vida que nos compense de las injusticias y dificultades de ésta, hace a las gentes menos conformistas ante atropellos y suerte adversa. El dinero que los fieles vierten para el mantenimiento de la Iglesia o de la multitud de sectas que pululan por doquier para beneficio de sus falsos profetas, sabiendo que es dinero perdido, podría emplearse en mejorar la situación de las clases más desposeídas o en apoyar económicamente a alguna de las organizaciones no gubernamentales que realizan una fructífera labor. Y se sacudirían una serie de prohibiciones y preceptos que no tienen razón de ser y traban un disfrute sano de la única vida de que se dispone.

Sin que esto represente propugnar el libertinaje, ya que nunca debe perderse de vista que todo exceso repercute en la propia salud y en la de nuestros descendientes, aunque varíe según la naturaleza de cada cual. Y que si no nos gusta que nos atropellen y conculquen nuestros derechos, debemos ponemos en el lugar de los otros para no conculcar los suyos. Y para exigir, en la sociedad a que pertenecemos, que se asegure una sana convivencia entre sus miembros, conscientes de que eso redundará en nuestro propio beneficio, porque nadie es lo suficientemente fuerte como para abusar de manera permanente de los demás, y esos abusos serán susceptibles de provocar, pronto o tarde, la reacción que, en más de un caso, se cobrará con exceso los que se hayan cometido. Y como, al cometerlos, se irá propiciando esa reacción, nunca se podrá vivir con tranquilidad. Cuando precisamente la tranquilidad de espíritu es uno de los ingredientes fundamentales de la felicidad. Contribuyendo a hacer entender que la regla última de vida ha de ser dar libre curso a nuestros impulsos altruistas, de

acuerdo con la condición social del género humano, cuyo triunfo final vaticinara Spencer, fundamentándolo en una mayor civilización. Al tiempo que frenamos los egoístas que a ellos se contrapongan. Al dirigir el impulso de aventura, que nos hace arrostrar peligros sin pensar en recompensa externa alguna, hacia fines positivos, no sólo para nosotros, sino para el conjunto; a orientar la necesidad de actuar, producto de nuestra vitalidad natural que nos hace escapar al aburrimiento (los animales no se aburren) hacia actividades que la favorezcan. En suma, postergando el principio de la lucha por la vida a favor del espíritu de cooperación, como preconizara Kropotkin también en su Ética con ejemplos al apoyo. Porque sólo eso nos podrá ir acercando, en una marcha de solidaridad que será larga y dificultosa, no lo olvidemos, a un mundo mejor, del que, si no nosotros mismos, nuestros descendientes puedan beneficiarse.

BIBLIOGRAFÍA DE APOYO

Baigent, M. y R. Leigh. *El escándalo de los manuscritos del Mar Muerto.* Barcelona, Martínez Roca, 1992.

La Biblia. San Pablo, Madrid, Editorial Verbo Divino, 1995. 95a edición revisada de la Soc. Internacional, preparada para Venezuela en el marco de la celebración del V centenario de su evangelización.

Biblia Sudamericana. Sociedad Bíblica Americana.

Bouché-Leclerc, A. *L 'intolérence religieuse et lapolitique.*

París, Flammarion, 1911. Cid, C. y M. Riu. *Historia de las religiones.* Barcelona, Ed.

Óptima, 2000. Dacio, J. *Diccionario de los papas.* Barcelona, Destino,

1963. Domínguez Ortiz, A. "La esclavitud en Castilla durante la

Edad Media". En: *Estudios de Historia Social de*

España. Madrid, C.S.I.C. 1952 Eibel-Eibesfeldt, J. *El hombre preprogramado.* Madrid,

Alianza Editorial, 1977.

Einstein, A. *Mi visión del mundo.* Barcelona, Tusquets, 1981. Eliade, M.- *Lo sagrado y lo profano.* Barcelona, Labor, 1967.

Faber-Kaiser, A. *Jesús vivió y murió en Cachemira.* Barcelona, A.T.E., 1976.

Frazer, J. C. *La rama dorada. Méjico,* Fondo de Cultura Económica, 1951.

Grasserie, R. de la y R. Kreglinger. *Psicología de las religiones.* Méjico, Ediciones Paviov, 1944. Guignebert, Ch. L^évolution des dogmas. París, Flammarion, 1910.

287

-.*La vie cachee de Jesús.* París, Flammarion, 1921. Huxiey, J. *Ensayos de un biólogo.* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1943.

Ibarreta, R. H. de. *La religión al alcance de todos.* Barcelona, Danieles libros, 1987. Numerosas ediciones.

Kramer, S.A. *La historia empieza en Súmer.* Barcelona,1974.

Loisy, A. *El nacimiento del cristianismo.* B. Aires, Argos, 1948.

Malvert. 'Origine du christianisme'. En: *Science et religión.*

Messadié, G. *El hombre que se convirtió en Dios.* Barcelona, Martínez Roca, 1988.

Michel et Peeters. *Les évangiles apocriphes.* París, 1911-14.

Nueva historia de la Iglesia. Vols. 1 y 2. Madrid, Ediciones Cristiandad. 1982-1983.

Orígenes. *Contra Celso.* Madrid, Editorial Católica, 1967.

Puech, H.C. *Historia de las religiones.* Madrid, S. XXI, 1977.

Rodríguez, P. *Mentiras fundamentales de la Iglesia Católica.* Barcelona, Ediciones B, 1997.

Rostand, J. *Pensées d'un biologiste.* París, Gallimard, 1964.

Russell, B. *El panorama científico.* Santiago de Chile, Ed.Cultura, 1937.

Sagrada Biblia (Nácar-Colunga). Madrid, Edica, 1979. Santa Sede.

Catecismo de la Iglesia Católica. Madrid, 1992.

Sanz, V. *La historia y el futuro.* Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1962.

-.*La historiografía en sus textos.* Vol. I. Caracas, F. de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1985.

-.*El nacimiento de Jesús ante el tribunal de la historia.* Montevideo, Comunidad del Sur, 1961.

Savater, F. *Diccionario filosófico.* Barcelona, Planeta, 1995

Sorel, G. *La r*

Las religiones en el mundo mediterráneo y en el Oriente Próximo. Madrid, S. **XXI,** 1985.

288